
Un
compromiso
concertado
con una
solterona
SALLY FORBES

Un compromiso concertado con una solterona

UNA NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA DE LA REGENCIA

Sally Forbes

Copyright © 2026 de Sally Forbes

Todos los derechos reservados.
Este libro no puede ser reproducido ni transmitido de ninguna
forma sin el permiso por escrito del editor.
No es legal en modo alguno reproducir, duplicar o transmitir
ninguna parte de este documento, ya sea por medios electrónicos o en
formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente
prohibida y no se permite su almacenamiento a menos que se cuente con el permiso por
escrito del editor.

Índice

Prólogo
Capítulo primero
Capítulo dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo cinco.
Capítulo seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete.
Capítulo veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta.
Epílogo

Epílogo extendido
Un desposorio concertado con un canalla
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo Dos

Prólogo

—Buenos días, señorita —dijo Sally Bisley al abrir la puerta y entrar en la alcoba. Rowena

Whitworth se apartó del tocador, donde se cepillaba el pelo castaño oscuro, y sonrió a su doncella.

—Buenos días, Sally —dijo—. ¿Ha dormido bien?

Sally asintió, devolviendo la cálida sonrisa de su señora.

—Sí —respondió—. Desde luego, tiene usted un aspecto radiante y fresco esta mañana.

Rowena se encogió de hombros.

—Hace un día precioso —dijo señalando la cálida luz del sol de aquella mañana de abril que entraba a raudales por la ventana de su dormitorio. Iluminaba los muebles de caoba y la decoración amarilla y azul pálido de la habitación. Pensaba pasar buena parte del día en los jardines. Quizá un pícnic con Sybil y hacer un poco de ganchillo al aire libre. A Benji le encantará —añadió, mirando con una sonrisa cariñosa la cama, donde un pequeño cachorro marrón dormitaba acurrucado, roncando ligeramente. El

rostro de Sally se iluminó y asintió.

—Oh, suena encantador —contestó—. Puedo encargarme de que se prepare un almuerzo campestre para cuando usted desee.

Rowena sonrió ampliamente.

—Maravilloso —dijo.

Juntas, ella y Sally se dirigieron a su armario. Tras muchas deliberaciones, la pareja eligió para ella un precioso vestido de mañana de color morado pálido para el desayuno. Después, Sally le recogió el pelo en un moño suelto y elegante en lo alto de la cabeza, con tirabuzones que le caían delicadamente por delante de las

orejas. Adornó el peinado con una cinta morada, y Rowena quedó lista para la mañana. Sally

acompañó a Rowena al salón de la residencia de campo de su familia. En cuanto se sentó junto a su hermana menor, Sybil, se percató de la ausencia de su padre. Y a juzgar por la expresión del rostro de Martha Whitworth, podía adivinar lo que había sucedido.

—Buenos días, madre —dijo Rowena afectuosamente, con la esperanza de levantarle el ánimo a su madre. La

vizcondesa de Worthingwood le dedicó a su hija una sonrisa cálida pero lánguida.

—Buenos días, cariño —dijo con cansancio—. Estás preciosa.

Rowena se sonrojó.

—Gracias —respondió. Luego, se volvió hacia Sybil—. ¿Te gustaría pasar el día en los jardines conmigo y con Benji, hermana?

Sybil estaba abriendo la boca para responder cuando su padre entró en el salón. Una mirada a sus ojos enrojecidos por el alcohol y a su pelo alborotado confirmó lo que había sospechado sobre su tardanza.

—Buenos días, mis queridas —dijo Gerald Whitworth con tono meloso. Las

mujeres devolvieron el saludo y Rowena vio a su madre morderse el labio. De repente tuvo la sensación de que algo iba mal. No era raro ver a su padre en ese estado. Era bien sabido en la familia que le gustaba empinar el codo y que a menudo bebía un poco más de la cuenta. Pero no era normal que su madre pareciera tan pensativa. ¿Qué había pasado para que estuviera tan preocupada? El

vizconde se dirigió tambaleándose a una silla junto a su esposa, con una camisa arrugada bajo el chaleco y un corbatón mal anudado. Sybil intercambió una mirada de preocupación con Rowena, indicándole que su hermana también había presentido algo.

—¿Cómo ha dormido, querida? —preguntó el vizconde a su esposa, dándole un beso en la mejilla. La

vizcondesa intentó sonreír, pero el cansancio se reflejaba en las arrugas de su boca.

—Bastante bien —dijo—. Coma algo, querido.

Todos intentaron fingir que no se lo había sugerido para ayudarle a combatir los efectos de su noche de borrachera. El vizconde se sirvió del pequeño surtido de huevos revueltos y cocidos y de los restos de ternera de la cena de la noche anterior. Rowena se había dado cuenta del reciente aumento de los hábitos de ahorro en su familia, pero lo atribuyó a que su padre atravesaba un período de pocos negocios. La

familia comió en silencio durante unos minutos. Rowena recordó su idea para el día y se volvió hacia su hermana.

—Sybil —dijo—, no hemos terminado de hablar de nuestro día en los jardines. Había pensado que podríamos llevar a Benji a pasear por los jardines, almorzar de pícnic y luego quizá disfrutar haciendo algo de ganchillo a la sombra.

Sybil asintió con entusiasmo.

—Suena encantador —dijo—. Estaré encantada de acompañarte.

Rowena se alegró. Hizo un gesto a Sally, que rápidamente se disculpó para informar al cocinero de sus planes de pícnic. El

vizconde carraspeó ruidosamente, sobresaltando a las tres mujeres. Rowena vio a su madre hacer una mueca, pero no pudo entender por qué. La sala se sumió de nuevo en el silencio y las mujeres miraron al vizconde con expectación. Este se levantó con paso vacilante, y algo en su sonrisa tímida hizo que Rowena sintiera de nuevo la inquietud de antes.

—Mis queridas damas —dijo, con la voz aún más melosa que antes, si cabe—, tengo un anuncio que me gustaría hacer.

Sybil y Rowena miraron a su padre expectantes, pero lady Worthingwood no levantó la vista del plato. Sin duda, lo que su señoría estaba a punto de decir ya lo había discutido con su madre.

—Por supuesto, padre —dijo Rowena, sin saber si su padre esperaba que su declaración fuera reconocida. El

vizconde asintió.

—He decidido que usted, mi querida Rowena, participará en la próxima temporada en Londres —anunció. Rowena

se quedó con la boca abierta. Miró a su padre como si le hubieran salido cuernos a ambos lados de la cabeza. Seguramente, lo había entendido mal. A sus veintidós años, era una solterona.

Había aceptado ese destino varios años atrás y nunca había expresado ningún interés en asistir a otra temporada. Las solteronas no tenían cabida en los bailes de debutantes y las fiestas de la temporada. ¿Se estaba volviendo loca? ¿O era su padre? —¿Perdón, padre?

—consiguió preguntar, buscando una aclaración en su madre, pero la vizcondesa seguía mirando su plato. Así que, al no encontrarla, Rowena volvió a dirigir su estupefacta mirada a su padre, que sonreía como si acabara de anunciar que se iban a hacer un bonito viaje.

—Sí, querida —dijo, casi con orgullo, aunque Rowena pudo ver ahora, en las bolsas bajo sus ojos y en el tic de su mejilla, signos de tensión y estrés subyacentes a su falso comportamiento alegre—. Partiremos hacia Londres en los próximos dos días. Ciertamente lo estoy deseando, y estoy seguro de que ustedes tres también. Dicho

esto, volvió a sentarse y retomó de inmediato su comida. Rowena, sin embargo, había perdido todo el apetito. Miró a su hermana, que parecía contenta con la noticia. Sin embargo, cuando miró a su madre, vio que a la vizcondesa le temblaba el labio y no le devolvía la mirada a su hija.

—¡Oh, será maravilloso! —dijo Sybil, rompiendo una tensión de la que parecía felizmente inconsciente—. ¡Qué ganas tengo de asistir a mi primera temporada! Es tan emocionante, ¿verdad, Rowena?

Rowena forzó al instante una sonrisa y asintió, aunque no consiguió articular palabra. Aunque hubiera podido, no se atrevía a decir nada que pudiera arruinar el buen humor de su hermana pequeña. Pero, en realidad, la idea la horrorizaba.

El miedo la inundó y las palmas de las manos se le humedecieron. ¿Qué diría la alta sociedad cuando ella —ya considerada una solterona, que no había encontrado marido a pesar de varias temporadas anteriores y con un pasado escandaloso para colmo— volviera a asistir a los actos sociales después de tanto tiempo? Sabía muy bien la respuesta: dirían «Rowena Whitworth está desesperada por encontrar marido». «¡Oh, Señor!», pensó mientras se le encogía el corazón. «¡Seré el centro de los cotilleos de toda la ciudad!».

Y eso no era lo peor. Sabía que solo podía haber una razón por la que lady Worthingwood esperaba que su hija mayor asistiera a la próxima temporada. Al darse cuenta, a Rowena le costó tragar la bilis que de repente le subió a la garganta. Sintiéndose casi a punto de desmayarse, apartó el plato. Estaba claro que la razón era que, como Sybil aún no se había presentado en sociedad y, por tanto, no estaría en el mercado matrimonial hasta el año siguiente, era a ella misma a quien su padre planeaba casar.

Afortunadamente, Sybil no pareció darse cuenta del cambio de humor de su hermana. Se enfrascó en una animada conversación con su madre sobre revisar su armario y encontrar sus mejores vestidos para llevarse a Londres. Rowena mantuvo los ojos fijos en la comida que no había probado, tratando de entender qué podía estar pensando su padre. Si de verdad deseaba que se casara, ¿por qué ahora? ¿Y por qué tan de repente? ¿Y por qué le había dado la noticia con tan poca antelación?

Rowena se alegró de poder excusarse por fin del desayuno. Sentía el comienzo de una jaqueca y salió de la habitación tan rápido como pudo sin llamar la atención. Sabía que su padre se había aficionado a beber mucho más y con mucha más frecuencia últimamente. ¿Pero se había olvidado por completo de la desastrosa temporada de su debut?

—Cariño —la llamó la vizcondesa con voz débil justo cuando Rowena llegaba a las escaleras—. ¿Estás bien? Rowena

se giró, parpadeando para contener las lágrimas de ira y confusión mientras miraba a su madre.

—¿Cómo puede padre esperar que soporte otra temporada después de lo que Jason me hizo? —gimió. Una oleada de náuseas la invadió y la cabeza empezó a martillearle al pensar en el vizconde Mulington, y tuvo que contener la respiración para no vomitar.

Su madre la miró con ojos tristes y culpables. Tomó a su hija del brazo y la apartó suavemente de las escaleras.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín conmigo? —le preguntó en voz baja.

Rowena empezó a protestar. Pero la expresión del rostro de su madre le dijo que no era tanto un deseo como una necesidad. A

regañadientes, Rowena asintió y siguió a su madre hasta la puerta trasera de su pequeña casa de campo.

El aire fresco del jardín ayudó marginalmente a calmar la jaqueca de Rowena, pero su corazón seguía latiendo con fuerza y su mente seguía dando vueltas. Caminaba del brazo de su madre, frotándose la sien, apenas consciente del cálido sol en su piel y del encantador canto de los pájaros a su alrededor.

—Siento que el anuncio de tu padre te haya pillado tan de sorpresa —dijo la vizcondesa—. Intenté convencerle de que me permitiera mencionarlo antes, pero insistió en que debía ser así —parecía que intentaba elegir las palabras con cuidado. Por alguna razón, eso puso a Rowena nerviosa.

—Bueno, ciertamente lo ha sido —dijo—. Pero no lo entiendo. ¿Por qué ha decidido todo esto tan de repente? ¿Y qué le hace pensar que tengo algo que hacer asistiendo a una temporada, después de todo lo que pasó con Jason? La

vizcondesa miró a su hija, y Rowena vio que se mordía el labio con furia. Rowena contuvo el aliento, esperando a que su madre volviera a hablar.

—Estamos en graves apuros, cariño —dijo por fin. Nunca había sonado tan cansada ni tan resignada, y a Rowena se le encogió el corazón por ella—. De hecho, estamos en una situación desesperada. Rowena

se giró para mirar a su madre, tomándola suavemente por los hombros para detenerla en seco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

La vizcondesa respiró hondo, apartando la mirada de su hija, con la vergüenza en los ojos. —Nuestra

fortuna casi se ha agotado, querida —dijo. Para Rowena era evidente que su madre se esforzaba por controlar sus emociones, y Rowena no quería empeorarle las cosas. Pero no entendía cómo podían ser ciertas las palabras de la vizcondesa. —Pero

¿cómo es posible, madre? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Acaso las inversiones y los negocios de padre no han sido siempre exitosos y prósperos? ¿Me estás diciendo que ha ocurrido algo grave que ha cambiado eso?

La vizcondesa levantó la vista hacia su hija, y Rowena vio lágrimas en sus ojos.

—No lo sé, exactamente —dijo, sonando bastante sincera. Pero Rowena creyó detectar también un aire de sospecha en la voz de su madre. Suspiró profundamente.

—Entonces, ¿ha fracasado alguna empresa? —preguntó.

Su madre asintió. —Creo

que eso es parte del problema —respondió—. Tu padre no quiso contarme mucho. Solo que estamos en apuros económicos y que cree que encontrar un marido rico para ti es la única manera de salvar nuestra situación. Espera que un matrimonio así beneficie a toda la familia y nos rescate de la ruina. Rowena

sintió que se le quedaba la cara helada. No podía creer que el destino de su familia descansara ahora únicamente sobre sus hombros.

—Pero ¿por qué? —preguntó, empezando a entrar en pánico—. ¿Cómo puede pensar algo así? ¿Qué le hace creer que un caballero querría casarse con una solterona como yo, y mucho menos uno rico?

La vizcondesa abrazó a su hija y le dio una palmadita en la espalda, pero eso apenas consoló a Rowena. —Sé

que esto es difícil, cariño —dijo la vizcondesa—, y lo siento mucho. Pero, por favor, debo pedirte que mantengas esta conversación entre nosotras. No le digas ni una palabra de esto a tus hermanas.

Rowena retrocedió para mirar el rostro de su madre. La vizcondesa parecía agotada, con ojeras azuladas bajo los ojos y la piel tan pálida como el papel. A pesar de su propia angustia, Rowena sintió lástima por ella. Lo que estaba ocurriendo era tan injusto para su madre como para ella. Y montar una escena no mejoraría las cosas. Además, su hermana mayor, Nancy, ya había sufrido bastante con la pérdida de su marido por una enfermedad repentina dos años antes. Rowena odiaba guardar secretos, pero quizá este era uno que debía guardarse. Con

otro profundo suspiro, Rowena asintió. —Te

lo prometo, madre —dijo—. No se lo diré a Nancy ni a Sybil.

Capítulo primero

Andrew pasó gran parte de los primeros días tras su regreso a Londres encerrado con su madre en el antiguo estudio de su padre. Por lo general, intentaba evitar a su madre tanto como le era posible para reducir las oportunidades de que lo presionara para doblegarse a sus deseos. Sin embargo, como llevaba un tiempo fuera de Londres, también había mucho trabajo por hacer, y para parte de él necesitaba su ayuda. Aunque

Andrew no era más que un simple barón, era, no obstante, muy rico. Su difunto padre había realizado sabias inversiones a lo largo de su vida, y estas continuaban generando grandes beneficios para el disfrute de la familia. Esa era la razón por la que Andrew había podido trabajar tan poco durante su estancia en el campo. Pero ahora tenía cartas que escribir, reuniones a las que asistir y nuevos negocios propios que tratar de establecer. Una

semana después de haber vuelto a Londres, Andrew se reunió con su madre para desayunar. Después de la comida, pretendía pasar la mañana escribiendo a algunos de los socios comerciales de su padre en relación con el asunto de los envíos y cualquier viaje de negocios necesario. Su

padre no había sido un hombre agradable, ni siquiera para su familia. El difunto barón había sido cruel, preocupado únicamente por amasar una fortuna y obsesionado con demostrar que un barón era tan distinguido como cualquier duque. Andrew

se preguntó si sus socios de Londres serían de la misma calaña. Desde luego, esperaba que no. Él era todo lo contrario a su padre. La idea de trabajar con hombres así le revolvía el estómago.

—¿Es que has olvidado tus modales? —preguntó lady Elsbrook, su madre, con su habitual afectación.

Andrew reprimió el impulso de poner los ojos en blanco al darse cuenta de que había pasado junto a su asiento sin hacerle una reverencia y besarle la mejilla. Lo hizo entonces, dedicándole una sonrisa forzada.

—Buenos días, madre —dijo con rigidez—. Perdóname. Estaba pensando en el trabajo que he de atender justo después del desayuno.

La baronesa viuda asintió en señal de reconocimiento.

—Comprendo que tengas asuntos urgentes —dijo—, pero un hombre nunca debe olvidar las buenas formas, ni siquiera en la comodidad de su propio hogar.

Andrew se mordió la lengua mientras ocupaba su asiento. De nada serviría señalar que su padre siempre había estado demasiado ocupado calculando su próxima empresa rentable como para molestarse en guardar la compostura durante las comidas en casa.

—Perdóname —repitió él.

La baronesa volvió a asentir, aparentemente satisfecha con su arrepentimiento. —Espero

que no tengas planes para esta noche —dijo—. Mis amigos, el conde y la condesa de Kinswood, y su hija, lady Viola, vienen a cenar.

Andrew contuvo la respiración para no suspirar con fuerza. Sabía que a su madre le encantaban los actos sociales, sobre todo los que tenían lugar durante la Temporada londinense. Y, de hecho, él no tenía ningún plan.

Se había preocupado de no hablar con nadie que pudiera llevarlo a tener que hacer planes. Aun así, odiaba que su madre le soltara esas cosas con tan poca antelación, probablemente para que le fuera imposible negarse a asistir.

Consiguió forzar una sonrisa y enarcó las cejas despreocupadamente para fingir interés. —Esta

cena no será por casualidad un intento de hacer de casamentera entre lady Viola y yo, ¿verdad? —preguntó con toda la ligereza que pudo.

A su madre no le hizo ninguna gracia. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Qué idea más ridícula, Andrew —dijo—. De todos modos, organizar una cena así no puede sino beneficiarnos. No necesito recordarte que el linaje de la familia recae únicamente sobre tus hombros.

Ante esto, Andrew se rió sinceramente, aunque con un punto de sequedad. Se percató de que no había respondido directamente a su pregunta. Había pocas posibilidades de que le dijera si esa era su intención, aunque ambos sabían de sobra que casi con toda certeza lo era. Miró a su madre y negó con la cabeza, desconcertado. —Y

yo no necesito recordarte que no soy tu único hijo —dijo—. Por lo tanto, continuar nuestro linaje *no* recae únicamente sobre mis hombros.

La baronesa viuda suspiró con evidente exasperación.

—No puedes contar con Jacob —dijo—. Aún le quedan muchos años antes de que pueda siquiera plantearse sentar la cabeza.

Andrew musitó algo sin comprometerse, aunque no entendía el argumento de su madre. Jacob estaba de viaje por Italia y, aunque era unos años más joven que Andrew, pasaría bastante tiempo antes de que regresara a casa y se preparara para buscar esposa. De hecho, bien podría haber conocido ya a una joven antes de marcharse de Inglaterra y tener pensado casarse con ella a su regreso.

—Creo que tienes muy poca fe en Jacob —dijo—. Es un hombre muy capaz y sensato. Seguramente, más que yo.

La baronesa volvió a fruncir el ceño y negó con la cabeza mientras se ponía en pie.

—No es él quien ostenta el título de barón —dijo—. Ni es su derecho de nacimiento. De verdad, eres tan testarudo como lo era tu padre.

Andrew intentó no estremecerse al pensar en parecerse en algo a su padre. El mal ejemplo del difunto barón como marido y padre era la razón por la que Andrew no deseaba casarse y tener herederos.

Era una conversación que había mantenido muchas veces con lady Elsbrook, y una que ella siempre parecía ansiosa por olvidar en cuanto terminaba. Estaba a punto de reabrir el debate una vez más cuando la baronesa viuda le tendió de repente una hoja de papel. —Al

menos considera el mercado matrimonial —dijo, con un tono a la vez agudo y resignado.

En cuanto Andrew le cogió el papel, su madre dio media vuelta y salió de la habitación. Andrew no pudo evitar sonreír desconcertado. No le gustaba disgustar a su madre. Aunque era muy remilgada y correcta, la quería. Pero era tan estricta en su adhesión a las tradiciones de la *ton* que a menudo se ponía hecha una fiera ante la idea de hacer algo diferente.

Pero cuando bajó la vista hacia el papel, su sonrisa se desvaneció. Era una lista de nombres, y Andrew no tardó en darse cuenta de que pertenecían exclusivamente a mujeres. Para ser más exactos, ¡eran los nombres de jóvenes solteras de la *ton*! La leyó de nuevo para asegurarse de que no le fallaba la vista. Pero allí estaban, en el papel, y él negó con la cabeza y suspiró con exasperación. Es

tenaz como ella sola, pensó con amargura mientras se guardaba el papel descuidadamente en el bolsillo de la chaqueta. Luego, ansioso por evitar a su madre durante el resto del día, se encerró en su estudio. Tenía mucho trabajo por hacer, pero no le interesaba nada. Se sentó de cara a la pared, detrás de su escritorio, bebiendo brandy y pensando en su infancia.

De joven, le había gustado la idea de casarse con una buena mujer y formar una familia con ella. Pero a medida que pasaban los años y veía el ejemplo que su padre le daba a su hijo en sus papeles de hombre, marido y padre, la idea le atraía cada vez menos.

Le habían enseñado a prepararse para la eventualidad de tener su propia familia, principalmente, por supuesto, para engendrar un heredero. Pero ahora que se enfrentaba a la realidad de verse obligado a aceptar los grilletes del matrimonio, aborrecía la idea. ¿Por qué no podía simplemente cederle el cargo a Jacob si así lo deseaba? Tenía la vaga esperanza de que su hermano se casara

primero, para poder entregarle el título familiar y la fortuna a Jacob con la razonable esperanza de que su madre no se opusiera. Ahora, nunca tendría esa oportunidad.

En algún momento, debió de haberse quedado dormido. Lo siguiente que supo fue que el reloj de la repisa de la chimenea daba las tres de la tarde, despertándolo de un sobresalto. Se

frotó los ojos y observó con alivio que no había derramado nada del brandy que aún quedaba en el vaso que, al parecer, sostenía mientras dormía. Se lo terminó rápidamente, guardó el vaso y se levantó del escritorio. Era hora de empezar a prepararse para la cena de su madre. Con un gemido, salió de su estudio y se dirigió a trompicones a sus aposentos.

—Su baño está casi listo, señor —le dijo Wallace, su ayuda de cámara, cuando Andrew entró en sus habitaciones unos instantes después. —Gracias

, Wallace —suspiró Andrew, quitándose el plastrón con irritación y arrojándolo sobre el respaldo de una silla. La chaqueta lo siguió segundos después. Se quitó los zapatos de una patada. Los lacayos subieron más jarras de agua caliente de la planta baja, y pronto Andrew estaba chapoteando en la bañera, deseando poder quedarse allí toda la noche. Se reclinó y dejó que Wallace lo afeitara antes de salir y secarse. Mientras

Wallace se movía con calma de un lado a otro, Andrew se sentó en la cama y dijo:

—Supongo que será mejor que aproveche al máximo este breve respiro. Probablemente será la única paz que tendré en lo que queda de noche.

—Bueno, señor, lamento oírle decir eso. ¿Quizá le levantaría el ánimo saber que la cocinera ha preparado un excelente asado de ternera para esta noche, con abundante salsa de rábano picante? Sé que es su favorito.

—Mmm —murmuró Andrew, levantándose de nuevo para que Wallace pudiera ayudarle a ponerse una camisa limpia. Se frotó la barbilla y esbozó una media sonrisa—. Ciertamente, son buenas noticias, y se lo agradezco de todo corazón, Wallace. Por desgracia, me veré obligado a compartirlo con los invitados, cuya compañía sin

duda me quitará el apetito de todos modos. Y, por supuesto, lady Elsbrook se ha asegurado de que entre ellos haya una joven soltera.

—Supongo que ese es el deber de una madre, y la baronesa viuda siempre es muy puntillosa con eso —murmuró el ayuda de cámara.

—Le veo sonreír, Wallace —llegó la queja ahogada de Andrew mientras la camisa se deslizaba sobre su cabeza.

—¿Yo, señor? Nunca, señor —replicó Wallace con calma, cogiendo las medias negras y los pantalones de la cama—. Por favor, siéntese, señor.

Andrew obedeció, observando atentamente el rostro de Wallace mientras el ayuda de cámara le ponía con destreza las medias a su señor y se las sujetaba con ligas.

—Se le están arqueando las comisuras de los labios —le amonestó Andrew, frunciendo el ceño. En ese momento, la sonrisa le pudo a Wallace y ambos hombres se echaron a reír.

—Me alegro mucho de poder divertirle, Wallace —dijo Andrew cuando se hubieron recuperado un poco. Se levantó para ponerse los pantalones limpios.

—Lo siento, señor —replicó el ayuda de cámara, esforzándose visiblemente por recuperar la compostura mientras le metía la camisa por dentro, le abrochaba los botones y le ajustaba la espalda.

—No se le ocurrirá ocupar mi lugar en la cena, ¿verdad? —preguntó Andrew, con las cejas enarcadas con aire especulativo.

—Estaría encantado, señor, pero creo que los invitados se opondrían. Vienen a cenar con el mismísimo barón, no con su ayuda de cámara.

—Supongo que tiene razón. Una verdadera lástima, la verdad —suspiró Andrew, encogiéndose de hombros para ponerse el chaleco de satén ricamente bordado que Wallace le tendía.

—Ni siquiera podré emborracharme —añadió con tristeza, conteniendo la respiración mientras Wallace le apretaba los cordones del chaleco y los ataba—. Tendré que mantener una estúpida conversación de cortesía todo el rato. Hizo una pausa para ajustarse

el nuevo atuendo y se admiró brevemente en el espejo. —Mmm, no está mal.

Se sentó en un taburete junto a su tocador, y Wallace manejó con destreza un peine para poner algo de orden en el pelo castaño claro, algo rebelde, de su señor. Luego, el ayuda de cámara le ayudó a ponerse los zapatos de charol. Como un autómata, Andrew se levantó una vez más, y aguantó mientras Wallace le ataba el plastrón con un nudo apretado y complicado, quejándose de que el hombre estaba «intentando estrangularle».

Andrew esperó pacientemente mientras Wallace le aplicaba estratégicamente unas gotas de colonia de sándalo y limón para caballero por su persona, y luego le ayudó a ponerse su chaqueta de terciopelo azul noche favorita. Andrew

sonrió a su reflejo mientras Wallace le cepillaba la ropa, e imaginó la cara que pondría su madre al verle. No podría decir que no se había esforzado. Y debería alegrarse de que al menos asistiera a su cena.

Su madre salía de sus aposentos justo cuando él salía de los suyos. Su vestido de satén era elegante, pero tuvo que sonreír ante su alto tocado de una sola pluma —la última moda— que se balanceaba a cada paso que daba. Tenía el rostro sonrojado, revelando su emoción por la cena que se avecinaba, pero cuando vio a Andrew, se detuvo para inspeccionarlo de la cabeza a los pies.

—Supongo que servirá —dijo, frunciendo el ceño—, pero podrías haberte esforzado un poco más en ir a la moda.

—¿Estamos listos? —preguntó él, ignorando sus comentarios y ofreciéndole el brazo. Su madre soltó su famoso bufido antes de cogerlo, y se dirigieron por el pasillo hacia la escalera.

—Bueno, yo desde luego que sí —dijo—. Por favor, intenta que nuestros invitados se sientan bienvenidos.

Andrew dedicó a su madre una amplia y falsa sonrisa.

—Vivo para servir —dijo.

Esperaron apenas unos minutos en el salón antes de oír llegar a sus invitados. El mayordomo entró poco después y anunció la llegada de lord y lady Kinswood y lady Viola. Cuando les hicieron pasar, la baronesa viuda se levantó para saludar a sus amigos,

seguida por Andrew, e hizo las tediosas y formales presentaciones que exigía el decoro.

Andrew reconoció vagamente a la pareja mayor. El conde era alto y delgado, con unas lujosas patillas; su esposa, rolliza y de mejillas sonrosadas, lucía un tocado de plumas similar al de su madre. Lady Viola resultó ser bastante guapa, de pelo rubio pálido, ojos verde claro y un hoyuelo en la mejilla. Pero cuando la saludó, no vio ninguna chispa de inteligencia en sus ojos. Además, parecía incapaz de apartar la vista de él, lo que le hizo retorcerse por dentro.

—Bienvenidos a nuestro hogar, mi lord, mis ladies —declaró una vez terminadas las presentaciones formales, con una calidez en la voz que no sentía—. Mi madre y yo nos sentimos honrados de que nos acompañen a cenar, que se servirá en cualquier momento. El conde y la condesa asintieron grácilmente, todo sonrisas, mientras charlaban con su madre. Andrew fingió estar escuchando, pero en realidad intentaba evitar la mirada de lady Viola, que seguía fija en él. Para

su enorme alivio, el mayordomo vino a anunciar la cena y, gracias al Señor, no tuvo que acompañar a lady Viola al comedor; las dos damas entraron cogidas del brazo, parloteando alegremente, y el conde escoltó a su hija, con Andrew cerrando la marcha. Andrew ocupó su lugar en la cabecera de la mesa y esperó a que todos se acomodaran, con lady Viola a su derecha. Obra de su madre, obviamente. Luego, hizo una señal para que sirvieran, se sirvió el vino y comenzó la comida.

Durante el plato de sopa, su madre y lady Kinswood iniciaron inmediatamente una animada discusión sobre la Temporada, mientras el conde comía en silencio. —Hace

un tiempo espléndido últimamente, ¿no cree? —dijo lady Viola, removiendo la sopa con la cuchara, pero sin probar bocado que él pudiera ver. Andrew esbozó otra sonrisa y asintió, de nuevo sin mirarla directamente.

—Desde luego —dijo. *Como es de esperar a finales de primavera,* añadió en silencio.

Andrew se disponía a entablar una conversación de negocios con el conde con la esperanza de desalentar cualquier otra conversación

por parte de lady Viola. Pero había olvidado la verdadera razón por la que su madre organizaba la cena. Ella se dirigió directamente a lady Viola, con un propósito que se oía alto y claro en su voz: iniciar una conversación entre los solteros.

—Estoy segura de que tiene muchos vestidos nuevos y preciosos para la Temporada, querida —dijo—. El que lleva ahora es de un tono verde maravilloso. Le sienta a la perfección. ¿No estás de acuerdo, hijo?

Andrew apretó la mandíbula. Ahora se esperaba que elogiara a la joven, lo que serviría para animarla aún más. Juró hacer que su madre se arrepintiera de intentar imponérsela, aunque fuera lo último que hiciera.

—Es precioso, desde luego —dijo Andrew, sin levantar la vista de la sopa.

—Gracias —dijo lady Viola con efusividad—. Mamá me ha hecho uno azul, uno rosa y uno amarillo igualitos. Ah, y voy a comprarme uno morado con plumas en el lado y... —A Andrew se le nubló la vista. ¡Qué parloteo más insulso! Temió volverse loco si seguía escuchando su perorata sin sentido sobre sus vestidos. ¿Cómo podían los hombres de la *ton* estar realmente interesados en mujeres tan cabeza de chorlito?

Los platos siguientes no le resultaron menos penosos. Consiguió entablar una pequeña conversación de negocios con lord Kinswood y evitar hablar directamente con su hija, pero eso cesó de inmediato justo antes de que se sirviera el postre, cuando el conde puso descaradamente las cartas sobre la mesa.

—Nuestra Viola busca casarse para el final de esta Temporada —le dijo a Andrew sin rodeos—. Lady Elsbrook nos dice que usted busca hacer lo mismo.

—¿Ah, sí? —contestó Andrew con evasivas, luchando por reprimir su molestia—. Bueno, en cuanto a eso, he hablado con madre sobre el tema del matrimonio en el pasado, como es natural, pero no me considero muy presionado para casarme en este momento. Al fin y al cabo, el amor no es algo que deba apresurarse. Ante

eso, lady Viola soltó una risita de colegiala. Oyó los murmullos de aprobación de los padres de lady Viola, del mismo modo que pudo sentir las dagas que le lanzaba su madre con la mirada. No le importaba. Si ella era lo bastante necia como para ir diciendo a la gente que él buscaba verse con la soga al cuello, no podía quejarse si él le ponía algunos obstáculos en el camino. No solo no quería casarse, sino que sabía que, desde luego, no quería casarse con lady Viola, fuera o no hija de un conde. Sencillamente, no podía soportar la idea de pasar su vida con alguien tan hueca como ella. Diera igual lo que su madre le dijera a quien fuera.

Capítulo dos

Oh, estoy deseando debutar el año que viene —dijo Sybil con entusiasmo mientras el carruaje llevaba a las mujeres Whitworth y a sus doncellas a Cresingdale Manor. Benji dormitaba inquieto en brazos de Sally, agotado por la emoción de viajar en el carruaje.

Rowena había estado temiendo volver a Londres y odiaba la idea de asistir a la Temporada. Pero a medida que el carruaje se acercaba a la mansión, sintió una punzada de emoción. Hacía

casi dos años que no veía a su hermana mayor, lady Nancy Cresswall. Nancy había perdido a su amado esposo, Colin, el conde de Cresswall, dos años antes a causa de una repentina enfermedad. La familia se había quedado unos meses para ayudar a Nancy a superar el duelo, pero los apuros económicos les habían impedido visitarla con regularidad. Rowena estaba impaciente por ver a la condesa viuda. Su hermana era lo único feliz que Londres todavía le deparaba. Mientras

Sybil parloteaba sobre la emoción que le producía su debut, Rowena se dio cuenta de que, si ella no encontraba marido ese año, Sybil probablemente tendría que esperar para tener su oportunidad de debutar. Normalmente, era responsabilidad de los padres financiar los bailes de debutantes de sus hijas.

Sin embargo, dada la grave situación económica de su familia, la responsabilidad habría recaído en el cuñado de Sybil. Ahora, la prematura muerte del conde había eliminado esa opción. Eso significaba que la responsabilidad era ahora de Rowena, y solo suya.

Intentó reprimir la aprensión que sentía mientras el carruaje se detenía frente a Cresingdale Manor. La presión que soportaba era inmensa, pero no podía permitirse ceder ante ella. No quería que su hermana pequeña viera lo angustiada que estaba por tener que hacer semejante sacrificio. Y estaba decidida a no arruinar la

primera oportunidad que tenía de pasar tiempo con su hermana mayor en tanto tiempo. Roger

, el mayordomo, abrió la puerta principal de la mansión justo cuando los lacayos ayudaban a las damas a bajar del carruaje. Cuando se acercaron a la gran mansión de ladrillo rojo, hizo una profunda reverencia.

—Bienvenidas a Cresingdale Manor, señoras —dijo, haciéndolas pasar amablemente. Las

mujeres entraron y Rowena le dedicó una sonrisa amistosa a Roger. Solo había visto al hombre alto y calvo unas pocas veces, pero él siempre se había mostrado amable con ella durante su anterior estancia en la casa.

—Me alegro de verte de nuevo, Roger —dijo ella. El

mayordomo volvió a inclinarse y a ella le pareció que se sonrojaba.

—Su señoría está esperando en el salón de arriba —dijo—. Por favor, síganme. Las

mujeres y sus doncellas obedecieron, maravillándose ante la mansión. Tenía un aspecto muy parecido al de la última vez que la habían visitado, con las paredes cubiertas de diversos cuadros y los suelos, con alfombras de ricos estampados. Pero había diferencias. Habían aparecido nuevos cuadros en las paredes, incluido un nuevo retrato del difunto conde en el gran vestíbulo. Y las cortinas, aunque del mismo tono granate, parecían nuevas y frescas. Rowena se preguntó si redecorar habría sido la forma que tenía Nancy de sobrellevar la pérdida de su marido.

Cuando las damas llegaron al salón de arriba, Nancy las esperaba en la puerta. Rowena se percató de que, aunque su hermana era solo unos años mayor que ella, su cabello castaño oscuro empezaba a mostrar mechones grises. A Rowena se le encogió el corazón mientras ella, su madre y Sybil abrazaban a la condesa viuda.

—Oh, muchachas mías —dijo Nancy, dándoles un beso en la mejilla a cada una—. Cuánto os he echado de menos. Por favor, entrad a tomar el té conmigo.

Las mujeres entraron en fila, boquiabiertas ante la nueva decoración del salón. Antes había tenido una sencilla pero elegante combinación de marrón y rojo. Ahora, estaba lleno de tapices y muebles de colores claros, con papel de pared beis.

—Está precioso, querida —dijo la vizcondesa, sonriendo cálidamente a su hija mayor. Rowena

y Sybil asintieron en señal de acuerdo mientras Nancy sonreía con tristeza.

—Gracias —dijo—. Colin y yo habíamos planeado hacer todos estos cambios antes de que muriera. Quería llevar a cabo sus deseos para honrarlo.

Rowena cogió la mano de su hermana mayor y la apretó con suavidad.—Le

encantaría, hermana —dijo.

Nancy les hizo un gesto a las mujeres para que se sentaran mientras su doncella empezaba a servir el té. Una vez hecho esto, la vizcondesa se volvió hacia su hija mayor con ojos preocupados y cariñosos.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó—. Lamento no haber podido venir a visitarte más a menudo.

Nancy negó con la cabeza y le dedicó a su madre una sonrisa afectuosa.

—No me pidas disculpas, madre —dijo—. Lo entiendo perfectamente. Vuestras cartas me ayudaron muchísimo. No pasó ni un minuto sin que supiera lo mucho que mi familia me quería y me apoyaba. Miró a Rowena y le guiñó un ojo al hablar.

Rowena se sonrojó y sonrió, bajando la vista hacia la taza de té. Había escrito casi esas mismas palabras en una de sus cartas a Nancy. Le conmovió que su hermana las guardara tan cerca de su corazón.

—Así es —intervino Sybil—. No hubo un solo momento en el que dejáramos de quererte o apoyarte, hermana. Ojalá hubiéramos podido traerte a casa con nosotras.

Nancy negó con la cabeza con paciencia.

—Tengo la fortuna de mi difunto esposo para asegurar que los asuntos de la propiedad se gestionen adecuadamente y que yo

tenga todo lo que necesito —dijo—. No había necesidad de ser una carga para mi familia.

La vizcondesa tomó la mano de su hija mayor.

—Cariño, difícilmente habría sido una molestia —dijo. Solo Rowena detectó el matiz de falsedad en los ojos de su madre mientras hablaba—. Siempre serás bienvenida de vuelta a casa, si surgiera la necesidad.

Nancy volvió a sonreírle a su madre.

—Lo sé, y estoy muy agradecida —dijo—. Pero me las arreglo bastante bien. Y se hace más fácil a medida que pasa el tiempo.

La vizcondesa le sonrió de nuevo a su hija.

—Estoy muy orgullosa de ti, querida —dijo.

Nancy se sonrojó y dirigió su atención a Rowena.

—Hablando de orgullo —dijo, radiante, claramente dispuesta a cambiar de tema—, yo también estoy muy orgullosa de ti, hermana.

Rowena parpadeó, confundida.

—¿De mí? —preguntó—. ¿Por qué? Nancy se rió.—Porque

has decidido asistir a la Temporada —dijo—. Me parece maravilloso. Y estoy segura de que te divertirás.

Rowena se esforzó por no hacer una mueca. Por supuesto, Nancy sabía que participaría en la Temporada. Sus padres se lo habrían dicho a Nancy cuando anunciaron que volverían a Londres. Aun así, había esperado evitar *ese* tema durante la visita a su hermana mayor. Se obligó a esbozar una sonrisa.

—Oh, la verdad es que tengo muchas ganas —mintió.

Rowena vio a su madre tensarse, pero la vizcondesa no dijo nada. Rowena deseó poder desaparecer por arte de magia. Ya era bastante malo tener que asistir a la Temporada y encontrar marido. Odiaba tener que mentir también a sus hermanas sobre sus motivos.

—Sabía que sería así —dijo Nancy con entusiasmo—. Oh, ¿te ha contado mamá la fiesta que voy a dar dentro de dos días?

Rowena negó con la cabeza, con el estómago revuelto. Había sido bastante tonta al pensar que no tendría que precipitarse directamente a los eventos de la Temporada. Había esperado tener algo de tiempo para volver a instalarse en Londres antes de que empezaran las fiestas y los bailes.

Aun así, supuso que el hecho de que su primer evento fuera organizado por su hermana podría facilitar las cosas. Desde luego, era mejor que empezar con uno celebrado en casa de un perfecto desconocido. O peor, en casa de alguien que recordara el escándalo con Jason.

—Oh, no lo mencionó —dijo Rowena, esforzándose por mantener cualquier acusación o aprensión fuera de su voz—. Pero estoy segura de que será encantadora.

Nancy asintió, sonriendo.

—Llevo meses planeándola —dijo—. Asistirán varios de los solteros más prominentes de Londres. Estoy segura de que no te faltarán caballeros que quieran bailar contigo. Eres tan hermosa, querida hermana.

—Eh, gracias —dijo Rowena, tragando una nueva oleada de bilis. Después de lo que su hermana había pasado, Rowena no esperaba que Nancy recordara lo que Jason le había hecho. Al fin y al cabo, ella se había casado poco antes y nada del escándalo le había afectado.

Pero esa no era la mayor preocupación de Rowena: era su certeza de que ninguno de los caballeros de la fiesta desearía siquiera dirigirle una mirada. Aunque Nancy *hubiera* olvidado el escándalo, Rowena sabía que el resto de la *alta sociedad* no lo había hecho. Y los caballeros que no lo supieran no querrían por esposa a una solterona de veintidós años. Aun así, no podía permitir que su hermana pensara que no estaba contenta por asistir a su fiesta.

—Estoy muy entusiasmada —dijo, sintiéndose fatal por mentir tan descaradamente.

Nancy dio una palmada.

—Maravilloso —dijo—. ¿Tienes pensado ir a la modista antes?

Rowena sintió que se le iba el color de la cara. Sabía de sobra que no había dinero para vestidos nuevos. Pero no podía decírselo a su hermana sin tener que divulgar lo que su madre le había contado. Miró a la vizcondesa en busca de alguna indicación de lo que debía decir. Por suerte, su madre sonreía a su hija mayor, aunque con un brillo excesivo en la mirada.

—Rowena ha decidido llevar sus vestidos de la temporada anterior —dijo.

Nancy frunció el ceño.

—Pero ¿por qué no quieres comprarte vestidos nuevos, hermana? —preguntó Nancy, mirando a Rowena con confusión.

Rowena se encogió de hombros, detestando en ese momento la afición de su padre por la bebida con toda su alma.

—Todo esto ha sucedido tan de repente… —dijo rápidamente—. Supongo que pensé que sería más fácil.

Se sentía miserable por las mentiras que estaba teniendo que contar. Pero la siempre solícita Nancy le sonrió con dulzura y negó con la cabeza.

—No, hermana —dijo—. No podemos permitir que lleves vestidos viejos. Tengo algunos que ya no me puedo poner. Podemos hacer que te los pruebes y haremos los arreglos necesarios. — Rowena exhaló un suspiro de alivio en silencio. Por un momento, había temido que Nancy se ofreciera a sacar tiempo para llevarla de compras. Su hermana se habría enterado entonces de que sus padres estaban casi arruinados.—Gracias

, Nan, me parece estupendo —dijo, con una sonrisa sincera esta vez.

Nancy sonrió, claramente complacida con el arreglo.

—Vamos, entonces —dijo, acercándose a su hermana y tomándola de las manos—. Empecemos. Las

mujeres siguieron a Nancy a sus aposentos, donde había un armario lleno de vestidos. Rowena admitió en secreto que eran mucho más bonitos que los suyos viejos. Sin embargo, apenas les prestó atención. En lo único que podía pensar era en lo cerca que había estado su hermana de descubrir la verdad que su madre se esforzaba tanto por ocultarle.

También pensaba en la próxima Temporada y en la humillación que seguramente le esperaba. ¿Era realmente lo correcto para salvar a su familia? ¿O solo acabarían sufriendo más vergüenza?

Capítulo Tres

Aún no podía creer que lady Elsbrook hubiese recopilado una lista de todas las debutantes de la temporada. No podría haber dejado más claro que no se conformaría con menos que verlo casado esa misma temporada. Incluso había puesto el nombre de lady Viola a la cabeza de la lista.

Sacudió la cabeza mientras pensaba en la lista. No tenía ningún interés en cortejar a señoritas solteras que solo sabían entablar conversación sobre el tiempo. O peor aún, sobre vestidos y bailes. Dos días

después de la cena con lady Viola y sus padres, Andrew bajaba las escaleras cuando oyó voces que venían del vestíbulo. Se preparó para la llegada de invitados no deseados, hasta que reconoció las voces. Entonces, sonrió, bajó las escaleras de dos en dos y corrió hacia la entrada. —Andrew —exclamó

Gemma Spencer, condesa de Spenshire y hermana mayor de Andrew, apartándose de su marido y de su madre para correr a los brazos de su hermano—. ¡Oh, cuánto me alegro de volver a verte! Andrew le dio

dos besos en las mejillas a su hermana y luego miró de ella a su marido, Edmund. —Yo también me alegro

mucho de verlos a ambos —dijo, asintiendo hacia el conde—. Pero no los esperábamos hasta dentro de unos días.

Edmund se acercó, le dio una palmada en la espalda a Andrew y sonrió.

—Hemos regresado de nuestro viaje antes de lo previsto —dijo —. Esperamos no ser una molestia por llegar tan pronto.

Andrew rió con ganas y negó con la cabeza.

—En absoluto —contestó, cogiendo la mano de su hermana y dándole una palmada en la espalda a su cuñado—. Por favor, vengan a tomar el té con nosotros. Ordenaré a los sirvientes que guarden sus cosas en los aposentos de invitados.

Andrew hizo exactamente eso mientras los demás se dirigían al salón. Él y Gemma siempre habían estado muy unidos desde pequeños. Aunque él era el hermano menor, siempre había sido tan cariñoso y protector como cualquier hermano mayor con su hermana. No la había visto desde su boda y, de repente, la casa le pareció un poco más un hogar con ella allí.

Sirvieron el té mientras tomaban asiento en el salón, que estaba amueblado con cómodos sofás y sillones tapizados en terciopelo azul oscuro, y mesas y armarios de madera noble de color marrón oscuro. Gemma contempló un retrato de su padre que colgaba sobre la repisa de la chimenea, pintado justo después de que hubiese heredado el título de baronet de su padre.

Le sonrió con tristeza, pero no dijo nada. Al igual que Andrew, había sufrido la fría negligencia de su padre hacia su familia. Ambos habían querido a su padre, pero habían aprendido a hacerlo desde la distancia y sin esperar su amor a cambio. Cuando su hermana lo miró, Andrew le guiñó un ojo. Ella se animó al instante y le devolvió el gesto secreto, como hacía siempre cuando eran niños.

—Oh, querida, ¿se ha enterado? —dijo la baronesa, sonriendo radiante a su hija—. Esta noche hay una velada encantadora en Cresingdale Manor. Seguro que será un evento de lo más encantador.

Gemma sonrió con dulzura y suspiró.

—¡Oh!, lamento que no hayamos regresado a tiempo de hacer planes para asistir —dijo ella.

La baronesa asintió con comprensión. —Es una lástima

que no venga usted con nosotros —dijo. Luego, dirigió su atención a Andrew. Mantuvo la sonrisa, pero su mirada era penetrante. —La asistencia de su hermano, sin embargo, es imperativa.

Sus palabras no contenían malicia ni amenaza. Sin embargo, a Andrew se le hizo un nudo en el estómago. Estaba seguro de que

Gemma no sabía nada de las exigencias de su madre para que se casara. No quería montar una escena en ese momento hablando de lo que sentía al respecto, sobre todo porque su hermana y su cuñado acababan de llegar. Pero lamentó haber accedido a acompañar a su madre a la fiesta.

Con un suspiro, le dedicó a la baronesa viuda una amplia sonrisa. —Casi

no puedo esperar —dijo.

Mientras volvía a sus pasteles, sintió la aguda mirada de su madre clavada en él. Pero estaba seguro de que ella, al igual que él, haría lo posible por evitar un conflicto. Lady Elsbrook sabía que la idea del matrimonio no le hacía feliz. Y ahora, sabía que tampoco le hacía feliz hablar de ello en ese momento.

Gemma le susurró algo ininteligible a su marido. Él le devolvió el murmullo con otra cosa y ella le dedicó una cálida sonrisa. Se puso de pie, juntó las manos delante de ella y esperó tímidamente a que tanto su hermano como su madre la miraran. —Deseo hacer un anuncio especial

—dijo, sonrojándose violentamente al mirar a su marido—. Edmund y yo estamos esperando nuestro primer hijo.

La habitación quedó en silencio por un momento, salvo por el ahogado suspiro de la baronesa. Luego, dejó a un lado con descuido su taza de té y sus pasteles y se levantó para abrazar firmemente a su hija.

—¡Oh, y justo a tiempo para vuestro primer aniversario de boda! —exclamó—. Esta es, sin duda, una noticia maravillosa, querida mía.

Gemma rió, devolviéndole el abrazo a su madre.

—Gracias, madre —dijo—. Supongo que le entusiasma la idea de ser abuela pronto.

Andrew contuvo la respiración, esperando otro de los mordaces comentarios de su madre. Pero no llegó ninguno. Ella retrocedió para sujetar a su hija por los hombros, sonriendo ampliamente.

—No se hace una idea —dijo con una risita infantil—. Oh, querida, me alegro tanto por usted.

Cuando la baronesa viuda finalmente soltó a su hija, Andrew aprovechó para abrazar a su hermana.

—Enhorabuena, Gemma —dijo, besándole ambas mejillas—. No podría alegrarme más por ti. Y no podría estar más contento con la perspectiva de ser tío.

Gemma rió, sonriéndole. —Estoy

segura de que, entre tú y madre, lo malcriarán hasta la saciedad —dijo.

Andrew sonrió.

—Ya lo sabes —contestó.

Mientras la baronesa volvía a acaparar a su hija, Andrew se dirigió a Edmund para estrecharle la mano y darle también a él la enhorabuena.

—Creo que debería invitarle a una copa para celebrarlo —dijo Andrew, sonriendo cálidamente—. Solo dígame cuándo le viene bien y podemos ir a White's, si le parece.

Edmund asintió y sonrió.

—Gracias, lo haré, me parece una buena idea, Andrew —dijo.

Andrew le devolvió la sonrisa. Conocía muy bien a Edmund y estaba claro que el conde amaba a Gemma profundamente y estaba encantado de esperar un hijo con ella. Se alegraba de que su hermana se hubiera casado bien. Pero ni siquiera eso bastaba para que la idea de su propio e inminente matrimonio le hiciera feliz.

Por el momento, sin embargo, apartó el pensamiento. Ver a su hermana, e incluso a su madre, tan felices por la alegre noticia fue algo profundamente conmovedor para él. Observó cómo las dos mujeres se secaban las lágrimas la una a la otra, además de las suyas propias, y reían y se abrazaban de nuevo.

Andrew apartó la vista cuando su madre posó una mano en el vientre de su hermana y empezó a hacerle arrumacos. Era una faceta de su madre que no recordaba haber visto nunca. Tenía que admitir que era un cambio agradable.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la baronesa viuda, secándose aún las lágrimas con su pañuelo—. Perdónenme. No debería sucumbir a tales emociones. —Sorbió por la nariz y se aclaró la garganta, guardando el pañuelo en el bolsillo—. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en Londres, querida Gemma?

La condesa también estaba guardando su pañuelo. Miró a su hermano y a su madre y les sonrió feliz.

—Nos quedaremos aquí toda la temporada, mamá, y me gustaría quedarme con usted, si no es un inconveniente. Edmund irá y vendrá entre aquí y el campo durante la temporada, y cuando esta concluya, fijaremos nuestra residencia permanente en el campo.

La baronesa viuda asintió y volvió a abrazar a su hija.

—Por supuesto que debe usted quedarse, ¡son noticias maravillosas! —dijo, volviéndose hacia su yerno—. Usted también es bienvenido, Edmund, cuando esté en la ciudad.

Edmund hizo una elegante reverencia.

—Gracias, lady Elsbrook —dijo cordialmente—. Pero me temo que es probable que a menudo tenga que descansar donde me pille el final del día. Pero estoy seguro de que también aceptaré su amable oferta, para poder pasar tiempo con mi bella esposa.

La baronesa sonrió.

—Muy bien —dijo—. Ahora, díganme, ¿han pensado ya algún nombre para el bebé?

Las mujeres volvieron a su animada charla sobre la llegada del bebé. Andrew se alegró de tratar solo con la compañía de Edmund. Hablaron del tiempo, de las próximas carreras y de las últimas tendencias en los negocios. Andrew se enteró de que el conde había abierto recientemente una línea comercial para importar metales preciosos para la fabricación de joyas. Tomó nota mental de ponerse al día sobre las últimas tendencias comerciales.

Una hora más tarde, su madre se levantó del asiento y le dirigió a Andrew una mirada muy significativa. —Ya

casi es hora de empezar a prepararse para el baile —dijo.

Andrew ahogó un gemido mientras se levantaba también. Se acercó y tomó las manos de su hermana, besándole la mejilla. —Qué bien

tenerte de nuevo en casa —dijo con sinceridad—. Y, de nuevo, estoy absolutamente encantado con la idea de ser tío.

Gemma se sonrojó y sonrió a su hermano.

—Gracias, Andrew —dijo.

Él y su madre se disculparon, dejando al conde y a la condesa terminar su té y luego instalarse en sus aposentos. La baronesa viuda se volvió hacia Andrew, con la mirada de nuevo afilada.

—Por favor, no llegue tarde —dijo antes de darse la vuelta y dirigirse a sus aposentos.

Esperó a que la puerta se cerrara tras ella antes de suspirar profundamente.

—No se me pasaría por la cabeza, madre —murmuró.

Andrew llamó a Wallace, que lo siguió sin demora a su dormitorio.

—Ese no, Wallace —dijo, mirando el chaleco y la levita bellamente bordados que el ayuda de cámara había dispuesto para él sobre la cama—. Algo más sencillo. De hecho… —se dirigió al armario y sacó una sencilla levita negra, entregándosela a Wallace mientras comenzaba a desvestirse—. Esta servirá.

—Por supuesto, señor —contestó Wallace, con una expresión de resignación en el rostro.

Siguieron rápidamente su rutina habitual y pronto Andrew estaba vestido a falta de la levita, y se sentó en el taburete mientras Wallace le peinaba. Se miró en el espejo, observando cómo le peinaban el cabello para darle forma. Como siempre, un mechón rebelde le caía sobre sus ojos entre verdes y castaños, y sonrió con suficiencia. Su madre ya le había dicho que necesitaba un corte de pelo, pero se negaba a obedecer. Una pequeña rebelión, lo sabía, pero satisfactoria al fin y al cabo. Cuando estuvo listo, despidió a Wallace y se tomó un par de copas para entonarse y hacer tiempo hasta que llegara la hora de marcharse a la velada.

Una hora después, Andrew y su madre iban en el carruaje de camino a Cresingdale Manor. Para su sorpresa, lady Elsbrook no había hecho ningún comentario sobre su sencilla apariencia o su pelo. De hecho, parecía rebosar de felicidad, algo que tampoco estaba acostumbrado a ver en ella. Decidió estar agradecido y simplemente intentar pasar la noche.

—El embarazo de Gemma es ciertamente una feliz noticia —dijo ella de repente.

Andrew asintió, comprendiendo el estado de ánimo de su madre.

—Lo es, en efecto —dijo—. No podría alegrarme más por ella y por Edmund.

Su madre volvió a guardar silencio, pero no le quitó los ojos de encima. Él enarcó las cejas inquisitivamente y estaba a punto de preguntarle por qué lo miraba, pero entonces cayó en la cuenta: le estaba insinuando que debía hacer como su hermana: casarse y tener hijos.

Una vez más, pensó en su padre y en la obsesión del difunto barón por la riqueza y los títulos. Andrew estaba decidido a cumplir su voto de no continuar nunca el linaje de los Elsbrook. Lady Elsbrook no necesitaba entender por qué. Él lo entendía, y sentía que era imperativo no participar en la producción de otro heredero que pudiera llegar a ser como su padre. O arriesgarse a convertirse él mismo en eso.

Para alivio de Andrew, el carruaje llegó a Cresingdale Manor en ese preciso instante. Su madre parecía querer hablar de nuevo, pero la parada del carruaje la detuvo. Él se levantó de un salto y abrió la portezuela del coche, bajando de un brinco para ayudarla a descender. —¿Vamos?

—preguntó, sonriendo y ofreciéndole el brazo.

Ella entrelazó el suyo con el de él, respiró hondo y asintió. —Vamos —dijo.

Capítulo Cuatro

Rowena contempló el enorme armario que se abría ante ella. Incluso antes de que su familia hubiera empezado a tener problemas económicos, jamás había visto una selección de vestidos tan magnífica. Había al menos uno de cada color que pudiera imaginar, y la mayoría eran de seda.

Estaba segura de que todos le quedarían bien, pues su hermana había prometido mandar a arreglar los que lo necesitaran. Pero a pesar de que había llegado a casa de su hermana varias horas antes para arreglarse, se preguntaba si estaría lista a tiempo para la fiesta. —Estoy

sin palabras —dijo Sally, haciéndose eco de los pensamientos de Rowena. Rowena

asintió, acariciando un vestido de seda rojo.

—¿Cuál debería ponerme? —preguntó. Sally

se dio unos golpecitos en la barbilla, pensativa.

—Vamos a probarle cada uno para ver cómo le sientan —dijo. Rowena asintió

. Durante

la hora siguiente, las mujeres hicieron precisamente eso. Cada vestido parecía más bonito que el anterior, y todos resultaban aún más hermosos cada vez que los sostenían frente a ella. Finalmente, tras mucho deliberar, Rowena se decidió por un vestido de seda azul pálido bordado con perlas alrededor del escote, el dobladillo y la cintura, con guantes a juego y zapatos blancos.

—¿Qué te parece, Benji? —Rowena se giró y le preguntó al perrito, que descansaba perezosamente en la cama, con la cabeza apoyada en las patas.

Soltó una risita cuando el perro resopló en sueños y se estiró, ignorándola por completo. —Lo

tomaré como un bufido de aprobación —dijo, todavía riendo. Sally

asintió.

—Creo que el azul combina a la perfección con sus ojos, señorita —dijo.

Sally ayudó con cuidado a Rowena a ponerse el vestido mientras esta se calzaba los guantes y los zapatos. Se maravilló de lo suave y lisa que era la tela en comparación incluso con sus vestidos de satén más elegantes. No pudo evitar sentirse aliviada por tener unos vestidos tan bonitos que lucir durante la temporada en lugar de los suyos, ya viejos. «Si tengo que encontrar marido, estos son los vestidos que lo conseguirán», pensó. Cuando

Rowena estuvo vestida, Sally le recogió con pericia su melena castaña en un moño prieto, dejando caer algunos rizos para enmarcarle el rostro. Le aplicó en las mejillas el colorete rosa más suave y le puso unas gotas de perfume de rosas detrás de las orejas y en el cuello. Luego, condujo a su señora hasta el espejo de cuerpo entero. Rowena

se miró asombrada. Hacía años que no se vestía para ningún evento social elegante. La transformación era asombrosa, sobre todo con un vestido que, en su opinión, la hacía parecer casi de la realeza.

—¡Señorita! —exclamó Sally, llevándose las manos al pecho—. ¡Está usted elegantísima! Su belleza es extraordinaria.

Rowena se sonrojó y se dispuso a darle las gracias a su doncella, pero justo en ese momento, un ladrido agudo rasgó el aire. Las mujeres se volvieron y vieron a Benji, ya completamente despierto, meneando el trasero y jadeando de emoción.

—Supongo que tenías razón, después de todo —dijo Rowena con una carcajada, acercándose para darle unas palmaditas al perro con cuidado de que no le manchara el vestido—. Sí que lo aprueba.

—Y yo también —dijo su madre desde la puerta. Rowena

se giró, sorprendida. Supuso que el ladrido de Benji había enmascarado el sonido de la puerta del dormitorio al abrirse. Le

sonrió tímidamente a su madre.

—Gracias, mamá —dijo. Su

madre le dedicó a Sally una sonrisa cálida y cansada.

—Me gustaría tener unas palabras a solas con mi hija, Sally —dijo.

Sally hizo una reverencia de inmediato, retrocediendo hacia la puerta.

—Por supuesto, Lady Worthingwood —dijo—. Esperaré fuera por si la señorita Whitworth vuelve a necesitarme. Una

vez que la puerta se cerró, la vizcondesa tomó la mano de su hija.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, con la preocupación grabada en el rostro.

Rowena intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora. Después de todo, no quería añadir más tensión a su madre de la que ya sentía. Pero la mirada perspicaz de su madre y la pesadez en el corazón de Rowena no le permitieron fingir. Suspiró y apretó débilmente la mano de su madre.

—Tan bien como cabría esperar, supongo —dijo—. Pero no estoy segura de poder enfrentarme a todo el mundo. Han pasado cuatro años desde el... escándalo, y tengo miedo de lo que la alta sociedad dirá sobre mi reaparición. —Respiró hondo antes de continuar—. El *ton* es famoso por no perdonar, como bien sabes, y desde luego nunca olvida. Y me temo que cuatro años no es tiempo suficiente para que nadie tenga que pararse a pensar mucho por qué mi nombre le resulta familiar.

A la vizcondesa le tembló el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tardó un momento en poder hablar, y Rowena deseó haber mentido en lugar de haber sido sincera.

—Oh, mi niña —dijo su madre, apartando la mirada avergonzada —. Daría cualquier cosa por que no tuvieras que pasar por esto. He rezado por despertarme y descubrir que todo es un sueño horrible. Lo siento tanto, Rowena.

Rowena negó con la cabeza, conteniendo sus propias lágrimas mientras abrazaba a su madre. Le había dicho la verdad y le había roto el corazón. Se negaba a llorar y a empeorarlo todo aún más.

—Mamá, no pasa nada —dijo, esforzándose por sonar alegre—. Lo hago por nosotras. Después de todo, el mayor escándalo para nuestra familia sería que nos arrojaran a la calle. Eso es lo último que deseo. Si este es el precio que hay que pagar para evitarlo, entonces estoy dispuesta a pagarlo.

La vizcondesa asintió, dándole palmaditas en la espalda a su hija. Pero Rowena pudo sentir cómo su madre se tensaba en sus brazos, y pudo adivinar lo que estaba pensando. No habría riesgo de escándalo ni necesidad de obligar a Rowena a casarse para salvar a su familia si no fuera por los hábitos descontrolados de su padre.

Y aunque la vizcondesa, como mujer, nunca podría haber hecho nada para impedir que su marido hiciera lo que le placía, una parte de ella todavía se culpaba.

—Lo sé, cariño —dijo al cabo de un momento, con aire resignado. Se echó hacia atrás y se secó las lágrimas de las mejillas —. Pero verte así me duele.

Rowena sonrió, aunque el esfuerzo fue doloroso.

—Pero no es imposible que acabe siendo feliz, madre —dijo, obligándose a creerlo—. No puedo descartar esa posibilidad. Ni tú tampoco deberías.

La vizcondesa volvió a asentir, pero su expresión seguía siendo dubitativa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Rowena —dijo. Rowena

sonrió, aunque se sentía de todo menos orgullosa de sí misma.

—Haré que te sientas orgullosa, mamá —dijo.

Unos instantes después, las dos mujeres salieron de la habitación. Escoltadas por Sally, bajaron las escaleras. Rowena respiró hondo y se preparó mientras ella y su madre entraban en el salón de baile. Por un momento, Rowena olvidó todos sus problemas, cautivada por la pura belleza del lugar. Ignoró la sala llena de gente y, en su lugar, se detuvo a admirar la decoración. Todo

era azul y plateado, hasta la vajilla y las copas de champán. Las mesas de los refrescos estaban repletas de pasteles, quesos, pan tostado, empanadas, jaleas y cortes de carne asada. También había grandes cuencos de fruta fresca espaciados uniformemente a lo

largo de cada mesa. Y, por supuesto, había mucho champán y limonada, por lo que Rowena se sintió agradecida. Rara vez bebía, pero aquella noche parecía una buena velada para empezar. —Estáis

radiantes, mis queridas —dijo el vizconde detrás de ellas.

Rowena no necesitó darse la vuelta para saber que su padre ya se había servido una copa. Pudo olerle el aliento incluso antes de girarse para mirarlo, pero intentó disimular su mueca con una sonrisa. —Gracias

, padre —dijo, con más frialdad de la que pretendía.

Sintió que su madre se tensaba a su lado y se sintió culpable al instante. Se obligó a besar a su padre en la mejilla, retrocediendo para que él pudiera besar la de su esposa. Juntos, la familia se dirigió hacia las mesas de los refrescos. A

medida que más invitados empezaban a entrar en el salón, Rowena se sirvió una copa de champán. Fue tan discreta como pudo al beberse la primera copa con bastante rapidez. Luego cogió otra y examinó despreocupadamente la sala. Hizo lo posible por esbozar una sonrisa agradable. Si quería atraer a un marido, difícilmente podía parecer tan desdichada como se sentía. Sin

embargo, su sonrisa no duró mucho. No tardó en darse cuenta de que la gente la miraba con insistencia. Se le hizo un nudo en el estómago y dio un largo sorbo de champán. Evitó cruzar la mirada con nadie, decidida a no hacer la velada más difícil de lo que ya sabía que sería. Rogó que su madre no la dejara sola. Y si lo hacía, Rowena decidió que huiría. —Cariño

, ¿estás bien? —le preguntó la vizcondesa de nuevo.

Rowena miró a su madre y suspiró.

—No —admitió con una sonrisa triste—. Pero lo estaré. —«Y este champán se encargará de ello». Su

madre le dirigió una mirada cómplice. Cogió una copa de champán, a pesar de que no bebía, dio un sorbo y, tras hacer una mueca, se la entregó a su hija.

—Te quiero, cariño —dijo su madre en voz baja—. Estaré aquí contigo todo el tiempo que me necesites.

Rowena asintió. No quería admitir cuánto necesitaba a su madre. Pero se alegraba de saber que la vizcondesa no la

abandonaría.

—¡Cielo santo! —dijo Nancy, sobresaltando a Rowena, que no había visto acercarse a su hermana—. Estáis las dos radiantes. Rowena

abrazó a su hermana, sonrojada.

—Es todo gracias a tus preciosos vestidos, hermana —dijo.

Nancy negó con la cabeza, besando la mejilla de su hermana.

—Es porque eres hermosa —dijo.

Rowena pudo ver que más gente las miraba, pero sabía que tenía que ser valiente. Mantuvo la cabeza alta y fingió no darse cuenta de que la miraban fijamente.

—Desde luego, es una fiesta encantadora —dijo Rowena para cambiar de tema.

Nancy rio.

—¿A que sí? —preguntó—. Y eso que todavía no ha empezado de verdad. Tomó del brazo a su hermana menor y sonrió.—Y, a ese respecto, dejad que os presente a madre, a padre y a ti a algunos de los invitados.

A Rowena se le paró el corazón. Había planeado intentar evitar a los invitados tanto como fuera posible. Pero ahora que su hermana se lo había propuesto, difícilmente podía negarse. Miró nerviosa a su madre, que le dio una suave palmadita en la espalda.

—Muy bien —dijo Rowena en voz baja.

—Eso suena estupendo, querida —dijo el vizconde, pasando torpemente un brazo por el de su esposa—. Guíanos.

Mientras Rowena recorría la sala con su familia, intentó convencerse de que la noche no sería un completo desastre. Pero al acercarse a un caballero que estaba de espaldas a ellos, se le revolvió el estómago. ¿Y si la velada resultara ser tan mala como anticipaba?

Capítulo cinco.

Andrew estaba de pie con una copa de champán a la vista, apretada contra el pecho, y otra a medio llenar detrás de la espalda, fuera de la vista de los demás invitados. Hacía todo lo posible por evitar cruzar la mirada con nadie mientras fingía contemplar la sala con indiferencia.

De vez en cuando, simulaba mirar el alto reloj de la pared cercana para poder dar un sorbo de su copa secreta. Un caballero nunca hacía alarde de excederse con la bebida, como diría lady Elsbrook. Pero

si no fuera por ser un caballero, no sentiría estas ganas de beber, pensó con amargura, tomando un pequeño sorbo de la copa que tenía a la vista. Deseaba estar de vuelta en su casa de campo, en su propio estudio, bebiendo coñac y mirando la chimenea. Consideró la posibilidad de escabullirse de Londres en mitad de la noche y regresar al campo. Se enfrentaría a la ira de su madre, pero al menos no tendría que soportar más a la alta sociedad. Se

percató de inmediato cuando la atención de la *ton* se desvió hacia la entrada del salón de baile. Andrew gimió para sus adentros, preparándose para la presentación de otro noble insufrible. Se giró, terminando a toda prisa su champán secreto y dejando la copa a un lado. Entonces, miró hacia la puerta. Al ver la causa de la distracción, se relajó y sonrió. Nancy

Cresswall, condesa viuda de Cresingdale, había entrado con lo que supuso que era su familia a su zaga. Conocía a su señoría por sus negocios con su marido, Colin, antes de que este muriera. Lady Cresingdale era una mujer muy amable y agradable, una de las pocas de su clase en la *ton*. Por eso, cuando se le acercó, se alegró de saludarla a ella y a sus acompañantes calurosamente. —Buenas

noches, lady Cresingdale —dijo él, haciendo una reverencia mientras ella hacía una genuflexión. —Buenas

noches, lord Elsbrook —dijo ella—. Qué alegría volver a verle.

Andrew sonrió, mirando con curiosidad detrás de la condesa viuda. —El

placer es mío, mi lady —respondió él—. ¿Cómo se encuentra? Lady

Cresingdale sonrió con tristeza.

—Todo lo bien que cabe esperar —contestó—. Me gustaría presentarle a mi querida familia, si me lo permite.

Andrew siguió sonriendo, pero se le encogió el estómago. Con suerte, haría las presentaciones rápidamente y luego se llevaría a su familia a socializar con los demás invitados. Lo único que deseaba era que la velada terminara sin más contratiempos.

—Por supuesto —dijo cortésmente.

La condesa viuda se giró e hizo un gesto hacia las personas que estaban a su lado.

—Estos son mis padres, Gerald y Martha Whitworth, el vizconde y la vizcondesa de Worthingwood —dijo, haciendo una pausa mientras ellos hacían una reverencia y una genuflexión, respectivamente—. Y esta es mi hermana menor, la señorita Rowena Whitworth. —Se volvió hacia su familia y añadió—: Este es Andrew Elton, barón Elsbrook. El barón hizo muchos negocios con mi querido Colin. Fue un amigo maravilloso, entonces y ahora.

Andrew se sonrojó ante el elogio e hizo otra reverencia.

—Es un placer conocerlos a todos —dijo. —Es

un placer conocerle, lord Elsbrook —dijo lady Worthingwood, dedicándole una amable sonrisa.

El resto de la familia fue devolviéndole el saludo por turnos. Cuando le llegó el momento de hablar a la hija mediana, Andrew se encontró con sus ojos. Era una mujer bonita que, según calculó Andrew, rondaría la veintena. Pero lo que le llamó la atención de inmediato fueron sus ojos de un azul aciano.

Uno de sus rizos castaños oscuros le había caído sobre los ojos, pero no hizo ademán de apartárselo. Se sonrojó mientras se miraban, pero no apartó la vista. Cuanto más la miraba, más

hermosa la encontraba. ¿Cómo era posible que no estuviera casada a su edad? ¿Era una solterona? O, tal vez, ¿una viuda, como su hermana?

Justo cuando se dio cuenta de que se habían estado mirando el tiempo suficiente para provocar un escándalo, la orquesta tocó los primeros acordes de la velada. Andrew parpadeó y desvió la mirada, esperando que nadie se hubiera percatado de que la suya se había demorado en la señorita Whitworth. Al hacerlo, vio a su madre dirigiéndose directamente hacia él, con lady Viola y sus padres pisándole los talones. Si

me alcanzan, me veré obligado a bailar con ella, Andrew se dio cuenta. No habría forma de evitar sacar a bailar a lady Viola con sus padres, concretamente su padre, presentes. La *ton* esperaba que se invitara a una joven a bailar si sus padres estaban allí. Y lo último que quería era bailar con lady Viola.

A Andrew se le ocurrió una idea mientras su madre y su séquito se acercaban. Sintió cierta vergüenza por la ocurrencia, pero en ese momento le pareció su única opción. Le dedicó a la señorita Rowena una sonrisa encantadora y le tendió la mano.

—Señorita Rowena, ¿me concedería el honor de compartir conmigo este primer baile? —le preguntó.

La mujer pareció sorprendida y, por un momento, Andrew pensó que podría rechazarlo. Pero entonces, le dedicó una extraña media sonrisa y levantó la mano.

—Estaría encantada —dijo ella con una voz tan misteriosa como su sonrisa.

Andrew le dedicó una sonrisa insegura mientras ella ponía la mano en la suya. Fingió no darse cuenta de la expresión de su madre mientras conducía a la joven a la pista de baile. Sin embargo, vio que tenía una mirada de desdén. Sabía que probablemente tendría que dar explicaciones más tarde por su precipitada decisión, pero estaba decidido a no bailar con lady Viola. No soportaba pasar tiempo con una mujer incapaz de mantener una conversación sensata.

Centrando toda su atención en la señorita Rowena Whitworth, Andrew encontró un buen sitio en la pista de baile, lejos de la

penetrante mirada de su madre. Se preparó y posó la mano en la parte baja de la espalda de su pareja, y de repente se quedó sin aliento al sentir que un escalofrío de excitación lo recorría. La miró, pero ella tenía la vista clavada en el suelo, y él se sacudió mentalmente.

Deben de ser los nervios, pensó Andrew para sus adentros mientras la orquesta empezaba la primera melodía. Para empezar, no quería estar en esa maldita fiesta, y ahora su madre estaría furiosa con él. Solo había utilizado a la mujer que tenía en sus brazos para evitar los planes casamenteros de su madre. Y acababa de conocerla. No había la menor atracción. Se dio cuenta de que le estaba dando demasiadas vueltas al asunto y esbozó su sonrisa más encantadora.

La pareja bailó un momento en silencio. Andrew empezó a relajarse. La señorita Whitworth parecía una de esas mujeres calladas y tímidas que preferían el silencio a entablar una conversación insulsa y vacía. Tal vez su decisión de bailar con ella había sido buena, después de todo.

—Sé lo que ha hecho —dijo ella de repente, con voz algo indignada. Y bastante encantadora, no pudo evitar reparar en ello.

Andrew frunció el ceño, genuinamente confundido.

—¿Perdone? —preguntó—. Creo que lo único que he hecho ha sido pedirle un baile.

La mujer le sostuvo la mirada con firmeza con sus ojos de un azul aciano, y a él le dio un vuelco el corazón, aunque vio algo parecido a la ira y el dolor en ellos.

—En efecto —dijo—. Pero lo ha hecho simplemente para utilizarme como un peón.

A Andrew le costó mantener una expresión neutra. Era imposible que supiera lo que había estado pensando. ¿Lo habría confundido con otra persona?

—Lo siento —dijo, encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. Me temo que no la entiendo.

La señorita Rowena rió entre dientes y, a pesar de la amargura que había tras ella, sonó tan encantadora como su voz al hablar.

—Bueno, yo lo entiendo perfectamente —dijo—. Solo me ha pedido que baile con usted porque estaba evitando a una madre entrometida y casamentera.

A Andrew se le desencajó la mandíbula. Se maldijo por ello, pero no pudo obligarse a cerrarla. Ella había adivinado sus motivos con total acierto. Pero ¿cómo? No había hablado con ella más que para saludarla durante las presentaciones y para pedirle que bailara.

La mujer volvió a reír entre dientes.

—Sí, ya me lo imaginaba —dijo—. Y le advierto ahora mismo que me niego en rotundo a participar en el juego que se traiga entre manos, mi lord.

Volvieron a guardar silencio, con Andrew estupefacto. No podía admitir que ella tuviera razón. Pero parecía tan segura de lo que había dicho… Todavía era posible que se estuviera tirando un farol, por la razón que fuese, pero la mirada en sus ojos le decía que no era así.

—C-creo que debe de estar confundida, señorita Whitworth —empezó a decir Andrew, pero la mirada de la mujer se agudizó. —No

soy tonta —dijo—. Lo cual es casi tan malo como que me utilicen de peón. No permitiré que haga ninguna de las dos cosas. Sé lo que ha hecho, y no me ha gustado ni un pelo.

Andrew no pudo hacer otra cosa que mirarla con cara de pasmado. Estaba claro que no se estaba tirando ningún farol. Pero ¿cómo había descubierto sus intenciones?

Capítulo seis

—Lo sabía —dijo Rowena, sonriéndole a lord Elsbrook con aire triunfal mientras él la miraba boquiabierto y en un silencio atónito—. Solo pretendía utilizarme. No me ha pedido que bailara con usted hasta que una dama mayor, con un sorprendente parecido a usted, se ha dirigido hacia nosotros. Ha sido todo muy evidente. Las

mejillas del barón enrojecieron, pero era testarudo. —¿Y

por qué iba yo a hacer algo así? —preguntó, fingiendo sorpresa. Rowena

suspiró. No estaba enfadada con él por mentir ni por sus falsas intenciones. Al fin y al cabo, era algo a lo que estaba bastante acostumbrada. Pero sí deseaba que lo confesara, aunque no explicara por qué había hecho lo que había hecho. Era lo bastante inteligente para comprender que un barón apuesto como él no tenía ninguna necesidad de bailar con una paria social como ella. ¿De verdad no se daba cuenta de lo evidente que había sido?

En lugar de responder, enarcó las cejas. Si no iba a admitir lo que había hecho, le daría algo en lo que pensar.

—Podría llegar a lamentar una decisión tan precipitada e irreflexiva —dijo con naturalidad—. Estoy segura de que es consciente de que bailar con una intelectual de renombre podría perjudicar bastante su reputación.

Mantuvo la barbilla alta y siguió sosteniéndole la mirada al barón, aunque era muy consciente de que estaba hablando más de la cuenta. Sin embargo, se negaba a que un caballero la utilizara de nuevo como un peón. Al menos, no sin hacer que se retorciera incómodo por ello.

Para su sorpresa, sin embargo, la expresión del barón cambió. Sus labios se crisparon con un matiz de diversión y él también enarcó las cejas.

—Tiene usted toda la razón —dijo—. Pero, en ese caso, quizá eso tenga poca importancia para mí. Le

tocó a Rowena sorprenderse. ¿Sabía quién era y no le importaba su reputación? ¿O estaba bromeando, pensando que ella le tomaba el pelo?

—¿Y por qué podría ser eso? —preguntó ella.

No esperaba realmente una respuesta, considerando que toda su conversación había girado en torno a que él evitaba darle explicaciones. Pero, una vez más, su rostro cambió, y pareció cansado y derrotado. —Mi

madre desea que me case —dijo—. Decir que no tengo ningún deseo de hacerlo es quedarse muy corto.

Una vez más, Rowena se quedó atónita. Había pasado de la negación absoluta a la sinceridad total. No sabía qué pensar del extraño comportamiento del barón, pero ahora sentía curiosidad.

—Si no desea casarse, ¿por qué asiste a los eventos de la Temporada? —preguntó—. Debe de saber que más de la mitad de las mujeres aquí presentes buscan marido.

Lord Elsbrook se rió entre dientes. —

Por supuesto que lo sé —dijo—. Fue idea de mi madre. —Hizo una pausa y sonrió—. Afortunadamente, ha sido usted lo bastante amable para aceptar mi invitación a bailar.

Rowena tomó aire bruscamente para evitar sonrojarse. —Pero

¿por qué yo? —preguntó. Sabía que no era porque estuviera interesado en ella, eso estaba claro. Y no quería parecer una jovencita tonta dando la impresión de que lo creía.

La sonrisa del barón se ensanchó.

—Porque me ha evitado tener que bailar con una dama cuya capacidad intelectual aburriría hasta a las piedras —dijo.

Rowena se mordió el labio para ocultar una sonrisa al imaginarse un muro de piedra derrumbándose de aburrimiento. Se maldijo, pues tenía toda la intención de mostrar al caballero lo seria que era en cuanto a no ser utilizada como un peón. Se recuperó

rápidamente, al ocurrírsele otro pensamiento. Frunció el ceño mirando al barón mientras él le daba una vuelta, pensando cuidadosamente antes de hablar. ¿Será que solo considera que las damas tienen la cabeza hueca? ¿Cómo podría demostrarle que se equivocaba?

—Entonces, ¿no le intimida que una dama tenga sus propias ideas, como a la mayoría de los caballeros? —preguntó. Extrañamente, se descubrió esperando una respuesta afirmativa.

El barón soltó una carcajada de repente, lo bastante fuerte como para atraer la atención de las parejas de baile más cercanas. Rowena se sonrojó, deseando al instante haber permanecido en silencio. Como solterona e intelectual, sabía que no debía atraer una atención no deseada. Necesitaba encontrar marido, y difícilmente lo conseguiría dándole a la *alta sociedad* más motivos para cotillear sobre ella.

—En absoluto —dijo Andrew cuando terminó de reír—. Deseo conocer a una dama que pueda desafiarme intelectualmente. Me parece que la mayoría de las damas de la *alta sociedad* solo pueden conversar sobre moda, el tiempo y cotilleos de gente que ni siquiera conocen. Para mí, una mujer con sus propias ideas sería más estimulante de lo que la mayoría podría apreciar.

Rowena parpadeó repetidamente. Parecía que el barón estaba lleno de sorpresas. Y más sorprendente aún era lo intrigada que se sentía por él. Sabía que era ridículo, porque no había posibilidad de que un caballero como él pudiera interesarse en ella. Y, sin embargo, sabía que podía ofrecerle el desafío intelectual que él decía desear.

Antes de que la conversación pudiera continuar, el baile llegó a su fin. Rowena no pudo evitar sentirse algo decepcionada mientras el barón la acompañaba fuera de la pista de baile. Sin embargo, percibió tensión en él, lo que le indicó que estaba encantado de librarse de ella. Intentó ocultar la sensación de rechazo mientras intercambiaban reverencias.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Whitworth —dijo él, soltándole la mano con bastante rapidez. Rowena

sonrió, más por cortesía que por sinceridad. —Igualmente

, lord Elsbrook —dijo—. Que encuentre a esa dama intelectualmente desafiante que busca.

Con eso, se dio la vuelta y regresó hacia donde estaban sus padres. Todavía le irritaba que la hubiera utilizado para escapar de bailar con una dama elegida por su madre. Pero una parte de ella se alegraba de que lo hubiera hecho, lo que la frustraba aún más. ¿Estaba el resto de la Temporada condenada a continuar de esa manera para ella?

Como Rowena había temido, ningún caballero, salvo el que la había utilizado, ni siquiera intentó acercarse a ella para un baile. Cuando Nancy corrió a su encuentro, Rowena casi se desplomó de alivio. Al menos hasta que su hermana habló.

—Hermanita querida —arrulló, apartando un rizo de su cabello para colocárselo detrás de la oreja—, ¿quieres que te presente a algunos de mis otros amigos? Conozco a muchos de los hombres casaderos que hay aquí, ya que eran amigos y socios de Colin.

Rowena negó con la cabeza con demasiada firmeza.

—No —dijo bruscamente. Luego, soltó una risa nerviosa y le dedicó a su hermana una suave sonrisa—. No, Nan. No pasa nada. Me estoy divirtiendo tal como estoy. El caballero adecuado vendrá a mí. No tendré que ir tras él.

Nancy la estudió por un momento, y Rowena intentó parecer tan segura y relajada como sonaba. Deseó haber bebido más champán; de haberlo hecho, podría haber sido casi creíble.

—Muy bien —dijo Nancy al fin, dándole un rápido beso en la mejilla—. Pero si cambias de opinión, ven a buscarme. Estaré encantada de presentarte a quien quieras.

Rowena tocó el brazo de su hermana y sonrió de nuevo.

—Lo haré —dijo—. Pero estoy bien. Te lo aseguro. Cuando

Nancy finalmente se excusó, Rowena volvió directamente a las mesas de los refrescos y se sirvió otras dos copas de champán. En su mayor parte, todo el mundo había pasado de mirarla a esforzarse por no hacerlo. Por lo tanto, si quería beberse dos copas de champán, ¿qué les importaba a ellos? Aun así, se bebió una lo más rápido que pudo, para no estar sosteniendo dos copas el tiempo

suficiente para que alguien se diera cuenta. *¿Puede algo de esto ir a peor?*

La noche terminó por fin, y Rowena no volvió a ver al barón. Supuso que había logrado escabullirse de la fiesta, y de las maquinaciones de su madre, como había confesado que esperaba desde el principio.

Aunque a Rowena todavía le dolía que la hubiera utilizado, como había hecho Jason, no pudo evitar sentir un poco de lástima por él. Era como ella; forzado a un matrimonio que no quería, por el bien de un progenitor que no le daba opción. Aun así, se alegraba de que su baile hubiera terminado hacía mucho y de que probablemente nunca volvería a encontrárselo en ninguna otra fiesta. ¿O no? *** A la

mañana siguiente, Rowena sonrió mientras la imagen de un apuesto caballero persistía en su mente adormilada. Solo le llevó un momento darse cuenta de que era lord Elsbrook. Se ruborizó de irritación. ¿Cómo era posible que siguiera pensando en ese hombre tan grosero? Aunque fuera guapo, también era bastante arrogante. Y su presunción de que ella era tan ingenua y cabeza hueca como las demás mujeres era increíblemente insultante. No deseaba otra cosa que olvidar a ese hombre y seguir con su vida… y con el resto de la horrible Temporada.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Se giró a tiempo de ver entrar a Sally, con una expresión muy preocupada. —Sally

—dijo, sonriendo—. Por favor, entra.

La doncella obedeció, pero su expresión no cambió.

—¿Tiene un minuto, señorita? —preguntó, mordiéndose el labio.

Rowena se rió entre dientes. —Aún

no estoy ni vestida, querida —dijo, intentando sonar alegre—. Por supuesto que tengo tiempo para hablar contigo. ¿Qué ocurre?

Sally tomó la mano de Rowena por un momento antes de soltarla rápidamente y retorcerse las suyas. Luego, se sentó en la cama con Rowena, sacando algo del bolsillo de su delantal.

—¿Qué es esto? —preguntó Rowena, desdoblando el papel que Sally le había entregado.

—Mire —dijo Sally, sonando tan nerviosa como aparentaba. El

corazón de Rowena se encogió al darse cuenta de que sostenía la última edición de las crónicas de sociedad del *London Times.* Tragó saliva, alisando el papel para poder leerlo. no tardó en ver de inmediato cuál era el problema: La

deshonrada hija de los Whitworth, vista bailando con el estimado lord Elsbrook.

Respiró hondo antes de echar un vistazo al artículo. Mientras leía, se hizo dolorosamente evidente que nadie en la *alta sociedad* había olvidado el escándalo sobre ella y Jason. Fue la última línea, sin embargo, la que hizo que se le cayera el alma a los pies:

No cabe duda de que el soltero en cuestión solo bailó con la dama por lástima.

Rowena sintió que la habitación daba vueltas y que sus mejillas ardían. Nunca había deseado tanto que la tierra se la tragara como en aquel momento. No solo había sido deshonrada una vez en la *alta sociedad,* ¡ahora estaba sucediendo de nuevo! Y era demasiado tarde para detenerlo.

Aunque el artículo estaba equivocado —no había bailado con ella por lástima—, eso no importaba nada. Nunca podría contarle a nadie lo que el barón le había confesado mientras bailaban. ¿Y si él había mentido? De todos modos, aunque alguien la creyera, solo sometería a su señoría a un mayor escrutinio. Y, por muy grosero y arrogante que fuera, estaba segura de que él no se merecía eso.

Con un suspiro, se dejó caer de espaldas en la cama. Se quedó mirando el techo, cerrando los ojos y esperando que el mundo hubiera desaparecido cuando los abriera de nuevo. —¿Hay

algo que pueda hacer, señorita? —preguntó Sally con dulzura.

Rowena se cubrió el rostro y asintió. —Contrata

a un mago para que me haga desaparecer —dijo—. *No es así como deseaba hacer mi reingreso en la Sociedad…*

Capítulo Siete

A la mañana siguiente del baile, Andrew se despertó malhumorado. Lo primero en lo que pensó fue en la señorita Whitworth. Aquella mujer no había hecho más que importunarlo la noche anterior. Y, sin embargo, no podía evitar sentirse intrigado por ella. No lograba entender cómo se había dado cuenta de que la había utilizado como excusa para eludir los planes que su madre tenía para él. Tampoco comprendía cómo había podido hablarle con tanto atrevimiento y descaro. ¡Y en público, nada menos! Frustrado

, se acercó a la jofaina. Todavía intentaba comprender su interés por aquella intelectual, como se había definido a sí misma, cuando su ayuda de cámara entró en la habitación.

—Buenos días, lord Elsbrook —dijo Wallace, haciendo una reverencia—. ¿Está listo para que le ayude a vestirse?

—Buenos días, Wallace —masculló Andrew, agradecido de que los años que llevaban juntos le hubieran enseñado a Wallace a mantener la boca cerrada por las mañanas. Se echó agua a la cara rápidamente y la hundió en una toalla limpia mientras asentía. Esperaba borrar cualquier rastro de sus perturbadores pensamientos junto con las últimas huellas de sueño.

—Lo estoy —murmuró contra la toalla.

Oyó a Wallace acercarse al armario, abrir las puertas y empezar a seleccionar la ropa de su señor para ese día. Andrew se frotó la cara una vez más antes de echar a un lado la toalla y reunirse con el ayuda de cámara. Fingió examinar sus opciones con atención, a pesar de que mantenía un vestuario sencillo, limitado principalmente al negro y a tonos de azul oscuro, en el que prefería estilos y tejidos similares. Tenía riqueza más que suficiente para comprar atuendos más elegantes, pero no le veía el sentido, para gran decepción de Wallace.

Obligándose a apartar de su mente a la irritante mujer de la noche anterior, Andrew se puso de acuerdo con Wallace en una levita negra, un chaleco azul y unos pantalones de color claro. Esperó pacientemente mientras Wallace lo vestía, pero, mientras el ayuda de cámara trabajaba, su mente volvió a divagar hacia el rostro de la dama con la que había bailado la noche anterior. Tenía los pómulos altos y una sonrisa agradable, aunque irónica. Sus ojos, que brillaban con impertinencia, eran de un precioso azul claro, y su piel pálida hacía que su pelo castaño oscuro pareciera aún más negro.

¿Pero qué demonios? pensó, sacudiéndose mentalmente con firmeza. *Esa mujer seguramente será tan insufrible como heterodoxa.* Pero incluso mientras se esforzaba por pensar en otras cosas para no pensar en ella, se preguntó lo intrigante que podría resultar aquello.

Una vez vestido, se reunió con su madre en el salón para desayunar. Esbozó una sonrisa tensa, todavía amargado por sus recuerdos de la noche anterior. Sin embargo, su madre no sonreía cuando él entró. De hecho, fruncía el ceño con evidente desaprobación.

—Buenos días, madre —dijo él con cautela, inclinándose para besarla en la mejilla.

Cuando ella se apartó, él también lo hizo. La miró, perplejo, esperando a que dijera algo para explicarse. Sin embargo, en lugar de eso, ella alargó la mano por detrás y le entregó una página. Él apretó los dientes para no soltar un quejido mientras tomaba asiento frente a ella.

—Madre —dijo, suspirando—. Espero que no te hayas tomado la molestia de recopilar otra lista. Con una es más que suficiente, ¿no crees?

Su madre entrecerró los ojos al mirarlo, y él supo al instante que lo que fuera que la había contrariado debía de ser grave, al menos desde su punto de vista. Fruncir el ceño se consideraba impropio de una dama como ella.

—No es momento para bromas, Andrew —dijo ella con brusquedad.

Andrew abrió la boca para seguir interrogando a su madre. Pero ella se limitó a agitar el papel que tenía en la mano de forma elocuente y a seguir dedicándole su mirada gélida. Él cogió el papel a regañadientes, sin saber qué esperar. Pero cuando le echó un vistazo, no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿La última hoja de escándalos? —preguntó, murmurando para sí mismo. Su madre

resopló y retiró la mano en cuanto él cogió la página, pero no dijo nada más.

Andrew desdobló la página y la sostuvo para leerla. Vio al instante que la alta sociedad estaba alborotada por su baile con la señorita Whitworth. Pero ¿por qué? —Harías

bien en mantenerte alejado de esa mujer —dijo su madre antes de que tuviera la oportunidad de leer el artículo entero—. Tiene una reputación bastante escandalosa.

Sintiéndose de repente a la defensiva, Andrew se puso el periódico en el regazo y miró a su madre con leve irritación.

—¿Y eso por qué? —preguntó, sintiéndose un poco rebelde. Aunque la señorita Whitworth lo había molestado la noche anterior, no le gustaba la idea de que su madre le dijera lo que no podía, o no debía, hacer.

Su madre lo miró como si acabara de hablarle en un idioma extranjero.

—Estuvo en boca de toda la ciudad —dijo con naturalidad—. Hace varios años, la dejaron plantada durante un cortejo escandaloso.

Andrew negó con la cabeza. No recordaba ninguna historia concreta que pudiera referirse a la señorita Whitworth. Por otra parte, nunca estaba al día de los cotilleos. Era muy consciente de que la mitad de lo que decía la gente era en gran parte falso y que la otra mitad eran meras especulaciones y opiniones vulgares.

La gente con reputación escandalosa nunca era respetada en la alta sociedad, como tampoco lo era la gente que se asociaba con ella. Aun así, no se arrepentía de haber bailado con esa mujer, por muy irritante que hubiera sido.

—No está bien hablar mal de alguien a quien no se conoce, madre —dijo, citando algo que ella le había dicho una vez cuando era niño, al burlarse de una vieja amiga de su madre que cojeaba un poco.

La baronesa viuda lo fulminó con la mirada. Se sintió mal por haber disgustado a su madre, pero también estaba enfadado por su impertinencia. Ya era bastante malo que intentara obligarlo a casarse, pero ¿tenía que aguantar también que intentara elegir a su novia?

E incluso si la reputación de la señorita Rowena era tan escandalosa como decía su madre, no podía arrepentirse de haber bailado con ella. ¿Y qué quería decir su madre con un «cortejo escandaloso»? Si su virtud se hubiera visto comprometida, hasta él lo sabría. Así que, ¿de qué otra manera podría considerarse escandaloso un cortejo?

—Resulta que conozco a la familia de esa joven —dijo—. Su madre y yo hemos hablado a menudo en fiestas y eventos. No diría que somos buenas amigas, pero parece bastante agradable. ¡Y tengo oídos para saber lo que la alta sociedad dice de la señorita Whitworth!

Andrew puso los ojos en blanco.

—Odio los cotilleos —dijo.

La baronesa viuda resopló.

—Esto no es un rumor —dijo—. Toda la alta sociedad sabe que hace varios años la dejaron plantada durante un cortejo escandaloso.

Andrew miró a su madre confundido.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. ¿Ha sido deshonrada?

Su madre se sonrojó intensamente y apartó la mirada de su hijo.

—Pero bueno, Andrew —dijo con brusquedad—. No es nada de eso. No conozco toda la historia, pero sé que la dejaron plantada cuando su pretendiente puso fin a su cortejo abruptamente. Quizá el joven cambió de opinión después de cortejarla. En cualquier caso, su reputación ha quedado en entredicho desde entonces.

Andrew asintió lentamente. Recordó lo que la señorita Whitworth había dicho la noche anterior, sobre no ser utilizada como

un peón. ¿Qué le había pasado?

—Simplemente mantente alejado de ella, Andrew —dijo su madre de nuevo—. Además, no hay necesidad de asociarse con gente de su calaña cuando tienes a una joven encantadora como lady Viola prácticamente suplicando tu afecto.

Andrew negó con la cabeza. —Tú y tus ideas

, madre —dijo con rotundidad, volviéndose hacia su desayuno.

Oyó a su madre hacer un ruidito de desaprobación, pero se negó a seguir entreteniendo sus tonterías, sirviéndose un café cargado y dando cuenta de un poco de jamón y huevos con entusiasmo. Pasara lo que pasara, estaba decidido a no ceder al deseo de su madre de que se casara con lady Viola. Es más, estaba decidido a pasar el menor tiempo posible con su madre.

***

Más tarde, esa noche, Andrew fue a White's. Había recibido una nota de Edmund diciendo que estaría en la ciudad esa noche, y Andrew tenía la intención de cumplir su promesa de invitar a su cuñado a una ronda de bebidas. También era una buena excusa para alejarse de su madre.

El conde llegaba justo cuando Andrew bajaba de su carruaje frente al club, así que los dos hombres entraron juntos. Buscaron un reservado agradable y bien iluminado, y Andrew pidió dos copas del mejor brandy de la casa. Luego, se volvió hacia Edmund, sonriendo ampliamente. —Me

alegro de que hayas aceptado mi oferta —dijo.

El conde asintió. —Por supuesto

—dijo—. Un hombre nunca debe rechazar una bebida gratis.

Andrew rió de buena gana. —Ningún

hombre inteligente, desde luego —dijo.

Cuando llegaron sus bebidas, Andrew alzó su copa hacia Edmund.

—Por el futuro padre —dijo—. Y por un bebé feliz y sano para ti y mi hermana.

Edmund chocó su copa con la de él y brindaron por Gemma y el bebé. —Ciertamente

estoy entusiasmado con todo esto —confesó Edmund—. Espero que el hecho de que vaya a ser padre sea un buen augurio para mi nueva empresa de importación de metales preciosos que te mencioné. Ha habido mucho interés por parte de posibles inversores.

Andrew miró a su cuñado con curiosidad.

—Como te dije, ese es un mercado que nunca he considerado —dijo—. La verdad es que he sido un poco perezoso en ese aspecto. No he considerado ninguna oportunidad en los últimos años, confiando en las inversiones que mi padre estableció y que siguen prosperando. Aun así, ahora que lo mencionas, tu nueva empresa suena intrigante.

—Hay muchas posibilidades de convertirse en inversor, y los rendimientos proyectados son buenos —le dijo Edmund, sorbiendo su bebida—. Si te interesa, puedo mostrarte las cifras. Sería un honor tenerte a bordo.

Andrew pensó por un momento. Podría ser una empresa lucrativa, y sabía que podía confiar en Edmund.

—Gracias, Edmund —dijo, levantando de nuevo su copa—. Me gustaría ver las cifras. —Alzó la copa, sonriendo a su cuñado—. Por las nuevas alianzas.

Edmund asintió, uniéndose al brindis con una sonrisa.

—Muy bien —dijo con entusiasmo—. Arreglaré algo para la próxima semana, ¿te parece? Puedes echar un vistazo al prospecto y todo lo demás.

Andrew asintió. —Perfecto

—dijo—. Solo avísame con una nota y allí estaré.

Justo en ese momento, dos caballeros entraron en el club. Andrew los reconoció de inmediato como lord Worthingwood y lord Axenshire. Apartó la mirada, esperando que no lo vieran, inseguro de si su compañía era bienvenida en ese momento.

Pero la pareja no se percató de la presencia de Andrew y Edmund y, en su lugar, se sentó en una mesa un poco más alejada. Agradecido, Andrew volvió a centrar su atención en Edmund, que levantó su copa vacía.

—¿Otro trago de aguardiente? —preguntó Andrew antes de apurar de un trago el brandy que le quedaba. Edmund asintió

. —Como he dicho

, Elsbrook, nunca rechazo una bebida gratis, especialmente un brandy tan bueno.

Andrew rió. Hizo una seña a un camarero y les pidió una bebida a cada uno. Mientras esperaban, Andrew miró de reojo a los dos caballeros de su conocimiento que habían entrado recientemente. Estaban pidiendo sus bebidas y, cuando el camarero se fue, Andrew se dio cuenta de que el anciano lord Axenshire le entregaba subrepticiamente una cantidad sustancial de dinero a lord Worthingwood. El vizconde se lo guardó hábilmente en el bolsillo antes de agradecer profusamente a Axenshire, como si el conde acabara de hacerle un gran favor.

Con una sacudida de cabeza, Andrew se dio la vuelta. Llegaron sus nuevas bebidas y pronto Andrew se olvidó de la misteriosa transacción entre los otros dos hombres. Hasta que, de repente, oyó pronunciar un nombre familiar.

—Estaría muy dispuesto a darle la mano de mi querida Rowena en matrimonio, lord Axenshire —le estaba diciendo Worthingwood a Axenshire. Parecía tan ansioso, casi hambriento, de hecho, que Andrew no pudo evitar seguir escuchando.

El corpulento conde tosió, un sonido grave y húmedo. Cuando recobró el aliento, su risa sonó como un resuello.

—La mocosa me importa un comino —dijo—. Solo me importa que pueda darme un heredero.

Por el rabillo del ojo, Andrew vio al vizconde asentir.

—Oh, sí, desde luego —dijo con el mismo tono hambriento—. Mi hija está perfectamente sana. Puede proporcionarle su tan necesario heredero, y muchos de repuesto, estoy seguro.

El conde se reclinó y tomó un sorbo de su bebida. Cuando volvió a hablar, su voz era más clara.

—Necesitaré tiempo para considerarlo —dijo—. No deseo tomar ninguna decisión precipitada.

Justo entonces, Edmund le susurró de repente al oído, dándole un susto a Andrew.

—He oído que lord Worthingwood tiene problemas de dinero —dijo.

Andrew se sonrojó, avergonzado de que lo hubieran pillado escuchando a escondidas. —Ha

sido muy grosero por mi parte —empezó a decir, pero Edmund negó con la cabeza y dedicó la sonrisa de un hombre que está empezando a disfrutar de verdad de su brandy. —Yo

también estaba escuchando —dijo, guiñando un ojo—. ¿Cómo no hacerlo, si podemos oírlos desde aquí?

Andrew asintió, pero estaba algo distraído, empezando a comprender lo que acababa de oír. Si lo que Edmund había dicho era cierto, el vizconde debía de estar tratando de casar a su hija con un hombre rico. Debía de haber sido su padre, entonces, quien la había obligado a asistir a la Temporada. El corazón de Andrew se encogió. ¿Qué clase de padre vendería a su propia hija para resolver sus problemas económicos?

Capítulo Ocho

Dos días después de la fiesta de Nancy, una Rowena cabizbaja subió una vez más al carruaje familiar. Iban a asistir al Derby de Epsom, un evento muy de moda entre la *alta sociedad*. Las carreras de caballos, conocidas como el deporte de los reyes, atraían a la nobleza de todos los rincones de Londres. Se preguntó cómo se las habría arreglado su padre para conseguir que asistieran, pues por lo general había que planificarlo con mucha antelación para poder entrar en el popular evento anual. Ella, sus padres y su hermana iban vestidos de punta en blanco, y los atuendos de las mujeres se completaban con el tipo de sombreros extravagantes que eran *de rigor* para las damas en Epsom. Sin embargo

, a Rowena, a diferencia del resto de su familia, no le hacía ninguna ilusión asistir al evento. Le encantaban los caballos y disfrutaba tanto montándolos como viendo a otros hacerlo. Pero la idea de fustigar y espolear a los caballos solo para ganar un premio le parecía cruel. En su opinión, los caballos merecían afecto y amabilidad, y que se los montara con cariño. Le desconcertaba que gente que se consideraba refinada y culta pudiera aprobar algo que ella consideraba una barbarie. —Es

un día precioso para las carreras —dijo la vizcondesa con entusiasmo—. Estoy deseando ver a los caballos en acción.

Rowena notó de inmediato el falso entusiasmo en la voz de su madre. Supo entonces que su madre solo estaba poniendo buena cara, y sin duda por más de un motivo. Aunque nadie lo había mencionado, todos sabían que el vizconde despilfarraría en apuestas el poco dinero que les quedaba.

Todos eran igualmente conscientes de que inevitablemente perdería cualquier apuesta que hiciera y de que, también inevitablemente, volverían a casa más pobres. Pero Rowena supuso que la vizcondesa también era un manojo de nervios porque el otro motivo para asistir al Derby era darle a ella otra oportunidad de ser vista por sus semejantes en un entorno social de moda.

Empiezo a desear casarme y acabar con esto de una vez, pensó con amargura, manteniendo la mirada fija en el exterior de la ventana del carruaje para que nadie pudiera verle los ojos. *Al menos así se acabaría la humillación de que me exhiban por ahí.* Pero ¿quién, aparte de un hombre muy desesperado, querría casarse con una solterona como ella, y además con tan mala reputación? ¿Y por qué su padre no podía entenderlo?

Cuando el carruaje se detuvo, a Rowena se le revolvió el estómago. Incluso desde el exterior del hipódromo, podía ver la multitud que ya llenaba las gradas. Había gente haciendo cola a lo largo de toda la valla que separaba los potreros y la pista de los espectadores. La tribuna principal, que tenía tres niveles, rebosaba de gente. Y hacia allí se dirigían ella y su familia.

Mientras se abrían paso entre la multitud, donde los miembros de la *alta sociedad* hacían alarde de sus elegantes atuendos y charlaban alegremente entre sí, Rowena sintió una punzada de dolor en la cabeza. Se preguntó cómo era posible encontrar pareja en un lugar así. Aquello era un hervidero de gente y se movían hombro con hombro, apenas a paso de tortuga. Rowena suspiró, deseando simplemente que el día terminara de una vez.

El vizconde se volvió e intentó hablar con las mujeres, pero no podían oírlo por encima del murmullo de las conversaciones que las rodeaba. Las mujeres se apretujaron, acercándose más al vizconde mientras él lo intentaba de nuevo.

—Hay algo de lo que debo ocuparme antes de que empiecen las carreras —dijo, todavía teniendo que levantar la voz para que lo oyeran—. Discúlpenme, por favor. Miren los puestos si quieren hasta que vuelva. Solo tardaré un momento.

Las mujeres asintieron, sin molestarse en intentar que se las oyera por encima de la multitud mientras se despedían del vizconde

con la mano. A Rowena se le encogió el corazón al ver a su padre alejarse. Una parte de ella estaba segura de que se dirigía a uno de los puestos de corredores de apuestas para hacer una o varias apuestas que no podían permitirse. Y a juzgar por la expresión del rostro de su madre, Rowena supo que pensaba lo mismo. ¿Es que su padre no iba a aprender nunca?

—Oh, Rowena —suspiró Sybil al acercarse a los puestos—. Mira esa magnífica yegua.

Rowena miró hacia donde señalaba su hermana. Había, en efecto, una majestuosa yegua negra, de pelaje reluciente y brillantes ojos castaños claros. Rowena deseó poder acariciar al animal, pero sabía que a su dueño probablemente no le haría ninguna gracia.

—Es preciosa —convino, pensando una vez más en lo injustamente que se trataba a los caballos. Se

estremeció al pensar en lo atrapados y maltratados que debían de sentirse los animales. Pero, al fin y al cabo, ¿no se encontraba ella misma en una situación muy parecida a la de aquellas nobles bestias? La estaban exhibiendo como si fuera un trofeo que ganar, con la esperanza de que algún hombre estuviera lo bastante desesperado como para desear casarse con ella, y todo en contra de su voluntad. Y una vez casada, se quedaría con un marido que no la amaba para el resto de su vida. No podía imaginar nada más horrible, y se mordió el labio para no gritar.

Esto es por Sybil, se reprendió, dirigiendo su atención a otro puesto, donde un robusto corcel castaño se encontraba comiendo hierba. *Nada en el mundo importa más que su futuro y su felicidad.*

Era cierto, por supuesto. Nunca podría perdonárselo si su hermana no tenía el debut que se merecía y la oportunidad de encontrar un marido que la cuidara bien. Pero eso no aplacaba la amargura de Rowena hacia su padre.

Una cosa habría sido que los problemas económicos no hubieran sido culpa de su padre. Pero él era el culpable directo, y ahora ella creía que los estaba hundiendo todavía más en las deudas. ¿Cómo no iba a estar enfadada con aquella situación? ¿Y por qué era su deber guardarles el secreto al resto de su familia?

La mención de su nombre sacó a Rowena de sus pensamientos. Miró a su madre y a su hermana, esperando ver a una de ellas intentando llamar su atención. Pero las dos estaban mirando un caballo de color castaño a unos pocos puestos de donde ella se encontraba. Rowena se puso rígida, mirando a su alrededor con disimulo mientras intentaba encontrar el origen de la voz. Cuando lo encontró, se quedó helada.

—¿En qué demonios puede estar pensando esa mujer? —dijo una de las mujeres bien vestidas—. No pensará que a algún hombre le va a interesar una solterona como ella.

Otra mujer soltó una risita.

—Desde luego que no con la reputación que tiene, y mucho menos un barón guapo y rico —dijo la otra mujer.

Rowena la reconoció inmediatamente como Lady Viola, a quien había conocido brevemente en la fiesta de Nancy. Se mordió el labio e intentó mantener el rostro oculto, pero no pudo evitar seguir escuchando.

—La familia Whitworth debe de estar avergonzada —dijo una tercera mujer—. Imagínese tener que exhibir a su hija deshonrada porque no ha conseguido asegurarse un marido.

Las dos primeras mujeres se rieron a carcajadas.

—No fue capaz de conseguir ni un noviazgo —dijo la primera.

Entonces todas se rieron. A Rowena le ardían las mejillas y lo único que deseaba era salir de allí y huir de vuelta al campo. Pero tenía que saber si sabían algo de la situación de sus padres. Si se corría la voz al respecto, Nancy no tardaría en enterarse, y Sybil estaría arruinada. ¿Era posible que las cotillas también se hubieran enterado de esa información de alguna manera?

Pero antes de que Rowena pudiera oír más, su padre regresó. Detrás de él iba un caballero corpulento de mediana edad, con la cara roja y patillas. Su madre y Sybil vieron a los dos hombres al mismo tiempo que ella y se volvieron para mirarlos.

—Mis queridas —dijo el vizconde, teniendo prácticamente que gritar para hacerse oír por encima del murmullo que los rodeaba—. Me gustaría presentarles a un muy buen amigo mío, Berton Axford,

el conde de Axenshire. —Hizo una pausa, cogió la mano de Rowena y le sonrió con orgullo—. Lord, esta es mi hija mediana, Rowena.

Mientras su madre y Sybil hacían una reverencia y murmuraban saludos inaudibles, el conde se acercó a Rowena. Ella se dio cuenta de dos cosas de inmediato. En primer lugar, él no parecía en absoluto interesado en hablar con su madre. Sus ojos llorosos estaban fijos directamente en ella. Y en segundo lugar, al respirar por la boca, pudo olerle el aliento; era horrible, prueba de su afición al tabaco, a las bebidas fuertes y al mal estado de sus dientes.

—Es un placer, querida —dijo el conde, inclinándose con rigidez para besar la mano de Rowena. —Igualmente

, Lord —dijo ella rápidamente, retirando la mano en cuanto fue apropiado y escondiéndola detrás para limpiársela en el vestido. ¿Qué hacía su padre presentándole al caballero de esa manera?

Entonces, para su mayor sorpresa, su padre le cogió la mano una vez más y la sostuvo a su lado. Perpleja, Rowena miró a su padre, enarcando las cejas interrogativamente.

Él sonrió a su hija, asintiendo y mirando hacia el conde.

—Lord Axenshire se sentará con nosotros durante las carreras —dijo con el mismo tono jactancioso—. Y hablando de carreras, están a punto de empezar. Será mejor que vayamos a nuestros asientos.

Rowena estaba tan ocupada observando a su padre y cuestionando su extraño comportamiento que no vio al conde ponerse a su lado. Solo se dio cuenta de él cuando sintió que un brazo que no era el de su padre se enlazaba con el suyo.

—¿Vamos, señorita Whitworth? —preguntó el conde, señalando las gradas, hacia las que Lord Worthingwood se dirigía a toda prisa.

Rowena asintió a regañadientes, sintiendo de repente náuseas. Sabía que su familia estaba desesperada, pero aun así no podía creer que su padre estuviera intentando emparejarla con aquel horrible y viejo conde. ¡El hombre le doblaba la edad! Incluso si estuviera ciega, sabía que nunca podría sentirse atraída por él en lo más mínimo. Además, ¿qué podía querer un hombre así de ella? Entonces, mientras el conde la arrastraba a su pesar, se hizo la luz, y se preguntó con amargura cuánto le estaría ofreciendo el viejo a su padre por su mano.

Capítulo Nueve

—Madre, Gemma —dijo Andrew cuando llegaron al Derby de Epsom—. Podéis subir a nuestro palco. Edmund y yo nos reuniremos con vosotras cuando hayamos hecho nuestras apuestas. Gemma

asintió y enlazó su brazo con el de su madre.

—De acuerdo —dijo ella, inclinándose hacia delante mientras Edmund se agachaba para besarla en la mejilla—. No tardéis. Los

hombres hicieron una reverencia y observaron a las mujeres desaparecer entre la multitud. Luego, tomaron la dirección opuesta, hacia los puestos de los corredores de apuestas. Las colas eran largas y a Andrew se le escapó un quejido. —¿

Acaso esperabas menos? —se burló Edmund.

Andrew suspiró.

—Supongo que no —dijo—. ¡Pero cualquiera diría que están aquí todos los caballeros de Londres y sus hermanos!

Edmund asintió. —La

verdad es que sí —dijo.

Los hombres guardaron silencio, localizaron el puesto de su corredor de apuestas favorito y se unieron a la larga cola. Mientras esperaban, Andrew oyó una voz familiar hablando a sus espaldas. Lanzó una mirada casual hacia atrás y se sorprendió al ver de nuevo al vizconde Worthingwood y a lord Axenshire, tras lo que frunció el ceño. ¿Acaso lo estaban siguiendo? Recordando la conversación que había oído entre los dos hombres en White's unas noches antes, se recolocó sutilmente para poder escuchar su conversación actual. Y esta vez, no sintió la menor culpa. —Bueno

, no cabe duda de que la señorita Whitworth es encantadora —le estaba diciendo el conde a lord Worthingwood—. Sin embargo,

esperaba que mi futura esposa fuera un poco más joven.

Andrew se mordió el labio con fuerza y se le escapó una risita involuntaria. El vejestorio tendría suerte si alguna mujer por debajo de los sesenta años le dirigía una mirada. En realidad, tendría suerte si cualquier dama lo miraba, sin más. Y, sin embargo, se quejaba de que su ya joven prometida no fuera aún más joven. A Andrew le pareció ridículo, pero también repugnante. ¿Cómo podía pensar aquel tipo inmundo que tenía algo que ofrecer para justificar tal nivel de exigencia?

—Creo que haríamos bien en apostar por Nutmeg —lo sacó de sus pensamientos la voz de Edmund.

Andrew se giró rápidamente hacia él para evitar que lo pillaran de nuevo escuchando a escondidas.

—¿Nutmeg? —preguntó, intentando sonar despreocupado—. ¿Por qué?

Edmund sonrió. —Porque

todo el mundo está apostando por el favorito, Thunder —dijo.

Andrew parpadeó, confuso. —Bueno

, si todo el mundo está tan seguro de Thunder, ¿no tiene sentido apostar por él también? —dijo—. ¿Y no es Nutmeg el que tiene menos posibilidades?

Edmund asintió, con el rostro iluminado por la emoción.

—Desde luego que sí —dijo—. Pero esa es precisamente la ventaja. Verás, la cuota por Thunder es demasiado baja para que la apuesta merezca la pena; además, aunque ha ganado en el pasado, también es más viejo. Así que, aunque sea el favorito, lo más probable es que Nutmeg le gane esta vez.

Andrew reflexionó un momento sobre las palabras de su cuñado. Después de todo, tenía sentido. Thunder había sido el ganador dos años seguidos. Nutmeg era joven, pero procedía de las caballerizas de lord Passmore y había sido entrenado por Billy Betts, el mejor del negocio, según muchos. Las cuotas también eran buenas, y si Edmund tenía razón y Nutmeg superaba a Thunder, significaría una pequeña fortuna en ganancias para ambos.

—Muy bien —dijo—. Apostemos por Nutmeg.

Andrew y Edmund llegaron por fin al principio de la cola e hicieron sus apuestas. Luego, se dirigieron de nuevo a las gradas para reunirse con las damas. Era un día precioso con un cielo azul despejado, y Andrew se sentía de muy buen humor. Sin embargo, eso cambió cuando él y Edmund llegaron a sus asientos reservados. Allí, junto a su madre y a Gemma, estaban sentados lady Viola y sus padres.

Andrew se indignó de inmediato. Estaba enfadado con lady Elsbrook por lo que era claramente un intento artero de lanzarlo a los brazos de lady Viola. Pero también estaba enfadado consigo mismo. Debería haber sabido que ella tendría algo así planeado. Cuando a su madre se le metía algo en la cabeza, no cejaba en su empeño hasta conseguir lo que quería. Sin importar quién se opusiera.

Peor aún, el grupo estaba sentado de tal manera que los dos únicos espacios que quedaban estaban junto a Gemma y al lado de lady Viola. El decoro social dictaba que Edmund no podía sentarse junto a una mujer soltera, especialmente si su esposa estaba presente. Y todos los presentes lo sabían. A Andrew no le quedó más remedio que ocupar el asiento de al lado de lady Viola.

En cuanto se sentó, ella empezó a hacer al instante lo que Andrew estaba seguro de que consideraba coquetear. Le dedicó un aleteo de pestañas y agitó el abanico con coquetería frente a su cara.

—No podría haber un día más bonito para las carreras, ¿no está de acuerdo, milord? —dijo con voz melosa.

Andrew asintió con rigidez, sin molestarse en responder. Apartó inmediatamente la atención de ella, fingiendo concentrarse en leer el papel que tenía en la mano, que en realidad era un boleto de apuestas.

Examinó de cerca el *paddock* en busca de Nutmeg. Al instante, comprendió por qué Edmund había sugerido apostar por la bestia. Era un castaño joven y bien musculado, de aspecto vivaz y reluciente, con sus poderosos hombros y ancas brillando al sol.

Entonces Andrew vio a Thunder, el favorito del público, y enseguida dudó de lo que había dicho su cuñado. El semental negro

era enorme y musculoso y parecía bastante capaz de acabar con toda la competencia una vez más. Lo único que Andrew podía esperar era que el vigor juvenil y el experto entrenamiento de Nutmeg le hicieran llevarse el trofeo de ese año.

Oyó vagamente a lady Viola seguir parloteando, ahora sobre el gentío, pero la ignoró estoicamente y dejó que su mirada vagara por el paisaje que tenía ante sí, desesperado por encontrar cualquier respiro a su cháchara sin sentido.

Mientras lo hacía, de repente vio a la señorita Whitworth sentada con lord Axenshire. Dejó que su mirada se detuviera en ella un momento. Su expresión apesadumbrada le dijo que era tan infeliz como él, y pensó que probablemente ella también anhelaba escapar de su actual compañía. Pensó en la conversación que había oído por casualidad aquel mismo día entre el padre de ella y el vulgar vejestorio que ahora se sentaba a su lado. Se compadeció de ella. Nadie merecía ser tratado como la estaban tratando a ella.

Como si oyera sus pensamientos, la señorita Whitworth miró en su dirección. Cuando vio que la estaba mirando, clavó sus ojos en los de él. Se sorprendió cuando el corazón le dio un vuelco. Se sorprendió aún más cuando la mujer no desvió la mirada. De hecho, le sostuvo la mirada durante tanto tiempo que se habría considerado escandaloso si alguien los hubiera visto. Andrew se preguntó si la compañía de ella se daría cuenta y cómo reaccionaría si lo hiciera. También se dio cuenta de que no le importaba.

—Damas y caballeros —resonó el anuncio por el estadio, sobresaltando tanto a Andrew como a la señorita Whitworth—. La primera carrera está a punto de empezar.

Andrew, sintiendo de repente tanto calor que intentó aflojarse el fular con un dedo, fue el primero en apartar la vista. Estaba claro que ella era desdichada, y él podía identificarse con eso. No pudo evitar preguntarse si ella sabía exactamente lo que su padre tramaba. Pensó que si lo sabía, entonces las cosas eran mucho peores para ella.

La carrera comenzó y, para su dicha, lady Viola guardó silencio. Andrew observó con expectación cómo los caballos retumbaban alrededor de la pista. A su lado, Edmund estaba de pie y gritaba:

«¡Nutmeg! ¡Vamos, muchacho!». Andrew supuso que él debería estar haciendo lo mismo, pero la presencia de lady Viola mermaba su entusiasmo.

Aunque ella había dejado de hablar, Andrew sentía cómo lo miraba fijamente. La ignoró descaradamente, no solo para evitar ser acusado de mirarla de forma indebida, sino también porque su escrutinio le resultaba incómodo y desagradable. Estaba claro que ella se sentía con derecho a su afecto y que estaba decidida a conseguirlo. Tan decidida como él a no dárselo.

Sin embargo, hacia el final de la carrera, Andrew se interesó por el destino de Nutmeg y pronto estaba animando al caballo junto con su cuñado. Thunder había dominado durante gran parte de la carrera, pero Nutmeg, cuyo jinete claramente había mantenido a su montura en reserva situándolo junto al apretado grupo de los otros contendientes que seguían a Thunder, de repente empezó a avanzar por el exterior. Ahora, el jinete iba casi tumbado en la silla, pateando el flanco del castaño e incitándolo con la fusta, y el caballo pegó un increíble acelerón que lo llevó más allá de sus competidores. Caballo y jinete ganaron terreno a Thunder, que pareció ralentizarse de forma casi imperceptible a medida que la línea de meta se acercaba.

Mientras el poderoso y joven castaño volaba sobre el césped, acercándose cada vez más al semental negro, flanqueándolo después, provocando una mirada alarmada de soslayo por parte de su jinete, que fustigó a su corcel con más fuerza, los caballos quedaron cabeza con cabeza. La multitud rugía ahora, y Andrew y Edmund se habían levantado de sus asientos, gritando de emoción, seguros de que tenían la victoria en el bolsillo. A un *furlong* de la meta, Nutmeg ganó más terreno y pronto aventajaba a Thunder por una cabeza. Con la multitud enardecida, el castaño cruzó volando la línea de meta, sin que cupiera duda de que era el ganador del Derby de ese año.

Una vez que los vítores y abucheos amainaron un poco, Andrew observó una mezcla de reacciones entre el público. Algunos gritaban de rabia, claramente habiendo apostado por Thunder o por otro de los caballos perdedores. Unos pocos parecían sorprendidos de que Nutmeg hubiera ganado y batido el récord de Thunder. Solo unos

pocos, incluidos Edmund y Andrew, seguían vitoreando. Su cuñado había tenido razón y ahora, ambos tenían una cantidad sustancial de ganancias que recoger de su, sin duda, descontento corredor de apuestas. —i

Lo conseguimos! Bueno, Nutmeg lo consiguió —dijo Edmund, riendo y dándole una palmada en la espalda a Andrew.

Andrew sonrió de oreja a oreja. —Bien

hecho, Edmund —dijo—. Me alegro mucho de haberte escuchado.

Edmund rió a carcajadas. —Casi

no puedo esperar a recoger las ganancias —dijo—. Aunque no sé dónde voy a meterlas todas.

Andrew volvió a reír y estaba a punto de responder cuando su madre interrumpió su celebración. —Andrew

—dijo con su voz más autoritaria—. ¿Llevarías a lady Viola a dar un paseo por el hipódromo?

La petición no era una petición, por supuesto. Delante de la familia de ella, lady Elsbrook lo estaba acorralando y forzándolo a hacer lo que le ordenaba. La fulminó con la mirada de un modo que le hizo saber lo que pensaba de sus maquinaciones. Con los ojos de todos puestos en él, no le quedaba otra opción. Se volvió rígidamente hacia lady Viola y le tendió la mano con desgana.

—¿Me acompañaría a dar un paseo, mi lady? —preguntó sin entusiasmo.

Como era típico en ella, lady Viola pareció ajena a su falta de interés. Rió como una niña y le tomó la mano, colocándose demasiado cerca de él al levantarse de su asiento.

—Me encantaría, milord —dijo.

Andrew la guió para bajar de las gradas sin decir palabra y se unió a la gente que se arremolinaba en los niveles de enfrente. Si tenía que pasear con ella, lo convertiría en el paseo más rápido por el hipódromo en la historia de las carreras. Ella se quedaba rezagada, colgándose de su brazo, tratando claramente de que él aminorara la marcha, pero él no cedió.

—No me puedo creer el día tan bonito que hace hoy —dijo lady Viola con voz soñadora.

Andrew asintió.

—Ciertamente —dijo, girando la cabeza para que ella no lo viera poner los ojos en blanco. A decir verdad, no le importaba si lo veía. Pero sabía que correría a contárselo a sus padres, quienes a su vez se lo dirían a su madre. No merecía la pena el precio, así que hizo todo lo posible por ocultar sus verdaderos sentimientos.

—El aire también huele muy fresco —dijo ella.

Andrew tosió para disimular una risita. ¿De verdad creía que el aire olía a fresco con los olores a caballos sudorosos y estiércol?

—Tiene un olor muy peculiar —dijo, mordiéndose las mejillas para no reírse.

Lady Viola rió tontamente. Andrew se preguntó si ella tenía más profundidad de la que había pensado. ¿Había estado siendo sarcástica? No. Rápidamente demostró que no.

—¿A que sí? —dijo—. Huele casi como si fuera a llover.

Andrew la miró de reojo, estupefacto. Lo decía completamente en serio. O no sabía la diferencia entre el aire fresco y el estiércol de caballo, o simplemente hablaba por hablar. En cualquier caso, era desquiciante.

A pesar de su paso apresurado, el paseo por el hipódromo les llevó media hora. Y durante todo el tiempo, la conversación transcurrió de manera muy similar. Andrew se sintió aliviado cuando completaron el circuito y por fin se dirigieron de nuevo a las gradas. Pronto, pudo ver a su madre observándolos con astuta expectación. Sacudió la cabeza, sin importarle si ella lo veía. ¿No había escapatoria a su agobiante papel de casamentera?

Capítulo Diez

La carrera concluyó con la victoria de Nutmeg, arrebatándosela al favorito, Thunder. En el tumulto que siguió a la victoria, Rowena se atrevió a mirar a su padre y vio al instante que estaba abatido. Con el corazón en un puño, se preguntó qué parte de la fortuna familiar habría dilapidado con su pérdida. ¿Acaso lord Worthingwood no entraría nunca en razón y dejaría de jugarse el poco dinero que les quedaba? Cuando volvió

a mirar a su padre, su expresión había cambiado. Las cejas fruncidas se habían relajado y una sonrisilla asomaba a sus labios. Parecía como si la pérdida ya fuera un recuerdo lejano y que no hubiera nada de qué preocuparse. Por alguna razón, aquello la inquietó todavía más. Intentó

echar un vistazo a su madre en busca de algún indicio de lo que estaba pensando, pero en su lugar se encontró con el rostro sonriente de su padre.

—Mis queridas —dijo con una voz falsamente dulce— tengo el honor de informaros de que lord Axenshire cenará con nosotros mañana por la noche.

Rowena intentó mantener una expresión neutra, pero notó que se le abrían los ojos como platos. La vizcondesa parecía igual de sorprendida, pero recompuso el gesto justo cuando el vizconde se volvió hacia ella. A Rowena se le revolvió el estómago. Le aterrorizaba la idea de tener que compartir una comida con el conde en la misma habitación, no digamos ya en la misma mesa.

El rollizo conde se levantó con torpeza, resoplando al hacerlo. Hizo una reverencia a su familia y le dedicó a ella una sonrisa lobuna que la inquietó profundamente.

—Ha sido un placer compartir su compañía esta tarde —dijo con un deje que a Rowena le puso la piel de gallina—. Aguardo con impaciencia la cena de mañana por la noche. Por ahora, debo despedirme. Que tengan todos un buen día.

Tras lo que Rowena, horrorizada, creyó que pretendía ser un guiño dirigido a ella, se dio la vuelta y bajó lentamente de las gradas. Rowena se estremeció, sopesando si debía fingir una migraña para evitar cenar con aquel hombre despreciable la noche siguiente.

Un dolor agudo en el brazo la devolvió bruscamente al presente. Bajó la vista y vio que su padre le agarraba la muñeca con fuerza; ya no sonreía. Intentó zafarse instintivamente, pero el agarre de su padre no hizo más que apretarse.

—Te niegas a tomarte en serio lo de encontrar un buen partido, Rowena —siseó—. Su señoría se ha interesado por ti, a pesar de que eres una solterona con un viejo escándalo a tus espaldas. Y, aun así, te comportas como si no estuviera a tu altura. ¿Acaso has perdido el juicio, muchacha?

Rowena tragó saliva. Nunca había visto a su padre tan enfadado, y mucho menos con ella. Buscó con la mirada la ayuda de su madre, pero los ojos de la vizcondesa estaban fijos en las manos que se retorcía.

—Papá —susurró, tratando de apelar al padre que siempre había querido a sus hijas.

Pero el vizconde no se conmovió. Mantuvo su firme agarre en la muñeca y le dedicó una mueca de desdén a su hija.

—Empezarás a comportarte de una manera más apropiada para una futura condesa y menos como una niña desagradecida —gruñó.

Rowena se quedó paralizada, incapaz de pensar en nada que decir o hacer para apaciguar a su padre. No tardarían en empezar a cuchichear a su alrededor y a darse cuenta de la escena. Su madre ya estaba sufriendo bastante, y su padre empezaba a asustarla de verdad.

—Disculpen —dijo una voz cortante desde arriba, a su espalda.

Rowena y el vizconde levantaron la vista al mismo tiempo. Cuando vio al barón de Elsbrook de pie en la fila de atrás, mirando a

su padre con gesto severo, se sintió sorprendentemente aliviada.

El vizconde le soltó apresuradamente la muñeca y juntó las manos en el regazo, como si pretendiera que lo que el barón acababa de presenciar no hubiera sucedido.

—Barón Elsbrook —dijo con voz melosa—, qué alegría verlo tan… inesperadamente —añadió con las mejillas sonrojadas.

El barón se tocó el sombrero e hizo una reverencia a las damas, deseándoles buenas tardes. La vizcondesa y Sybil le devolvieron el saludo amablemente, pero Rowena se dio cuenta de que ambas seguían conmocionadas por la escena que acababa de ocurrir.

Entonces, lord Elsbrook se volvió deliberadamente hacia Rowena y le dedicó una amable sonrisa.

—Mi lord, ¿me permitiría el honor de acompañar a la señorita Rowena a dar un paseo por el hipódromo? —le preguntó al conde con una sonrisa que no admitía negativa.

Rowena se mordió la lengua para evitar que se le cayera la mandíbula de la sorpresa. ¿Por qué le pedía el barón que paseara con él? Le había dejado claro en el baile que no tenía ningún interés en ella. ¿Y es que no había leído los periódicos de escándalos? Aun así, era una oportunidad para escapar de su padre. Después de lo que había hecho, no soportaba mirarlo y mucho menos hablarle.

—Estaré encantada, mi lord —dijo educadamente antes de que el vizconde pudiera responder.

Se levantó y se dirigió al final de la fila, donde cogió la mano que le ofrecía el barón, evitando con cuidado la mirada de su padre. Sintió su fulminante mirada en la espalda mientras bajaban las escaleras y tuvo que reprimir un escalofrío. Ni siquiera se sintió segura para hablar hasta que dejaron las gradas muy atrás, aunque sintió una extraña sensación de seguridad al sujetar el fuerte brazo del barón. Fue él quien habló primero. —¿

Se encuentra bien, señorita Whitworth? —preguntó.

Rowena asintió, dedicándole una mirada orgullosa. —Sí

—dijo—. Aunque le agradezco que haya aparecido cuando lo ha hecho.

Lord Elsbrook asintió, estudiándola con atención.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó.

Rowena resopló. Lo único peor que desafiar a su padre sería airear sus asuntos privados en público. Negó con la cabeza y le sostuvo la mirada con una expresión igualmente firme.

—¿Por qué me ha pedido que paseara con usted, mi lord? —preguntó, cambiando de tema.

El barón se rió entre dientes.

—¿Se refiere, aparte de para intentar rescatarla de su padre? —preguntó él—. En realidad, hay otra razón. Me gustaría mucho invitarla a reunirse conmigo en Hyde Park mañana por la mañana para tomar el aire.

Rowena lo miró fijamente.

—¿Y por qué demonios querría yo hacer eso? —preguntó—. No tengo ningún interés en reunirme con usted.

Andrew volvió a sonreír con suficiencia e inclinó la cabeza.

—No descarte la idea tan a la ligera, señorita —dijo—. Puede que le interese oír el resto de lo que tengo que decir.

Rowena lo miró con las cejas fruncidas. ¿Quién era él para suponer lo que ella podía querer? No tenía ni idea de a qué se refería, pero empezaba a estar harta de que los hombres de su vida la obligaran a hacer cosas que no quería.

—Sé muy bien lo que quiero y lo que no quiero —dijo—. Y estoy segura de que no quiero reunirme con usted en el parque. Ni en ningún otro sitio, ya que estamos. De hecho, lamento haber venido a dar este paseo con usted.

Empezó a soltarle el brazo, pero él se lo sujetó con delicadeza, con una mirada suplicante. Sus ojos eran tan intensos que se sintió clavada en el sitio, incapaz de marcharse. Al menos, no sin cantarle las cuarenta, según se dijo a sí misma.

—Tengo una propuesta que hacerle —dijo. Su boca seguía sonriendo, pero había algo más en su mirada—. Una propuesta que, creo, nos beneficiaría a ambos.

Ella entornó los ojos, sin saber cómo responder. Seguía pareciéndole tan insufrible como en el baile. Pero no pudo evitar sentirse intrigada. Y no era como si lo que tuviera que decir pudiera empeorar su vida más de lo que ya estaba. Nada en el mundo podía ser peor que verse obligada a casarse con el conde de Axenshire.

—¿Ah, sí? —preguntó, manteniendo un tono neutro y una mirada franca—. ¿Y cuál podría ser?

Lo que dijo a continuación la dejó sin palabras, con la boca abierta, y se detuvo en seco para mirarlo asombrada.

—Sé a ciencia cierta, no me pregunte cómo, que su padre desea concertar un matrimonio entre usted y lord Axenshire —dijo.

A Rowena se le retorció el estómago. ¿Ya se estaba corriendo la voz sobre las intenciones de su padre? Pero ¿cómo era posible y cuánta gente más lo sabía?

—Me temo que debo preguntar cómo afirma saber eso, mi lord —dijo con los labios apretados.

De repente, el rostro del barón se suavizó. Parecía estar considerando su pregunta y Rowena se puso nerviosa de repente, con las palmas de las manos húmedas dentro de los guantes. No sabía si quería oír la respuesta. Pero él no le dio la información que buscaba.

—Otra cosa que sé es que el matrimonio pronto se hará realidad —dijo, con la voz notablemente más suave—. Sobre todo ahora que el vizconde acaba de perder una suma considerable de dinero apostando por el caballo equivocado en el Derby.

A Rowena se le encogió el corazón. Estaba claro que el barón sabía más de lo que ella había supuesto. De repente, sintió náuseas. Si él conocía su situación, era muy posible que otros miembros de la alta sociedad también lo supieran. Se quedó sin habla, sintiendo de repente que caía por los aires, sin forma de agarrarse.

—Por eso deseo hacerle esta propuesta —dijo él, dedicándole otra sonrisa—. Todo lo que tiene que hacer es aceptar reunirse conmigo en el parque mañana.

Rowena se sintió desfallecer. Deseaba desesperadamente una salida para no casarse con el horrible conde. ¿Era posible que el barón pudiera ofrecérsela?

No quería parecer demasiado ansiosa. Le perturbaba que lord Elsbrook supiera algo sobre los problemas de su familia. Era igualmente molesto que no le dijera cómo lo sabía. Aun así, si existía la más mínima esperanza de poder escapar del matrimonio con el conde, no podía rechazar la oferta.

—Lo pensaré —dijo.

Capítulo Once

A la mañana siguiente, Rowena se despertó una vez más con sus pensamientos ocupados por lord Elsbrook. El día anterior le había parecido aún más arrogante que cuando bailó con él en la fiesta. Y estaba segura de que él no tenía ningún interés romántico en ella. ¿Qué demonios podía querer discutir con ella? Le estaba agradecida por haberla rescatado de la perorata de su padre. Pero no podía imaginarse por qué se habría molestado en interrumpir un asunto familiar. Solo hay

una forma de averiguarlo, pensó mientras se levantaba de la cama y llamaba a Sally. *Y esa es ir al parque y descubrirlo. Cuando*

Sally llegó, ayudó a Rowena a ponerse el tercero de los mejores vestidos que su hermana le había regalado. Sally vistió obedientemente a su señora, pero tuvo una expresión extraña en el rostro todo el tiempo. —¿Está usted

pensando en reunirse hoy con el barón de Elsbrook? —preguntó finalmente. Rowena

suspiró y asintió.

—No puede hacer ningún daño —dijo, esperando no equivocarse —. Debe de ser mejor que pasar el tiempo con ese conde insufrible.

Sally se mordió el labio. Parecía que quería decir algo, pero permaneció en silencio mientras terminaba de ayudar a Rowena a ponerse el vestido de satén rosa y los guantes y zapatos a juego. Le recogió rápidamente el pelo en un moño, con rizos que le caían por la espalda y por delante de las orejas. Rowena terminó pulverizando un poco de perfume de lirio en sus muñecas, aunque no estaba segura de por qué. Cuando

estuvo lista, Sally la acompañó al comedor. Permaneció callada y Rowena empezó a preguntarse si su amiga estaba preocupada. Pero antes de que pudiera preguntarle, Sally hizo una reverencia y se despidió. —La esperaré

cuando haya terminado de desayunar —dijo antes de girarse rápidamente y enfilar el pasillo hacia la cocina. Rowena frunció el ceño al entrar en el comedor. Decidió hablar con Sally después del desayuno. Su madre

y su hermana la saludaron calurosamente cuando se sentó. Su padre, sin embargo, no le dirigió ni una mirada. La expresión de su rostro era agria y ella sospechó que se debía a que lo había estado evitando desde su comportamiento en las carreras. La conversación

en la mesa fue forzada, como si su madre y su hermana pudieran sentir la creciente tensión. Rowena terminó su comida a toda prisa, más que contenta cuando su madre le permitió excusarse de la mesa. —¿Adónde

vas? —preguntó lord Worthingwood, con una voz tan fría como su actitud.

Las mejillas de Rowena se sonrojaron. Afortunadamente, había anticipado esa pregunta. Sonrió inocentemente a sus padres.

—Voy a visitar a Nancy —dijo—. Tiene algunos vestidos más que me gustaría probarme. Después de todo, estoy tratando de encontrar un buen partido.

Su padre enarcó una ceja, pero su rostro se suavizó. —Bueno

, es una buena idea —dijo—. Te vendrá bien lucir tu mejor aspecto. Especialmente porque esta noche cenará con nosotros lord Axenshire.

A Rowena le subió la bilis por la garganta al oír la mención del conde. Pero consiguió mantener su dulce sonrisa. Su madre se la devolvió, con aspecto casi aliviado. Sin duda, le preocupaba la tensión entre su segunda hija y su marido.

—Que tengas un día maravilloso, cariño —dijo afectuosamente —. Yo voy a reunirme con unas amigas para tomar el té. Parece que todas tendremos un día ajetreado.

El vizconde asintió. La sonrisa de satisfacción en su rostro hizo que Rowena deseara no haber dado la impresión de que estaba

cediendo ante él.

—Y yo estaré ocupado trabajando en mi estudio —dijo—. Hoy no habrá viajes a la ciudad para mí.

Sybil sonrió.

—Ya que todos vais a estar ocupados, yo podría ir a la perfumería —dijo.

Rowena sintió una oleada de alivio. Si toda su familia iba a estar ocupada, no había posibilidad de que la vieran en el parque en lugar de en casa de Nancy y descubrieran su mentira. Sintiéndose envalentonada, se levantó, su sonrisa se ensanchó mientras hacía una reverencia. —Volveré

a tiempo para prepararme para esta noche —dijo—. ¿Se me permite retirarme? Su madre

miró a su padre, quien asintió.

—Por supuesto, querida mía —dijo él, sonando como el padre que siempre había conocido antes de que le dejara marcas rojas en las muñecas—. Que tengas un día encantador.

Rowena asintió, intentando no echar a correr al salir del comedor. Cuando llegó al pasillo, Sally la recibió. Caminó a su lado un momento en silencio. —¿Está listo el carruaje?

—preguntó Rowena.

Sally asintió, mordiéndose el labio. —Lo está

—dijo—. ¿Desea usted refrescarse antes de que partamos?

Rowena negó con la cabeza, mirando por encima del hombro hacia el comedor. —No

—dijo—. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Sally asintió, primero ayudando a Rowena a atarse la capota, y luego asegurando la suya antes de que ambas salieran de la casa y subieran al carruaje que las esperaba. Rowena se perdió rápidamente en sus pensamientos de nuevo, preguntándose sobre el barón y su extraña petición de reunirse con ella. —Señorita

—dijo Sally de repente mientras el carruaje avanzaba—. ¿Puedo hablar con franqueza?

Rowena asintió, ansiosa por escuchar lo que Sally tenía que decir, especialmente si tenía algo que ver con el extraño y asustadizo humor de su doncella.

—Por supuesto, Sally —dijo—. Nunca necesitas preguntarme tal cosa.

Sally se mordió el labio. —Realmente

creo que debería reconsiderar lo de reunirse con lord Elsbrook —dijo sin rodeos.

Rowena enarcó las cejas, preocupada. —¿Por qué?

—preguntó—. ¿Hay algo que yo no sepa?

Sally suspiró. —Nada que usted no sepa

—dijo—, pero algo que creo que debe considerar con más cuidado. Usted y yo sabemos que un caballero que solicita reunirse de tal manera solo puede tener intenciones escandalosas.

Rowena suspiró. Hasta ese momento, había mantenido en secreto sus anteriores comunicaciones con el barón, incluso a Sally. Sally sabía lo que el barón le había pedido. No sabía lo que él le había dicho para que considerara reunirse con él. Pero para tranquilizar a su amiga, sabía que tendría que hablar. —Su señoría

ha descubierto que mi padre desea concertar un matrimonio entre el conde y yo —dijo. Los ojos

de Sally se abrieron de par en par y su rostro se contrajo en una mueca de absoluto desdén y horror. —¡Cielos!

—dijo, como si se hubiera quedado sin aliento—. Tiene edad para ser su padre.

Rowena se estremeció y asintió. —Por desgracia

, padre está desesperado por encontrarle un partido a su hija solterona —dijo—. No importa lo que eso signifique. Y no importa lo que yo sienta al respecto.

Sally se recostó contra el asiento del carruaje, con aspecto conmocionado. Hubo un largo silencio antes de que volviera a hablar.

—¿Le ha dicho el barón cómo sabe de esto? —preguntó, mirando a Rowena con el ceño fruncido.

Rowena negó con la cabeza y suspiró de nuevo. —No —dijo—.

Se lo pregunté, pero evitó la pregunta por completo.

La expresión de Sally se volvió suspicaz al instante. —No creerá

que podría estar yendo de farol, ¿verdad? —preguntó—. ¿O que podría estar buscando pedirle algo igual de escandaloso?

Rowena negó con la cabeza. —Es demasiada

coincidencia para que esté yendo de farol —dijo.

Sally asintió, pero no se relajó. —¿Cree que

es prudente reunirse con él, sabiendo lo que sabe? —preguntó de nuevo.

Rowena se encogió de hombros. —Sinceramente

, no lo sé —dijo—. Pero tengo que averiguar qué es lo que quiere proponer. —*Especialmente porque sus palabras exactas fueron que ambos nos beneficiaríamos de ello, añadió en silencio. Sally*

asintió de nuevo, pero parecía menos convencida que antes. Volvieron a guardar silencio hasta que el carruaje llegó al parque. El lacayo las ayudó a bajar del coche de caballos y caminaron hasta un banco en una zona apartada del parque.

Rowena tenía el estómago hecho un nudo por los nervios. No creía que el barón intentara hacerle nada inapropiado con Sally presente. Pero ahora que la doncella lo había mencionado, era una preocupación. También estaba nerviosa por lo que él iba a proponer. No podía imaginar por qué se había interesado tanto por su vida. Y le preocupaba no querer averiguarlo.

Se alegró de ver que el parque estaba bastante tranquilo. Todavía no era la hora de moda. Esperaba que el barón viniera y dijera lo que tuviera que decir pronto. No creía que nadie les prestara especial atención. Pero incluso una mención casual de haberla visto en el parque llegaría a oídos de su familia, y su padre se enfurecería.

Justo en ese momento, vio a lord Elsbrook acercarse. Contuvo la respiración y lanzó una mirada nerviosa a Sally. Cuando llegó junto a las mujeres, hizo una reverencia, y ellas se levantaron y correspondieron con otra.

—Buenos días, señorita Whitworth —dijo, dedicándole una sonrisa—. Me alegro de verla aquí.

Rowena asintió.

—Supongo que la curiosidad era demasiada para soportarla —dijo, tratando de sonar despreocupada y no tan ansiosa como se

sentía. No pudo evitar mirar a su alrededor, ya que todavía no se sentía cómoda reuniéndose a solas con el barón.

—No se preocupe —dijo él en voz baja, en un tono casi tranquilizador—. Tengo un lacayo cerca vigilando.

Rowena suspiró. Eso no la hizo sentir mejor, ya que de poco serviría para salvarla si la veían allí con él. Pero pudo ver que intentaba tranquilizarla, así que se limitó a asentir.

—De acuerdo —dijo—. ¿Va a decirme de qué se trata todo esto?

Él no respondió de inmediato. Miró a Sally, haciendo otra reverencia y dedicándole una pequeña sonrisa.

—¿Podríamos tener un momento a solas? —preguntó amablemente.

Los ojos de Rowena se abrieron de par en par. Seguramente, los temores de Sally no podían ser ciertos. Incluso en una parte apartada del parque, sería una estupidez por su parte pensar que podría salirse con la suya con cualquier cosa indebida.

La expresión de Sally reflejaba los sentimientos de Rowena.

—No creo que eso fuera prudente, lord Elsbrook —dijo bruscamente.

El barón le dedicó una sonrisa indulgente.

—Le aseguro que no tengo intenciones indecorosas hacia su señora —dijo—. Puede quedarse donde pueda mantenernos a la vista, pero debo hablar con la señorita Whitworth en privado.

Sally se mordió el labio, claramente insegura de lo que debía hacer. Miró a Rowena en busca de guía, aunque Rowena estaba tan insegura como su doncella. Finalmente, sin embargo, asintió con la cabeza. Si la única manera de que él le hablara era si Sally se apartaba, lo haría. No quería estar en el parque más tiempo del necesario.

—Está bien —dijo—. Te llamaré si te necesito.

Sally miró a su señoría, y luego de nuevo a Rowena. Finalmente, asintió, aunque claramente todavía vacilante.

—Muy bien —dijo—. Estaré justo ahí, junto a ese árbol, vigilando.

Dijo la última palabra de forma muy deliberada. Rowena siguió su dedo y vio el árbol que había mencionado. Estaba justo fuera del

alcance del oído, pero Rowena calculó que Sally podría llegar hasta ella con la suficiente rapidez si el barón pretendía causar algún problema. Lentamente, Sally fue hacia el árbol, pero no dejaba de mirar por encima del hombro.

Una vez que Sally se posicionó de cara a ellos junto al árbol, el barón se rio entre dientes.

—Parece muy protectora con usted —dijo.

Rowena suspiró con exasperación.

—Lo es —dijo bruscamente—. Ahora, ¿quiere hacer el favor de decirme por qué me ha convocado aquí?

Lord Elsbrook hizo otra reverencia, y su expresión se tornó seria.

—Supongo que no tiene sentido alargar esto más —dijo—. La he convocado aquí porque deseo pedir su mano en matrimonio.

El corazón de Rowena se detuvo. Seguramente, no lo había oído correctamente. Luchó por recuperar el juicio.

—¿Perdón? —fue todo lo que pudo articular, mirando al barón aturdida.

Él se rio entre dientes una vez más.

—Sí —dijo—. Lo que le propongo es matrimonio.

Capítulo Doce

Andrew le concedió un momento a la señorita Whitworth para que se recompusiera. Sabía que la había sorprendido con su propuesta tan directa. Sin embargo, también sabía otra cosa: era una solución sencilla, dados los hechos. Y, aunque lo había ofendido la primera vez que se vieron, la consideraba extremadamente inteligente. No creía que mereciera acabar con alguien como lord Axenshire. Cuando

por fin se recompuso, la señorita Whitworth lo miró con una divertida combinación de indignación y curiosidad. Era una expresión que nunca había visto y, en su hermoso rostro, resultaba de lo más intrigante. —¿Y

qué le ha hecho pensar que yo quiero casarme con usted? —preguntó ella. Andrew

sonrió. Su pregunta no era ofensiva. De hecho, era justa, dadas las circunstancias. Entonces estuvo seguro de que ella era consciente de lo que su padre intentaba hacerle. Era natural que se mostrara recelosa ante cualquier hombre que de repente afirmara querer casarse con ella.

—Sé que solo hemos tenido dos encuentros de verdad antes de hoy —dijo él—. Pero, por esos encuentros, puedo asegurar que es usted una dama intelectual. Y, francamente, estoy harto de las mujeres cabeza hueca de la *ton*. Estoy seguro de que comprenderá que mi propuesta satisfará las necesidades de ambos.

Al oír eso, el semblante de ella se relajó. Parecía estar sopesando sus palabras, y su mirada pasó de recelosa a cautelosa pero intrigada. —¿Y eso

cómo? —preguntó. Su voz había perdido toda la agresividad. Había captado su atención. Solo esperaba poder convencerla de su propósito. Al igual que con la proposición, optó por no andarse con rodeos sobre sus pensamientos ni sobre lo que sabía. —Lord

Axenshire necesita un heredero —dijo—. Y, a ser posible, unos cuantos de repuesto también. Si se casara con él, no tendría libertad ni atenciones. Para él significaría poco más que una yegua de cría.

El rostro de Rowena palideció un poco, pero le sostuvo la mirada con firmeza.

—¿Y usted sería diferente a él? —preguntó—. ¿Acaso no se espera de una esposa que cumpla con todo lo que su marido requiere y le exige?

Andrew se encogió de hombros. A decir verdad, no se había parado a pensar seriamente en el matrimonio, aparte de no querer tener nada que ver con él jamás. Pero ahora que se lo estaba planteando, creía que lo mejor era ser sincero sobre lo que pensaba respecto al acuerdo que tenía en mente.

—No sé qué espera un marido de su esposa —dijo—. No tengo ningún deseo de limitar a una esposa en ningún sentido. Un matrimonio conmigo no sería más que un trozo de papel.

La señorita Whitworth asintió lentamente, con sus ojos azules clavados en los de él.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó. Seguía siendo cautelosa, pero, por primera vez, él vio en ella algo parecido a la esperanza.

Andrew se esforzó por ocultar una sonrisa de triunfo. No quería asustarla o irritarla y hacer que rechazara su proposición de inmediato.

—Bueno, como es natural, tendría que hacer de anfitriona de vez en cuando —dijo—, igual que cualquier esposa de la *ton*. Sin embargo, aparte de eso, le concedería total libertad. Sin reglas. Sin expectativas. Sin excepciones.

La señorita Whitworth negó con la cabeza. Intentaba asimilar lo que le estaba diciendo, y él se sintió un poco culpable por abrumarla con tanta información de golpe. Pero había sido ella quien había

querido que fuera al grano. Y él creía de verdad que lo que le pedía sería una buena opción para ella.

—Pero ¿cómo se las arreglaría para darme libertad? —preguntó ella—. La *ton* acabaría por darse cuenta de que no tenemos un matrimonio convencional. Podría incluso causar un escándalo, sobre todo teniendo en cuenta que soy una solterona con un escándalo propio en mi pasado. Andrew

se encogió de hombros de nuevo. —No sé

qué pensaría la *ton* —dijo—. Y, francamente, no me importa. Lo que hagamos en nuestra vida personal no debería ser de su incumbencia, siempre que no vayamos pregonando nuestros asuntos.

La señorita Whitworth soltó una risa amarga.

—Eso se podría pensar —dijo con sequedad—. Pero esa gente parece hacer de ello su negocio. ¿No le preocupa que empiecen a cuchichear sobre usted?

Andrew negó con la cabeza.

—En absoluto —dijo simplemente. Ante

esto, ella volvió a fruncir el ceño.

—¿Y qué hay de los herederos? —preguntó—. Soy consciente de que se espera que todo noble de la *ton* engendre herederos. ¿Cómo los engendraría con una esposa como yo?

Andrew se estremeció, disimulándolo al pasarse una mano por el pelo.

—No tengo interés en ser padre —dijo. Su juramento de no engendrar hijos jamás le vino a la mente, y esperó que la señorita Whitworth no lo viera en su rostro. No podía decírselo en ese momento, pero nunca sería padre. El linaje familiar terminaría con él.

—¿Por qué no le pide la mano a otra dama? —preguntó ella—. Como, por ejemplo, a una de las debutantes de la temporada. ¿Por qué se molestaría con una solterona como yo?

Andrew se rió entre dientes. Era una pregunta justa. Incluso era razonable que la mujer se mostrara recelosa, dado lo que su padre intentaba hacerle. Aun así, estaba decidido a no rendirse. Creía de verdad que la proposición que le hacía era lo mejor.

—Las debutantes son precisamente lo que deseo evitar —dijo él. La señorita

Whitworth enarcó las cejas. Su expresión se tornó tan cómicamente escéptica que a Andrew le costó mantener la seriedad.

—¿Desea evitar a todas las mujeres jóvenes y hermosas que son perfectas para el matrimonio? —preguntó ella—. ¿Y aun así, busca casarse? Andrew

se encogió de hombros de nuevo. Sabía que debía de parecerle absurdo. Sin embargo, deseaba que llegara a confiar en él al menos un poco, por muy descabellada que le sonara la idea. No se consideraba a sí mismo un gran partido. Pero sabía que era una opción mejor para ella que el conde.

Al menos no se sentiría mortificada si la vieran en público con él. Él era más cercano a su edad y, por lo tanto, atraerían menos atención no deseada en público que ella y el conde. O al menos, eso creía. —Mi

madre no dejará de hacer de casamentera hasta que me case con una dama con la que no pueda mantener una conversación intelectual —dijo él—. Ni *ninguna conversación en absoluto, más allá del tiempo*, pensó con un escalofrío—. Y sé que con usted, al menos podría tener una buena conversación. Estoy seguro de que podría tratar temas de mayor profundidad que los relacionados con el tiempo. Para mí, esa es razón más que suficiente para desear pedirle la mano a usted en lugar de a cualquier otra mujer.

La señorita Whitworth tosió, y a Andrew le pareció que intentaba disimular una risa. Sin embargo, se aclaró la garganta y lo miró como si nada hubiera pasado. Por un instante, Andrew se preguntó si ella sabía a quién se refería. Si alguna vez se había encontrado con lady Viola, era posible.

Al cabo de un momento, abrió la boca para hablar. Pero no tuvo la oportunidad. Justo entonces, su doncella se acercó corriendo, con el rostro sonrojado y los ojos como platos. —Señorita

Whitworth —susurró—, varios miembros prominentes de la *ton* han llegado al parque. Algunos de ellos vienen hacia aquí. Los ojos

de la señorita Whitworth se abrieron de par en par, y se volvió hacia Andrew con una expresión inquietantemente parecida a la de

su doncella. —Lo siento

—dijo—. No puedo arriesgarme a que me vean a solas con usted.

Andrew asintió, apartándose de ella y refugiándose detrás del árbol que la doncella acababa de dejar. Odiaba que los hubieran interrumpido de esa manera. Aunque nunca había tenido la intención de presionarla, había esperado obtener algo parecido a una respuesta definitiva en ese mismo momento. Era

egoísta por su parte, pero cuanto antes tuviera otra opción aparte de lady Viola, mejor. En cambio, la vio a ella y a su doncella alejarse a toda prisa, justo a tiempo para que algunas de las personas que la doncella había mencionado aparecieran por la pequeña colina cercana. Cuando

las dos mujeres se perdieron de vista, Andrew salió de detrás del árbol, paseando despreocupadamente por el parque. Hizo como que buscaba a alguien para evitar cruzar la mirada con nadie. Mientras paseaba, pensó en cómo había ido su interacción con la señorita Whitworth. Se rió para sus adentros al pensar en la sorpresa de su rostro cuando le había hecho la proposición. También pensó en lo guapa que era en realidad.

Pasó sin prisa junto al goteo de gente que se dirigía a los confines del parque y se encaminó hacia su carruaje, que lo esperaba. Al subir, recordó el atisbo de esperanza que había visto en los ojos de la mujer. Comprensiblemente, se mostraba recelosa ante su repentina proposición. Se preguntó si había hecho lo correcto. Sin embargo

, volvió a pensar en sus respectivas circunstancias. Sabía que lo que ofrecía los ayudaría a ambos. Y a juzgar por las preguntas que ella le había hecho, sospechaba que, al menos, ella también le veía cierta lógica. Pero de una cosa estaba completamente seguro. Decidiera

lo que decidiera, al menos meditaría considerablemente su proposición. Había visto en sus ojos que estaba tan desesperada por encontrar una salida a su situación como él por escapar de la suya. Con un poco de suerte, decidiría aceptar su oferta. Esperaba, tanto

por el bien de ella como por el suyo propio, que lo hiciera. Y que lo hiciera pronto.

Capítulo trece

Rowena y Sally se alejaron del parque en el carruaje justo cuando este empezaba a llenarse de otros miembros del *buen tono*. Rowena respiró aliviada, con la esperanza de que ninguno de ellos la hubiera visto. Ella y Sally guardaron silencio un minuto, lo que le dio a Rowena tiempo para pensar en todo lo que el barón había dicho.

Le sorprendía que él supiera de los planes de su padre de casarla con el conde. Y le asombraba aún más descubrir que le importaba lo que le ocurriera. ¿Era su proposición sincera? ¿O tenía sus propias intenciones?

—¿Y bien? —preguntó Sally, rompiendo el silencio.

Rowena la miró con los ojos muy abiertos.

—¿«Y bien», qué? —preguntó, sorprendida.

Sally bufó.

—¿Vas a contarme de qué iba todo eso? —inquirió.

Rowena se mordió el labio. Se dio cuenta de que Sally se había mantenido lo suficientemente lejos como para no poder oír lo que el barón había dicho. Se lo pensó un segundo antes de contestar.

—Me ha pedido en matrimonio —dijo.

Sally se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué?

Rowena le relató lo que él le había contado sobre lo que sabía del conde y sus intenciones. También le dijo que lord Elsbrook le había prometido total libertad si aceptaba su propuesta. Mientras hablaba, la expresión de Sally pasó del horror a una agradable sorpresa.

—Vaya —dijo una vez que Rowena terminó de explicar—. ¿Y qué vas a hacer?

Rowena suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. ¿Cómo pasa una mujer de no tener ninguna proposición de matrimonio a tener dos en el lapso de apenas un par de días?

Sally le dio una palmadita en la espalda.

—Lo siento mucho, Rowena —dijo—. Ojalá no te vieras en una situación semejante.

Rowena asintió. Sin embargo, no estaba del todo decepcionada por tener al barón como opción matrimonial. Era evidente que había algo en él que le hacía preocuparse por el bienestar de una mujer a la que apenas conocía. Quizá, bajo su arrogante exterior, se escondía un hombre amable y bondadoso. Tenía que admitir que era una opción mucho mejor que el horrible y viejo conde.

—Ya que estamos fuera, pasemos a ver a Nancy —dijo—. Al menos, así no engañaré del todo a mi madre y a mi padre.

Sally sonrió.

—Es una idea excelente —dijo.

Poco después, el carruaje se detuvo frente a Cresingdale Manor. El mayordomo las recibió con la misma calidez de siempre y las acompañó al salón, donde Nancy estaba haciendo punto.

Cuando el mayordomo anunció la llegada de Rowena, la condesa arrojó su labor a un lado y voló a través de la habitación para abrazar a su hermana.

—Oh, cariño —dijo, besándola en ambas mejillas—. Qué sorpresa tan agradable. ¿A qué debo el placer?

Rowena sonrió, sintiéndose culpable por usar a su hermana como tapadera para lo que acababa de hacer.

—Han pasado siglos desde la última vez que pude venir de visita cuando me apetecía —dijo—. Simplemente aprovecho la oportunidad ahora que la tengo.

Nancy sonrió radiante.

—Bueno, pues mandaré que preparen el té de inmediato —dijo.

Nancy dio sus instrucciones a una de sus doncellas, que salió corriendo al instante. Luego, se volvió hacia Rowena, sonriéndole afectuosamente.

—Me alegro mucho de verte, de verdad —repitió—. ¿Cómo va la temporada hasta ahora?

Rowena hizo todo lo posible por sonreír. No podía contarle la verdad a su hermana. La llevaría a tener que revelar la situación financiera de su familia.

—Requiere cierta adaptación —dijo con cautela.

Nancy asintió con comprensión.

—Sé que es extraño asistir a eventos después de tanto tiempo —dijo—. A veces me resultaba difícil ir a cenas y fiestas mucho después de que Colin muriera.

Nancy siguió hablando, pero Rowena seguía distraída. No podía evitar pensar en lo que el barón le había ofrecido. Sus razones para pedírselo tenían sentido. Pero no dejaba de darle vueltas al asunto de los herederos.

Él había dicho que no quería ser padre. Pero ¿y si eso cambiaba en el futuro? Todo noble buscaba tener herederos en algún momento de su vida. Era razonable esperar que lord Elsbrook también lo hiciera.

Y luego estaba el hecho de que intentara rescatarla de un matrimonio con lord Axenshire. Estaba agradecida de que le hubiera ofrecido una alternativa. Pero no podía entender por qué se molestaría en salvar a una mujer que apenas conocía de un destino que para él era intrascendente. Era un misterio, desde luego. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más intrigada se sentía.

—Rowena, cariño —dijo Nancy, trayendo a Rowena de vuelta al presente de forma abrupta.

—¿Sí? —preguntó, sonrojándose por haber estado tan intensamente distraída.

Nancy dejó a un lado su taza de té, lo que hizo que Rowena se diera cuenta de que se lo habían servido, pues no tenía ni idea. Nancy se acercó y tomó la mano de su hermana, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Pareces muy preocupada.

Rowena se reprendió mentalmente. Por supuesto, su hermana se daría cuenta de que no estaba siendo ella misma. Y ni siquiera

podía contarle a Nancy la propuesta de lord Elsbrook. Si lo hacía, tendría que contárselo todo.

Y Nancy no aprobaría ninguna unión que no fuera por amor. Era una romántica empedernida, sobre todo después de haber tenido la suerte de casarse con un hombre al que realmente amaba y que la había amado a ella.

—Es solo la temporada —dijo—. Como te decía, es un gran cambio. A veces me resulta abrumador.

Nancy se relajó y le dedicó otra sonrisa amable.

—Lo sé, cariño —dijo—. Recuerdo que a mí también me pareció todo un poco excesivo antes de conocer a Colin. —Hizo una pausa y suspiró soñadoramente—. Y recuerdo lo hermoso que era el mundo después de encontrarlo. Debes recordar no precipitarte en nada. Es de suma importancia que te cases por las razones correctas. Aunque perdí a mi querido Colin, no cambiaría por nada del mundo haberlo conocido y haberme enamorado de él.

Rowena miró a su hermana con compasión. Estaba claro que le dolía hablar de su marido en pasado. Rowena sospechaba que esto era lo más que había hablado de él de una sola vez desde su muerte.

Entendía la preocupación de Nancy por que se casara por amor. Pero también comprendía que lo último que Nancy necesitaba era oír hablar de la situación económica de su padre y de que esa era la razón por la que tenía que casarse pronto. Sabía que necesitaba cambiar de tema, tanto por ella como por su hermana.

Para su alivio, en ese momento apareció la doncella, que traía más agua caliente para el té. Nancy levantó la vista y sonrió cálidamente a la doncella, lo que dio a Rowena la oportunidad de cambiar de tema.

—¿Cómo están los niños? —preguntó—. Han pasado siglos desde la última vez que los vi. Deben de estar creciendo muy deprisa.

A Nancy se le iluminó el rostro.

—Oh, están maravillosos —dijo—. Anna empezará a caminar pronto. Elizabeth adora a Anna. Y el pequeño Colin acaba de empezar sus primeras lecciones.

Rowena escuchaba a su hermana hablar maravillas de sus hijos, con una punzada en el corazón. Estaba claro que Nancy los quería, pero Rowena sabía que debía de ser muy difícil criar a tres niños pequeños sin su padre.

—Parecen encantadores —dijo—. No puedo esperar a ver a Anna. ¿Cómo está?

Nancy asintió, sonriendo.

—Se parece mucho a ti —dijo, alargando la mano y acariciando la mejilla de su hermana—. Lo que significa que va a ser absolutamente deslumbrante cuando sea una mujer joven.

Rowena se sonrojó.

—Eres demasiado amable, hermana —dijo.

***

Cuando regresó a casa, su padre se cruzó con ella en la escalera cuando subía a sus aposentos.

—Justo a tiempo —dijo él, sonriendo de oreja a oreja.

Rowena parpadeó, momentáneamente confundida. Luego, se fijó en que iba muy bien vestido y el recuerdo la golpeó: el conde venía a cenar y tenía que arreglarse.

—Como le prometí a usted —dijo, sonriendo débilmente—. Será mejor que vaya a prepararme.

Antes de que el vizconde pudiera recordar que supuestamente había ido a casa de Nancy a buscar otro vestido para la noche, subió corriendo las escaleras. Sally la siguió de cerca y cerró la puerta con llave cuando llegaron a su habitación. Rowena se tiró en la cama, a pesar de la hora y de la necesidad que tenía de vestirse.

—No soporto la idea de cenar con el conde —dijo.

Sally se sentó a su lado y le dio unas palmaditas en la cabeza suavemente.

—¿Quieres que informe a tus padres de que te has puesto enferma? —preguntó.

Rowena se lo pensó. Sería preferible a asistir a la cena con lord Axenshire. Sin embargo, sabía que su padre se enfurecería, aunque estuviera realmente enferma. Además, acababa de verla. Sabría perfectamente que no parecía enferma en absoluto.

—No —dijo a regañadientes—. Será mejor pasar esta cena y ya está.

Sally asintió mientras se incorporaba, mirando a su señora con profunda compasión.

—¿Vas a considerar lo que el barón te ha pedido? —inquirió.

Rowena suspiró. Ahora que se enfrentaba a tener que compartir una comida con el horrible conde, la proposición de lord Elsbrook sonaba excepcionalmente tentadora. Pero era demasiado para asimilarlo, y ya estaba enferma por la tensión de la velada que se extendía ante ella.

—Tengo que superar esta noche —dijo al fin—. Luego, podré empezar a pensar en su loca proposición.

Sally asintió.

—Comprendo —dijo en voz baja—. Anda. Vamos a vestirte.

Rowena suspiró.

—Muy bien —dijo.

Fue una suerte que su padre no supiera qué vestidos le había dado Nancy. Tenía uno que él creería fácilmente que era el mejor que poseía en ese momento, un vestido verde oscuro con volantes y perlas. En realidad, era uno de los más sencillos, pero sabía que su padre estaría complacido. Se lo entregó a Sally sin decir palabra y se quedó quieta mientras la doncella la ayudaba a vestirse.

Sally le recogió el pelo en un moño apretado, enmarcando su rostro con tirabuzones, y le prendió un peine de esmeraldas delante del moño, como una pequeña tiara. Espolvoreó las pálidas mejillas de Rowena con un poco de colorete, añadió un poco de polvos y Rowena estuvo lista por fin.

—Estás preciosa —dijo Sally con tristeza.

Rowena asintió, sintiéndose como si se dirigiera al patíbulo.

—Entonces, al menos padre estará contento —dijo—. *Y ese horrible conde también.*

Ambas mujeres guardaron silencio mientras Sally la acompañaba al comedor principal. A Rowena le alivió un poco ver que el conde aún no había llegado. Pero para cuando se sentó con su familia, el mayordomo entró a anunciar su llegada. El vizconde la fulminó con

la mirada como si fuera una advertencia, así que ella esbozó su mejor sonrisa falsa.

—Buenas noches —dijo lord Axenshire, haciendo una rígida reverencia.

—Buenas noches, milord —dijo el vizconde, levantándose de su silla para saludar a su invitado—. Por favor, acompáñenos.

Rowena, su madre y su hermana hicieron una reverencia mientras el conde tomaba asiento. Rowena se dio cuenta inmediatamente de que la estaba estudiando con atención. Él y el vizconde charlaron de trivialidades mientras se servía el primer plato. Pero cuando empezaron a comer, Rowena se dio cuenta de que el conde casi la miraba lascivamente.

No podía creer que su padre permitiera un comportamiento tan indecente e irrespetuoso hacia ella, especialmente en su propia mesa. Sin embargo, él parecía totalmente despreocupado. Le dolió terriblemente, pero lo único que pudo hacer fue obligarse a comer y hacer todo lo posible por fingir que lord Axenshire no la estaba mirando fijamente.

Lo consiguió, hasta que su padre dijo algo que hizo reír al conde. Fue una risa fuerte y sorprendente, y ella levantó la vista en su dirección. Al hacerlo, lo vio mirándola de arriba abajo, incluso más descaradamente que antes.

—Bueno —dijo en voz alta—, creo que es usted lo bastante buena para tener hijos.

Fue el turno de su padre para reír, y ella se dio cuenta de que debían de haber estado hablando de ella. Su madre ahogó un jadeo de sorpresa, y a Sybil casi se le cayó la cuchara. Rowena se estremeció, repentinamente invadida por las náuseas. Cualquier parte de ella que hubiera creído que le importaba a su padre se marchitó y murió rápidamente. Ahora sabía que él no la veía más que como un medio para conseguir un fin. Estaba desolada.

Durante el resto de la comida, se sintió demasiado mareada como para siquiera fingir que comía. Todo lo que podía hacer era imaginarse casada con el conde. No volvió a mirarlo, pero sentía que sus ojos no se apartaban de ella. Afortunadamente, su padre estaba demasiado ocupado charlando para darse cuenta de que ignoraba al

conde. Si hubiera tenido que hablarle, temía que hubiera salido corriendo de la habitación gritando.

De repente, recordó lo que había sucedido aquel día. La propuesta del barón le vino a la mente, inundándola de alivio. Seguía pensando que era algo extraño por su parte: proponerle matrimonio tan de repente. Pero había una cosa que no podía negar: tenía razón. Casarse con él era una perspectiva mucho mejor que casarse con el monstruo que en ese momento estaba sentado a la mesa de su familia. Y, desde luego, merecía la pena considerarlo un poco más en serio.

Capítulo catorce

Al día siguiente, Andrew estaba sentado en su despacho, intentando concentrarse en la compilación de los libros de contabilidad mensuales. Sin embargo, por decir lo menos, no tuvo ningún éxito en su empeño. No podía pensar en otra cosa que no fuera su reunión con la señorita Whitworth del día anterior. Apenas podía creer que le hubiera hecho semejante proposición de una forma tan directa. Tampoco podía creer la esperanza que albergaba de que ella la aceptara.

—Andrew —dijo su madre desde el umbral de la puerta. Lo sobresaltó tanto que dio un respingo y arañó la página por la mitad con la pluma, dejando un borrón de tinta. Suspiró, arrancó la página y la dejó a un lado para copiar la información en una hoja nueva.

—Madre —gruñó, limpiando rápidamente las gotas de tinta que habían goteado sobre su escritorio mientras forcejeaba con la página arruinada—. ¿Es que no sabes llamar a la puerta? La baronesa

viuda se encogió de hombros, cruzó la estancia y se plantó ante su escritorio sin esperar invitación alguna. Andrew decidió que su padre había sido la única razón por la que su madre había respetado alguna vez la intimidad de los hombres de la familia.

—Estoy preocupada por ti —dijo. Andrew

la miró y enarcó una ceja con recelo. —¿Por qué? —preguntó. Su

madre negó con la cabeza y le dirigió una mirada impaciente.

—Porque mientras tú estás escondido en tu despacho, seguro que otros caballeros están visitando a lady Viola —dijo—. Serías un completo idiota si dejaras escapar una oportunidad con ella.

Andrew se frotó la sien con la mano que tenía libre. Por supuesto, no estaba preocupada por él. Le preocupaba que no estuviera haciendo exactamente lo que ella quería que hiciese. No

pudo evitar preguntarse si a su madre le importaba él lo más mínimo. Parecía que lo único que le importaba era forzar a Andrew a un matrimonio que él consideraría insoportable y a producir unos herederos que no deseaba. Justo

cuando Andrew abría la boca para darle una respuesta cortante, llamaron a la puerta, que su madre había dejado abierta de par en par. Andrew levantó la vista y vio a su lacayo de confianza, Roger, de pie en el umbral. Se levantó y sonrió, desconcertado por la intrusión, pero agradecido de poder ignorar a su madre para ver qué quería el hombre. —Roger

—dijo, pasando junto a su madre para acercarse al lacayo—. ¿Qué ocurre? Roger

lanzó una mirada por encima de su hombro hacia la baronesa viuda, y luego volvió a mirar a Andrew con las cejas enarcadas.

—Debo tratar un asunto importante con usted —dijo.

Andrew sonrió, aún más contento de ver al hombre. Se volvió hacia su madre con una sonrisa abiertamente presumida en el rostro. —Si

nos disculpas, madre —dijo—. Debo atender este asunto. La

baronesa fulminó a su hijo con la mirada y, por un momento, él pensó que le discutiría. Sin embargo, no lo hizo. Resopló, se apartó de delante del escritorio y se dirigió con paso firme hacia la puerta.

—Nuestra conversación no ha terminado —dijo, mirando con enfado a Roger—. Así que prepárate. Andrew

hizo una reverencia, sin dejar de sonreír.

—Adiós, madre —dijo. Regodeándose

en silencio, Andrew vio cómo su madre salía de la habitación. Hizo un gesto a Roger para que se adelantara y le dirigió una mirada de alivio mezclada con curiosidad. —¿Va todo bien? —preguntó. Roger

asintió, tendiéndole una carta lacrada. —Acaba

de llegar esto, lord Elsbrook —dijo—. La ha traído una tal señorita Sally Bisley, la doncella de la señorita Rowena Whitworth. Andrew

ya estaba abriendo la carta a toda prisa antes incluso de que Roger hubiera terminado de hablar. En cuanto el lacayo dijo Sally,

supo al instante de quién era. La leyó rápidamente, con el corazón latiéndole cada vez más deprisa:

Estimado lord Elsbrook: Solicito

su presencia en el mismo lugar donde nos reunimos anteriormente. Estaré esperándole allí antes de una hora. Por favor, venga tan rápido como le sea posible. Es un asunto urgente. Atentamente, RW

No se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que Roger habló. —¿Mi señor? —preguntó. Andrew

lo miró, doblando la carta apresuradamente y guardándosela en el bolsillo del abrigo. —Por favor

, prepara un carruaje para ir a Hyde Park de inmediato, Roger —dijo él—. Debo partir enseguida.

El lacayo pareció perplejo, pero se limitó a hacer una reverencia. Salió corriendo de la habitación y Andrew lo siguió de cerca. Pudo ver a su madre bajando las escaleras, pero se giró y se dirigió hacia la entrada antes de que ella lo viera. Si la reunión con la señorita Whitworth salía como esperaba, nunca tendría que terminar la conversación que su madre había empezado antes. En un tiempo

récord, Roger y el cochero acercaron el carruaje. Andrew se subió de un salto antes de que se detuviera por completo y, un instante después, se alejó de su casa. Durante todo el trayecto, Andrew miró por la ventanilla con la mente a mil por hora.

Sabía que la reunión podía salir de cualquier manera. Pero algo le decía que, si la señorita Whitworth hubiera decidido rechazar su oferta, se lo habría dicho en una carta. Sin embargo, no podía hacerse ilusiones hasta estar seguro. Solo esperaba que ella hubiera sopesado bien la oferta y la viera como él.

Cuando llegó al parque, bajó de un salto del carruaje, se alisó el abrigo y se pasó una mano por el pelo. Luego, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos, se dirigió directamente hacia el árbol tras el que se había escondido cuando la dama y su doncella se habían escabullido del parque el día anterior.

La señorita Whitworth estaba sentada cerca, en un banco, con su doncella. Antes incluso de llegar a su altura, Andrew pudo ver que tenía una expresión seria. Supo entonces que, en efecto, le había dado muchas vueltas a su proposición. No pudo adivinar su respuesta por su rostro, así que se enderezó y caminó lentamente hacia ellas. —Buenos días

, señorita Whitworth —dijo, inclinando el sombrero y haciendo una reverencia al detenerse ante ella.

Ella y su doncella se levantaron y le hicieron una reverencia. La doncella fue a situarse junto al árbol, observándolos atentamente,

igual que antes. Sin embargo, Andrew se percató de que lo hacía con bastante menos reticencia que la vez anterior. Andrew esperó que fuera una buena señal. —Buenos días, lord

Elsbrook —dijo la señorita Whitworth—. Por favor, siéntese conmigo.

Se desplazó hacia un lado del banco y dio unas palmaditas en el amplio espacio vacío del otro lado. —Gracias —dijo

él, colocando el sombrero entre ambos y accediendo a su petición. Intentó parecer despreocupado al sentarse, pero el corazón le iba a mil. Lo que ella dijera a continuación cambiaría su vida, y la de ella, para siempre. Sabía que ella también lo sabía, como era evidente por la expresión de su rostro. Esperó pacientemente a que estuviera lista para hablar.

—He pensado mucho en su proposición —dijo ella por fin. Andrew

asintió. Su expectación crecía a un ritmo vertiginoso, pero mantuvo la compostura.

—Me alegro —dijo él—. Sé que es algo importante que le solté de sopetón y que no debe tomarse a la ligera. Pero me alegra verla aquí de nuevo tan pronto. ¿Entiendo que ha tomado una decisión?

La señorita Whitworth lo miró durante un largo instante antes de asentir. —La he

tomado —dijo ella.

Andrew respiró hondo. Lo único que podía hacer en ese momento era esperar que dijera que sí.

—Muy bien —dijo—. La escucharé cuando esté lista, señorita Whitworth.

La mujer volvió a asentir, irguiéndose y levantando la barbilla. Pudo ver en sus ojos que estaba tan nerviosa como él, y contuvo la respiración.

—Estoy dispuesta a aceptar su oferta —dijo ella.

El corazón de Andrew se detuvo. Era la respuesta que había esperado, pero solo entonces se dio cuenta de que en realidad había contado con que lo rechazara.

—Maravilloso —dijo él, pero ella levantó una mano para detenerlo.

—Sin embargo —dijo con cautela—, tengo una condición. Y esa condición debe cumplirse para que yo acepte casarme con usted.

Andrew estaba seguro de que le habría prometido la luna y habría encontrado la manera de entregársela también, si eso significaba que se casaría con él. Pero se limitó a dedicarle una leve sonrisa. —Diga su condición

—dijo.

Le tocó a ella respirar hondo. Parecía preocupada de que él pudiera rechazar su condición. Él se estaba preparando para algo extravagante, como fugarse y desaparecer de Londres para siempre. Aunque una parte de él pensó que no le importaría demasiado, si ese fuera el caso.

—Mi condición es esta —dijo ella, tratando al parecer de escoger sus palabras con cuidado—: debemos tener un compromiso formal, incluidas las amonestaciones.

Andrew se quedó desconcertado. No porque su petición fuera irrazonable. Al contrario, era perfectamente razonable, aunque un poco extrañamente específica. Él había previsto obtener una licencia especial, simplemente por quitarse la boda de en medio. Se preguntó el porqué de su petición.

—Sé que suena extraño pedir algo así —dijo ella, al parecer leyendo su expresión—. Pero lo último que quiero es otro escándalo. La gente empezará a hablar si nos apresuramos a casarnos. Especialmente porque mi padre planea casarme con lord Axenshire.

Andrew asintió. Tenía razón, por supuesto. A él no le importaba ningún escándalo que ella tuviera en su pasado. Tampoco le importaba especialmente ningún escándalo inminente. Pero si ella quería evitar manchar más su nombre, no se lo echaría en cara.

—Su petición es aceptable —dijo—. Con mucho gusto cumpliré su condición.

Al parecer, parte de su postura rígida se debía a su propia ansiedad, porque en cuanto él aceptó su condición, ella se relajó. Andrew se acercó más a ella, aunque no estaba del todo seguro de por qué. Al hacerlo, sus sentidos se vieron realzados por el olor a lavanda.

Clavó la mirada en los ojos de la mujer que pronto sería su esposa y se quedó absorto. Ya se había dado cuenta de lo bonitos que eran antes. Pero solo entonces se dio cuenta de que podría mirarlos durante horas con sumo gusto. De repente, se alegró de que ella hubiera aceptado su proposición por una nueva razón, aunque no estaba muy seguro de cuál era.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, mirándolo con perplejidad. Se dio cuenta de que tenía las mejillas sonrosadas, y él retrocedió, rompiendo el trance, para no incomodarla aún más.

—Sí —dijo, carraspeando—. Sí, todo va bien.

La señorita Whitworth asintió, juntando las manos en su regazo. —Bien —dijo

ella con incertidumbre—. Y gracias por aceptar mi condición.

Andrew sonrió. —Es un placer

—dijo—. Gracias a usted por aceptar mi proposición.

Ella asintió de nuevo y se quedaron sentados en un silencio incómodo durante un momento. Andrew se dio cuenta de que ella esperaba algún tipo de confirmación por su parte y, probablemente, que se marchara para que ella y su doncella pudieran irse poco después. Él se levantó, inclinando el sombrero hacia ella y dedicándole una amable sonrisa. —Haré los arreglos

para reunirme con su padre —dijo—. Y empezaré los preparativos para que se lean las amonestaciones una vez que haya hablado con él.

Ella suspiró, y Andrew no supo decir si fue de alivio o de cansancio. Pero ella le devolvió la sonrisa con una pequeña sonrisa propia.

—Muy bien —dijo, levantándose para hacer una reverencia.

Andrew se inclinó. —Que tenga

una buena tarde, señorita Whitworth —dijo. *«Mi prometida»*, pensó para sí mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Capítulo quince

Andrew consultó su reloj de bolsillo por décima vez. Era ya bien entrada la noche y hacía horas que le había enviado un recado al vizconde Worthingwood para que se reuniera con él a tomar una copa en el White's. Y, sin embargo, Andrew estaba sentado solo en un rincón apartado del club. El vizconde ya llegaba diez minutos tarde a su encuentro. Lord

Worthingwood le había respondido que asistiría a la reunión, así que no había habido ningún malentendido. A Andrew le parecía terriblemente irresponsable que un noble llegara tarde.

Lo único bueno, si es que había algo, que el difunto barón de Elsbrook le había enseñado a su hijo era la puntualidad. Era una costumbre que siempre le había sido útil, tanto en los negocios como en el placer. Supuso que no debería sorprenderle demasiado la tardanza del vizconde. Un hombre dispuesto a casar a su hija con un noble anciano para arreglar su situación financiera difícilmente se preocuparía por algo como la puntualidad.

Andrew levantó la mano para llamar a un camarero cuando vio entrar a otro hombre. Por fin era lord Worthingwood, que buscaba a Andrew con la mirada. Andrew se puso en pie y lo saludó con una mano, mientras con la otra le hacía señas al camarero. El vizconde y el camarero llegaron a la mesa al mismo tiempo. Andrew le indicó al vizconde que se sentara mientras él pedía las bebidas.

Se produjo un momento de silencio incómodo mientras los hombres esperaban a que les sirvieran las bebidas. Andrew sopesó la posibilidad de hacerle saber al vizconde que no le había gustado su tardanza, pero como estaba a punto de hacerle una petición importante y repentina, decidió que era mejor dejarlo pasar. Aun así, esperaba que el hombre intentara disculparse. Pero, por supuesto, no lo hizo.

Cuando llegaron las bebidas, Andrew le dio un buen sorbo a la suya. El vizconde hizo lo mismo y Andrew pensó en lo que iba a decir. No quería estar en presencia de lord Worthingwood más tiempo del necesario. Ya le resultaba desagradable y no tenía sentido demorar el motivo de la reunión.

El vizconde siguió bebiendo, pero Andrew se lanzó a decir lo que quería.

—Deseo tener su bendición para pedir la mano de la señorita Whitworth en matrimonio —dijo.

El vizconde se atragantó con la bebida y miró a Andrew con los ojos como platos. Andrew tuvo que morderse el interior de la mejilla para no echarse a reír. La diversión se le pasó casi de inmediato, pues el vizconde soltó una carcajada.

Andrew enarcó una ceja, esperando a que lord Worthingwood recuperara el aliento. Dio otro sorbo a su copa para mantener la calma. Podía imaginarse por qué se reía el vizconde, y no le gustaba ni un pelo.

—¡Oh, cielos! —dijo el vizconde, carraspeando—. Lord Elsbrook. Debe de estar bromeando.

Andrew apretó la mandíbula y su mano se cerró con fuerza alrededor del vaso.

—Le aseguro, lord Worthingwood —dijo, pronunciando las palabras con un deje de advertencia—, que no bromeo sobre estos asuntos. Y no estoy seguro de qué puede haber de divertido en una petición así.

Las risitas del vizconde se apagaron. Miró a Andrew, bebió otro trago y se recostó en la silla.

—Está perdiendo el tiempo —dijo.

Andrew arqueó las cejas, luchando contra el impulso de quitarle de un manotazo la copa al petulante vizconde.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Y por qué?

El hombre sonrió con orgullo, lo que aumentó aún más la tentación de Andrew.

—Es sencillo —dijo, como si le hablara a un necio—. Estoy en proceso de cerrar un compromiso entre mi querida hija y el conde de Axenshire.

Andrew resopló, sin molestarse en ocultar su desdén.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿Qué más le da a usted casarla con él o conmigo?

Los ojos del vizconde Worthingwood se abrieron de par en par y se quedó mirando a Andrew un instante más. Andrew creyó que intentaba decidir si hablaba en serio, así que se aseguró de que su expresión transmitiera que así era. Al cabo de otro minuto, el vizconde se echó a reír.

—¡Oh, cielos! —dijo, con la frente brillante de sudor mientras reía de nuevo—. Habla usted muy en serio. Pero tendría que ser un necio para rechazar a un conde en favor de un simple barón.

El impulso de propinarle al vizconde Worthingwood un merecido puñetazo se volvió casi insoportable. Apretó los puños bajo la mesa para que el vizconde no lo viera. Fulminó al hombre con la mirada hasta que sintió que recuperaba el control. Entonces, se inclinó hacia delante, puso las manos sobre la mesa y las entrelazó lentamente.

—Tendría mucho cuidado con lo que va a decir a continuación —dijo de forma deliberada.

La sonrisa socarrona desapareció ligeramente del rostro del vizconde. Miró a Andrew, sopesando la gravedad de sus palabras. Finalmente, bebió otro trago y le hizo un gesto grosero a Andrew para que continuara. Andrew no pudo evitar fijarse en lo desinteresado y aburrido que parecía el hombre. Andrew pensó que, al menos, podría borrarle esa petulancia de la cara.

—Ese conde suyo ha tomado algunas decisiones empresariales muy desafortunadas —dijo—. Estoy seguro de que le ha dado a entender que es increíblemente rico. Pero le aseguro que no es tan rico como dice ser.

La sonrisa de lord Worthingwood siguió desvaneciéndose.

—Se está tirando un farol —dijo, con un tono que denotaba que no se lo creía—. Es imposible que sepa algo así.

Le tocó a Andrew sonreír con suficiencia.

—Puedo saberlo —dijo, sosteniendo firmemente la mirada del vizconde—. Y lo sé. No voy a afirmar que conozco su fortuna exacta, pero sé que es lo bastante escasa como para que recientemente le hayan embargado algunas de sus pertenencias.

Ante esto, los ojos del vizconde se abrieron de par en par, asombrado. Andrew vio que estaba considerando la posibilidad de que fuera cierto. También vio que al vizconde le daba igual con quién casar a su hija; solo le importaba que tuviera dinero. Se dio cuenta de que eso jugaría a su favor, pero esperó a que el vizconde hablara.

—Nadie más me ha comentado esto —dijo, intentando sonar indiferente. Pero Andrew se percató de que algo en él sabía que lo que había dicho era verdad o, como mínimo, sospechaba que podría serlo.

—Entonces no ha estado hablando con la gente adecuada, milord —dijo, sonriendo.

El vizconde pareció darse cuenta de que Andrew se estaba regodeando. Arrugó el rostro y se echó hacia atrás, cruzándose de brazos. Andrew pensó que intentaba parecer intimidante, pero a él no le pareció más que un niño malhumorado.

—Bueno, ¿y qué tiene eso que ver con que se case usted con ella? —espetó.

Andrew pasó por alto que ya no se refería a su hija por su nombre. Se limitó a sonreír con suficiencia e inclinarse hacia el vizconde, haciendo que este se echara hacia atrás.

—Porque, aunque sea un simple barón —dijo, arrastrando las dos últimas palabras—, le aseguro que soy extremadamente rico.

El vizconde soltó una risita, pero fue un sonido hueco.

—¿Es así? —preguntó.

Andrew asintió.

—Y sé otra cosa —dijo, tamborileando con los dedos en la mesa —. Sé de buena tinta que perdió usted bastante dinero en el Derby, y que eso le ha afectado mucho económicamente.

Todo rastro de falsa bravuconería se desvaneció cuando Andrew anunció que estaba al tanto de la pérdida en las carreras. Las mejillas del vizconde palidecieron, sus ojos se abrieron de par en par y su rostro se desencajó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó. De repente, parecía más convencido de que Andrew sabía todo lo que decía saber.

—Eso es irrelevante —dijo. No le diría al hombre que había sido él mismo quien se lo había contado a Andrew al hablar demasiado alto, aunque disfrutaba con la idea de que el vizconde mirara por encima del hombro cada vez que hablara con alguien a partir de entonces—. Lo único que importa es que puedo hacer que todos sus problemas desaparezcan. Todo lo que tiene que hacer es darme su bendición para la mano de la señorita Whitworth en matrimonio.

El vizconde lo miró fijamente, sin saber qué decir. Andrew le sostuvo la mirada. Sabía lo que tendría que hacer para que cediera, pero quería que el hombre reflexionara sobre sus recientes actos. Andrew sentía que era lo menos que se merecía por lo que había intentado hacerle a su propia hija.

Como el vizconde seguía sin decir nada un momento después, Andrew se levantó lentamente. Se apartó del reservado con pasos calculados.

—Bueno —dijo, inclinando su sombrero ante el desconcertado lord—. No le robaré más tiempo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se movió despacio. Sonreía para sí mismo incluso antes de que el vizconde volviera a hablar.

—Espere —dijo. Por el sonido, estaba saliendo a trompicones del reservado para intentar alcanzar a Andrew.

Andrew se volvió para encarar al hombre, enarcando las cejas y sonriendo con suficiencia.

—¿Sí? —preguntó.

El vizconde respiró con dificultad, como si el esfuerzo de levantarse de su asiento lo hubiera dejado sin aliento.

—De acuerdo. Tenemos un trato, lord Elsbrook —dijo.

Capítulo dieciséis

Acabo de terminar de leer la novela romántica más bonita —dijo Sybil con entusiasmo a la mañana siguiente durante el desayuno. —¿Mmm?

—murmuró Rowena, avergonzada por haberse distraído tanto cuando su hermana pequeña le había hablado. Se había dado cuenta de que su padre no estaba en la mesa y de que su madre parecía muy alterada. Había estado intentando averiguar qué podía estar pasando cuando su hermana la sacó de sus pensamientos. Sonrojada, le dedicó a Sybil una sonrisa de disculpa. —¿Qué novela? Pero, al instante,

se vio arrastrada de nuevo a sus pensamientos. Su madre parecía cansada y tensa de una forma que a Rowena le partía el corazón. Estaba segura de que tenía algo que ver con las finanzas de la familia. O, quizá, lord Worthingwood había empezado a ser cruel tanto con su esposa como con su hija mediana.

—Oh, ojalá me case por amor —decía Sybil.

Rowena alzó la vista y vio la expresión soñadora en el rostro de su hermana pequeña. A pesar de su propia situación, le encantaba que Sybil aún tuviera la ilusión de encontrar el amor verdadero.

La vizcondesa, sin embargo, no parecía tan contenta. Levantó la cabeza de golpe para mirar a su hija menor, con los ojos muy abiertos y desencajados.

—Los matrimonios por amor no siempre son posibles —dijo.

A Sybil se le demudó el rostro y a Rowena se le encogió el corazón. Estaba claro que era la terrible situación económica de la familia lo que preocupaba a su madre. Y, si no tenía cuidado, se le escaparía algo delante de Sybil que le haría saber lo mal que estaban las cosas en realidad.

—Hermana —dijo Rowena con dulzura—, ¿serías tan amable de dejarme un momento a solas con mamá?

Sybil asintió y le dedicó a su hermana una leve sonrisa.

—Por supuesto —dijo. Le lanzó a su madre una mirada triste y de disculpa y después dejó a las otras dos mujeres a solas en la habitación. Rowena

se giró hacia su madre, preparándose para preguntarle qué le había provocado tal arrebato. Pero antes de que pudiera hacerlo, la vizcondesa rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos. Rowena se sentó a su lado y le frotó la espalda con delicadeza hasta que sus sollozos amainaron. Cuando la vizcondesa finalmente levantó la cabeza de nuevo, Rowena le entregó su pañuelo.

—Mamá —dijo en voz baja—, ¿qué ocurre?

La vizcondesa sorbió por la nariz y se secó los ojos, aunque seguían brotando lágrimas de ellos. Soltó un hipido, intentando recuperar el aliento, y Rowena le sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la mesa. Se lo entregó, ayudándola a sujetarlo hasta que sus manos temblorosas se calmaron. Esperó a que su madre tomara un sorbo y luego la ayudó a dejarlo sobre la mesa.

Al fin, lady Worthingwood habló. —Tu padre

llegó a casa de madrugada —dijo, apretando el pañuelo con fuerza—. Estaba completamente borracho y… —dejó la frase en el aire, con el labio tembloroso, mientras volvía a sollozar, esta vez en silencio— Ay, cariño. Siento que te he fallado como madre. Todo lo que está pasando… es culpa mía porque no puedo evitarlo.

Rowena alargó el brazo y le cogió la mano. Se la apretó con suavidad y le dedicó una sonrisa cariñosa y comprensiva.

—No, mamá —dijo, conteniendo sus propias lágrimas. Le dolía profundamente ver a su madre tan angustiada—. No has hecho más que dar un buen ejemplo a tus hijas. Te queremos y estamos muy orgullosas de que seas nuestra madre. No debes ser tan dura contigo misma.

Las lágrimas seguían corriendo por las mejillas de su madre mientras negaba con la cabeza.

—Cariño —dijo—, no quiero que te veas obligada a un matrimonio concertado. Lo único que he deseado en el mundo para

mis niñas es que os casarais con los hombres que eligierais, por las razones que vosotras decidierais, y que os cuidaran como debe hacerlo un marido. Y ahora, debes hacer lo que dice tu padre, y no hay nada que yo pueda hacer para detenerlo.

Rowena se mordió el labio. Sabía que su madre estaba disgustada con la situación, pero no había imaginado que se culpara hasta tal punto. Ya era bastante malo saber que su madre sentía que debería haber hecho más para convencer a su padre de que no la obligara a casarse solo para evitar la ruina. Estaba desolada al oírle decir que sentía que había fracasado como madre.

Antes de que pudiera ofrecer más consuelo a la vizcondesa, el mayordomo entró en la habitación. —Perdone

la intromisión, mi señora —dijo con delicadeza, claramente consciente de la angustia de la vizcondesa—, pero lord Elsbrook ha pedido ver a la señorita Whitworth.

La cabeza de la vizcondesa se alzó de golpe hacia el mayordomo, y luego hacia Rowena, con expresión de confusión. Rowena le dio una palmadita en el brazo y le señaló el pañuelo que tenía en las manos. Lady Worthingwood se secó los ojos rápidamente y se aclaró la garganta. Rowena le ofreció otro sorbo de agua y le apartó unos mechones de pelo rebeldes. Cuando

su madre recuperó un poco la compostura, Rowena se giró hacia el mayordomo y asintió. —Puede

hacerlo pasar —dijo.

Un segundo después, el barón entró en la habitación. Hizo una reverencia a las damas y luego sonrió en dirección a Rowena. El corazón de Rowena empezó a latirle más deprisa y no pudo evitar fijarse en lo apuesto que estaba esa mañana.

—Buenos días, lady Worthingwood, señorita Whitworth —dijo. La

vizcondesa le sonrió débilmente mientras se levantaba.

—Buenos días, lord Elsbrook —repuso—. Qué amable por su parte venir de visita de forma tan… inesperada. Haré que traigan té recién hecho.

El barón volvió a hacer una reverencia, sonriéndole cálidamente a su señoría. Rowena no estaba segura, pero creyó ver compasión

en sus ojos. ¿Se habría dado cuenta de que su madre acababa de llorar? ¿Y le importaba si así era?

Mientras su madre salía de la habitación, Rowena miró hacia el rincón donde estaba sentada Sally. Tenía un libro en las manos, pero Rowena se dio cuenta de que en realidad estaba espiando por encima de él, vigilándolos de cerca a ella y al barón.

Benji, al percibir un cambio en el ambiente, se desperezó y levantó la cabeza. Antes de que Sally pudiera detenerlo, el perrito saltó del sofá y corrió hacia el barón. Cuando se detuvo a los pies de lord Elsbrook y se irguió para poner las patas sobre los impecables pantalones del hombre, Rowena no pudo evitar reírse. Tardó un momento en darse cuenta de que el barón no se reía. De hecho, a juzgar por la expresión de su rostro, se podría pensar que no le gustaban nada los perros.

—Benji —lo llamó Rowena, intentando que acudiera a ella, pero él la ignoró y siguió mirando al ceñudo barón, con las patas aún sobre sus pantalones. Finalmente, el barón retrocedió un paso lentamente, dejando a Benji sentado, mirándolo con la cabeza ladeada y gimiendo confundido. Miró a su dueña y luego de nuevo al nuevo amigo que tan desesperadamente quería hacer, incapaz de entender el rechazo.

A Rowena se le partió el corazón por él. Contempló al barón con el ceño fruncido. Comprendía que a algunas personas no les gustaran los perros, pero odiaba ver heridos los sentimientos de Benji. Finalmente, asintió a Sally, que se acercó, cogió a Benji en brazos, lo acarició y se lo llevó de vuelta a su asiento. Se dio cuenta de lo aliviado que parecía el barón. —Por favor

, perdone a Benji, es joven y aún no ha aprendido buenos modales —explicó, todavía preocupada por la reacción del barón ante su querida mascota. Decidió cambiar de tema. —No esperaba verlo tan pronto, mi lord.

Para alivio de Rowena, el barón también sonrió, con un aire de lo más satisfecho consigo mismo.

—No vi ninguna razón para demorarlo —dijo—. Y he venido con noticias importantes. —Ante el entusiasmo de su voz, a Rowena se le levantó el ánimo.

Justo en ese momento, la vizcondesa regresó, seguida por un sirviente que llevaba una bandeja de té. Rowena se giró hacia el barón y sonrió. —Parece

que puede contárnoslo a todos a la vez —dijo—. Si así lo desea, claro.

lord Elsbrook miró a la vizcondesa y luego de nuevo a Rowena. Pensó un momento antes de asentir.

—No veo ningún inconveniente en ello —dijo—. Espero que estas sean buenas noticias para todos. He hablado con su padre, señorita Whitworth. Ha accedido a darme su bendición para pedir su mano en matrimonio.

La vizcondesa ahogó un grito y se llevó una mano a la mejilla. El corazón de Rowena latía con fuerza en su pecho; casi se desmayó de alegría. Nunca habría imaginado que su padre renunciaría tan fácilmente al trato que había hecho con lord Axenshire, ni siquiera si hubiera tenido otra oferta por su mano. Se alegró de que su madre estuviera allí para oír lo que el barón tenía que decir. Esperaba que la tranquilizara y evitara que se atormentara por la situación de Rowena, como había estado haciendo antes.

Su madre, ahora con asombro en la mirada, se acercó a Rowena, mirando alternativamente a ella y al barón.

—¿De verdad? —preguntó, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas una vez más.

Rowena abrazó a su madre, articulando un silencioso «gracias» al barón por encima de su hombro mientras lo hacía.

—De verdad —dijo—. Ya no tienes que preocuparte, mamá. Ahora todo irá bien.

Lady Worthingwood se apartó de su hija y, por primera vez en mucho tiempo, Rowena vio el fantasma de una sonrisa en el rostro de su madre.

—Son noticias maravillosas, querida —dijo con voz ahogada—. Las mejores.

El barón volvió a hacer una reverencia, sonriendo a madre e hija. Rowena vio comprensión en sus ojos y se dio cuenta de que debía tener una idea de lo que había estado preocupando a su

madre. Se sintió agradecida por su amabilidad y tomó nota mental de decírselo.

—Haré los arreglos para que las amonestaciones se lean de inmediato —dijo él mientras la madre de Rowena se secaba los ojos con el pañuelo—. Y haré que se publique un anuncio de nuestro compromiso en la próxima edición del *London Times.*

Rowena asintió, con la respiración entrecortada. Ciertamente, eran buenas noticias las que había traído. Pero también abrumadoras. Todo parecía estar sucediendo muy deprisa, aunque el barón estaba siguiendo todas las reglas para un compromiso adecuado, tal como ella había querido, lo que significaba que no se casarían hasta dentro de unas semanas.

Ya no había vuelta atrás, lo sabía. El barón había obtenido la bendición de su padre y, claramente, su madre también estaba contenta. Además, la alternativa era un matrimonio con lord Axenshire. Y ahora que había evitado por los pelos ese horrible destino, quería olvidar que alguna vez había sido una posibilidad.

Capítulo diecisiete

Cuando llegó a casa, su madre lo estaba esperando en el vestíbulo. Andrew no pudo evitar sonreír mientras ella se acercaba. Estaba ansioso por darle la noticia para que dejara de meterse en sus asuntos de una vez por todas. —Buenos días, madre —dijo, dándole un beso en la mejilla. Ella permaneció rígida, mirándolo con los labios fruncidos. —¿Dónde demonios se ha metido en todo el día? —preguntó ella. La sonrisa de Andrew se ensanchó. —He seguido su consejo —dijo con indiferencia—. He ido a visitar a una dama.

El rostro de su madre se iluminó al instante y le dedicó una sonrisa que rivalizaba con la suya. —Oh, eso es maravilloso, querido —dijo, tocándole el brazo con delicadeza—. Me alegro de que por fin haya entrado en razón.

Andrew asintió, dejándola regodearse en su alegría antes de soltar la inesperada noticia. —Sabía que se alegraría —dijo.

La baronesa viuda asintió, con los ojos brillantes. —Imagino que lady Viola se habrá alegrado mucho de verlo —dijo.

Andrew negó con la cabeza lentamente, respiró hondo y se preparó para la reacción de ella. —No ha sido a lady Viola a quien he visitado —dijo—. En realidad ha sido a la señorita Whitworth. La expresión de su madre se agrió de inmediato.

—Tiene que estar bromeando —dijo—. ¿Por qué demonios iba a visitarla? Andrew

negó con la cabeza y sostuvo la firme mirada de su madre. —Desde

luego que no bromeo, madre —dijo—. Y he visitado a la señorita Whitworth porque, ya que no deja usted de sacar el tema, últimamente he estado pensando mucho en la idea del matrimonio.

Lady Elsbrook, como si presintiera que su hijo estaba a punto de decir algo que no le gustaría, enarcó las cejas y lo examinó con recelo. —¿Ah

, sí? —preguntó—. ¿Y supongo que esperaba encontrar una candidata para el matrimonio en casa de la señorita Whitworth?

Andrew sonrió con aire de suficiencia y asintió. —Pues

sí, así es —dijo—. De hecho, no solo he encontrado una candidata, sino que he encontrado a mi futura esposa. La señorita Whitworth ha accedido a darme su mano y su padre, lord Worthingwood, me ha dado su bendición. A

la baronesa se le desencajó la mandíbula y se quedó pálida como una muerta. Dio una bocanada de aire y, para sorpresa de él, de repente puso los ojos en blanco. Antes de que Andrew pudiera alcanzarla, se desplomó en el suelo. Andrew

se arrodilló junto a su madre, con el rostro surcado por la preocupación. No había previsto esto en absoluto cuando se había imaginado contándole lo de la señorita Whitworth. Esperaba que se enfadara y le echara una buena bronca. Pero nunca pensó que la noticia la pondría enferma. —¡Socorro

! —gritó, buscando el pulso en la muñeca de la baronesa—. Que alguien nos ayude. El

mayordomo entró corriendo, evaluó la escena al instante y dijo: —Haré

que llamen al médico de inmediato, mi lord.

Andrew asintió mientras el hombre se marchaba a toda prisa, luego tomó a su madre en brazos con delicadeza y la llevó hasta el sofá del salón. Justo cuando la estaba recostando, Gemma y Edmund entraron en la habitación. —¡Oh

, cielos! —exclamó Gemma, corriendo al lado de su madre—. ¿Qué ha ocurrido? Andrew

le explicó brevemente lo sucedido hasta ese momento. Su hermana se mostró comprensiva y compasiva, tomándole la mano y dedicándole una débil sonrisa. —No

se culpe —dijo—. Después de todo este tiempo, estoy segura de que para ella ha sido una conmoción oír que de verdad piensa casarse. Probablemente se ha desmayado de la sorpresa. Andrew

asintió, pero no estaba convencido. ¿Y si le había provocado un infarto a su madre, o la había impresionado tanto que le había dañado el cerebro? Solo quería que dejara de darle la lata con lady Viola. Nunca se perdonaría que su madre muriera por culpa de su rebeldía.

Poco después, el mayordomo regresó escoltando al médico de la familia. Tras unos breves saludos y una explicación de lo ocurrido, Andrew, Edmund y Gemma salieron de la habitación para que el médico pudiera examinar a la baronesa viuda en privado. Andrew cerró la puerta tras ellos y todos se dirigieron en silencio a la sala de estar. Andrew

y Gemma se sentaron en los sillones, mientras que Edmund se sirvió para él y para Andrew una copa bien cargada. Andrew la aceptó agradecido y dio un largo sorbo. Luego se produjo un largo silencio que pesó sobre Andrew. Aunque el médico solo llevaba allí unos minutos, a él le pareció una eternidad. —Hermano

—dijo Gemma con cautela, rompiendo el silencio—, ¿puedo preguntar si se ha comprometido con la señorita Whitworth solo para fastidiar a madre?

Andrew hizo una mueca. No lo había hecho directamente para fastidiarla. Sin embargo, sabía que sería una de las consecuencias de su elección. Pero no quería confesarle sus pensamientos a su hermana, sobre todo mientras su madre estaba enferma. Pero tampoco podía mentirle. —Mi

matrimonio con la señorita Whitworth se basa en la conveniencia —dijo—. Es cierto que sabía que a madre no le haría feliz mi decisión. Pero elegí a la señorita Whitworth porque, sencillamente, no deseaba casarme con lady Viola. Y madre no quería oír ni hablar de ello. Gemma

asintió, pero frunció el ceño. —Hermano

—dijo—, estoy de acuerdo en que madre no debería haberlo presionado para que se casara con una mujer a la que no ama. Pero tampoco debería usted elegir casarse con una dama por la que no siente nada simplemente por conveniencia. Andrew

bufó. No se atrevía a decirlo; su hermana era amable y cariñosa, y él la adoraba. Pero a ella le habían dado la opción de casarse por amor. A él no se le concedía semejante lujo.

—Eso no siempre es posible, hermana —dijo, con más brusquedad de la que pretendía. Gemma

no se inmutó. Siguió mirando a Andrew con ojos tranquilos pero suplicantes.

—No debe preocuparse por complacer a madre —dijo—. Usted y yo sabemos que no estará aquí para siempre. El matrimonio, sin embargo, sí lo estará. Al menos, durante el resto de nuestras vidas. —Hizo una pausa y suspiró—. Siempre he esperado que, cuando finalmente sentara cabeza, se casara por amor. Quiero que conozca la felicidad que yo he conocido desde que conocí a Edmund. Esperaba que conociera la alegría de tener una verdadera compañera de vida, en lugar de vivir con alguien a quien apenas conoce el resto de sus días.

Andrew apartó la mirada de su hermana, con la mente acelerada. En un mundo perfecto, le habría gustado casarse con una mujer a la que amara. Quizá incluso habría querido tener hijos con ella. Pero si sus padres se habían amado alguna vez, lo habían ocultado bien. O, al menos, no era el tipo de amor romántico que se encontraba tan fácilmente en la *alta sociedad*.

Y, por supuesto, su padre había sido el principal ejemplo de un progenitor terrible. Cualquier esperanza de tener un matrimonio por amor y una familia feliz había muerto cuando Andrew se dio cuenta de que la familia del difunto barón solo existía como un medio para alcanzar un fin para él. Andrew no sabía si tanta crueldad y frialdad podía transmitirse de una generación a otra, pero tenía la intención de asegurarse de que nadie lo averiguara jamás.

—Comprendo sus preocupaciones, Gemma —dijo con cuidado—. Pero no puede saber qué es lo mejor para mi vida. Y es mejor que tome mis propias decisiones, en lugar de permitir que madre me

empuje a algo que odiaré sin remedio, en vez de algo que pueda aprender a tolerar. Y quizá incluso a disfrutar.

Sonreía, pero Gemma no parecía convencida.

—Andrew —dijo en voz baja—. Sé que debe de parecerle extraño, pero le aseguro que el amor es real y la felicidad es alcanzable. Estoy segura, por ejemplo, de que Edmund y yo tenemos el matrimonio más dichoso de todo Londres. Y ahora, estamos esperando un hijo. Creo que usted merece la misma felicidad que nosotros.

Andrew asintió lentamente. Ya sabía de sobra que el matrimonio de Edmund y Gemma había sido por amor. Cuando le concedió a Edmund su bendición para casarse con su hermana, lo había hecho sabiendo que Edmund la adoraba. Sabía que no solo estaría bien cuidada, como cualquier esposa de la *alta sociedad* tenía derecho a esperar, sino que sería prácticamente venerada.

—Agradezco su preocupación, hermana —dijo—. Pero le aseguro que estoy seguro de que estoy tomando la decisión correcta para *mi* vida. La señorita Whitworth es encantadora, inteligente y amable. ¿Qué más podría desear en un matrimonio?

Gemma suspiró y negó con la cabeza.

—Solo temo que acabe como padre —dijo con tristeza.

Andrew tuvo que hacer un esfuerzo para no crisparse ante las palabras de su hermana. No había querido hacerle daño, pero le había recordado lo fácil que sería acabar como el difunto barón.

Se estremeció ante la idea de tener un hijo y descargar su ira sobre él cuando algo no saliera como esperaba en un negocio, o cuando su esposa lo disgustara. Había intentado durante tantos años recibir el amor incondicional de su padre. Y, sin embargo, lo único que había recibido era crueldad, frialdad y, en los días buenos, ser descaradamente ignorado. Sabía que Gemma no había querido decir nada hiriente con lo que había dicho. Pero ella no sabía que cada decisión que tomaba en su vida era para asegurarse de no convertirse nunca en su padre.

—La quiero, hermana —dijo con sinceridad—. Entiendo sus preocupaciones. Solo le pido que confíe en mi decisión. No me

arrepentiré de la elección que he hecho. Y no acabaré como padre. Se lo puedo asegurar.

Gemma frunció el ceño, claramente no convencida.

—Usted se merece algo mejor de lo que padre se permitió a sí mismo —dijo.

Andrew se mordió el interior de la mejilla para reprimir un bufido. Su padre siempre había conseguido exactamente lo que quería: dinero, más y más dinero. Incluso si su padre siguiera vivo, Andrew sabía que seguiría satisfecho con sus hazañas y no se arrepentiría en absoluto de la forma en que había tratado a su familia. Sin embargo, no dijo nada de esto en voz alta. No había necesidad de herir a su hermana. Al igual que él, ella había querido a su padre a pesar de su indiferencia hacia ellos.

—¿Lord Elsbrook? —La voz del médico sobresaltó a Andrew.

Se levantó, intentando fingir que el hombre no lo había pillado desprevenido.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Cómo está?

El médico sonrió con indulgencia y asintió.

—Se pondrá bien —dijo—. Solo necesita descansar un poco.

Andrew se acercó al hombre, sacó su monedero y le entregó una generosa suma de monedas. En el fondo, sabía que su madre simplemente se había desmayado por la impresión. Sin embargo, se sintió aliviado al saber que a la baronesa viuda no le ocurría nada grave.

—Gracias —dijo—. Lo llamaré si ocurre algo más.

Capítulo dieciocho

—Oh, hermana —exclamó Nancy con entusiasmo por décima vez en dos días—, no puedo expresar cuánto me alegro por ti. Ha sido bastante repentino, pero estoy muy contenta de que hayas encontrado la felicidad, como te mereces. Sybil

asintió, sonriendo de oreja a oreja. —Es

bastante repentino, ¿verdad? —dijo—. ¡Oh, pensar en lo rápido que debe de haber surgido el romance entre ellos para que él se le declare antes incluso de que Rowena nos contara que estaba interesada en él!

Rowena forzó una sonrisa mientras se le revolvía el estómago. Miró a su madre, que parecía cansada y desolada. Las mujeres estaban solas en el salón, con el vizconde ausente una vez más, como solía ocurrir desde que se había anunciado el compromiso de Rowena.

No era de extrañar, ya que no tenía que preocuparse más por el dinero. El compromiso de Rowena con el barón había asegurado económicamente a su familia. Por lo tanto, el vizconde era libre de frecuentar sus clubes de nuevo, presumiendo sin duda de haber casado a su hija solterona con un hombre rico. Se le ocurrió que no tenía ni idea de lo rico que era realmente lord Elsbrook. Pero sabía que su padre nunca habría accedido a casarla con un hombre con una fortuna pequeña o inexistente.

—Mírate —dijo Nancy, sobresaltando a Rowena al poner la mano sobre la suya—. Pareces como si apenas pudieras creer lo que está pasando.

Rowena asintió lentamente. —En

eso tienes razón —dijo. *«Si supierais la sorpresa que esto es para mí»*, añadió en silencio. No les había dicho a sus hermanas que se casaba por conveniencia. Simplemente, optó por no corregirlas cuando hablaban sin parar de que había encontrado el amor.

Nancy sonrió con complicidad.

—Aunque quería mucho a Colin, yo también estaba nerviosa —dijo—. Pero en el momento en que me presentaron en sociedad como lady Cresingdale, el corazón me dio un vuelco. Sabía que había tomado la decisión correcta y estaba deseando empezar mi vida como la condesa de Colin. Sé que tú también te sentirás así.

Rowena asintió, con la culpa carcomiéndola por dentro. Deseaba desesperadamente contarles la verdad a sus hermanas. Ahora que su matrimonio estaba asegurado, no habría problemas económicos y, por tanto, ninguna presión sobre ellas. Detestaba mentir a las personas que más quería. Pero la verdad humillaría a su madre. Así que tenía que guardar el secreto.

—Y es muy guapo, Rowena —dijo Sybil, soñadora—. Me atrevería a decir que eres una mujer muy afortunada.

Rowena volvió a asentir. El barón era atractivo, desde luego. Su personalidad dejaba mucho que desear, aunque parecía tener un corazón cálido en algún lugar de su interior. *«Y es mil veces mejor que ese conde horrible»*, se recordó a sí misma. Por muy insegura que se sintiera sobre su futuro con el barón, no podía negar ese hecho.

—Tengo una idea estupenda —dijo Nancy, sonando aún más emocionada que antes—. ¿Por qué no me dejas organizar un baile de compromiso en tu honor, hermana? Me encantaría hacerlo por ti.

Rowena tragó saliva. Ya era bastante difícil seguir adelante con el matrimonio con un hombre al que no amaba. Celebrar lo que era esencialmente una farsa de matrimonio le parecía ir demasiado lejos. Y no sabía si lord Elsbrook aprobaría tales festejos.

Después de todo, ella se había esforzado en señalar que no quería llamar la atención innecesariamente sobre su compromiso y matrimonio para evitar cualquier escándalo. Organizar un baile de compromiso los pondría directamente en el centro de atención de la alta sociedad.

—Es muy amable por tu parte, Nan —dijo—. Pero de verdad que no quiero armar un gran alboroto. Y desde luego no quiero molestarte con una carga tan grande.

Nancy frunció el ceño y negó con la cabeza, haciendo que Rowena se sintiera culpable al instante. —No

digas tonterías —dijo—. Mis hermanas solo se casarán una vez en la vida. Significaría muchísimo para mí organizar una fiesta de compromiso.

A Rowena se le hizo un nudo en el estómago. La expresión del rostro de su hermana le decía que no iba a poder librarse. Nancy se había decidido, y seguro que le parecería extraño que Rowena siguiera rechazando su oferta. Dedicó a su hermana una leve sonrisa, deseando de repente estar haciendo cualquier otra cosa que no fuera hablar de sus inminentes nupcias.

Pero antes de que se pudiera decir nada más, el mayordomo apareció y anunció: —Lord

Elsbrook ha venido a visitar a la señorita Rowena, mi lady.

Rowena intercambió una mirada con su madre, mientras sus hermanas jadeaban de emoción. Todas se levantaron justo cuando el barón entraba en la habitación, con una sonrisa encantadora que, a Rowena, le pareció bastante sincera.

—Buenos días, señoras —dijo, haciendo una reverencia. Rowena

y las demás mujeres hicieron una reverencia, devolviéndole el saludo. Sybil carraspeó ruidosamente para llamar la atención de Rowena. Cuando lo consiguió, Rowena pudo ver cómo las mejillas de su hermana se sonrosaban y sus ojos se abrían y brillaban de alegría. Sabía que su hermana estaba pensando en lo guapo que le parecía el barón. Solo deseaba poder disfrutar de estar prometida a un caballero tan atractivo, como sus hermanas ya parecían hacerlo en su nombre.

—Buenos días, lord Elsbrook —dijo Rowena—. Qué agradable verle. ¿Está usted aquí para hablar conmigo sobre la boda?

Tuvo que reprimir un escalofrío al pronunciar la palabra. Todas las mujeres de la alta sociedad soñaban con el día de su boda desde que eran niñas. Y, sin embargo, en lo único que podía pensar Rowena era en que no tenía más remedio que casarse con él.

El barón negó con la cabeza, acercándose a ella lentamente con la mano extendida. —En

realidad, he venido a ver si le gustaría salir —dijo—. Si no está usted muy ocupada, me gustaría llevarla a dar un paseo en coche por Rotten Row.

La sonrisa un tanto falsa de Rowena se tornó al instante sincera. Salir significaría que podría escapar de la incomodidad de hablar de su boda y del baile de compromiso que ahora parecía inevitable, lo quisiera o no, al menos por un tiempo. Se alegraba de que su madre y sus hermanas estuvieran felices por ella, pero su charla incesante sobre la boda era casi abrumadora. Una vez más, el barón le ofrecía la escapada perfecta.

—Estaré encantada —dijo. Mientras

cogía el brazo del barón, vio por el rabillo del ojo a Benji, que estaba sentado en el sofá. Miraba a Rowena con sus brillantes ojos marrones y su cola rizada se meneaba. Ella se rio, mirando a su prometido y señalando a Benji con la mirada.

—¿Puedo llevar a Benji con nosotros? —preguntó con vacilación, recordando la reacción anterior del barón ante su mascota—. Sé que le encantaría un paseo por Hyde Park.

Pudo ver que el barón consideraba su petición mientras observaba al perro. Parecía dudar. ¿De verdad no le gustaban los perros? Si era así, tendría que aprender a tolerarlos como parte de su pacto matrimonial. Porque ella adoraba a Benji y tenía toda la intención de tener varios perros más una vez que tuviera su propio hogar. Pero al cabo de un momento, él le dedicó una sonrisa tensa y asintió.

—Puede venir, si quiere —dijo él.

Rowena le dedicó una amplia sonrisa.

—Gracias, lord Elsbrook —dijo.

Su prometido hizo una reverencia mientras ella llamaba al perro. Este acudió a su lado de inmediato, saltando arriba y abajo mientras ella se agachaba para cogerlo en brazos. Sally la siguió de cerca con su correa y se preparó para acompañar a la pareja en su excursión.

Tras unas breves despedidas, Sally siguió a Rowena y a su prometido fuera de la casa hasta el carruaje que los esperaba. Sally

sostuvo a Benji, mientras el barón ayudaba a Rowena a subir al carruaje. Ella no pudo ignorar los escalofríos que le recorrieron la espalda cuando la mano de él tocó la suya, pero luchó por mantener su sonrisa tranquila y agradable. Cuando todos estuvieron cómodamente sentados, el barón dio órdenes de que los llevaran a Hyde Park.

Los primeros minutos del trayecto transcurrieron en silencio. Rowena intentó descifrar a su prometido, pero él parecía absorto en sus pensamientos, mirando por la ventanilla. Rowena se dio cuenta de que debía hacer un esfuerzo por conocer al hombre que pronto sería su marido. Le sonrió, aunque él no la estaba mirando.

—Hace un día precioso, ¿no cree? —preguntó, arrepintiéndose al instante de su tonta elección de tema de conversación.

Andrew, sin embargo, dirigió inmediatamente su atención hacia ella. Para su sorpresa, sonrió y asintió.

—Sí —dijo—. Esa es una de las razones por las que la he invitado a salir esta tarde.

Rowena se sonrojó y asintió. —Claro

—dijo.

El barón rió suavemente. Ella lo fulminó con la mirada, hasta que vio que no había malicia ni burla en su expresión y cedió. Él le dedicó una pequeña sonrisa e hizo un gesto con los ojos hacia Sally. Rowena se dio cuenta de que quería hablar con ella en privado.

—¿Cómo se ha tomado su familia la noticia de nuestro compromiso? —preguntó él.

Rowena tragó saliva, dudando en mencionar el plan de Nancy de organizarles una fiesta. ¿Cómo reaccionaría él?

—Mi madre parece aliviada —dijo finalmente—. Mis hermanas, por supuesto, están encantadas.

Su señoría sonrió y asintió. —Me

alegro de oírlo —dijo.

Rowena asintió, mordiéndose el labio. Entonces, reunió el valor suficiente para soltarlo sin más rodeos.

—Mi hermana Nancy desea celebrar un baile de compromiso en nuestro honor. Contuvo la respiración en cuanto pronunció las

palabras, observando su rostro con atención, con los nudillos blancos de apretar su ridículo.

Pero el barón solo asintió, con aire pensativo.

—Creo que es una idea espléndida —dijo, mirándola, todavía sonriendo.

Rowena se quedó atónita y muy aliviada. Parte de su tensión se disipó, pero entonces empezó a preocuparse por si solo lo había dicho porque Sally estaba escuchando. ¿Qué diría cuando pudieran hablar en privado? Justo en ese momento, el carruaje se detuvo ante la entrada de Hyde Park. El barón se puso de pie y salió del coche en cuestión de segundos. Rowena

tomó la mano que su futuro marido le ofrecía para bajar del carruaje. En el instante en que sus manos se tocaron, a pesar de que ambos llevaban guantes, sintió de nuevo la extraña corriente eléctrica de antes recorrerla. Bajó con cuidado de los escalones del coche, incapaz de reprimir un escalofrío. Nunca había esperado sentir lo que definitivamente era una atracción hacia su prometido, y se sonrojó al sonreírle.

«Chiquilla tonta», pensó, regañándose a sí misma por permitirse tales pensamientos. *«Un marido de conveniencia nunca se sentirá realmente atraído por ti».* Apartó la mirada, se intensificó su sonrojo por la vergüenza de haberse permitido un momento de debilidad. Por supuesto, él nunca correspondería a ninguna conexión o atracción que ella creyera sentir. Debía desechar la idea y no volver a considerarla jamás.

El barón le ofreció el brazo, mientras Sally dejaba a Benji en el suelo, le ponía la correa y se la entregaba a Rowena, colocándose a unos metros por detrás de la pareja. El perrito retozaba alegremente mientras el grupo se adentraba en el parque, dirigiéndose por el camino principal hacia donde los artistas, los vendedores de comida y los comerciantes tenían sus puestos. Caminaron en silencio durante unos minutos, y Rowena intentó desesperadamente pensar en algo que decir para aliviar la incomodidad entre ellos.

—Hace un día precioso —dijo de nuevo, sintiéndose estúpida al instante.

Su prometido giró la cabeza hacia ella y enarcó las cejas. Ella rió nerviosamente, sonrojándose de nuevo al darse cuenta de su error. Él le había dicho, cuando le pidió que se casara con él, lo mucho que odiaba las charlas ociosas sobre el tiempo. ¡No podía creer que hubiera caído en la trampa!

—¡Oh, cielos! —dijo, llevándose una mano a la mejilla—. Le pido disculpas. No estaba pensando.

Al barón le temblaron los labios y rió entre dientes.

—No pasa nada —dijo—. Es un día precioso, ciertamente. Ahora, por favor, no esté tan nerviosa. Podemos hablar de lo que usted quiera. Salvo del tiempo.

Rowena rió tontamente, ansiosa por redimirse.

—¿Por qué no hablamos de lo que *usted* quiera? —preguntó.

El barón se rió, pensativo por un momento. —Tengo

otra idea —dijo, señalando con la mano libre a un hombre que hacía malabares con bolas de colores—. ¿Por qué no vemos a algunos de los artistas?

Rowena asintió, intentando no prestar atención a las extrañas miradas que algunas de las personas cercanas le lanzaban. —Me

parece maravilloso —dijo.

Capítulo Diecinueve

La pareja recorría lentamente el sendero principal de Hyde Park, admirando a los diversos artistas y escuchando la labia de cada vendedor que ofrecía su mercancía a la alta sociedad londinense. A Rowena le pareció una forma agradable de pasar el tiempo juntos sin necesidad de hablar mucho. Pero al final llegaron al término de las atracciones y, por tanto, al final de las cosas de las que hablar más allá de lo que los rodeaba. Andrew

caminaba con la mano enguantada de su prometida en el brazo. La conversación era forzada y estaba salpicada de largos e incómodos silencios, aunque la señorita Whitworth parecía a menudo distraída por las travesuras del perro. Él no podía dejar de pensar en su inminente boda. Se preguntó si a ella le pasaría lo mismo. Aunque dudaba que su familia estuviera tan descontenta con el matrimonio como la suya. Gemma

se había mostrado reacia a apoyarlo en su audaz y, en apariencia, precipitada decisión. Y su madre no le había dirigido ni una sola palabra desde que se recuperó de su desmayo. Deseaba que dejara de estar tan enfadada con él. Al fin y al cabo, estaba haciendo lo que ella le había exigido al casarse. ¿Por qué insistía tanto en obligarlo a casarse y, además, en elegirle esposa? —¿Le

preocupa algo, milord? —preguntó de repente la señorita Whitworth. Andrew

bajó la mirada hacia ella, sorprendido de que hubiera notado su distracción. Pero su mirada no era burlona, y en las comisuras de sus labios habían aparecido unas arrugas que él creyó que podían ser de preocupación. Supo entonces que ella, en efecto, estaba pensando en su boda, igual que él.

—Oh —dijo—, supongo que me estoy haciendo a la idea de que pronto tendré esposa.

La señorita Whitworth suspiró y asintió.

—Confío en que mantendrá su palabra. Pero me sigue resultando extraño casarme con un hombre al que ni siquiera conozco —dijo en voz baja.

Andrew le dedicó una sonrisa encantadora.

—Bueno, pues tendremos que ponerle remedio —dijo—. Empecemos por cómo nos dirigimos el uno al otro. No creo que lleguemos a sentirnos cómodos si nos tratamos siempre con tanta formalidad. Por lo tanto, me gustaría que me llamaras Andrew de ahora en adelante.

Su prometida asintió lentamente. Pudo ver cierta cautela en sus ojos, pero su sonrisa y su asentimiento denotaban algo más, que él no supo identificar. Se preguntó si ella seguiría intentando averiguar si él tenía alguna otra razón para casarse con ella aparte de las que había revelado.

—Muy bien…, Andrew —dijo ella, probando su nombre, como si le resultara extraño en la lengua—. Y tú puedes llamarme Rowena.

Andrew asintió, sonriendo de nuevo. No fue hasta que ella pronunció su nombre que se dio cuenta de lo bonito y poco común que era.

—Rowena —dijo él de la misma forma tentativa que ella había pronunciado el suyo—. Ya está. ¿A que así es mejor?

Rowena suspiró y asintió.

—Supongo que todo lo bien que puede sentirse una con un matrimonio concertado de repente —dijo.

Andrew asintió. Apreciaba que Rowena dijera siempre lo que pensaba, pero sin dramatismo ni agresividad.

—Comprendo que todo es muy repentino —dijo—. Pero puedo asegurarte que, tal y como te prometí, tendrás todo lo que puedas necesitar o desear. Haré todo lo posible para que te sientas lo más cómoda y contenta posible como mi esposa.

Rowena volvió a asentir. Vislumbró tristeza en sus ojos y se le ocurrió que ella podría haber esperado casarse por amor. Como él siempre había estado en contra de la idea del matrimonio, nunca se

había planteado enamorarse de ninguna mujer. Se recordó a sí mismo que Rowena bien podría desear haberse casado con un hombre al que amara.

—Creo que podríamos llegar a ser buenos amigos —ofreció, sintiendo el impulso de animarla—. Creo que tenemos suficientes cosas en común como para mantener conversaciones maravillosas y encontrar cosas que a ambos nos guste hacer.

Lentamente, Rowena sonrió. Parecía que, a pesar de sus reservas, le gustaba la idea de que entablaran una amistad.

—El tiempo lo dirá, ¿no es así? —preguntó ella. Andrew

asintió. —Ciertamente

—dijo.

Continuaron en silencio una vez más, pero la tensión anterior parecía disolverse poco a poco. Él observó los árboles que bordeaban el sendero por el que caminaban y las flores que brotaban en los parterres esparcidos intermitentemente entre el verde césped. Sí, era un día realmente encantador, y se alegró de haber pensado en invitar a Rowena a salir. De repente se dio cuenta, aunque su madre estuviera claramente enfadada con él, de lo aliviado que se sentía por haberse quitado de encima el peso de encontrar una esposa. Cuando

se acercaban al final de su paseo y se disponían a tomar un atajo para volver a la entrada del parque, de repente vieron a lady Viola y a su madre caminando hacia ellos. Andrew se puso rígido y aminoró el paso.

Rowena se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Nos damos la vuelta y tomamos otro camino, fingiendo que no las hemos visto? —susurró, al parecer percibiendo su repentina inquietud.

—Es demasiado tarde. Ahí vienen —le susurró él, sujetando el brazo de Rowena con más firmeza aún si cabe.

—Buenos días, lord Elsbrook —dijo lady Kinswood, acercándose a ellos, sonriendo y haciendo una reverencia a Andrew, quien observó con cierta sorpresa que no parecía especialmente enfadada. ¿No le molestaba que hubiera rechazado a su hija en favor de pedirle matrimonio a la solterona de Rowena Whitworth? Pero se

alegró de ver que al menos una persona implicada en la situación no parecía odiarlo.

Lady Viola, sin embargo, parecía muy descontenta. Hizo una reverencia, pero con rigidez, y le dedicó una mueca de desdén a Rowena en lugar de saludarla como era debido. Andrew tuvo que reprimir el impulso de reprender a la joven despechada por su mala educación. Quizá tenía derecho a estar enfadada con él, aunque él nunca había hecho nada, aparte de lo que su madre le había ordenado, para darle a lady Viola la impresión de que ni siquiera estaba considerando cortejarla.

—Felicidades por su compromiso —consiguió decir a duras penas, lanzando una breve mirada a Andrew con ojos fríos.

La condesa asintió, sonriendo cálidamente a Rowena. —Felicidades

, desde luego, querida —dijo—. Seguro que sus padres están encantados.

A su lado, Rowena se tensó, y Andrew, por reflejo, le puso una mano en la espalda. Era consciente de que nadie en la alta sociedad, salvo su familia y él mismo, podía adivinar lo que el matrimonio significaba para ella y su familia. No sabía cómo reaccionaría y contuvo la respiración, deseando en silencio que lady Viola y su madre siguieran su camino.

—Gracias, milady. Es, en efecto, una feliz ocasión —dijo Rowena al fin, sonriendo a la dama mayor. Lady

Viola resopló.

—Algunos dirían que es bastante precipitado, desde luego —dijo, con una voz que destilaba la amargura del rechazo—. Ni siquiera ha habido un cortejo en condiciones. Hace que una se pregunte qué ha podido motivar tales actos.

—Ya basta, Viola —espetó su madre, sonriendo a modo de disculpa a Andrew y Rowena—. Lo siento, por favor, discúlpenla, está bastante alterada hoy.

Andrew asintió con amabilidad, al igual que Rowena, aunque él notó que las mejillas de ella se habían puesto escarlata. Pero él hervía por dentro. ¿Cómo se atrevía esa mocosa a ser tan grosera con su prometida? Le entraron ganas de abofetearle esa cara de

enfurruñamiento. Pero sabía que sus palabras reflejaban la opinión de la mitad de la alta sociedad, aunque él y Rowena estuvieran haciendo todo de la manera correcta para evitar cualquier escándalo, tal y como Rowena había pedido. Que alguien insinuara lo contrario, como había hecho Viola, era una grave afrenta tanto para él como para Rowena.

Andrew estaba decidido a apartarse junto con Rowena de la presencia de lady Viola y su madre cuando fue interrumpido por unos ladridos frenéticos. Tanto él como Rowena bajaron la vista y vieron a su perro saltando y tirando de la correa. —¿Qué

pasa, Benji? —preguntó Rowena, agachándose para darle una palmadita en la cabeza al perro—. ¿Es una ardilla?

Pero el excitado animal ni siquiera le dedicó una mirada. Mientras Andrew esperaba que el cachorro saltara sobre el vestido de lady Viola y se lo ensuciara, la pequeña criatura se abalanzó de repente con más fuerza y velocidad de las que Andrew le habría supuesto.

El tiempo pareció ralentizarse mientras el animal salía disparado, sobresaltando a Rowena y haciéndola perder el equilibrio. Un minuto, su prometida estaba de pie, regañando cariñosamente a su cachorro y, al siguiente, el perro salió disparado por el césped, arrastrando a Rowena tras de sí, mientras ella agitaba los brazos antes de caer al suelo.

El impacto fue tan fuerte que rodó unos metros por la hierba, y lady Viola y su madre jadearon, aparentemente conmocionadas. Andrew corrió hacia donde yacía Rowena, despatarrada en el suelo de una manera muy poco femenina. El vestido se le había subido hasta las rodillas, y uno de sus guantes se le había deslizado por el brazo y se le había arrugado en la muñeca. Su sombrero estaba torcido y tenía una mancha de tierra en la cadera del vestido. Andrew se agachó a su lado, preparándose para un mar de lágrimas o una rabieta, seguro de que Rowena debía de sentirse completamente humillada.

Para su total incredulidad, Rowena empezó a temblar, y luego a reír. Tan fuerte, de hecho, que se le empezaron a aguar los ojos. Lady Viola y su madre contemplaron el espectáculo con la boca

abierta, y Andrew también empezó a reírse del ridículo espectáculo que presentaban.

Benji había desaparecido en la lejanía, todavía atado a su correa, y Andrew supo que tendrían que recuperar al travieso perro más tarde. Mientras tanto, volvió a mirar a su futura esposa con asombro, observando lo adorable que estaba en su estado desaliñado. Cualquier otra dama, como demostraban lady Viola y su madre, habría encontrado un incidente así de todo menos divertido. Sin embargo, Rowena parecía estarse divirtiendo mucho.

—Con permiso —dijo lady Viola, cogiendo la mano de su madre y arrastrándola a toda prisa lejos de la escena. Andrew se arrodilló junto a su prometida, que seguía riendo. —¿Estás

bien? —preguntó, aún riendo entre dientes.

Rowena asintió, arreglándose el vestido para que le cubriera de nuevo las piernas, y luego recogiéndolas debajo de sí.

—Oh, sí —dijo, boqueando en busca de aire entre risas—. No es la primera vez que Benji se me escapa así. Es más fuerte de lo que parece, sobre todo cuando olisquea una ardilla. Son sus archienemigas.

—Bueno, algo lo ha alterado —asintió Andrew, sonriendo, todavía asombrado por la ligereza con que Rowena se estaba tomando la situación. Era inusual que las jóvenes de la alta sociedad se tomaran tales percances embarazosos con tanta elegancia. Sin embargo, su prometida no parecía sentirse humillada en absoluto. Más bien al contrario, de hecho. Se le ocurrió entonces que él tampoco sentía vergüenza alguna. Lo que sí sentía era una nueva admiración por su prometida y mariposas en el estómago al oír su risa.

—¿Puedes ponerte de pie? —preguntó él, levantándose y ofreciéndole las manos.

Rowena asintió, y su risa fue apagándose por fin mientras las cogía.

—Sí, creo que sí —dijo. Él la ayudó a incorporarse lentamente. Sally se acercó a examinar el vestido de Rowena en busca de daños, pero parecía estar bien, salvo por un poco de tierra, y la apariencia de su señora pronto fue restaurada. —Bien

—dijo Rowena por fin, mirando en la dirección en que Benji había desaparecido—, vamos a buscar a ese granujilla.

Con eso, el trío se puso en marcha para su misión. Andrew también notó lo relajada que parecía ahora Rowena. Algunas mujeres se habrían puesto histéricas por perder una mascota pequeña como esa. Pero ella parecía tomárselo todo con calma en lugar de alterarse por la situación. Se dio cuenta entonces de que era única entre las mujeres de la alta sociedad, que poseía una fuerza interior que no podía evitar admirar.

Su prometida había tenido razón. Apenas unos minutos después, descubrieron al perro sentado junto a un niño que estaba de pícnic con su familia. Andrew se fijó en que era la primera vez que Rowena parecía genuinamente avergonzada por lo ocurrido. Se dirigió hacia la familia, haciendo una reverencia y dedicándoles una mirada compungida. —Por

favor, disculpen a mi perro —dijo—. Les pido perdón por su intromisión en su comida. La

mujer le sonrió dulcemente y negó con la cabeza. —No

pasa nada —dijo—. Es muy dulce. Rowena

sonrió, al parecer aliviada.

—Gracias —dijo, sonriéndoles a todos—. Benji, ven. Como

si oyera su voz por primera vez desde que lo habían localizado, el perro se volvió para mirar a su dueña. Ladró, abandonó inmediatamente al niño y corrió hacia ellos. Sin embargo, no fue hacia Rowena. En vez de eso, se giró, corrió directo hacia Andrew y saltó, poniendo sus sucias patas en las piernas de Andrew. Él se quedó paralizado, incapaz de hacer otra cosa que mirar a la criatura, esperando que alguien lo salvara. ¿Cómo

podía decirle a Rowena que su desconfianza hacia los perros, y de hecho, hacia todas las mascotas, provenía de que su padre le había inculcado que solo la gente débil tenía mascotas? Intentando mostrarse despreocupado y no montar una escena delante de la familia que, afortunadamente, había vuelto a su pícnic, Andrew retrocedió con cuidado y se dio la vuelta, frunciendo el ceño profundamente mientras esperaba a que Rowena y su doncella

volvieran a ponerle la correa a la criatura para poder reanudar su paseo. Mientras

se alejaban de la familia y volvían a la parte principal del parque, Rowena le tocó la mano.

—¿No te gustan los perros? —preguntó. Andrew

la miró, esperando que estuviera enfadada o incluso triste. Pero, en cambio, parecía preocupada y genuinamente curiosa. Se oyó a sí mismo hablar antes de poder detenerse. —Mi

difunto padre se negó a dejarme tener una mascota cuando era niño —dijo—. Decía que tener un perro hacía a un hombre débil. Supongo que no es que no me gusten los perros. Es que no sé cómo hacer para que me gusten. Se mordió el labio para callar, sorprendido por su repentina franqueza. No sabía qué le había pasado para compartir algo tan personal con su prometida. Se sonrojó y miró al frente, intentando que no viera cómo le habían afectado sus propias palabras.

Rowena le puso la mano sobre la suya de nuevo y la apretó suavemente, haciendo que dejara de caminar. Cuando él la miró de nuevo, sus ojos estaban llenos de compasión y calidez.

—Qué horrible —dijo—. Creo que a todos los niños que aman a los animales se les debería permitir tener mascotas. Siento que te pasara eso. El

corazón de Andrew se detuvo. Su compasión era sincera, y Andrew se sorprendió a sí mismo sonriendo.

—Es muy amable por tu parte —dijo—. Y quiero que sepas que no tengo ningún problema con que tengas un perro o cualquier mascota cuando estemos casados. Benji significa claramente mucho para ti. Su

prometida sonrió, y a él le pareció ver cómo se le relajaban los hombros. Se preguntó si ella habría pensado que, si a él no le gustaban los perros, la obligaría a renunciar a tener una mascota.

—Gracias, Andrew —dijo ella. Luego, le apretó la mano con ternura—. Cuando estemos casados, Benji será tuyo también.

Andrew se quedó mirando a su prometida. No había pensado en eso hasta ese momento. Miró a Benji, que estaba sentado a sus pies, observándolo con sus grandes ojos marrones. Por primera vez

desde que era un niño, no sintió repulsión al mirar a un perro. —Eres

demasiado amable, de verdad, Rowena —dijo, sonrojándose. Apartó la vista con timidez, maravillado de cómo la dulzura de ella lo estaba haciendo sentir. No sabía si alguna vez podría querer al perro como ella. Pero como ella se ofrecía a compartir el animal con él, quería intentarlo.

Capítulo veinte

Querida Rowena:

Espero que esta carta le encuentre bien. Le ruego que me disculpe por no poder pasar tiempo con usted durante los próximos días. He tenido que ir a Bath para atender unos asuntos. En cuanto regrese a Londres, la visitaré para saber cómo se encuentra. Entretanto

, sin embargo, desearía hacerle una invitación. Habrá una función de ópera la noche de mi esperado regreso, que será dentro de cuatro días. Sería un honor para mí que usted y sus padres me acompañasen al teatro de la ópera. Puede

responder a mi invitación cuando guste. Si no recibo noticias suyas en contra, haré los arreglos para que asistamos todos. Espero de veras que acepte mi invitación. Seguro que será una velada encantadora.

Adiós, Rowena. Suyo, Andrew Elton

—¿Qué dice? —preguntó Sally con impaciencia justo cuando Rowena terminaba de leer la carta que le había llevado a su señora esa misma mañana. Rowena había pospuesto la lectura hasta la hora de acostarse. Y se alegró de haberlo hecho. Le daría tiempo a considerar la petición del barón antes de mencionársela a su familia. —Nos

invita a todos a la ópera —dijo. Para su sorpresa, descubrió que le agradaba la idea de ir a la ópera con Andrew. Él estaba demostrando ser el caballero que aparentaba ser en todos los sentidos. Aún no estaba segura de si tomaba la decisión correcta al casarse con él. Pero estaba aprendiendo que él hacía todo lo posible para que se sintiera cómoda con la idea, tal y como había dicho. —¿Irá

usted? —preguntó Sally con cautela. Todavía no estaba convencida de las intenciones del barón. Pero, al igual que Rowena, sabía que la alternativa era mucho peor. Rowena

se encogió de hombros y se levantó para que Sally pudiera ayudarla a ponerse el camisón. —Suena

encantador —admitió—. Supongo que me resulta extraño que se esté esforzando tanto por pasar tiempo conmigo, cuando el nuestro será un matrimonio de conveniencia.

Sally asintió con expresión pensativa. —¿Cree

que es posible que esté empezando a sentir algo por usted? —preguntó. Rowena rió

suavemente y negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho —dijo. Pero incluso mientras hablaba, consideró la pregunta de su doncella. ¿Podría haber alguna posibilidad de romance, incluso en un matrimonio así? ***Los

tres días siguientes fueron un torbellino de conversaciones sobre la boda, pruebas de vestidos y planes para la fiesta de compromiso. Nancy se había emocionado cuando Rowena le dio su beneplácito para organizar el baile. La mente de Rowena daba vueltas por lo repentino de todo. Y, en el fondo, no podía evitar sentirse decepcionada por no poder disfrutar más de toda la experiencia. También se sentía fatal por fingir estar emocionada para que sus hermanas no sospecharan nada.

Su madre, se dio cuenta, empezaba a volver a ser ella misma. Rowena veía cómo le costaba hacerse a la idea de que se viera obligada a casarse, pero estaba claro que la vizcondesa se sentía aliviada de que no tuviera que desposar al conde. Su madre incluso había estado encantada de ayudarla a elegir el vestido de novia. Rowena supuso que una parte de ella debía de creer que, aunque su hija no se casaba por amor, estaba tomando la mejor decisión posible, dadas las circunstancias. Y, por

supuesto, estaban los pensamientos sobre Andrew. Rowena descubrió que pensaba en él más con cada día que pasaba. Incluso releyó varias veces su carta sobre la ópera, tratando de averiguar el significado que se escondía tras su deseo de pasar tiempo con ella. Seguramente

, se estaba limitando a asegurarse de que parecieran la pareja feliz y enamorada que el *ton* esperaba que fueran. Pero lo que Sally había dicho también le resonaba en la cabeza. Dudaba que él llegara a tener sentimientos románticos por ella, o ella por él. Pero era una idea a la que, admitió para sus adentros, podría acostumbrarse si tal cosa ocurriera. El

día antes de la ópera, Rowena le respondió a Andrew confirmando su asistencia. Luego, ella y Sally pasaron unas horas revisando su vestuario, que poco a poco se iba llenando de vestidos nuevos propios. Con su matrimonio con Andrew como algo seguro, había dinero para comprar trajes nuevos tanto para Rowena como para Sybil. Tras

mucho deliberar, eligió un vestido de seda de color rojo oscuro con guantes, zapatos, sombrero y retículo a juego. También escogió un collar de rubíes y unos pendientes a juego que su madre le había comprado para su puesta de largo. Por

primera vez, empezó a considerar los beneficios de casarse con Andrew en lugar de los posibles problemas. No solo podía comprarse trajes nuevos en lugar de llevar los viejos en público, sino que Sybil también podría hacerlo. Y su hermana menor tenía asegurado un gran baile de debutante, donde ahora seguro que podría elegir entre los mejores partidos. Esa

misma noche, durante la cena, Rowena anunció que Andrew los había invitado a todos a la ópera. A su madre pareció entusiasmarle la invitación. Su padre, aunque la aceptó, se mostró bastante indiferente. Rowena no pudo evitar preguntarse si su padre estaría resentido porque ella no iba a casarse con el conde. Seguramente se le pasaría, si es que era ese el caso. Especialmente ahora que su padre se había acostumbrado a los beneficios de la riqueza de Andrew. Al día

siguiente, Rowena pasó gran parte del día en sus aposentos leyendo, con Benji acurrucado y durmiendo plácidamente en su regazo. A medida que se acercaba la hora de ir a la ópera, solo podía pensar en Andrew. Le sorprendió descubrir que tenía ganas de verlo esa noche. Pero también estaba pensando en otra cosa. Durante

su paseo por Hyde Park, se había sincerado con ella sobre algo que era claramente muy importante para él. No cabía duda de que había confiado en ella lo suficiente como para compartir algo de su infancia. Eso le confirmaba que él estaba interesado en tener una amistad con ella. Tampoco podía negar que su futuro marido era mucho más de lo que parecía a simple vista.

A media tarde, Sally entró en su dormitorio, interrumpiendo sus pensamientos sobre su prometido. La doncella le sonrió dulcemente, se acercó y rascó al cachorro dormido en lo alto de la cabeza.

—He venido a ayudarla a vestirse para la ópera, señorita —dijo —. ¿Está lista? Rowena

asintió y comenzaron el largo proceso de arreglarla para la ópera. Finalmente, complacida con lo bien que el vestido realzaba su figura, Rowena se puso los zapatos y guantes a juego y se sentó pacientemente mientras Sally le recogía el pelo en un moño apretado en lo alto de la cabeza, con rizos sueltos enmarcando su rostro. Los toques finales fueron el collar y los pendientes de rubíes y unas gotas de perfume de rosas. Luego, su

doncella acompañó a su señora escaleras abajo, donde sus padres la esperaban en el salón. Ella y sus padres se dirigieron al carruaje en silencio, y Rowena se preguntó si su padre se habría resistido a asistir. No olía demasiado a alcohol, pero tenía un aspecto

demacrado y desdichado. Esperaba que se hubiera dejado la petaca en casa. La

vizcondesa, sin embargo, tenía un aspecto totalmente opuesto al de su marido. Su vestido verde le daba a sus ojos azules un brillo esmeralda, y tenía las mejillas sonrosadas. Rowena se alegró de verla mucho más recuperada que en las semanas anteriores, pero percibió una tensión incómoda entre sus padres.

—Oh, querida —dijo lady Worthingwood mientras el coche se ponía en marcha—, Nancy está haciendo los preparativos más maravillosos para tu baile de compromiso. Cresingdale Manor ya parece estar preparándose para un evento de la realeza. ¿No es maravilloso, Gerald?

Rowena miró a su padre, que se tapaba los ojos con una mano. Masculló algo ininteligible y no miró a las mujeres. Rowena se dio cuenta de que sufría una resaca y rezó para que no hiciera el ridículo, ni se lo hiciera pasar a su familia, en la ópera. Cuando

el carruaje se detuvo frente al teatro, a su madre se le iluminaron los ojos de alegría. Rowena se preguntó cuándo había sido la última vez que su padre la había llevado a algún sitio agradable. No pudo evitar preguntarse cuándo había cambiado tanto su padre. Él

salió a trompicones del carruaje y ayudó a su esposa a bajar casi como si fuera una ocurrencia tardía. A la vizcondesa no pareció molestarle su distraída indiferencia, pero Rowena se sonrojó. Cuando le llegó el turno de bajar del coche, extendió la mano, esperando que un lacayo se la cogiera. Pero cuando se encontró con el rostro de su prometido y, en su lugar, tomó su mano, ahogó un grito. —He

llegado hace unos minutos —dijo él—. La estaba esperando.

Un hormigueo recorrió a Rowena al contacto con la mano de Andrew mientras él la ayudaba a bajar a la acera. —Gracias

—dijo ella, sonrojándose profundamente.

Andrew le dedicó una sonrisa cálida y encantadora. —Está

preciosa —declaró él, mirándola con intensidad—. Ese color favorece su tez. Le sienta muy bien. Rowena

sintió que podría desmayarse mientras aceptaba el brazo que él le ofrecía. —Gracias

por decírmelo —repuso ella, sintiéndose de repente muy cohibida—. Usted también está muy apuesto.

Andrew le sonrió de nuevo, sin apartar la mirada de la suya durante unos instantes más. Luego, él y Rowena guiaron a su grupo más allá de las altas columnas blancas que separaban el teatro de la calle y entraron en el abarrotado vestíbulo.

Se abrieron paso lentamente a través del mar de gente hasta el auditorio. Los asientos centrales estaban casi todos ocupados, y las filas de palcos a ambos lados de la sala se llenaban con la misma rapidez. Rowena y su familia siguieron a Andrew hacia su palco, donde pudo ver que la madre de él ya estaba sentada. Aunque Rowena estaba segura de que la baronesa los vio, esta ni siquiera acusó recibo de su llegada. No

sabía qué sentía su futura suegra por ella, aunque las señales no eran buenas, pero pensó que lo mejor era dejar que la baronesa se acercara a ella a su debido tiempo. Tenía la sensación de que la mujer la estaba ignorando intencionadamente, pero esperaba estar equivocada. Quizás solo estaba sorprendida por la repentina decisión de su hijo de casarse con Rowena.

Para empeorar las cosas, se dio cuenta de que varios miembros prominentes del *ton* la miraban con el máximo escrutinio. Deseó desesperadamente haberle dicho a Andrew que estaba enferma y no haber venido. Sabía que su compromiso atraería cierta atención, pero había esperado que no fuera tan hostil. Andrew

se inclinó hacia ella hasta que sus labios le rozaron la oreja. —No

les haga caso, Rowena —dijo en voz baja—. No merecen la pena. —Hizo una pausa por un momento—. Y probablemente sean unos desdichados y unos envidiosos.

A Rowena le pareció tan absurda la idea de que alguien pudiera tenerle envidia que no pudo evitar soltar una risita. También se le encendió la sangre al sentir el cálido aliento de él haciéndole cosquillas en la oreja. Cuando volvió a mirarlo, él le guiñó un ojo, y ella sintió que se sonrojaba de nuevo. Cuando

llegaron al palco de Andrew, este se hizo a un lado y dejó que los demás entraran primero. Luego hizo lo propio y ocupó el asiento

junto a Rowena. Rowena se percató de que ya había otras dos personas en el palco con la baronesa. Cuando todos estuvieron dentro, él hizo las presentaciones.

—Esta es mi hermana, Gemma Spencer, condesa de Spenshire —dijo, sonriendo cálidamente a Rowena y a su familia—. Y a su lado está su marido, Edmund Spencer, el conde.

Rowena se tensó, temerosa de recibir un trato más frío por parte de otro miembro de la familia de Andrew. Pero mientras los demás intercambiaban saludos, lady Spenshire le sonrió cálidamente.

—Es un placer conocerla, señorita Whitworth —dijo ella.

Rowena, agradecida de que su futura cuñada pareciera amable y simpática, hizo una reverencia y se sonrojó.

—El placer es mío, milady —respondió con sinceridad—. Pero, por favor, llámeme Rowena.

La condesa asintió, le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—Entonces, llámame Gemma —dijo, sin dejar de sonreír.

Rowena miró a Andrew, que observaba a la mujer con una sonrisa afectuosa. Estaba claro que quería a su hermana y que le complacía que se llevaran tan bien. La viuda, sin embargo, la fulminó con la mirada mientras todos finalmente tomaban asiento. Empezó a sentirse incómoda y apartó la vista de la madre de Andrew. ¿Estaba molesta porque Rowena tenía semejante escándalo asociado a su nombre?

Capítulo veintiuno

Andrew mantenía la mirada fija en el escenario, pero no prestaba la más mínima atención a lo que sucedía en él. El perfume de Rowena era embriagador y sintió que se le ponía la piel de gallina. Unos escalofríos de excitación lo recorrieron y se maravilló de su propia reacción. Iba a ser su esposa, eso era cierto, pero no se había esperado que le causara semejante efecto. Quiso

cogerle la mano y no soltársela durante toda la representación, pero, con su madre sentada al otro lado, sabía que debía ceñirse a las normas y expectativas del decoro. Sobre todo porque la expresión de su madre le decía que estaba profundamente descontenta con toda la situación. De repente, deseó haber invitado solo a Rowena a la ópera esa noche. Justo

en ese momento, Rowena lo miró. Le sostuvo la mirada un segundo y luego le dedicó una amplia y dulce sonrisa. El corazón de Andrew se detuvo al darse cuenta de que le iluminaba todo el rostro. Siempre había sido consciente de que Rowena era guapa, pero solo entonces, en aquel instante, mientras su sonrisa resplandecía en sus ojos azules, se dio cuenta de lo hermosa que era en realidad. No pudo evitar devolverle la sonrisa a su prometida. Sintió

que su madre se giraba en el asiento para hablar con Gemma y Edmund, que estaban sentados justo detrás de ellos. Con su madre momentáneamente distraída, Andrew se inclinó hacia Rowena. Fingió que era para hablar con ella de modo que pudiera oírlo. En realidad, solo quería volver a oler su perfume.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó, luchando contra el impulso de acercarse a ella todo lo que pudiera.

Rowena rió entre dientes y señaló el escenario.

—La ópera aún no ha empezado —dijo con dulzura. Andrew

miró. Efectivamente, el telón aún no se había alzado. Se sonrojó y le dedicó a Rowena una sonrisa avergonzada.

—Claro —dijo—. Supongo que me estoy adelantando a los acontecimientos. Rowena

volvió a reír, lo que le provocó escalofríos por la espalda. ¿Cómo había podido pasar por alto lo encantadora que era en realidad todo este tiempo? Al

mismo tiempo, hubo movimiento detrás del telón del escenario y un silencio reticente se apoderó de las filas de espectadores, hasta que el auditorio enmudeció por completo. Andrew sabía que aquello indicaba el comienzo de la representación y se sintió entristecido por tener que apartar la atención de su futura esposa. Ella también pareció dudar al apartar la mirada de él y dirigirla al escenario. Él la imitó

, girando la cabeza para mirar directamente al escenario. Pero, por el rabillo del ojo, admiraba la sonrisa cada vez más amplia en el rostro de su prometida. Por primera vez, empezó a preguntarse si, después de todo, estar casado con Rowena no estaría tan mal. Cuando el telón por fin se alzó, se obligó a mirar a los actores, ya en sus puestos para el inicio de la representación. Pero el olor del perfume de Rowena persistía en su nariz y, una vez más, sintió mariposas en el estómago.

La ópera empezó con fuerza, al parecer, captando de inmediato la atención de todos los presentes en el palco. La propia Rowena pareció cautivada desde el primer momento. Andrew aprovechó su concentración para lanzar miradas furtivas a su futura esposa. Veía cómo se le iluminaban los ojos cuando un hombre con una rica voz de bajo hacía retumbar sus asientos, cantando a pleno pulmón la apasionada letra en italiano que flotaba sin esfuerzo de sus labios para llenar el teatro de la ópera. El deleite

de Rowena crecía por momentos y pronto sus mejillas se tiñeron de un rosa intenso por la emoción. Andrew sonrió para sus adentros mientras continuaba mirándola de soslayo.

En menos de quince días, sería su esposa. Justo cuando por fin se había dado cuenta de lo hermosa que era, también decidió que

no le importaba en absoluto la idea de estar casado con ella. Era lo opuesto a lady Viola y a las mujeres como ella en todos los sentidos, y no podía ser más encantadora. El hecho de que disfrutara genuinamente de la ópera significaba que tenía gustos sofisticados y cultos, y que en ella había mucho más que una cara bonita y conversaciones de bailes y moda.

Sin embargo, su entusiasmo se desvaneció rápidamente. Podía ver lo buena mujer que era Rowena y cómo poseía muchas de las cualidades que él buscaba en una esposa. Pero con eso, una nueva duda surgió en su mente que no sería fácil de resolver. ¿No se merecía Rowena algo mejor que un matrimonio de conveniencia sin amor con él? ¿Podía realmente condenarla a una vida a la que, en el mejor de los casos, podría acostumbrarse?

No, le reprendió una voz interior, *ella no se hace falsas ilusiones sobre este matrimonio. Ha aceptado las condiciones y está encantada de no tener que casarse con el conde. Has jurado no continuar nunca el linaje familiar. Desarrollar sentimientos por Rowena arruinaría esa determinación. La voz*

tras las palabras que invadían su mente se parecía sospechosamente a la de su cruel padre. Y, sin embargo, aun mientras intentaba desechar esos pensamientos, sabía que había algo de verdad en ellos. Incluso considerar la idea de ver a Rowena como algo más que la mujer que lo estaba salvando de tener que procrear era peligroso. Podían ser bastante cordiales y aprender a encontrar satisfacción en sus nuevas vidas, pero hasta ahí llegarían las cosas. Así era como debía ser. Apartó

la mirada de su prometida y la dirigió al escenario. Sabía que lo último que necesitaba era involucrarse emocionalmente con Rowena. Incluso si no fuera por todo lo demás, Andrew se recordó que ella no parecía tenerle mucho aprecio desde que lo conoció. Su matrimonio de conveniencia funcionaría bastante bien. Se negaba a considerar complicarlo con un romance. Eso era tan insensato como imposible, y no volvería a pensar en ello.

Cuando la representación concluyó, el público estalló en un aplauso frenético. Incluso su madre aplaudió con aparente deleite, y Andrew se dio cuenta de que no había prestado atención a nada de

lo que había ocurrido en el escenario. Se reprendió mentalmente por dejarse llevar por divagaciones inútiles. Se hizo el firme propósito de no olvidar nunca más que se casaba con Rowena únicamente por conveniencia.

Acompañó a su madre y a Rowena fuera del palco, con el resto de sus familias siguiéndolos de cerca. Los pasillos que conducían a la entrada del teatro estaban aún más atestados que cuando habían entrado, con los espectadores parados para cotillear sobre la representación. No estaba prestando atención cuando de repente tropezó con otro grupo de gente. Entonces, su madre empezó a hacer arrumacos y a abrazar a una de ellas.

—Oh, qué alegría verte —dijo efusivamente, soltando a la mujer, a quien rápidamente reconoció como la madre de lady Viola.

Lady Kinswood se giró e indicó a un joven alto y bien vestido que estaba de pie junto a su hija.

—Carol, me gustaría que conociera al marqués de Solingdale —le dijo a la baronesa. Andrew

reconoció al hombre al instante. Al igual que el padre de Rowena, Henry tenía una inclinación por la bebida y el juego. No podía creer que incluso una dama tan superficial como lady Viola se encontrara en presencia del irresponsable marqués. Henry

hizo una reverencia, tratando de parecer encantador y refinado. Pero Andrew lo había visto, en numerosas ocasiones, arrojar vasos llenos de bebida contra las paredes de varios clubes en ataques de ira, tras haber perdido dinero apostando. Sin embargo, Andrew decidió que no era asunto suyo enfrentarse al hombre en ese momento. ¿Qué sentido tendría? A él no le importaba con quién lady Kinswood permitía que su hija se relacionara.

Su madre le lanzó una mirada inquisitiva antes de sonreír abiertamente a lady Viola.

—Está usted muy elegante, querida —dijo, dándole una palmadita en el brazo a la joven.

Lady Viola le dedicó a su madre una sonrisa excesivamente dulce mientras hacía una reverencia.

—Gracias, lady Elsbrook —dijo—. Es un placer volver a verla.

Andrew puso los ojos en blanco mientras las mujeres se deshacían en halagos mutuos. No deseaba otra cosa que sacar a su madre y a su prometida del teatro y alejarlas de lady Viola.

—Igualmente, querida —dijo ella. Luego, se giró hacia Henry y dijo amablemente: —Es usted muy afortunado de estar en compañía de una dama tan encantadora, mi lord.

A Andrew se le erizó el vello de la nuca al instante. Comprendía que su madre no sabía lo que él sabía sobre el marqués, pero su comportamiento rozaba la provocación deliberada. También lo estaba avergonzando a él y, lo que era más importante, a Rowena, que estaba de pie a su lado.

Miró de reojo a Rowena y pudo ver el dolor en sus ojos. Le lanzó a su madre una mirada aguda y acalorada antes de carraspear muy fuerte y deliberadamente.

—Será mejor que nos vayamos —dijo con firmeza—. Que tengan una buena noche.

Con eso, y con la mirada ardiente de lady Viola en su espalda, Andrew continuó abriéndose paso hacia el vestíbulo, hasta que por fin salieron de nuevo a la acera exterior, donde esperaba una fila de carruajes. Reprimiendo su ira hacia su madre, acompañó a Rowena y a sus padres al carruaje de su padre, dedicándole una pequeña sonrisa. Notó que ella todavía parecía herida, aunque tranquila, y culpó a las acciones desconsideradas de su madre.

—Buenas noches, Rowena —dijo, besándole una de sus manos enguantadas. Sabía que era algo que un hombre solo debía hacer si tenía sentimientos románticos por su prometida, pero esperaba que eso animara a Rowena, ya que odiaba ver el dolor en sus ojos. Además, admitió en secreto que esperaba que enfadara a su madre.

Cuando él y la viuda subieron a su propio carruaje, le lanzó a su madre una mirada dura y fulminante.

—¿Le importa decirme qué creía que estaba haciendo antes? —preguntó.

Su madre se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—Simplemente estaba saludando a una querida amiga y a su hermosa hija —dijo.

Andrew resopló.

—Pues es curioso que supiera exactamente a qué me refería —espetó—. ¿Por qué era necesario que hiciera esas insinuaciones tan groseras con Rowena de pie justo ahí?

La baronesa suspiró y volvió a encogerse de hombros.

—Cariño, la verdad duele —dijo—. Veo que está celoso de que lady Viola ya haya encontrado otro pretendiente.

Andrew se rió a carcajadas, lo que sobresaltó a su madre, para su gran satisfacción.

—Madre, no solo es usted ridícula y está equivocada, sino que nunca ha estado más errada en toda su vida.

El rostro de su madre adoptó una expresión de lástima. Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Fue un necio al pedirle la mano a esa chica —dijo.

Andrew resopló.

—Permítame discrepar —dijo con amargura—. Pero, por supuesto, usted ha dado un maravilloso ejemplo de cómo elegir al cónyuge adecuado.

—Estoy segura de que eso no es cierto, querido —dijo. Sus ojos parecían casi tristes, pero su tono era burlón, lo que enfureció aún más a Andrew. —Esa mujer no le traerá más que infelicidad. Recuerde mis palabras.

Andrew sostuvo firmemente la mirada de su madre y apretó la mandíbula. —Incluso

si eso fuera cierto, ese es mi problema y solo mío —dijo—. No es asunto suyo, y no está en su lugar juzgar. Empezará a tratar a mi futura esposa con el respeto que se merece.

La viuda rió secamente y sacudió la cabeza.

—Nunca aceptaré a *esa chica* como mi nuera —dijo—. Y se acabó.

Capítulo veintidós

¿Qué color vas a elegir, hermana? —le preguntó Sybil a Rowena. Prácticamente vibraba de emoción sentada en el carruaje con su madre y su hermana mayor. Las llevaba a visitar el taller de una renombrada modista en Bond Street. La vizcondesa

se echó a reír, y fue un sonido genuino y feliz. —Pues

blanco, por supuesto —respondió por Rowena, riéndose de la pregunta de Sybil. Rowena

levantó la vista justo a tiempo para ver a su madre guiñarle un ojo a Sybil, que arrugó el ceño y entrecerró los ojos, pero una sonrisa asomó bajo su puchero fingido.

—Ya sé que será blanco, mamá. Le preguntaba a Rowena qué tono de blanco prefiere.

Rowena no pudo evitar sonreír. Hacía demasiado tiempo que no veía a su madre tan despreocupada, y el mismo tiempo que no podía mirar a Sybil sin que la presión de encontrarle un buen partido pesara sobre ella. Solo por esas razones, Rowena pudo permitirse relajarse y disfrutar, al menos por el momento. Podía soportar cualquier cosa, siempre que eso significara que sus seres queridos estaban felices y bien.

—No estoy segura —dijo, respondiendo a la pregunta de su hermana pequeña—. Esa es parte de la gracia de que estéis todas conmigo, para que podáis ayudarme a elegir el más adecuado.

Aquella fue, al parecer, la respuesta que Sybil buscaba. Dio un chillido de alegría. —Te

elegiremos el mejor vestido de novia de todo Londres —le aseguró a Rowena.

Cuando llegaron a la tienda de la modista, la vizcondesa, Nancy y Sybil entraron bullendo en una charla emocionada. Incluso Rowena se vio arrastrada por el entusiasmo. Solo faltaban dos semanas para

su boda y quería disfrutar de aquella salida con su madre y sus hermanas. Después de todo, sería la única vez que se compraría un vestido de novia para ella. Mientras

la vizcondesa y Sybil iban a probarse sus vestidos, Nancy cogió la mano de Rowena y la llevó por la tienda, directamente a la sección donde se exhibían telas en todos los tonos de blanco y crema. Sostuvo una, una tela de seda de color crema, y sonrió a Rowena.

—Oh, hermana —dijo, atrayendo a Rowena hacia sí—, mira esta. Es perfecta para ti.

La modista, acompañada por Sybil, se acercó entonces a Nancy y a Rowena, sonriendo. Estudió la tela que Nancy sostenía y examinó a Rowena. —Desde

luego, le favorece a su cutis, señorita —dijo—. ¿Le gustaría ver alguna más? ¿O le tomo medidas ya?

Rowena miró a Nancy y a Sybil, que tenían idénticas expresiones de ensueño mientras comparaban visualmente la tela con la piel de su hermana. Nancy asintió con entusiasmo, cogiendo la mano de Rowena y apretándosela con firmeza. —Supongo

que está decidido —dijo Rowena con una risa—. Estoy lista para que me tome las medidas.

La modista midió y cortó varias yardas del tejido y lo dobló con destreza sobre su brazo. Luego, condujo a Rowena a un reservado en la parte trasera de la tienda, donde una ayudante esperaba para anotar las medidas de Rowena. La modista dejó a un lado la tela elegida, sacó rápidamente su cinta métrica y comenzó, mientras Rowena permanecía quieta sobre una pequeña plataforma. Mientras

la modista se ponía manos a la obra con la prueba de Rowena, le envolvía trozos de la tela alrededor del cuerpo, sujetándolos con alfileres en ciertos lugares y haciendo bocetos en un pequeño cuaderno mientras la ayudante anotaba las medidas en un libro de registro. Rowena admiró la habilidad y la pasión con que trabajaba la mujer. Estaba claro por qué era una de las mejores modistas de la ciudad. Cuando

terminó, cerró su cuaderno y retrocedió. Le dedicó a Rowena una sonrisa amable y la ayudó a bajar del taburete.

—Será la novia más hermosa, señorita Whitworth —dijo. Rowena

se sonrojó.

—Es usted muy amable —dijo—. Será su vestido el que me haga hermosa. La modista

hizo un gesto con la mano antes de excusarse para que la ayudante pudiera ayudar a Rowena a vestirse de nuevo. Nancy sería la siguiente en las pruebas, y Rowena debía ayudar a su madre y hermanas a elegir las telas para sus vestidos. Pero al pensar en el cumplido de la modista y en la alegría de sus hermanas por su repentina boda, le dolió el corazón. *Ojalá me casara por amor y no por conveniencia*, pensó con tristeza. Una

vez vestida, Rowena se sentó mientras su madre y sus hermanas se hacían las pruebas. Miró a Nancy, que mantenía una animada conversación con su madre mientras la modista hacía su magia con la vizcondesa. De repente se dio cuenta de que, aunque la voz de su hermana mayor era alegre y todo eran sonrisas, había una marcada tristeza en sus ojos. La visión hizo que a Rowena se le encogiera el corazón. Estaba

claro que Nancy intentaba aparentar que todo iba bien, pero Rowena podía ver que aún llevaba consigo la pérdida de su amado esposo. Rowena no podía imaginar lo doloroso que debía ser para su hermana. Sin duda, recordaba la compra de su propio vestido de novia, una ocasión feliz, y Rowena temía que su propia boda inminente se lo hubiera recordado todo a Nancy. Solo podía esperar no experimentar nunca semejante angustia.

Quizá sea mejor que no *ame a Andrew*, pensó. No amarlo nunca significaba que nunca sentiría el dolor de la pérdida, en caso de que él muriera antes que ella. Y ciertamente significaría que, si él se volvía como su propio padre, su corazón no se rompería, como le había ocurrido al de su madre. Realmente era lo mejor no haber encontrado un matrimonio por amor. Podría contentarse con que Andrew le concediera la libertad prometida, sin el riesgo de salir herida de ninguna manera. Poco

después, las mujeres terminaron sus pruebas iniciales. La vizcondesa dispuso que las últimas se hicieran en su casa antes de la

boda, para que pudieran quedarse con los vestidos cuando todo estuviera listo. Luego, dejaron la tienda de la modista y se dirigieron a Gunter's a tomar el té. —Me

muero si no como algo —anunció Sybil teatralmente—. Todos estos planes de boda son agotadores. Rowena

y la vizcondesa se rieron, mientras que Nancy, que estaba bastante callada, sonrió con indulgencia. —Y

pensar que pronto volverás a hacerlo para tu propia boda —bromeó Rowena.

Sybil se llevó el dorso de la mano a la frente con el mismo dramatismo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con un suspiro—. Si todavía no hemos llegado ni a mi baile de debutante. Fue

el turno de Nancy de reír. —Ese

será otro evento agotador —dijo.

Las cuatro mujeres se reían al entrar en el salón de té y encontrar una bonita mesa junto a la ventana. Mientras

se sentaban, Nancy hizo una seña a un camarero y Rowena se quedó mirando por la ventana la bulliciosa calle. El día había sido, en efecto, agotador, tanto física como mentalmente. Se preguntó si llegaría siquiera a la boda, tan agotada como se sentía ya. Pero era agradable oír a las mujeres de su familia disfrutar, como solían hacer siempre que estaban juntas. Cada vez le resultaba más fácil aceptar las razones para casarse con Andrew.

Antes de que el camarero viniera a tomarles nota, la campanilla de la puerta sonó al abrirse. Rowena miró distraídamente hacia la puerta, y sus ojos se abrieron de par en par y el corazón le dio un vuelco al ver a la baronesa viuda de Elsbrook, a lady Viola y a lady Kinswood entrar juntas en la tienda. Rowena deseó de inmediato que su grupo hubiera elegido una mesa más cerca del fondo de Gunter's. Intentó apartar la mirada antes de que ninguna de las mujeres la viera. Demasiado tarde. Su

futura suegra le sostuvo la mirada con ojos fríos. Solo fue un segundo antes de que desviara la vista para seguir a sus acompañantes a una mesa en un rincón, pero era obvio que su intención había sido hacerle el vacío a Rowena. A Rowena se le

arrebolaron las mejillas de vergüenza, a pesar de no haber hecho nada de lo que avergonzarse. Afortunadamente, las demás no se habían dado cuenta. Lo único que deseaba entonces era que ella y su familia abandonaran el salón de té y regresaran a casa para poder esconderse en sus aposentos. Quizá para el resto de su vida.

—Rowena —estaba diciendo Sybil, sacándola de su ensimismamiento. —¿Perdona?

—preguntó, esbozando una sonrisa dolorosamente falsa. Sybil

se rió tontamente. —Pasas

tanto tiempo en las nubes que vas a llegar tarde a tu propia boda, hermana —bromeó—. Te preguntaba qué flores crees que deberías llevar en tu ramo de novia.

Rowena asintió, fingiendo pensar detenidamente en la pregunta. En realidad, intentaba quitarse de encima la incomodidad que sentía desde que la baronesa le había hecho el vacío. Estaba claro que la mujer nunca la aceptaría como nuera, y mucho menos le caería bien. Rowena se dio cuenta de que, si iba a casarse con Andrew, tendría que encontrar la manera de evitar a su madre tanto como fuera posible. —Mira

lo que te digo, hermana —dijo, reuniendo una sonrisa más suave—. Dejaré esa decisión completamente en tus manos.

Sybil soltó un fuerte grito ahogado, que atrajo la atención de algunos clientes de las mesas cercanas y, probablemente, pensó Rowena, la de la baronesa. Pero Rowena se negó a mirar en su dirección, centrándose por completo en Sybil.

—Eres la mejor hermana del mundo —dijo Sybil, radiante.

Fue el turno de Nancy de soltar un grito ahogado teatral. Miró a Sybil con el gesto más exageradamente dolido.

—Bueno, ya veo lo poco que se me quiere —dijo, llevándose la mano al corazón. Sybil

se rió, y Rowena se unió a ella a pesar de su incomodidad. La vizcondesa reprendió suavemente a sus hijas, aunque estaba claro que disfrutaba viendo a sus niñas, que ahora eran todas unas jovencitas, de tan buen humor. —Desde

luego, vosotras tres sois un caso —dijo.

Sybil y Nancy sonrieron con descaro a su madre.

—¡Gracias, mamá! —dijeron al unísono. Mientras

esperaban que llegara el té, Rowena no pudo evitar echar miradas furtivas hacia la mesa donde se sentaban la baronesa y las otras dos mujeres. En una ocasión, se dio cuenta de que lady Viola la miraba con furia, y deseó que se abriera el suelo y se la tragara.

Intentó concentrarse en la conversación a su alrededor, sobre el baile de compromiso en Cresingdale Manor, pero se sentía más incómoda por momentos. Se preguntó si Andrew sabía cuánto le desagradaba a su madre su futura esposa y qué haría si se enteraba. Lo que había empezado como un día bastante agradable para Rowena se estaba amargando rápidamente por el comportamiento de la baronesa. ¿Estaba cometiendo un error con este matrimonio? ¿Lo estaba cometiendo Andrew?

Capítulo veintitrés

Andrew durmió mal, pensando en la actitud grosera de su madre hacia Rowena en la ópera. Apenas podía creer que se comportara de tal manera. Ella había insistido en que se casara y él, a todas luces, estaba obedeciendo sus deseos. Pero parecía que solo se daría por satisfecha si se casaba con la mujer que *ella* eligiera. Le parecía que su obsesión nunca había tratado realmente de que él se casara y tuviera un heredero, sino de controlar su vida. A Andrew

también le molestaba la forma en que, con tanto descaro y sin arrepentimiento alguno, había herido los sentimientos de Rowena en la ópera. Aunque solo fuera a casarse con ella por conveniencia, no toleraría que se le faltara al respeto a su futura esposa. Ni siquiera por su propia madre. Sirviera para lo que sirviera, tenía la intención de hablar con su madre antes de la boda y cantarle las cuarenta sobre su futura baronesa. A la mañana

siguiente, Wallace entró en su habitación con un sobre. Andrew abrió la carta y la leyó mientras el ayuda de cámara le escogía un atuendo para el día:

¡Hola, hermano mío!

Me he dado cuenta de que tu boda está al caer. Por ello, querría invitarte a un asalto de esgrima desenfadado antes de que te conviertas en uno de los hombres casados y adoctrinados de Londres. Negarte sería de cobardes, y confío en que no querrás que tu futura esposa piense semejante cosa de ti. Te

esperaré en el lugar de siempre después de comer. Ten en cuenta que, como siempre, la apuesta es de cien libras. Ya me estaré gastando las ganancias antes incluso de que llegues esta tarde.

Tuyo, Edmund

Andrew ya se estaba riendo antes de terminar de leer la carta. Su cuñado y él habían compartido unas cuantas sesiones de esgrima, incluso antes de su boda con Gemma. Era algo de lo que Andrew disfrutaba enormemente, aunque a menudo perdía. Edmund nunca aceptaba el dinero que le ganaba a Andrew. Solían ir a tomar algo después del asalto y Edmund se gastaba el dinero en whisky y buenos filetes, justo lo que Andrew habría hecho de todos modos. Wallace

miraba a Andrew con perplejidad mientras este doblaba la carta y la dejaba sobre el escritorio.

—¿Buenas noticias, milord? —preguntó. Andrew

volvió a reír.

—Hoy también necesitaré mi ropa de esgrima, Wallace —dijo—. El conde parece que quiere sacarme algo de dinero hoy.

Wallace rió por lo bajo y asintió, volviéndose hacia el armario para sacar el conjunto de esgrima de su señor y doblarlo pulcramente sobre la cama.

—Ya veo —dijo mientras Andrew empezaba a desvestirse—. Bueno, asegurémonos de que esté preparado para ganar esta vez.

***

Andrew desayunó en sus aposentos esa mañana, matando el tiempo hasta su encuentro con Edmund hojeando sin pensar las páginas de las novelas que guardaba en su cuarto. Durante todo ese rato, su mente volvía sin cesar a Rowena y a la ópera de la noche anterior. Esperaba que un poco de esgrima con su cuñado le ayudara a despejarse. Por desgracia, no iba a ser así. Cuando llegó

a Spenshire Manor más tarde esa misma tarde, Edmund lo recibió y lo condujo a la pista. Se pusieron sus atuendos de esgrima e hicieron algunos ejercicios de calentamiento. Hacía siglos que Andrew no practicaba esgrima, y sabía que era probable que Edmund, efectivamente, ganara ese día. Pero eso seguía siendo lo que menos le preocupaba.

Edmund comenzó el asalto, adoptando su posición y esperando a que Andrew hiciera lo mismo.

—¡En guardia! —dijo el conde con una carcajada jactanciosa.

Andrew atacó y, por un momento, el sonido de sus aceros resonó con claridad por toda la pista. Pero ni siquiera la emoción del deporte era suficiente para mantener a Andrew en el presente. En muy poco tiempo, se encontró una vez más distraído por los pensamientos de Rowena.

Mientras paraban y lanzaban estocadas el uno contra el otro, Andrew llegó a una conclusión nada sorprendente. Había estado pensando en su prometida cada día más porque ella era, en efecto, extremadamente atractiva. Intentar negar el hecho era inútil, como poco.

Y, sin embargo, también lo era plantearse algo más que el matrimonio de conveniencia que él y Rowena habían acordado. No, sencillamente no podía considerar la idea de intimar con su prometida después de casarse. No era una opción. Por muy guapa que fuera.

No fue hasta que la punta de la espada de Edmund evitó por poco atravesar la malla de su careta que Andrew se dio cuenta de que había dejado de bloquear las estocadas de su cuñado. Rápidamente enderezó los hombros y alzó la espada en un gesto de bloqueo, pero Edmund bajó la suya y lo observó a través de su propia careta.

—Andrew, ¿estás bien? —preguntó.

Andrew maldijo por lo bajo tras la careta, agradecido de que Edmund no pudiera verle la cara.

—Mejor que nunca —dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

Edmund rió por lo bajo.—Bueno

, teniendo en cuenta que normalmente nunca me dejas estar tan cerca de dejarte ciego, he pensado que era prudente preguntar —dijo—. Venga, dime qué te preocupa.

Andrew suspiró. La esgrima no era precisamente un deporte con el que pasar el rato cuando uno estaba tan distraído como Andrew. Como había dicho Edmund, estaba permitiendo que su cuñado estuviera a punto de mutilarlo de por vida.

—Estaré bien —dijo, esforzándose al máximo por sonar seguro —. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Edmund asintió, inmóvil, mientras continuaba estudiando a Andrew. Aunque Andrew no podía verle los ojos, podía imaginar a su cuñado observándolo con mirada recelosa y la boca contraída.

—¿Estás teniendo dudas sobre tu próxima boda? —preguntó.

Andrew tragó saliva. De repente, la careta le pareció muy agobiante, pero se obligó a quitársela lentamente. Mientras lo hacía, compuso una expresión de inocencia perpleja en su rostro y miró a Edmund con las cejas arqueadas.

—¿Qué te da esa impresión? —preguntó. Tuvo cuidado de sonar despreocupado, incluso jovial. Pero al instante supo que Edmund no se dejaría engañar tan fácilmente. Edmund también se quitó la careta, la dejó a un lado con su florete y miró a Andrew con expresión compasiva.

Edmund sonrió de una manera que le indicó a Andrew que estaba satisfecho consigo mismo por haber descifrado su angustia. Se acercó a Andrew y le dio una palmada en la espalda.

—Es bastante normal que a un caballero le entren dudas —dijo —. De hecho, ¿puedo confesarte algo?

Andrew miró a su cuñado con recelo.

—Por supuesto —dijo.

La expresión de Edmund se volvió soñadora y miró al horizonte ante ellos.

—Yo me sentí igual antes de casarme con Gemma —dijo.

Los ojos de Andrew se abrieron de par en par. No estaba seguro de a dónde quería llegar Edmund, pero las palabras de su cuñado lo sorprendieron.

—¿De verdad? —preguntó—. Habría pensado que cualquier momento te parecería poco para celebrar la boda, con el entusiasmo y las súplicas que exhibiste cuando me pediste mi bendición.

Edmund rio por lo bajo y asintió.

—Pero el matrimonio es un compromiso para toda la vida —dijo —. Puede ponerte de los nervios darte cuenta de que vas a compartir toda tu vida con una sola persona.

Andrew miró a su cuñado, completamente confundido.

—Creía que tu matrimonio con Gemma fue por amor —dijo. Recordaba lo ansioso que Edmund había parecido por casarse con su

hermana. ¿Acaso solo había hecho lo que creía que Andrew quería para poder casarse con Gemma por conveniencia?

Edmund rió con ganas.

—Oh, Andrew —dijo—. No me refería a eso en absoluto. Por supuesto que fue un matrimonio por amor. Aunque, ni siquiera creía que el amor fuera algo real hasta que conocí a Gemma. Lo que quiero decir es que, a veces, cuando quieres tanto a alguien, es ese mismo amor lo que te hace dudar.

Andrew sintió alivio al saber que su cuñado sí amaba a su hermana. Sin embargo, estaba más confundido que antes.

—¿Cómo puedes dudar de tu amor si crees que es real? —preguntó. Edmund

le dio otra palmada en la espalda y le dedicó una sonrisa de complicidad.

—No puedo hablar por todos los hombres —dijo—. Sin embargo, mi amor por Gemma era tan fuerte antes de nuestra boda que empecé a temer que se mereciera a alguien mejor que yo.

Fue el turno de Andrew de soltar una carcajada.

—Nunca he visto a una mujer amar a un hombre tanto como Gemma te ha amado siempre a ti —dijo.

Edmund asintió, suspirando.

—Y por eso, le estaré eternamente agradecido —dijo—. Pero eso no impidió que pensara que ella era tan perfecta que yo no la merecía.

Andrew asintió. Su matrimonio con Rowena iba a ser solo de conveniencia, así que lo que Edmund estaba diciendo no se aplicaba realmente a él. Y, sin embargo, mientras hablaban, Andrew se encontró preguntándose de nuevo, como había hecho en la ópera, si Rowena no merecería también algo mejor.

Edmund le dio una palmada una vez más y le lanzó una mirada cómplice.

—No sería tan malo si tu matrimonio resultara ser algo más que un simple acuerdo, ¿sabes? —dijo—. Quizá deberías pensarlo un poco.

Andrew se quedó mirando a su cuñado. ¿Cómo podía haber adivinado Edmund que se sentía atraído por su prometida? ¿O

simplemente estaba tratando de dar el mejor consejo que podía basándose en sus observaciones?

—Vamos —dijo Edmund, alejándose de Andrew para recoger su equipo de esgrima abandonado—. Pronto será la hora de cenar.

Andrew comenzó a seguirlo, pero se detuvo.

—Pero ¿quién de nosotros ha ganado? —preguntó, sonriendo con suficiencia.

Edmund rió por lo bajo.—Dejaremos

este en empate —dijo—. Lo que significa que el próximo asalto será a doble o nada.

Andrew rió a carcajadas y le dio una palmada en la espalda a su cuñado.

—Trato hecho, amigo mío —dijo. De vuelta

en la mansión, Edmund le mostró a Andrew los aposentos de invitados antes de ir a los suyos, para que pudieran quitarse los atuendos de esgrima. Wallace lo recibió en los aposentos de invitados con su traje impecable y listo.

—¿Ganó usted, milord? —preguntó.

Andrew hizo una mueca.

—No —dijo—. Pero el conde lo ha declarado empate y dice que la próxima vez será a doble o nada.

Wallace se rió.—

¿Puedo sugerirle que practique un poco antes la próxima vez, milord? —preguntó.

Andrew le hizo una mueca a su ayuda de cámara y rió por lo bajo.—

Quizá te descuente mis pérdidas de tu salario —dijo.

Ambos hombres se rieron.

Cuando estuvo vestido, Andrew se dirigió al comedor principal de la casa de su hermana y su cuñado. Se estaban sentando justo en ese momento y lo saludaron calurosamente cuando entró.

—Buenas noches, Andrew —dijo Gemma con dulzura—. Tengo entendido que tu asalto de esgrima ha ido bien hoy.

Andrew le lanzó a Edmund una mirada de fingido enojo.

—¿Para quién? —preguntó.

Edmund hinchó el pecho y sonrió de oreja a oreja.

—Para mí; la próxima vez, perderás —dijo.

Gemma rió y Andrew también. Era agradable disfrutar de una cena que no incluyera a su madre autoritaria y fría. Cuando llegó el primer plato, comió con tanto apetito como un hombre que no hubiera probado bocado en días.

Después de hablar un poco más sobre el combate de esgrima, durante el cual Edmund omitió su conversación sobre la inminente boda de Andrew, la pareja pasó a hablar del hijo que esperaban. Andrew se alegró de poder sentarse en un cómodo silencio y dejar que los dos se tomaran el pelo sobre los diversos aspectos de la inminente paternidad.

—Mi robusto muchacho tendrá los mejores instructores de todo Londres —dijo, dedicándole a Andrew una sonrisa socarrona—. Incluida la esgrima.

Gemma se rió.—

¿Y si es una niña? —preguntó—. No puedes estar tan seguro de que vaya a ser un niño.

Edmund negó con la cabeza, intentando parecer desafiante. Pero había un brillo en sus ojos cuando Gemma señaló que su hijo podría ser en realidad una hija.

—Absurdo —bromeó—. Sin embargo, si es una niña, tendrá los tutores de música más hábiles y los mejores maestros de baile de Inglaterra.

Andrew observó con asombro cómo se comportaba la pareja. Hasta un ciego podría haber visto cuánto se querían. Una repentina oleada de celos lo invadió. La felicidad entre su hermana y su cuñado llenaba toda la casa.

Lo que ellos tenían era algo que él había jurado no buscar jamás. Pero verlos de repente lo llenó de un anhelo que nunca había esperado experimentar. De pronto, deseó más que nada en el mundo poder tener también ese tipo de amor.

Capítulo veinticuatro

—Oh, Sally —dijo Rowena, rebuscando entre todos sus vestidos nuevos sin encontrar ninguno que quisiera ponerse—. ¿Llegaré a tiempo a este pícnic? Su

doncella detuvo su búsqueda dándole una suave palmadita en la espalda a su señora.

—No se preocupe, señorita Whitworth —dijo en voz baja—. Creo que se está preocupando mucho más de lo necesario. Rowena

suspiró mientras miraba la mesilla de noche, donde descansaba la carta de Andrew del día anterior. La había invitado a un pícnic junto al Támesis, a petición de su hermana. Al principio, la idea la había entusiasmado. Sin embargo, la carta también le informaba de que la madre de Andrew, la baronesa viuda de Elsbrook, asistiría, lo que convirtió a Rowena en un manojo de nervios.

—Está clarísimo que me odia, Sally —gimió Rowena. Sally

pareció confundida.

—¿Lady Spenshire? —preguntó. Rowena

negó con la cabeza. Respiró hondo. La mente le iba a mil por hora. Se obligó a calmarse antes de volver a hablar.

—La baronesa viuda —dijo—. Llevo bastante tiempo siendo conocida como una solterona en la *ton*, pero nunca me he sentido tan poco bienvenida y tan indeseada como en presencia de lady Elsbrook en la ópera. Y me hizo el vacío en Gunters. El día de hoy no puede ser más que un desastre. ¡Y no tengo nada que ponerme!

Sally soltó una risita que reprimió al instante, pero hizo que Rowena se diera cuenta de lo frenética y tonta que estaba sonando. Al poco, ella también logró soltar una risita.

—Señorita —dijo Sally un momento después, apartándole a Rowena un mechón de pelo recién peinado de la cara—. Comprendo lo abrumador que debe de ser todo esto, pero no debe permitir que una mujer que ni siquiera la conoce la disguste. La gente pensará lo que quiera pensar, y no hay nada que usted pueda hacer al respecto. Lo único que puede hacer es ser usted misma y demostrarle a esa gente que merece ser feliz y que la respeten, igual que ellos. Rowena

respiró hondo y pensó en lo que su amiga le había dicho. Aunque el suyo fuera solo un matrimonio de conveniencia, *sí* que merecía sentirse a gusto consigo misma. Además, si la baronesa viuda la incomodaba demasiado, estaba segura de que podría dar un corto paseo con Sally y escapar del escrutinio de la mujer.

—Tienes razón —dijo, abrazando a la doncella—. ¿Cuál debería ponerme? Finalmente

, ella y Sally se decidieron por un vestido de raso de color azul oscuro con un ribete de encaje azul claro. Sally la ayudó a ponérselo y Rowena lo combinó con guantes y zapatos a juego. También se puso los pendientes de zafiro que había comprado expresamente para el vestido. Aun así, incluso cuando Sally terminó de ayudarla a prepararse, no pudo quitarse de encima la sensación de pavor. ¿Y si la madre de Andrew era tan cruel que Rowena acababa haciendo el ridículo echándose a llorar o algo igual de terrible? Justo

cuando Sally retrocedía para admirar su obra, Benji se acercó corriendo a ella. La miró con sus grandes ojos marrones, derritiendo el corazón y las penas de Rowena al instante.

—Hola, cariño —dijo, agachándose para coger a su cachorro. Sally

resopló, deteniendo a Rowena antes de que pudiera tocar al perro.

—De ninguna manera —la regañó, negando con la cabeza—. No puedo permitir que se estropee el vestido.

Rowena miró a Sally un momento antes de echarse a reír.

—Claro —dijo, riendo—. Tienes razón. Perdóname. Sally

levantó la barbilla y le dirigió a Rowena una mirada severa. Era muy consciente de que Rowena sacrificaría hasta su mejor vestido

por abrazar a Benji. Aun así, Rowena sabía que su doncella tenía razón. No podía haber huellas de patas sucias en su vestido aquella tarde. En lugar de coger al perro, se agachó con delicadeza y le rascó generosamente el cuello y detrás de las orejas.

—Muy bien —dijo Sally con aprobación—. Ahora, venga. Tenemos que llevarla al carruaje si quiere llegar a tiempo al pícnic. Rowena

suspiró y asintió. Habría pospuesto el pícnic para siempre si hubiera podido. Pero si quería causar una buena impresión a su futura suegra, debía empezar por ser puntual.

—De acuerdo —dijo, lanzándole un beso a Benji—. Vámonos.

Sally acarició al cachorro por turnos antes de acompañar a Rowena fuera de su alcoba hasta la escalera. Justo cuando llegaron al rellano de arriba y Rowena miró hacia abajo, se quedó sin aliento.

—Oh, cielos —susurró. Sally

apretó el brazo de Rowena y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Llegamos tarde? —susurró en voz baja.

Rowena miró el reloj de pared del vestíbulo principal de la casa de su familia. Para su alivio, vio que no era ella la que llegaba tarde, sino que Andrew se había adelantado.

Al pie de la escalera, Andrew se rió entre dientes. —Sé

que llego pronto —dijo—. Pero tengo la molesta costumbre de ser puntual. Además, he pensado que debía acompañar personalmente a mi prometida al pícnic.

En ese momento, Rowena se dio cuenta de tres cosas. La primera, que el traje de él combinaba casi a la perfección con su vestido. Solo que, donde ella llevaba una cinta azul claro en la cintura, él llevaba una camisa con volantes de color azul claro bajo su levita azul oscura. La segunda, se le ocurrió que Andrew nunca había llegado tarde a ninguna cita en todo el tiempo que llevaba prometida a él. Y la tercera, que era increíblemente apuesto y que sus ojos chispeantes no se apartaban de los de ella.

—Buenos días, Andrew —dijo mientras Sally la bajaba por las escaleras y la dejaba justo a su lado. Su

prometido hizo una reverencia antes de ofrecerle el brazo.

—Buenos días, Rowena —dijo él—. Parece que hoy hemos tenido la misma idea.

Rowena se sonrojó al pensar en lo extraño que era que hubieran elegido vestir de los mismos colores. No pudo evitar pensar en lo bien que le sentaba ese tono de azul en particular, pero enmascaró su admiración con una pequeña sonrisa.

—Eso parece —convino, cogiendo su brazo. Sus

brazos se rozaron cuando ella deslizó el suyo por el de él. El corazón se le empezó a acelerar y un escalofrío la recorrió por completo. Se le cortó la respiración cuando Andrew volvió a clavar sus ojos en ella y le sonrió. Tenía un rubor rosado en las mejillas y su mirada era cálida.

Pensó que el corazón podría estallarle mientras miraba fijamente los ojos avellanados de Andrew. Se perdió rápidamente en el estallido de verde y oro que rodeaba sus pupilas, y no pudo evitar darse cuenta de lo guapo que era su prometido en realidad. Sally, que seguía de pie detrás de ellos, cayó en el olvido, al igual que la constatación de que se estaban comportando de forma bastante escandalosa, atrapados en su momento privado.

Un ladrido agudo sobresaltó a Rowena y rompió el trance entre la pareja de prometidos. Rowena miró a Benji con cariñosa impaciencia. Nunca se había sentido tan embelesada como al mirar a los ojos de Andrew en ese instante, pero Benji insistía mucho en algo.

—Parece que quiere algo —dijo Andrew a su lado. No sonaba irritado en absoluto. Más bien, parecía curioso, como si intentara descifrar por qué ladraba Benji. Rowena

asintió.

—Está pidiendo salir a pasear —dijo—. Una de las doncellas tiene instrucciones de sacarlo mientras yo no estoy.

Andrew volvió a mirar a Benji y luego a Rowena.

—Bueno, ¿por qué no lo traes con nosotros? —preguntó.

Rowena se quedó con la boca abierta mirando a su prometido. Sabía lo que pensaba de los perros, así que le sorprendió oírle hacer tal sugerencia. Se dio cuenta de que Andrew estaba realmente interesado en asegurarse de que ella tuviera todo lo que quisiera y

necesitara en todo momento. Incluso si eso significaba hacer algo con lo que no estaba del todo familiarizado o cómodo.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Andrew miró a Benji, que estaba de pie cerca de sus pies y luchaba claramente contra el impulso de saltar y poner las patas sobre los pantalones limpios de Andrew. Sonrió a Rowena y asintió.

—Lo estoy —dijo. Rowena

se volvió hacia Sally, que ya estaba cogiendo a Benji. Luego, los cuatro se dirigieron al carruaje. Andrew ayudó a Rowena a subir primero, y después a Sally y a Benji. Andrew se sentó junto a Rowena, mientras que Sally y Benji se sentaron frente a ellos. Rowena sintió otra oleada de cosquilleos al estar sentada tan cerca de su prometido. ¿Cómo era posible que él tuviera tal efecto en ella? ¿Y se estaba volviendo loca o parecía que él también sentía algo de la conexión que ella sentía? —Dime

—dijo él, rompiendo afortunadamente el hechizo que le estaba lanzando a toda prisa—. ¿Cómo van los planes para nuestro baile de compromiso?

Rowena se sorprendió una vez más. Pensó que se habría olvidado por completo del baile, o que al menos le interesaría muy poco. Seguía convencida de que solo lo había aprobado para hacerles felices a ella y a su familia. Nunca esperó que le preguntara por ello.

—Nancy lo tiene todo bajo control —dijo, tapándose la boca con la mano al soltar una risita, recordando lo absorta que estaba su hermana con la planificación del baile. Andrew

asintió, enarcando las cejas.

—¿Debo entender que se lo está tomando con mucho celo? —preguntó.

Rowena asintió, riendo.

—Desde luego que sí —dijo—. He intentado convencerla de que no se tome demasiadas molestias, pero parece que se ha empeñado en que todo salga perfecto.

Andrew asintió, sonriendo.

—Es muy amable por su parte —dijo—. Está claro que te quiere mucho. Y no veo nada de malo en una gran celebración. No hay

ninguna razón por la que no podamos divertirnos, después de todo. A Rowena

se le cortó la respiración. No cabía duda de que decía la verdad. Estaba resultando ser aún más amable y comprensivo de lo que había pensado en un principio. El corazón le dio un vuelco cuando él volvió a mirarla a los ojos sonriendo. Solo el carraspeo de Sally le indicó que estaban rompiendo de nuevo todas las reglas del decoro.

—Gracias por permitir que Benji viniera hoy —dijo con timidez—. Comprendo lo que sientes por los perros y que debes de haberlo pensado mucho antes de dejarle venir. Andrew

se encogió de hombros y se sonrojó, pareciendo de repente tan tímido como ella se sentía.

—Es un buen perro —dijo, como si estuviera probando las palabras. Luego, rió a carcajadas y negó con la cabeza—. Bueno, cuando no te tira al suelo, claro. Como

si protestara, Benji resopló y levantó una pata. Rowena soltó una risita y se sorprendió cuando Andrew también volvió a reír. —Ciertamente

es un trasto —convino ella—. Pero todavía es un cachorro y es de lo más dulce.

Andrew estudió al perro pensativamente. Rowena no podía asegurarlo, pero creía que su prometido podría estar sintiéndose más cómodo con Benji. Como

si fuera una señal, Benji se sentó sobre sus patas traseras, agitando las delanteras. Todavía le costaba un poco hacer el nuevo truco, pero lo hizo mientras jadeaba y miraba directamente a Andrew.

—Y parece que le gustas —dijo ella.

Andrew asintió. Sonreía, pero aún parecía vacilante. Rowena podía entenderlo. Pensó que a Andrew le llevaría algún tiempo cogerle cariño a Benji, sabiendo que su padre le había dicho que querer un perro era una debilidad. Lo que le daba esperanzas a Rowena era que Andrew lo estaba intentando. Y a pesar de su incomodidad inicial con Benji, nunca había sido cruel ni abusivo con él. Eso era lo más importante para Rowena. Poco

después, el carruaje se detuvo. Vio otro carruaje esperando y se le encogió el corazón. Se había olvidado de la posibilidad de tener que pasar el día siendo examinada por su futura suegra. Sin embargo, cuando Andrew la ayudó a bajar del carruaje, y luego a Sally, con un Benji que se retorcía en brazos, respiró aliviada. —Rowena

, cariño —dijo Gemma, corriendo hacia ella—. Qué alegría volver a verte.

El marido de Gemma estaba justo detrás de ella, pero no había ni rastro de la baronesa viuda. El ánimo de Rowena se levantó mientras abrazaba a Gemma, abrumada por el placer de ver a su nueva amiga sin la tensión de preocuparse por la madre de Andrew.

—También me alegro mucho de volver a verte, Gemma —dijo. Andrew

le estrechó la mano a lord Spenshire, luego se volvió hacia su hermana y le puso una mano en el hombro. Después de que le presentaran a Benji a la pareja, que se ganó el favor de ambos inmediatamente, Andrew sonrió. —¿Estamos

listos? —preguntó, dedicando una cálida sonrisa tanto a Gemma como a Rowena.

Ellas asintieron con entusiasmo. —Desde

luego que sí —dijo Gemma.

Capítulo veinticinco

Mientras Andrew y su prometida se acercaban a su hermana y a su cuñado, no pudo evitar notar una marcada diferencia en la expresión de Rowena. Se había relajado considerablemente y parecía muy aliviada por algo. Andrew no tardó en darse cuenta de a qué debía de ser. Su madre había decidido no asistir al pícnic y Rowena se había percatado de su ausencia. La

baronesa viuda había sido mucho menos que acogedora con Rowena. De hecho, le había insistido expresamente a Andrew en que nunca aceptaría a Rowena como parte de su familia. También parecía haberse esforzado al máximo para asegurarse de que Rowena supiera que no le caía bien. Aquello disgustaba a Andrew, pero no sabía muy bien qué podía hacer al respecto. —Estoy

muy emocionada, hermano —dijo Gemma—. Me alegro de que hayáis podido acompañarnos. Andrew

salió de su ensimismamiento para abrazar a su hermana.

—Y nosotros también —dijo. No se dio cuenta de lo que había dicho hasta que vio que Rowena lo miraba sonrojada. Él también se sonrojó y fue a saludar a Edmund, tratando de no pensar en su referencia informal, casi natural, a él y a Rowena como pareja.

—Venid —dijo Gemma, cogiendo la mano de Andrew con una de las suyas y la de Rowena con la otra—. Está todo listo. Solo os necesitábamos a vosotros dos. Y a Benji, por supuesto —añadió, riendo ligeramente mientras miraba al perrito. Rowena

le sonrió con timidez a Gemma, y Andrew recordó de nuevo lo indeseada que su madre se había propuesto hacerla sentir. El trato que le dispensaba Gemma era un marcado contraste, y era evidente que a Rowena le encantaba. Mientras Andrew y Rowena tomaban

asiento junto a Gemma y Edmund en la manta de pícnic extendida para ellos, Andrew tomó nota mental de hablar con su hermana para ver qué creía ella que debía hacer con respecto a la actitud de su madre hacia Rowena. Mientras

el lacayo de Gemma supervisaba la disposición de los aperitivos, el pequeño Benji se acurrucó en el regazo de Rowena. Mientras ella reía tontamente y le rascaba detrás de las orejas, Andrew no pudo evitar sonreír. Se dio cuenta de que su arraigada aversión a los perros se estaba desvaneciendo poco a poco. Pensó que, después de todo, podría llegar a cogerle cariño a Benji. Y estaba muy claro lo feliz que el pequeño chucho hacía a Rowena. Solo por eso ya merecía la pena cogerle cariño al animal.

La escena era encantadora. Gemma y Edmund habían elegido un lugar precioso bajo un árbol en las verdes orillas del Támesis. A su izquierda tenían una hermosa vista del Puente de Londres, que estaba lleno de tráfico y de gente que daba un paseo en un día tan bonito y sin nubes. A su derecha se extendía la vasta extensión del agua, sobre la que vieron a un par de pequeñas familias en barcas remando lentamente río arriba.

En la otra orilla, Andrew vio a un hombre y a un niño pescando. A su alrededor, la hierba era exuberante y verde, hasta el mismo borde de la ribera. Andrew podía oír el suave murmullo del agua del río. Era un lugar precioso para un pícnic, y Andrew se encontró relajándose rápidamente y disfrutando.

Mientras cada uno se servía los aperitivos, Gemma miró a Rowena y sonrió alegremente.

—¿Cómo van los preparativos de la boda, querida? —preguntó.

Rowena se sonrojó y le devolvió la sonrisa.

—Mi madre y mis hermanas se han apoderado por completo de todo lo relacionado con la boda —dijo—. Mi hermana mayor me ha elegido hasta el vestido.

Gemma se rió.

—Es increíble lo mucho que se emocionan los que nos rodean con nuestras bodas —dijo—. Es maravilloso que tengas un vínculo tan estrecho con tu familia. Aunque entiendo que puede ser abrumador que se impliquen tanto en algo tan grandioso.

Rowena asintió, todavía sonriendo.

—Estoy muy agradecida por la bendición de tener la familia que tengo —dijo—. Mi madre y mis hermanas son maravillosas. No sé qué haría sin ellas.

Andrew escuchaba hablar a Rowena, embelesado. Verla abrirse con tanta facilidad a Gemma reforzó su idea de que ambas se harían buenas amigas. Y, sin embargo, mientras su prometida hablaba, pudo ver de nuevo una tristeza subyacente en sus ojos.

No dudaba de que lo que decía sobre su madre y sus hermanas era sincero, pero estaba igualmente seguro de que la tristeza en sus ojos se debía a su padre. Sin duda, siempre llevaría consigo el recuerdo de lo que él había hecho para ponerlos en peligro financiero y lo que estaba dispuesto a hacer para darle la vuelta a la situación. Por una razón inexplicable, aquello hizo que sintiera un gran instinto protector hacia ella.

Un repentino jadeo de Gemma atrajo la atención de todos hacia ella. Cuando vio a su hermana agarrarse el estómago con los ojos muy abiertos, el corazón le dio un vuelco.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Edmund, con el rostro contraído por la preocupación.

Andrew se puso en pie, dispuesto a ir a por ayuda si era necesario. Edmund puso la mano en la espalda de Gemma para consolarla, y Rowena observaba con el rostro lleno de miedo. Cuando Gemma finalmente se rió tontamente y agitó la mano, todos respiraron aliviados.

—Tranquilos todos —dijo—. Siento haberos dado un susto, pero no hay por qué alarmarse. Es solo que el bebé ha dado su primera patada, eso es todo.

El miedo de todos se convirtió al instante en alegría, especialmente el de Edmund. Gemma le cogió la mano y la colocó suavemente sobre su vientre. Edmund parecía no atreverse a respirar mientras esperaba sentir aquello de lo que hablaba su mujer. Andrew supo el instante en que lo hizo, porque todo su rostro se iluminó y sus ojos se llenaron de pura alegría.

—Oh, mi amor —dijo, inclinándose para besar a Gemma suavemente en los labios—. Es maravilloso.

Andrew y Rowena apartaron la mirada con timidez, dando a la pareja un momento para su feliz afecto. Entonces, Gemma se volvió hacia Rowena, tendiéndole la mano.

—¿Quieres sentirlo? —preguntó.

Los ojos de Rowena brillaron, como los de Edmund.

—¿Puedo? —preguntó tímidamente.

Gemma asintió con entusiasmo, cogiendo la mano de Rowena.

—Por supuesto —dijo.

Puso la mano de Rowena sobre su vientre, igual que había hecho con la de Edmund. La sonrisa de Rowena se ensanchó tanto que Andrew estuvo seguro de que le ocuparía toda la cara. Soltó un gritito de alegría y Gemma rió con fuerza, indicándole a Andrew que el bebé debía de estar muy activo.

—Oh, Gemma —dijo en un suspiro, llevándose la otra mano al pecho—. Es algo tan hermoso. Nunca antes había sentido las patadas de un bebé.

Gemma asintió, con las mejillas sonrojadas de orgullo.

—No puedo esperar a sentir las patadas mientras me duermo —dijo.

Los ojos de Rowena se abrieron de par en par.

—¿Duele? —preguntó.

Gemma se rio y negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo—. Aunque mamá dice que a veces puede ser un poco incómodo. Solo quiero que llegue ya.

Andrew escuchaba la conversación, pero no podía reunir el mismo entusiasmo. Estaba feliz de dar la bienvenida a un sobrino, pero eso le hacía pensar en tener sus propios hijos. Y, aun así, no podía imaginárselo. Fingió estar muy intrigado por los dulces extendidos ante él, aunque ya no tenía apetito por el alboroto del bebé.

Sin embargo, antes de apartar su atención de las mujeres, vislumbró una vez más el rostro de Rowena. Parecía tan emocionada como Gemma. Para Andrew era obvio, por la forma en que se comportaba y reaccionaba a los movimientos del niño no nacido, que ella también deseaba ser madre.

Sintió como si un frío torniquete le oprimiera el corazón mientras intentaba, sin éxito, ignorar la emocionada charla de las dos mujeres. Le había dicho a Rowena que podía tener de él lo que deseara si se casaba con él. Aunque le había dicho que nunca buscaría herederos, podía oír en su voz el anhelo de unirse a Gemma en la maternidad. Los hijos eran, y siempre serían, lo único que él nunca podría darle.

Ojalá este pícnic se acabara ya, pensó, disolviéndose todo su deleite previo con el día y la compañía. Se sintió solo ligeramente culpable por querer escapar de su hermana tan rápidamente. Cuanto más tiempo pasaba allí sentado, escuchando a todo el mundo hablar maravillas del bebé nonato, más incómodo se sentía. Nunca había imaginado que su decisión de no tener hijos pudiera traerle tanta incomodidad.

El agudo ladrido de Benji silenció a todos los presentes y distrajo a Andrew de su ensimismamiento. Rowena soltó una dulce carcajada y se acercó al perro. Se había bajado de su regazo y estaba ladrando a algo río arriba, hacia el puente. Pero no iba hacia Rowena. Avanzaba lentamente y, de repente, Andrew imaginó al perro echando a correr, como había hecho antes en el parque. Fue entonces cuando una idea se formó rápidamente en su mente.

—¿Puedo pasear a Benji? —preguntó. Intentó no parecer demasiado ansioso, pero su petición aun así pilló a Rowena desprevenida. Lo miró con ojos inquisitivos.

—¿De verdad quieres? —preguntó.

Andrew hizo todo lo posible por fingir que no estaba pensando para sus adentros que no podía soportar ni un momento más de charla sobre bebés, mirando con todo el cariño que pudo al perro que ladraba y asintiendo.

—Sí —dijo—. Creo que sería bueno que pasáramos un rato juntos, que nos conociéramos mejor.

Los demás se rieron entre dientes, mientras que Rowena lo miraba casi con incredulidad.

—Bueno, claro —dijo, entregándole la correa de Benji—. No me importa. Y estoy segura de que a Benji le encantará —se volvió hacia su doncella y sonrió de nuevo—. ¿Nos escoltarías?

Andrew abrió la boca para protestar. Quería tiempo a solas para aclarar su mente y no sentirse observado, pero sabía que cualquier rechazo a que Sally los acompañara probablemente levantaría aún más las sospechas de Rowena. Así que, simplemente cogió la correa y se puso en pie de un salto.

Haciendo lo que había visto hacer a Rowena, se arrodilló y le dio unas palmaditas suaves al perro, silbando.

—Benji —dijo alegremente—. Vamos, chico. Vamos a dar un paseo.

El perro ignoró tanto su nombre como la palabra «chico». «Paseo», sin embargo, captó su atención de inmediato. Se giró y corrió hacia Andrew, sin mostrar ninguna vacilación ante la idea de pasear con él. Andrew le rascó las orejas antes de volver a levantarse, ayudó a Rowena a ponerse en pie y luego sonrió a Gemma y a Edmund. —Volveremos

enseguida —dijo alegremente por encima del hombro.

—Disfrutad del paseo, hermano —dijo Gemma con dulzura.

Sally los seguía varios metros por detrás mientras Rowena y Andrew caminaban del brazo por la orilla en silencio. Andrew seguía luchando con sus pensamientos anteriores, pero no quería que Rowena lo notara. Deseaba que ella se hubiera quedado con Gemma y Edmund, aunque no podía evitar pensar que, de no ser por su agitación interna, le habría encantado la oportunidad de pasar un rato a solas con ella.

—Me gusta mucho Gemma —dijo Rowena, rompiendo el silencio. Andrew

le dedicó una pequeña sonrisa.

—Se nota —dijo—. Parece que os lleváis de maravilla.

La sonrisa de Rowena se ensanchó.

—Me encanta hablar con ella —dijo—. Me recuerda a mis hermanas. Creo que ella y yo nos haremos muy buenas amigas. —Hizo una pausa, sonrojándose—. Oh, espero no estar adelantándome a los acontecimientos.

Andrew se rió entre dientes, a pesar de sus preocupaciones.

—En absoluto —dijo—. Conozco a mi hermana y veo que tú también le gustas. Sé que le encantaría ser buena amiga tuya.

Rowena suspiró aliviada y volvió a sonreír.

—Ya tengo dos hermanas maravillosas —dijo—. Pero siento que ganaré otra después de casarnos. Y debo confesar que eso me emociona mucho.

Andrew asintió, pero le costó mantener la sonrisa. Rowena parecía estar encontrando la felicidad en su acuerdo matrimonial. Y, sin embargo, Andrew era muy consciente de que se casaba con Rowena por todas las razones equivocadas. ¿Podría ser que estuviera cometiendo el mayor error de su vida? ¿O, peor aún, de la de Rowena?

Capítulo veintiséis

Señorita Whitworth —dijo Sally, entrando a toda prisa en el dormitorio de invitados que Nancy le había prestado a Rowena para prepararse para el baile—. Su baño está listo. Rowena

se levantó de la cama, donde estaba sentada envuelta únicamente en un albornoz grueso y suave. Había estado intentando convencerse de que no estaba nerviosa y de que el ajetreo de los últimos preparativos de la fiesta no la asustaba. Sin embargo, ninguna de las dos cosas era cierta. Estaba muy inquieta y un poco asustada. Principalmente, ante la perspectiva de tener que ver a su fría y distante futura suegra esa noche. —Gracias

, Sally —dijo, siguiendo a Sally y metiéndose en la bañera.

—¿Está el agua demasiado caliente? —preguntó Sally mientras recogía el albornoz de Rowena y lo colgaba en el biombo cercano. Rowena

negó con la cabeza, suspirando de placer mientras el agua caliente con esencia de lavanda le empapaba la piel y empezaba a relajarle al instante los tensos músculos.

—Está perfecta —murmuró, cerrando los ojos. Oyó

a Sally darse la vuelta sobre sus talones.

—Estaré justo fuera —dijo—. ¿Qué vestido quiere que le prepare? —He decidido

ponerme el vestido azul cerúleo, con los guantes a juego.

Sally emitió un suave sonido de aprobación.

—Lo sabía —dijo—. Lo tendré listo para ayudarla a vestirse cuando termine de bañarse.

Rowena asintió con los ojos cerrados.

—Gracias —murmuró.

Sintió que Sally salía de la habitación y dejó que su mente divagara. Apenas podía creer que solo quedaba un domingo para

que se leyeran las amonestaciones de su boda con Andrew. Admitió, aunque solo para sí misma, que estaba empezando a sentir algo por su prometido.

Se había permitido imaginar, más de una vez, que podrían tener un matrimonio feliz y lleno de amor, a pesar de las razones originales de su unión. Sin embargo, en el fondo estaba segura de que Andrew no sentía lo mismo.

Recordó su comportamiento en el pícnic. Hasta entonces, él había parecido relajado y cordial en su compañía. Pero en el pícnic de hacía dos días, había cambiado de repente, dando la impresión de que apenas soportaba estar con ella. Al fin y al cabo, se había ofrecido voluntario para sacar a pasear a Benji, y Rowena era muy consciente de que a él no le gustaban nada los perros.

Por no mencionar su aparente incomodidad con lo bien que parecían llevarse ella y Gemma. ¿Había dicho o hecho algo su madre para que se arrepintiera de su compromiso con ella?

Después de todo, no soy más que una solterona que necesita casarse con un hombre rico para restaurar la fortuna de mi familia, se recordó a sí misma. *Es lógico que se arrepienta de haberme pedido la mano, probablemente por compasión.*

Pensó entonces en lady Viola. Estaba claro para ella que la joven le había echado el ojo a Andrew. Quizá Andrew deseara ahora habérselo pedido a ella. Era joven y guapa, y no tenía ningún escándalo asociado a su nombre ni al de su familia.

Aunque fuera un poco cabeza hueca, seguía siendo mucho mejor partido que Rowena. Sería un necio si no se pensara dos veces su decisión de casarse con Rowena en lugar de con lady Viola. No pudo evitar preguntarse si debería hablar con él sobre el asunto. Sin embargo, sabía lo que eso significaría para ella. Así que, con culpable reticencia, desechó la idea.

—¿Señorita? —preguntó Sally, interrumpiendo sus pensamientos.

Rowena abrió los ojos y solo entonces se dio cuenta de que el agua del baño había empezado a enfriarse considerablemente. Miró a Sally, que sostenía una toalla en alto y la miraba con atención.

—¡Oh, cielos! —dijo Rowena, levantándose con cuidado de la bañera—. Estaba tan relajada que he perdido la noción del tiempo.

Sally asintió con suavidad mientras la envolvía en la toalla.

—Tenemos el tiempo justo para prepararla —dijo—. Pero debemos darnos prisa.

Rowena permitió que su doncella la condujera a la alcoba principal. Sally no tardó en ayudarla a ponerse su vestido de baile azul y los guantes. Sin embargo, cuando llegó el momento de peinarla, Sally hizo una pausa antes de empezar a trabajar en el habitual moño que Rowena solía llevar. —Señorita

—dijo con cautela—, ¿puedo sugerirle algo un poco diferente para variar?

Rowena se sorprendió, pero finalmente asintió a su doncella.

—Por supuesto —dijo—. ¿Qué tienes en mente?

Sally sonrió, volviendo la cabeza de su señora hacia el tocador.

—Confíe en mí —dijo.

Unos veinte minutos después, Rowena se miraba en el espejo con asombro. Sally le había recogido la mitad del pelo en un moño alto y suelto, dejando que el resto de los suaves rizos cayeran en cascada sobre sus hombros. Rowena apenas podía creer la transformación al ver su reflejo, y no pudo evitar sonreír.

—¿Le gusta? —preguntó Sally. Rowena

asintió, mirando a su doncella en el espejo.

—Me encanta —dijo—. Oh, Sally, has hecho un trabajo espléndido con mi pelo.

Sally se sonrojó, pero rebosaba de orgullo. —Me alegro

de que le guste, señorita —dijo—. Solo quería que esta noche se viera y se sintiera lo más guapa posible.

Rowena asintió, sonrojándose mientras apartaba la vista del espejo. La verdad es que estaba preciosa, algo a lo que no estaba acostumbrada. Eso hacía que fuera demasiado fácil olvidar que era una solterona en lugar de una joven en la flor de la vida, celebrando su compromiso con un buen caballero de la alta sociedad.

Justo en ese momento, se abrió la puerta de sus aposentos. Rowena se giró y vio a Nancy entrar en la habitación. Se levantó de su asiento en el tocador y sonrió a su hermana. —Ya

casi estoy lista, hermana —dijo.

Nancy la examinó con los ojos muy abiertos y asombrados.

—Estás radiante —dijo, mirando a Rowena con cariño—. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

Rowena asintió de inmediato y miró a Sally. La doncella hizo una reverencia sin decir palabra y salió de la habitación, sonriendo al cerrar la puerta tras de sí. Cuando

estuvieron a solas, Nancy sonrió cálidamente a Rowena. Metió la mano en su ridículo y le entregó a su hermana menor un pequeño joyero.

—Quiero que tengas esto, Ro —dijo.— ¿Qué es esto?

—preguntó, mirando a Nancy con curiosidad.

Nancy señaló el joyero con entusiasmo.

—Un regalo. Ábrelo —la apremió. Rowena

hizo lo que su hermana le pedía y se quedó sin aliento al mirar dentro.

—Un brazalete de zafiros —susurró, sacándolo con cuidado de su caja acolchada—. Oh, esto debe de haberte costado una fortuna.

Nancy negó con la cabeza, y Rowena vio un matiz de tristeza familiar en los ojos de su hermana.

—Fue un regalo de Colin —dijo—. Me lo dio en mi último cumpleaños antes de morir. Los ojos

de Rowena se abrieron de par en par y le tendió el joyero a su hermana. —Es

precioso, Nancy —dijo—. Pero no puedo aceptarlo de ninguna manera. No cuando es un recuerdo tan especial para ti. Nancy

le dedicó otra sonrisa cálida y paciente, cerrando las manos sobre el joyero solo para volver a ponerlo en las de Rowena.

—Cuando Colin me lo dio, me contó algo sobre él —dijo—. Se rumorea que concede a quien lo lleva el verdadero deseo de su corazón. Y si alguien necesita eso ahora mismo, eres tú, querida hermana. Rowena

cogió el joyero, pero lo sostuvo en la palma de la mano, que seguía extendida hacia Nancy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, confundida. Nancy

cogió la otra mano de Rowena entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Soy muy consciente de que te casas con lord Elsbrook para salvar a nuestra familia de la ruina económica, cariño —dijo. Rowena

sintió que se le iba el color de la cara. Se quedó paralizada, sin saber qué decir o hacer. —Pero

¿cómo? —preguntó, intentando recordar algún momento en el que pudiera haberle dado esa impresión a su hermana. Su madre se llevaría un disgusto si algo que ella había dicho hubiera alertado a Nancy.

Su hermana mayor le frotó el hombro con suavidad y le dirigió una mirada amable. —Madre

me lo confesó todo hace unos días —dijo.

Rowena dejó escapar un suspiro audible, aliviada de que no hubiera sido culpa suya que Nancy se enterara de la situación de su familia. Pero ¿por qué habría faltado su madre a su propia palabra de no poner esa carga sobre Nancy?

—Madre ha estado muy preocupada por ti, hermana —dijo Nancy como si le leyera la mente—. Se siente fatal por la situación en la que te encuentras y odia la idea de que te cases por obligación.

Rowena suspiró y asintió. —Lo sé

—dijo—. Ya me lo dijo. Pero es lo que hay que hacer, Nancy. Tienes que entenderlo. Nancy

negó con la cabeza, apretando suavemente el brazo de Rowena. —Madre

solo quiere lo mejor para ti —dijo—. Igual que yo. Te mereces un matrimonio lleno de felicidad y amor, como el que yo tuve. Como el que se merece Sybil.

Rowena asintió lentamente, mirando a su hermana con urgencia. —Pero

Sybil es la razón por la que hago esto —dijo—. Si no lo hago, Sybil nunca tendrá la oportunidad de encontrar el amor.

Nancy le cogió ambas manos y la miró fijamente. —Eres

tan digna como ella de encontrar la felicidad —dijo—. Y creo que la has encontrado.

Una vez más, Rowena se quedó atónita. Miró a su hermana, con el ceño fruncido. —¿Qué

quieres decir? —preguntó.

Nancy le dirigió una mirada indulgente.

—Querida hermana —dijo, apartando un mechón rebelde del pelo de Rowena—. Es bastante obvio que, a pesar de todo, estás enamorada de lord Elsbrook.

Rowena se quedó sin aliento, con las mejillas ardiendo. —Estoy

segura de que no sé de qué hablas —dijo, sorprendiéndose incluso a sí misma de la falta de convicción de su voz.

Nancy se rió. —¿Ah, sí?

—preguntó—. ¿Es por eso que estás sonriendo? Rowena

empezó a protestar, pero entonces se dio cuenta de que era verdad. Pensar en Andrew la hacía sonreír, por muy tumultuosos que fueran sus pensamientos. Le aceleraba el corazón y le revolvía el estómago. Y recordar lo que sentía al tener su mano entre las suyas la llenaba de un cálido cosquilleo. Nancy tenía razón. De alguna manera, se había enamorado perdidamente de Andrew.

Capítulo veintisiete.

La tensión en el carruaje que llevaba a Andrew y a su madre a Cresingdale Manor era prácticamente sofocante. La baronesa viuda había accedido, muy a su pesar, a asistir a la fiesta de compromiso. Andrew estaba seguro de que lo hacía solo para guardar las apariencias. Sabía que, si no asistía, la *ton* sin duda cotillearía al respecto. Pero no había dicho ni una palabra desde que el carruaje se había alejado de su casa. Justo

cuando Andrew empezaba a pensar que su madre se había quedado muda de repente, ella habló con brusquedad. —Solo

asisto porque es mi deber —dijo, confirmando sus sospechas—. No te lo tomes como una señal de aceptación de *esa mujer*. Nunca la aceptaré como parte de mi familia. Andrew puso los ojos en blanco.

—Ya has dicho todo eso, madre —repuso él—. ¿Podrías al menos intentar no hacer de esta noche un infierno? La

baronesa negó con la cabeza. —Guardaré

las apariencias —dijo—. Nada más. Andrew suspiró. Supuso que era lo máximo que podía esperar de ella. Aun así, había albergado la esperanza de que aprendiera a aceptar su elección de esposa. Conocía

la supuesta condición de solterona de Rowena, y su madre le había explicado el escándalo de años atrás que la perseguía. Pero ¿por qué el hecho de que un sinvergüenza la hubiera dejado plantada debía mancillar el nombre de Rowena? A su parecer, era terriblemente injusto. Y no podía comprender por qué a su madre le importaba tanto. Él iba a casarse y le irritaba cada vez más que ella no se conformara con eso. Cuando

llegaron a Cresingdale Manor, Andrew se alegró de escapar del tenso ambiente del carruaje. Ayudó a su madre a bajar y

prácticamente la arrastró hasta la puerta de la mansión, donde esperaba el mayordomo. El hombre los condujo al interior y Andrew, en silencio, llevó a lady Elsbrook al salón para que esperara con los demás invitados, dándose la vuelta sin mediar palabra para aguardar al pie de la gran escalera a que su prometida estuviera lista. Si su madre pretendía comportarse con frialdad con él esa noche, él le devolvería el favor. Para él, las apariencias significaban mucho menos que para su señoría. Decidido

a no arruinar la velada ni para él ni para Rowena, Andrew se obligó a respirar hondo varias veces y a relajarse. Apartó sus propias dudas sobre el matrimonio y la actitud de su madre al fondo de su mente. Aunque

sentía que debía cancelar la boda, ya era demasiado tarde. La noche de su fiesta de compromiso había llegado, y las amonestaciones se leerían por última vez al día siguiente. Andrew sabía que él y Rowena se llevaban bien, aunque le costaba ignorar lo que sentía por ella. Tenía que creer que podían conseguir un matrimonio tolerable con lo que tenían.

Pero cuando Rowena apareció y comenzó a bajar las escaleras, acompañada de su doncella, Andrew tuvo que contener la respiración. Toda idea de ignorar sus sentimientos por ella se desvaneció mientras la contemplaba con su precioso vestido de fiesta azul. Largos y sueltos mechones de su pelo oscuro brillaban como la seda a la luz de las velas del candelabro que colgaba sobre ellos. A medida que se acercaba, Andrew podía oler su perfume de lavanda. Las rodillas le flaquearon y tuvo que apoyar una mano en la barandilla para mantener el equilibrio. Para cuando su prometida llegó a su altura, el corazón intentaba echar a volar y atravesarle el pecho, y la cabeza le daba vueltas, embriagado por la presencia de Rowena. —Buenas noches, Andrew —dijo ella en voz baja, con las mejillas sonrosadas.

Demasiado turbado para hablar de inmediato, Andrew le tomó con delicadeza una de sus manos enguantadas y le depositó un suave beso en los nudillos. Una nueva oleada de lavanda lo envolvió y respiró hondo. A regañadientes, le soltó la mano y le dedicó una

sonrisa boba. —Buenas noches, Rowena —dijo, esforzándose por recuperar el aliento—. Estás preciosa.

Su prometida se sonrojó intensamente, pero una gran sonrisa se extendió por su rostro. Lo miró tímidamente a través de las pestañas. —Gracias

—dijo en voz baja—. Y tú estás muy apuesto con tu traje azul noche. Solo

en ese momento se dio cuenta de que, una vez más, habían logrado coordinar su atuendo por pura casualidad. También se dio cuenta de que él se estaba sonrojando por la sinceridad de su cumplido. Tuvo que obligarse a no desviar la mirada mientras le ofrecía el brazo. —Eres

muy amable —dijo con humildad—. ¿Estás lista para que te acompañe a la cena?

Rowena miró hacia el pasillo, notando claramente, como él, que los invitados se dirigían al comedor principal. Volvió a mirarlo y asintió, todavía sonrojada. —Desde

luego, Andrew —dijo.

Andrew inclinó la cabeza y empezó a caminar hacia la fila de invitados. Mantuvo un paso lento, diciéndose a sí mismo que era para que el resto de los invitados pudieran pasar antes que ellos al comedor. En realidad, sin embargo, simplemente quería contemplar a Rowena unos momentos más antes de que los invitados y la fiesta apartaran su atención de ella. A ella

no pareció importarle caminar despacio, mirándolo tímidamente para luego apartar la vista de nuevo. Le había dicho que estaba preciosa y lo decía en serio. Pero lo que había querido decir era que era la mujer más bella de todo Londres. Porque, para él, lo era. Entraron

en el comedor justo cuando sus invitados terminaban de acomodarse. Para su sorpresa, y para aparente alivio de Rowena, fueron recibidos calurosamente, y todos les dedicaron amables palabras de felicitación por su próximo enlace. Nadie

habría adivinado que, apenas unos días antes, la gente de la *ton* los había estado mirando como si fueran rarezas en el escaparate de una tienda de curiosidades. Ahora, parecía que todos los invitados a

la fiesta ofrecían su amabilidad. Todos, excepto lady Elsbrook, que permanecía de pie, con el ceño fruncido y la mirada al frente, negándose claramente a reconocer a su hijo y a su futura nuera. Una

vez que todos estuvieron sentados, se sirvió el primer plato. Lady Cresingdale se levantó, sonriendo a sus invitados, y posó su mirada por último en Rowena, contemplándola con profundo afecto. —Estoy

muy feliz de que hayáis podido asistir a la fiesta de compromiso en honor del matrimonio de mi querida hermana, Rowena, y lord Elsbrook. Me gustaría daros a todos la bienvenida a mi casa. Espero sinceramente que paséis una velada maravillosa. Todos

los invitados aplaudieron y luego comenzaron a cenar. Andrew notó con orgulloso alivio que las mujeres sentadas a la derecha y frente a Rowena comenzaron a felicitarla por su hermoso vestido. No recordaba sus nombres, pero estaba seguro de que se encontraban entre las que habían mirado a la pareja con tanto desdén durante las últimas semanas. Andrew

sonrió para sus adentros. Aunque su madre claramente había hablado en serio sobre poner las cosas difíciles esa noche, todo parecía ir bien hasta el momento. Rowena incluso había empezado a relajarse, conversando con más confianza con las dos mujeres que hablaban con ella. Más abajo en la mesa, Andrew vio a la hermana de Rowena mirándola con afectuoso orgullo. Su madre, aunque parecía cansada, también parecía orgullosa de Rowena. De repente, se alegró de haber aceptado la fiesta. Sin embargo, ese sentimiento no duró mucho.

—Lord Elsbrook —arrastró las palabras el vizconde Worthingwood desde su lado—, espero que no haya olvidado lo que prometió.

Andrew dedicó a su futuro suegro una sonrisa educada mientras miraba discretamente a su alrededor para ver si el vizconde había atraído la atención de alguien más. —Por

supuesto que no —dijo—. Lo dije muy en serio.

—Bien —dijo lord Worthingwood, alzando la voz—. Odiaría pensar que he arruinado un compromiso perfectamente bueno para

Rowena y una amistad de diez años para nada. Andrew

se aclaró la garganta, tratando de serenarse. Incluso antes de que el vizconde levantara su copa de vino para dar un gran trago que salpicó, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. El padre de Rowena llevaba unas cuantas copas de más, y Andrew no dudaba de que seguiría bebiendo.

Afortunadamente, la única persona que parecía prestarles especial atención era Edmund. Le levantó las cejas a Andrew con curiosidad, quien hizo una mueca y miró de reojo al vizconde.

—En absoluto, lord Worthingwood —dijo Andrew, intentando mantener un tono tranquilo y educado—. Puedo asegurarle...

—Eso está muy bien —dijo el vizconde, aún más fuerte—, pero no estoy convencido.

Andrew no estaba seguro de si el vizconde sabía siquiera de qué estaba hablando. De lo que sí estaba seguro, sin embargo, era de que su suegro estaba a punto de montar una escena. El hombre sentado frente al vizconde ya había levantado la vista con las cejas arqueadas. Andrew miró a Edmund con los ojos muy abiertos, sin tener ni idea de qué hacer.

Edmund dudó solo un momento. Luego, asintió a Andrew, se levantó rápidamente de su asiento con la copa de vino en la mano y la golpeó ligeramente con el tenedor, captando la atención de los presentes.

—Si me permitís —dijo, sonriendo ampliamente a la mesa—, me gustaría hacer un brindis por la feliz pareja.

Los invitados prestaron a Edmund toda su atención. Andrew levantó su copa mientras Edmund comenzaba su discurso, pero no perdió de vista al vizconde. No sabía qué haría si su futuro suegro interrumpía el brindis. Pero lo último que quería era que hiciera el ridículo. Rowena se sentiría desolada, y Andrew no lo toleraría.

Afortunadamente, lord Worthingwood había perdido el interés en Andrew para entonces. No parecía tener interés en nada que no fuera la copa de vino que tenía delante. Parecía estar casi vacía, y Andrew se alegró de ver que los sirvientes se preparaban para rellenar las copas después de que concluyera el brindis. Edmund

terminó su discurso y recibió los aplausos sin incidentes, y Andrew respiró aliviado.

Cuando los invitados volvieron a sus platos y el vizconde regresó en silencio a su copa de vino recién llena, Andrew se encontró con la mirada de Edmund.

—Gracias —articuló sin emitir sonido, dedicándole a su cuñado una sonrisa de agradecimiento.

Edmund levantó la mano con una sonrisa amable y negó levemente con la cabeza. Luego, se volvió hacia Gemma, que acababa de decirle algo con animación. Andrew volvió a picotear su propia comida. Seguía lanzando miradas furtivas a Rowena y la sorprendía mirándolo. *Es verdaderamente hermosa*, pensó, a pesar de sus dudas.

Cuando terminó el postre, lady Cresingdale anunció la apertura del baile. Andrew se alegró de abandonar su comida intacta y apresurarse hacia donde estaba sentada Rowena. Parecía un poco nerviosa, así que Andrew le dedicó su sonrisa más radiante para tranquilizarla.

—¿Inauguramos oficialmente este baile? —preguntó. Sabía que se esperaba que abrieran con el vals, y no podía negar que, en parte, estaba deseando que llegara el momento.

Rowena se sonrojó y lo tomó del brazo mientras se levantaba de la silla.

—Supongo que debemos hacerlo —dijo.

Los invitados esperaron para seguir a Andrew y Rowena al salón de baile. Se dirigieron al centro de la pista mientras la orquesta tocaba algunos compases preliminares a la espera de que la pareja se colocara. Andrew se obligó a no centrarse en los invitados, que los observaban con atención. En cambio, se concentró únicamente en su prometida. Colocó la mano en la parte baja de su espalda, le tomó la mano, y cuando ella posó suavemente la suya en su hombro, un cosquilleo de deseo le recorrió la espalda. De repente, no había nadie más en la sala, solo ellos dos.

Entonces, la música comenzó. Sintiéndose ligero como una pluma, Andrew guio a su futura esposa por el salón de baile, girando y danzando con ella con elegancia, unidos en el baile más

escandaloso conocido por el hombre. Su corazón se aceleró, y ya no había forma de negar la conexión entre ellos. Era tan poderosa como un rayo y amenazaba con dejar a Andrew sin aliento.

Mientras bailaban, se dio cuenta de que se encontraba en una encrucijada. No tenía ni idea de qué hacer con sus sentimientos por Rowena. Había intentado ignorarlos, negarlos y enterrarlos desde la primera vez que se fijó en su hermosa sonrisa. Pero mientras contemplaba sus ojos brillantes y el apasionado rubor de sus mejillas, no pudo negarlo más. Estaba locamente enamorado de ella.

Capítulo veintiocho

Rowena sentía un salvaje revoloteo de mariposas en el estómago mientras Andrew la guiaba con pericia por la pista de baile. Hacía muchos años que no bailaba, desde antes del baile con Andrew en la fiesta de Nancy, y nunca había puesto en práctica sus lecciones de vals. Pero, de algún modo, se encontró moviéndose sin esfuerzo por la pista con él. Y la emoción del baile y de estar tan cerca de él, de sentir sus cálidas manos sobre ella, le resultó tan natural como si lo hubiera hecho toda la vida. Mientras

bailaban, Rowena imaginó que ella y Andrew estaban realmente enamorados. Concibió un matrimonio que era un perfecto enlace por amor entre ellos. Se imaginó que, el día de su boda, compartirían un dulce beso de amor verdadero. El primero de muchos. Evocó imágenes de románticos pícnics y más bailes, como el que compartían en ese mismo instante. Y se imaginó a sus hijos corriendo y jugando a su alrededor mientras sus padres se miraban con cariño a los ojos.

Cuando el baile terminó, de forma casi repentina para Rowena, no pudo evitar sentirse decepcionada. Y, aunque Andrew le sonreía con las mejillas sonrosadas, a ella le pareció ver también decepción en sus ojos.

Pero mientras él la acompañaba fuera de la pista de baile, se reprendió a sí misma. No eran más que los vestigios de la fantasía a la que se había entregado. Andrew había dejado claras sus intenciones sobre su contrato matrimonial. Sería culpa suya si esperaba más y acababa decepcionada.

Cuando ella y Andrew llegaron junto a su madre y Nancy, Andrew le dedicó otra cálida sonrisa.

—Gracias por compartir un baile tan maravilloso conmigo —dijo él—. Debo marcharme, pero vendré a buscarla en breve.

Rowena asintió, sintiendo que se le sonrojaban las mejillas una vez más.

—Por supuesto —dijo—. Lo esperaré con ilusión.

Andrew hizo una educada reverencia a su madre y a su hermana, que le correspondieron con otra. Luego, se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud. Apenas

se había perdido de vista cuando lady Worthingwood agarró con fuerza las manos de Rowena.

—Cariño —dijo, con sus grandes ojos azules llenos de emoción —. Los dos formabais una estampa preciosa. Nunca he visto tanta química entre una pareja joven.

Nancy parecía igual de feliz. Le dio una palmadita en el brazo a su hermana y le sonrió con cariño.

—Cierto —dijo con aire soñador—. Parecías una princesa, dando vueltas por el salón de baile.

Rowena sintió que volvía a sonrojarse y no pudo evitar una risita.

—Desde luego, me sentía como una —dijo—. Andrew baila tan bien que disimula lo oxidada que estoy.

Nancy se rió.—

Da igual que bailes bien —dijo—. ¿Has visto cómo te miraba?

Rowena respiró hondo. Quería preguntarle a Nancy a qué se refería, ya que su fantasía le había hecho imaginar toda clase de cosas que probablemente no eran reales. Pero si su hermana había observado algo que a ella se le había pasado por alto, quería saberlo.

Sin embargo, antes de que pudiera preguntar, la vizcondesa soltó un fuerte grito ahogado que sobresaltó a sus dos hijas mayores.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Nancy, volviéndose hacia ella como si temiera por la salud de su madre.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Rowena.

La vizcondesa miró a su alrededor frenéticamente y luego se acercó a sus hijas. Tomó la mano de Rowena y la apretó con fuerza.

—Cariño —susurró, señalando hacia abajo—, se te ha deshecho el bajo del vestido.

Rowena siguió la mirada de su madre y se cubrió la boca con la mano al ver que tenía razón. Había un gran desgarro en la parte inferior de su vestido que amenazaba con agrandarse si daba un solo paso más.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó, frunciendo el ceño, intentando pensar qué hacer.

No quería perderse la siguiente tanda de bailes, por si Andrew venía a sacarla a bailar de nuevo. Sin embargo, no podía arriesgarse a bailar con el vestido en semejante estado. Lo único que sin duda arruinaría la noche sería que el vestido siguiera rasgándose y quedara a la vista de todos los invitados.

—No te preocupes —dijo, dando una palmadita en la mano de su madre—. Iré a buscar a Sally. Volveré tan rápido como pueda. Su

madre y su hermana asintieron.

—Estoy dispuesta a usar un anuncio como distracción, si es necesario —dijo Nancy—. Por si tardas un poco en arreglarte el vestido.

La vizcondesa se acercó a Rowena y dio un paso adelante.

—Iré contigo —dijo—. Estaré encantada de ayudarte, cariño.

Rowena negó con la cabeza, confiada en las habilidades de Sally.

—No tardará nada —dijo—. Y tú, madre, quédate y mézclate con los invitados. Volveré antes de que te des cuenta. Pero debo irme, antes de que empiece la siguiente tanda de bailes.

Las otras dos mujeres asintieron a regañadientes.

—Avísanos si tienes algún problema —dijo Nancy.

Rowena sonrió y asintió. Les lanzó un beso y luego se alejó de ellas. Con

toda la naturalidad, pero también la rapidez, de la que fue capaz, se dirigió hacia la salida del salón de baile, con cuidado de mantener el bajo roto fuera de la vista de los invitados. En cuanto salió de la sala, se levantó el bajo y se apresuró a pasar junto a la escalera en dirección a la entrada de servicio.

Sally salió a su encuentro antes de que doblara la esquina que la llevaría a la puerta trasera de la mansión y a la entrada de servicio.

—¿Qué ocurre? —susurró Sally.

Rowena se llevó un dedo a los labios y señaló el bajo estropeado. Los ojos de Sally se abrieron de par en par, pero asintió, tomó a Rowena del brazo y la condujo al salón de la primera planta. Era grande y había un rincón al fondo, bien iluminado por la ventana, pero bien resguardado de la vista desde la puerta abierta. Se colaron en la habitación sin ser vistas y se apresuraron a buscar el refugio de aquel rincón apartado.

—¿Lo sabe lady Cresingdale? —preguntó Sally mientras sacaba aguja e hilo de un bolsillo especial de su delantal—. ¿Necesito enviar a un sirviente para informarla?

Rowena negó con la cabeza.

—Lo sabe —dijo—. Solo le preocupa que se note mi ausencia.

Sally negó con la cabeza con firmeza.

—No si yo puedo evitarlo —dijo.

Efectivamente, en menos de cinco minutos Sally tenía el bajo perfectamente reparado y como nuevo. Lo alisó y Rowena perdió de vista de inmediato dónde había estado el desperfecto.

—Eres la mejor —dijo Rowena, abrazando a Sally con fuerza.

Sally se rió, sonrojándose intensamente.

—En absoluto, señorita —dijo—. Ahora, vamos. Vuelva a su fiesta.

Rowena asintió, volviéndose hacia la puerta del salón. Pero antes de que pudiera dar tres pasos, alguien se unió a ellas en la estancia.

—Señorita Whitworth —dijo la baronesa viuda con una voz fría y cortante—. Quisiera hablar con usted.

Rowena tragó saliva, tratando de devolver a su sitio el corazón, que se le había subido a la garganta. La expresión de desdén era cristalina en el rostro de la anciana, y lo último que Rowena deseaba era hablar con ella más de lo estrictamente necesario.

—Muy bien, milady —consiguió decir, sonriendo débilmente.

Lady Elsbrook se quedó de pie, con la mirada expectante, tiempo durante el cual Rowena se mordisqueó nerviosamente el labio. Al cabo de un momento, la anciana resopló y señaló a Sally con la barbilla.

—En privado, si no le importa —dijo.

Sally negó con la cabeza, pero Rowena extendió la mano y le tocó el brazo, lanzándole una mirada suplicante que esperaba que la baronesa no pudiera ver.

—¿Podrías darnos un momento, por favor? —le pidió.

Pudo ver que era lo último que Sally quería hacer. Pero finalmente, hizo una reverencia.

—Estaré justo fuera —dijo.

A Rowena no se le escapó la deliberación con que Sally había hablado. Le dedicó a su doncella una débil sonrisa, observando cómo se dirigía a la puerta. Sally se volvió, mirando de la baronesa a su señora, y luego de nuevo a la primera. Estaba claro que no quería marcharse. Sin embargo, tras otro momento de vacilación, lo hizo, cerrando la puerta tras de sí. Al instante, la viuda se volvió para mirar a Rowena de frente.

—No perderé el tiempo —dijo, en un tono bajo pero que encajaba perfectamente con su expresión desdeñosa—. La he observado mientras bailaba con mi hijo. Es evidente que se ha enamorado de él.

Rowena volvió a tragar saliva, con la boca de repente seca como un pergamino. No sabía qué debía decirle a la baronesa, y deseaba que Sally estuviera allí. Apenas podía creer que la madre de Andrew hubiera adivinado tan claramente sus sentimientos por él, igual que Nancy. Ahora no tenía ni idea de cómo abordar el asunto con esta mujer formidable.

—Le ruego me disculpe. No la entiendo —empezó Rowena, tratando de ganar tiempo.

Lady Elsbrook levantó una mano, indicando claramente que no le importaba nada de lo que Rowena tuviera que decir.

—Entonces permítame que le aclare las cosas —dijo con el mismo tono frío—. No hay necesidad de que niegue sus sentimientos por mi hijo. Son evidentes para todo el mundo, se lo aseguro. He venido a decirle simplemente esto: si de verdad quiere a Andrew, anulará este vergonzoso compromiso.

Rowena luchó para evitar que las emociones se apoderaran de ella. Por muy alterada que la tuviera la baronesa, no quería darle la satisfacción de derrumbarse en un ataque de llanto histérico.

—¿Está Andrew de acuerdo con eso? —preguntó Rowena, odiando lo débil e insegura que sonaba.

La viuda soltó una risita.

—Andrew Elton se merece algo mejor —dijo, con las palabras cargadas de veneno—. Mucho mejor que una solterona escandalosa.

Todo el valor que Rowena luchaba por reunir se disipó cuando la baronesa hizo su declaración. Era lo que Rowena había temido, y ahora lo oía en voz alta, y con tanta convicción como malicia. Deseaba desesperadamente decir algo para protegerse, o al menos para defender el derecho de Andrew a tomar sus propias decisiones. Pero estaba humillada y asustada, y no pudo forzar las palabras a salir de sus labios.

La viuda, percibiendo la angustia de Rowena, sonrió con desprecio.

—Mírese —dijo—. Sabe que es verdad, ¿a que sí? Toda la alta sociedad sabe lo que es usted. Casarse con mi Andrew solo haría que cotillearan aún más. En realidad, lo mejor para todos nosotros es que anule el compromiso. ¿No está de acuerdo, querida?

Confundida, Rowena abrió la boca con la intención de decir algo, cualquier cosa, para no parecer más débil de lo que ya estaba. Pero la viuda no tenía intención de darle la oportunidad. Simplemente le dedicó una sonrisa de superioridad mientras daba media vuelta y salía de la habitación con aire majestuoso.

Rowena se quedó mirando cómo se iba, sintiendo como si el tiempo se moviera a una lentitud imposible. Podía sentir cómo se derrumbaba la frágil satisfacción que había empezado a permitirse. Sus esperanzas de salvar a su familia, de encontrar la felicidad y de tener un matrimonio por amor se disolvieron en un instante, al igual que su determinación de no llorar.

Cayó en el sofá, sollozando. Segundos después, apareció Sally, que la abrazó y le frotó suavemente la espalda.

—Ya, ya —dijo Sally—. No pasa nada, señorita. ¿Qué ha ocurrido?

Rowena intentó hablar, pero se ahogó en sollozos. Negó con la cabeza, intentando reprimir el llanto con las manos. Quería confiárselo a su doncella, pero no podía articular palabra entre

sollozos. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora, después de lo que le había dicho la viuda? ¿Lo había hecho por cuenta propia? ¿O por la de Andrew? Devastada, lo único que Rowena pudo hacer fue seguir llorando.

Capítulo Veintinueve

Hermano, dijo Gemma con entusiasmo, abrazando a Andrew con tanta fuerza que por un momento lo dejó sin aliento—, nunca supe que bailaras tan bien. Andrew se rió. —Creo

que yo tampoco lo sabía —dijo. Edmund

le dio una palmada en la espalda en cuanto su esposa se separó de Andrew. —Parece

que te ha llegado la inspiración en la pista de baile —dijo él. Andrew

sintió que le ardían las mejillas. Había sido difícil ignorar la conexión que había sentido con Rowena mientras bailaban. Pero ahora que el baile había terminado, era demasiado fácil que las dudas regresaran.

No ayudaba el hecho de que había visto a Rowena escabullirse del salón de baile unos minutos antes. Había esperado que regresara pronto, pero, a medida que pasaba el tiempo y no reaparecía, empezó a preocuparse. ¿Se habría puesto enferma de repente? ¿Debería pedir a uno de los criados que fuera a ver cómo estaba?

Edmund le estaba diciendo algo más, pero Andrew ya no le prestaba atención. Porque, justo en ese momento, vio a su madre entrar en el salón de baile furtivamente. No recordaba haberla visto marcharse. La expresión de su rostro le pareció extraña. Era de aire presumido y satisfecho, y al instante hizo que Andrew se sintiera intranquilo.

De repente, supo con certeza que debía ir a buscar a Rowena él mismo. Consideró llevar a su madre a un aparte antes de hacerlo, pero su inexplicable desasosiego se intensificaba por segundos.

—Por favor, disculpadme —les dijo apresuradamente a su hermana y al marido de esta. Antes de que pudieran responder, se giró y se apresuró hacia la salida.

La cabeza le daba vueltas mientras salía corriendo de la estancia. Nunca había tenido un momento de intuición tan fuerte. Aunque tenía pocos indicios, de repente estaba segurísimo de que la ausencia de su madre en el salón de baile tenía algo que ver con Rowena.

Cada vez estaba más seguro de que, fuera cual fuera el encuentro que hubieran tenido, había sido desagradable para Rowena. Juró en silencio que, si ese era el caso, pondría a su madre en su sitio de una vez por todas.

Por favor, que esté bien, pensó, mientras su pánico aumentaba con cada habitación vacía que registraba en busca de su prometida desaparecida. Se encontró con algunas puertas cerradas con llave, y se detuvo ante cada una, pegando la oreja a ellas, maldiciendo en voz baja cuando no oía nada al otro lado.

El frenesí se apoderó de él a medida que su búsqueda seguía sin arrojar ninguna señal de su prometida. No recordaba exactamente cuánto tiempo llevaba ella fuera del salón y, por lo tanto, no podía adivinar lo lejos que podría haber ido. Pero con cada minuto que pasaba, la fría bola de angustia en su estómago crecía, alimentando su búsqueda desesperada.

Estaba planeando su escapada a los pisos superiores de la mansión cuando creyó oír algo. Se quedó helado, conteniendo la respiración, esforzándose por oírlo de nuevo. Al principio, no hubo nada, y su corazón se hundió. Pero entonces, llegó de nuevo, un sollozo débil pero claro. Aunque nunca la había oído llorar, supo que era Rowena.

Se le revolvió el estómago mientras seguía en silencio el sonido hasta un pequeño salón. Abrió la puerta despacio, asomándose. Como esperaba, allí estaba Rowena, con el rostro oculto entre las manos, mientras una Sally de aspecto preocupado la consolaba.

—¡Rowena! —dijo Andrew en voz baja, entrando en la estancia —. ¿Qué ocurre?

La expresión de Sally cambió de la aflicción a la ira. No sabría decir si la doncella estaba enfadada con él, pero el nudo de angustia se apretó y sus sospechas se multiplicaron.

Rowena lo miró, y su corazón se rompió al instante. El dolor en los ojos de Rowena le desgarró por dentro y se apresuró hacia ella. Estaba a punto de sacar el pañuelo del bolsillo cuando Rowena levantó la mano, indicándole que se detuviera.

—Deseo anular nuestro compromiso —dijo, sollozando y volviendo a hundir el rostro entre las manos.

El corazón de Andrew se encogió. Para que un cambio tan repentino hubiera tenido lugar en Rowena, desde el momento en que compartieron el baile hasta ese instante, supo que no se equivocaba sobre lo que debía de haber ocurrido. En lugar de detenerse, como Rowena había indicado, se acercó, sacando el pañuelo del bolsillo como había pretendido, pero se lo tendió, esperando que ella lo cogiera.

—Me pregunto… —dijo con seca amargura—. ¿Ha influido mi madre en tu decisión?

Rowena levantó la cabeza, y la sorpresa se apoderó brevemente de sus lágrimas. Abrió la boca y la volvió a cerrar de inmediato. Las lágrimas corrían por sus mejillas y le temblaba el labio. Su vacilación al responder le indicó que estaba en lo cierto. Andrew esperó, con la esperanza de que ella le contara lo que su madre le había dicho.

—Es mejor que nos separemos —dijo, con la voz quebrada—. Por favor…

Andrew no necesitó preguntarle si era lo que de verdad deseaba. Mientras la miraba a sus ojos azules y enrojecidos, pudo ver, incluso mientras hablaba, que su corazón seguía rompiéndose. Se le revolvieron las tripas; ya estaba más que harto de que su madre se metiera en su vida. Y más que harto de negar sus sentimientos por Rowena.

—Te equivocas, querida —dijo, arrodillándose a su lado y tomando su mano húmeda entre las suyas. Era un gesto atrevido usar ese apelativo cariñoso, pero estaba desesperado por llamar su atención, por hacer que escuchara lo que tenía que decir.

Rowena lo miró de nuevo, claramente sorprendida por ello, pero le cogió el pañuelo con timidez. La expresión de Sally cambió de la ira a una cautelosa curiosidad, y Andrew aprovechó la oportunidad.

—¿Querida? —preguntó ella con una voz confusa y cargada de emoción.

Andrew asintió, ofreciéndole una pequeña sonrisa.

—Sí —dijo, mirándola profundamente a los ojos—. Entiendo que al principio te propuse un matrimonio de conveniencia. Pero, Rowena, debo confesarte algo. El habernos conocido y llegado a conocernos ha cambiado mi vida… para mejor. De maneras que yo creía completamente imposibles.

Rowena tuvo un hipo, pero sus sollozos amainaron por fin, aunque las lágrimas aún caían. Ahora lo miraba con ojos dolidos pero curiosos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Andrew respiró hondo. Era el momento de ser lo más sincero posible con Rowena. No sabía hasta qué punto estaba decidida a romper su compromiso. Pero sabía que, si quería tener alguna posibilidad de conservarla, ese era el momento de contárselo todo.

—Es una larga historia, querida —repitió, esta vez simplemente porque le gustaba la sensación de decirlo—. Mi padre era un hombre muy duro y frío. Durante toda mi vida, fue controlador y extremadamente egoísta. Como te podrás imaginar, eso nos pasó factura a todos en mi familia. Incluida mi madre. —Hizo una pausa, respirando hondo. Estaba enfadado con su madre, pero no era el momento de ocuparse de ese asunto—. Como tal, el comportamiento y el distanciamiento emocional de mi padre endurecieron a mi madre en muchos sentidos. Ella tiene un buen corazón. Solo que tiene una visión particular del mundo, en gran parte por culpa de mi padre.

Rowena primero asintió con la cabeza; luego negó con la cabeza.

—Me dijo que debía anular nuestro compromiso —dijo—. Dijo que si…

Andrew contuvo la respiración de nuevo, esperando que Rowena terminara la frase. Pero en lugar de eso, se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Perdona —dijo ella—. Por favor, continúa.

Andrew suspiró. Aunque no era una sorpresa, seguía siendo desagradable oír la confirmación de que su madre era la responsable de la angustia de Rowena y de su decisión de terminar su compromiso.

—He pasado toda mi vida adulta construyendo muros a mi alrededor —dijo, carraspeando. Era difícil hablar de esas cosas, pero necesitaba que Rowena lo entendiera. Necesitaba que Rowena lo conociera. —Alrededor de mi corazón.

El dolor de Rowena empezó a transformarse en compasión. Parecía estar considerando qué decir a continuación. Al fin, simplemente le dedicó el fantasma de la sonrisa que tan rápidamente había llegado a amar.

—Está bien —dijo ella—. No tienes que apresurarte a explicarme nada.

Andrew asintió.

—Pero sí que debo hacerlo, Rowena —dijo en voz baja—. Tienes que saber que, después de la muerte de mi padre, hice un juramento. Varios, de hecho. Pero dos de ellos eran los más importantes. El primero era que nunca me casaría. No podía permitirme tratar a mi esposa como él trataba a mi madre. Y el segundo… —Hizo una pausa, luchando por serenarse—. El segundo era que nunca continuaría el linaje de los Elsbrook. Nunca tendría herederos porque me negaba a ser la clase de padre que él fue para mi hermana y para mí.

Los ojos de Rowena se abrieron de par en par. Andrew le dio un momento para asimilar lo que había dicho. Sospechaba que ella estaba pensando en su insistencia en que nunca la presionaría para tener un heredero.

—Entonces, ¿por qué me pediste que me casara contigo? —preguntó.

Andrew suspiró.

—Solo buscaba una novia para apaciguar a mi madre, como te dije —respondió—. Pero quiero que sepas que todas las razones que te di al principio para pedirte que te casaras conmigo eran ciertas. Al menos, lo eran entonces.

Rowena lo miró, de nuevo con aspecto confuso y cauteloso.

—¿Eran? —preguntó.

Andrew le apretó la mano y asintió.

—Aunque no te lo conté todo sobre mi padre, ni sobre no querer tener hijos, te dije toda la verdad sobre por qué te elegí originalmente como mi novia —dijo—. Sin embargo, ahora, tengo mucho más que decir.

Rowena parecía cansada y tensa, pero asintió.

—Está bien —dijo.

Andrew respiró hondo.

—Una cosa ha cambiado desde que te pedí que te casaras conmigo —dijo—. Y es que me he enamorado de ti. Has derribado los muros que construí alrededor de mi corazón. Has cambiado mi forma de ver la vida, el matrimonio y el amor. Me has enseñado que puedo vivir una vida completamente diferente a la de mi padre, y que quiero esa vida más que nada en el mundo. Y, sobre todo, me has enseñado que no quiero esa vida con nadie más que contigo.

Rowena retiró la mano de la de Andrew y se cubrió la boca con las manos. Por el rabillo del ojo, vio que a la doncella se le abría la boca de par en par. Miró fijamente a Rowena, esperando su respuesta.

El silencio pareció durar una eternidad, y el corazón de Andrew latía violentamente en su pecho. Era plenamente consciente de que corría el riesgo de que Rowena lo rechazara. Apenas podía culparla, ya que su comportamiento desde su compromiso había sido extraño en el mejor de los casos y distante en el peor. Y ahora, su madre se había metido por medio, tratando de convencerla de que rompiera su compromiso.

Andrew se mordió el labio, luchando contra el impulso de coger las manos de Rowena y suplicarle que aceptara su amor.

—Andrew —dijo Rowena, sorbiendo por la nariz—. Nunca pensé que oiría esas palabras de ti. Después de lo que dijo lady Elsbrook, estaba segura de que cualquier posibilidad de felicidad se había desvanecido. —Sorbió por la nariz, se secó la cara y sonrió—. Pero ahora que sé lo que sientes, por fin puedo decirte que yo también estoy enamorada de ti. Por eso me sentí tan desolada cuando tu madre me dijo que rompiera nuestro compromiso.

El pecho de Andrew se llenó de tanta alegría que estuvo seguro de que estallaría.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión? —preguntó esperanzado.

Rowena rió, aliviando al instante el alma de Andrew de la misma manera que sus sollozos la habían herido.

—Desde luego que sí —dijo—. No nos negaría un amor así por nada del mundo.

Andrew rió entonces, pasando el brazo por los hombros de su prometida y atrayéndola hacia él.

—Te quiero, Rowena —dijo, dándole un dulce beso.

El mundo se desvaneció, y Andrew se dejó llevar por el amor y la felicidad que contenía aquel beso. Deseó que el momento no terminara nunca. Hasta que, eso sí, llegara el día de su boda.

El carraspeo intencionado de Sally puso fin al beso. Rowena soltó una risita y se cubrió un lado de la cara con la mano. Tanto ella como Andrew miraron a la doncella con aire avergonzado. Sin embargo, en lugar de fruncir el ceño, ahora también lloraba.

—Venga, señorita —dijo, cogiendo a Rowena del brazo y levantándola del sofá—. Aquí no ha pasado nada de nada. Pero tenemos que volver a la fiesta.

Andrew también se levantó, le dio a Rowena otro pañuelo y se estremeció cuando sus manos se tocaron una vez más.

—Estoy de acuerdo, querida —dijo, lanzándole un beso—. Yo iré por delante. Tómate tu tiempo y refréscate todo lo que necesites. Estaré esperando ansiosamente tu regreso.

Rowena asintió con entusiasmo.

—Te quiero —dijo, sonriendo mientras hablaba.

Andrew le guiñó un ojo, se apresuró hacia la puerta y se preparó para escabullirse de la estancia. —Y yo a ti susurró.

Capítulo Treinta.

Por segunda vez en un mes, Rowena sintió esa sensación de vértigo y cosquilleo de las mariposas revoloteando en el estómago. En menos de una hora se casaría con el hombre al que amaba. Incluso dos semanas después de su baile de compromiso, apenas podía creer que, después de todo, Andrew y ella fueran a casarse por amor.

Que ambos se hubieran enamorado cuando su compromiso había comenzado como uno de conveniencia parecía sacado de un cuento de hadas. Se rió en voz alta de pura alegría al pensar una vez más en lo afortunada que era.

—Señorita —dijo Sally, secándose una lágrima de la mejilla mientras ella también reía—. Por favor, estése quieta. Casi le clavo una horquilla en la cabeza. Rowena

rio de nuevo y extendió la mano para apretar suavemente el brazo de su amiga, con cuidado de no tirar las horquillas con incrustaciones de diamantes que tenía en la mano. —Ni

me habría dado cuenta —dijo—. Pero lo siento. Intentaré estarme quieta.

Sally asintió con un temblor en el labio. Era un día muy emotivo para todos, e incluso Sally parecía abrumada. Terminó de peinar a Rowena maravillosamente, tal y como había hecho para el baile.

Coronó el peinado con la tiara de diamantes que Nancy había insistido en que Rowena comprara. Por último, abrochó la pulsera de zafiros que Nancy le había regalado a Rowena en la muñeca de su señora. Aunque contrastaba mucho con el resto de su atuendo de boda, hacía juego con sus ojos y parecía complementarlo a la perfección.

Finalmente, Sally cogió las manos de Rowena y retrocedió, ayudando a su señora a ponerse de pie. Luego, empezó a guiar a

Rowena hacia el espejo de cuerpo entero que había al otro lado de la habitación. Sin embargo, antes de que pudieran llegar, la puerta de los aposentos de Rowena se abrió de golpe y entraron corriendo las otras tres mujeres de su familia. —¡Hermana!

—dijeron Sybil y Nancy casi al unísono, corriendo hacia Rowena con lágrimas corriendo por sus mejillas. Lady

Worthingwood se unió a ellas, consiguiendo de alguna manera abrazar a sus tres hijas a la vez. —¡Cielo

santo! —dijo, sollozando—. Otra de mis preciosas niñas se va a casar.

Rowena dio unas palmaditas a sus hermanas y se movió suavemente para abrazar a su madre a solas por un momento. —Y

no podría ser más feliz, madre —dijo, apartándose para que su madre pudiera ver la alegría en sus ojos. La

vizcondesa sollozó de nuevo mientras sonreía y asentía. —Has

encontrado el amor, después de todo —dijo—. Oh, querida, estoy tan feliz y orgullosa.

Rowena sonrió, besando las mejillas de su madre. Pero un instante después, Sybil la sujetaba en un abrazo tan fuerte que apenas podía respirar. —¡Eres

sin duda una de las novias más guapas que ha visto Londres! —declaró—. Oh, te voy a echar tanto de menos.

Rowena rio, liberándose del fuerte agarre de su hermana.

—Me verás a menudo —dijo—. Además, apuesto a que te casarás antes de que pase un año de tu puesta de largo.

Sybil sorbió por la nariz mientras reía. —Te

echaré de menos incluso después de que me case —dijo.

Sally carraspeó suavemente, llamando la atención de la joven. —Es

hora de partir hacia la iglesia —dijo en voz baja, haciendo una reverencia. Rowena

asintió y se apartó de su madre y sus hermanas para cogerse del brazo de Sally.

—Vámonos —dijo. Mientras

las mujeres bajaban las escaleras y se dirigían al carruaje que las esperaba, Sally se inclinó hacia Rowena. —Yo

también la echaré de menos, señorita —dijo—. Después de hoy, ya ni siquiera será la señorita Whitworth. Será lady Elsbrook. Rowena

rio, dando una palmadita en la mano de su amiga.

—¿Y adónde piensas ir? —preguntó—. No tengo la menor intención de dejar que te vayas después de que me case. De hecho, pienso ascenderte a un puesto superior.

Los ojos de Sally se iluminaron y sonrió. —¿Voy

a ir con usted? —preguntó.

Rowena volvió a reír.

—Naturalmente —dijo—. Seguramente no pensabas lo contrario. Sally

se sonrojó y apartó la mirada con aire avergonzado. —Por

supuesto que no —dijo. Pero la sonrisa en su rostro y el alivio en sus ojos la delataban, y Rowena sintió un gran afecto por su doncella. —Sin embargo, si a usted no le importa, desearía rechazar la idea de un ascenso. No querría otro lugar que no fuera a su lado.

Rowena abrazó a su doncella de nuevo y asintió. —Muy

bien —dijo—. Creo que eso me gustaría. Llegaron

al carruaje y todas las mujeres bullían de una emoción que Rowena solo recordaba del día de la boda de Nancy. Saboreó cada segundo de aquello, sintiendo que su propia alegría crecía a cada minuto que el carruaje se acercaba a la iglesia. Era realmente el día de bodas que Rowena siempre había soñado, y pensó que seguramente estallaría de alegría. Cuando

llegaron a la iglesia, los lacayos ayudaron a las mujeres a bajar del carruaje. El vizconde, elegantemente vestido, esperaba a las puertas de la iglesia, sonriendo al verlas llegar. Cuando Rowena llegó a su altura, él le ofreció el brazo.

Ella lo aceptó, gratamente sorprendida al descubrir que olía a colonia y a jabón, y no a alcohol para variar. Se dio cuenta al instante de que estaba sobrio, justo a tiempo para acompañarla al altar. —Mi

querida —dijo, besándole la mejilla—. Estás absolutamente preciosa.

Rowena asintió, dedicándole una pequeña sonrisa.

—Gracias, padre —dijo. Se

preparó para entrar en la iglesia con su padre. Pero en lugar de eso, su padre se giró y la atrajo hacia sí en un abrazo. —Lo

siento, Rowena —dijo en voz baja—. Fui una deshonra al intentar obligarte a casarte con lord Axenshire. Fue un acto egoísta y desconsiderado, y sé que te hizo sentir que no tenías ningún valor para mí. No creo que diez vidas fueran suficientes para compensártelo. Pero te pediría tu perdón. Te quiero, cariño. Y siento de veras haberte hecho pensar que no es así. Rowena

jadeó suavemente. Nunca había esperado que su padre le pidiera perdón. Había estado prácticamente ausente desde que comenzó su compromiso con Andrew. Ahora, no solo se disculpaba con ella en su boda, sino que parecía hacerlo completamente sobrio.

Todavía le dolía recordar la presión que su padre había ejercido sobre ella para que se casara con el conde. Tampoco había olvidado aquel día en las carreras, cuando le había agarrado el brazo con tanta fuerza que le había hecho daño. Pero era realmente feliz, y el vizconde parecía sinceramente arrepentido por sus acciones. Y, después de todo, era su padre. Si él estaba dispuesto a admitir su error, ella estaba dispuesta a aceptar su disculpa. —Te

quiero, padre —dijo, besándole suavemente la mejilla—. Y te perdono.

Los ojos del vizconde se iluminaron, llenándose de lágrimas mientras ofrecía el brazo a su hija mediana.

—Oh, gracias, mi querida Rowena —dijo, acariciándole la mejilla —. Y yo también te quiero. Me aseguraré de que no vuelvas a dudarlo nunca más.

Rowena asintió. Cogió el brazo de su padre justo cuando empezó a sonar la música del órgano.

—Es la hora, padre —dijo.

Lord Worthingwood asintió con la cabeza, secándose los ojos antes de que empezaran a avanzar por el pasillo.

—Estoy tan orgulloso de ti —susurró.

Rowena asintió y sonrió.

—Y yo de ti —dijo.

Avanzaron ceremoniosamente por el pasillo. Los bancos estaban bastante vacíos, ya que la pareja había optado por una ceremonia íntima, con solo sus amigos y familiares más cercanos como invitados.

En el altar se encontraban Nancy como madrina de honor de Rowena y Edmund como padrino de Andrew. El vicario esperaba en los escalones, sonriendo a Rowena y a su padre mientras se acercaban. Y allí, más apuesto que nunca con su impecable traje negro y una nueva camisa de chorreras color crema, estaba Andrew. Y su sonrisa era la más grande de todas.

Cuando su padre se hizo a un lado para poner la mano de ella en la de Andrew, le dio un último beso en la mejilla. Luego, hizo una reverencia a Andrew antes de tomar asiento junto a la vizcondesa. Rowena se giró para mirar a Andrew, que la contemplaba como si fuera la única persona en la sala. Se perdió al instante en sus ojos color avellana y todo a su alrededor se desvaneció.

El vicario comenzó la ceremonia, pero los futuros cónyuges no podían apartar la vista el uno del otro. Oleadas de cosquilleos recorrieron a Rowena mientras su mano enguantada descansaba en la de Andrew. Cuando llegó el momento de intercambiar los votos, Rowena se sintió embargada por la emoción. Tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento mientras las lágrimas de alegría corrían por sus mejillas.

Andrew también tuvo que detenerse para aclararse la garganta, y el corazón de Rowena dio un vuelco. No cabía duda de que estaban irrevocablemente enamorados el uno del otro. Incluso mientras prometía su vida y su corazón a Andrew, apenas podía creer la suerte que tenía. Y podía ver claramente en los ojos de Andrew que él sentía lo mismo.

Cuando el vicario los declaró marido y mujer, Andrew se acercó a ella.

—Te quiero —dijo, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

El corazón de Rowena dio un brinco y se sonrojó al sentir su aliento en el rostro.

—Y yo a ti —dijo.

Los invitados aplaudieron mientras se daban su primer beso como marido y mujer. Se giraron, cogidos de la mano, para mirar a sus seres queridos mientras el vicario los presentaba formalmente como lord y lady Elsbrook. Rowena se dio cuenta de que la baronesa viuda no estaba presente. Se le encogió el corazón. Sabía que el día era tan importante para Andrew como para ella. Se sintió fatal porque, mientras que sus propios padres habían asistido, la madre de él había decidido no hacerlo.

—¿Estáis listos para firmar en el registro? —preguntó el vicario.

Rowena regresó a su felicidad conyugal. Miró a Andrew, que asentía con entusiasmo.

—Lo estamos —dijo él, ofreciéndole el brazo a Rowena, que ella aceptó al instante.

Se acercaron a la sacristía y, al poco, por primera vez, Rowena firmó con su nuevo nombre: Rowena Elton, baronesa de Elsbrook. Andrew firmó el suyo y sus seres queridos volvieron a aplaudir. Mientras regresaban a la iglesia, las felicitaciones resonaban a su alrededor.

Tanto sus hermanas como Gemma se reunieron a su alrededor, sollozando y abrazándolos a ambos. Luego arrastraron a la pareja de recién casados por el pasillo y fuera de la iglesia, casi empujándolos al carruaje que los llevaría de vuelta a Cresingdale Manor. Rowena había pensado que la celebración del banquete de bodas era innecesaria cuando Nancy anunció por primera vez que la organizaría. Ahora, le parecía apropiado. Un amor como el de Andrew y el suyo bien merecía una celebración.

El banquete era un hervidero de actividad. Todos sus seres queridos bullían a su alrededor con nuevas felicitaciones y buenos deseos, mientras los sirvientes servían platos de huevos, fruta, cerdo y ternera, pan recién hecho, pasteles y tartas y, por supuesto, mucho champán y vino. Las hermanas de Rowena volvieron a deshacerse en elogios sobre lo encantadora que estaba de novia y lo felices que estaban por ella.

La madre y el padre de Rowena estaban juntos, mirándose con algo que no era angustia ni desazón. La sola visión de aquello fue

reconfortante para Rowena. Pero cuando su padre se inclinó y besó a su madre, su corazón cantó de alegría.

—Parece que el amor está en el aire —susurró Sybil, dándole un codazo a Rowena e indicándole que ella también había visto el beso.

Rowena rio.

—Desde luego que sí —dijo—. Ten cuidado, no vaya a ser que te atrape a ti la próxima.

Sybil suspiró, soñadora.

—Oh, estoy deseando que llegue mi baile de puesta de largo —suspiró.

Al igual que en el baile de compromiso, Edmund hizo un brindis en honor a la unión de Andrew y Rowena. Rowena apenas oyó una palabra de él, ya que no podía dejar de mirar a su nuevo marido. Él tampoco parecía capaz de apartar los ojos de ella. Hasta que, claro, le tocó al vizconde hacer un brindis.

—Mi querida hija mediana —dijo, con la voz quebrada mientras levantaba su copa—, nunca he estado más orgulloso de ti que en este preciso momento. Eres una de las mejores hijas que un hombre podría desear, y te mereces toda la felicidad del mundo. —Se aclaró la garganta, que estaba embargada por las lágrimas—. Y tú, lord Elsbrook, más te vale dársela. Te vigilaré muy de cerca. —Para aligerar el momento, sacó un monóculo del bolsillo de su chaqueta, se lo puso en el ojo, luego se lo quitó y lo extendió hacia Andrew y de vuelta.

Mientras todos reían, Andrew hizo una reverencia, dedicando una pequeña sonrisa al vizconde.

—Le daré todo eso y más, se lo aseguro —dijo.

Mientras todos seguían disfrutando de la comida y el baile, Rowena acariciaba la pulsera de zafiros de su muñeca. Nancy había tenido razón al decir que, si la llevaba, descubriría el verdadero deseo de su corazón. No había ninguna duda en su mente de que era Andrew y no la había habido desde que se la puso por primera vez. Y siempre estaría agradecida por haber seguido ese deseo.

Andrew se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla.

—Estoy deseando que empecemos el resto de nuestras vidas juntos —dijo.

Rowena acurrucó la cabeza en su brazo y lo miró.
—Ni yo tampoco, mi dulce amor —dijo.

Epílogo

Andrew miró fascinado a su mujer mientras entraba en el comedor con el característico contoneo de su avanzado embarazo, sujetándose la abultada barriga con una mano y sosteniendo una pila de coronas de flores recién hechas con la otra. Había tenido casi un año para acostumbrarse a la idea de ser marido y padre, pero aún le costaba creer que de verdad estuviera sucediendo.

En los diez meses transcurridos desde su boda, Rowena le había traído más felicidad de la que jamás hubiera creído posible. Y como amaba a Rowena total y completamente, y como sabía que ella también lo amaba a él, estaba absolutamente entusiasmado con la inminente llegada de su primer hijo. —Deja

que te ayude con eso, cariño —dijo él, corriendo hacia ella para cogerle las coronas del brazo.

Ella inclinó la cabeza para besarlo, y él la complació de buen grado.

—Gracias, mi amor —dijo Rowena, sonriéndole con los ojos brillantes de amor.

Andrew le dedicó la misma sonrisa bobalicona que ella aún conseguía dibujarle en el rostro casi un año después de su boda.

—Lo que sea por ti, dulce futura mamá —dijo él. Rowena

se sonrojó, sin dejar de sonreír.

—¿Estás emocionado de verdad? —preguntó ella.

Andrew sabía que pensaba en su anterior aversión a la idea de tener hijos. La rodeó con el brazo que le quedaba libre y volvió a besarla.

—Tan emocionado que casi podría estallar —dijo. Mientras

dejaba las coronas sobre una mesa cercana, el mayordomo entró apresuradamente en la habitación.

—Lord Elsbrook —dijo, haciendo una reverencia. Su voz era tranquila, pero su expresión era de aprensión.

—¿Sí? —preguntó él, besando a Rowena en la cabeza mientras se acercaba al mayordomo—. ¿Qué ocurre?

El mayordomo miró hacia atrás y se acercó a Andrew.

—La baronesa viuda de Elsbrook acaba de llegar —susurró.

Andrew se puso rígido. No había hablado con su madre desde que ella se había negado a asistir a su boda. Le había escrito para informarle de la próxima llegada del bebé, pero ella no había respondido. Esperaba que no hubiera venido a intentar aguarles la fiesta.

Mientras Rowena estaba ocupada dando instrucciones a los sirvientes sobre los últimos adornos para la fiesta del bebé del día siguiente, Andrew se escabulló y fue a recibir a su madre, que lo esperaba en la entrada.

—Madre —dijo, acercándose a ella con cautela—. ¿Qué haces aquí?

Cuando la vio por primera vez, estaba de pie, con la cabeza bien alta y una expresión tan dura como siempre. Pero en cuanto Andrew se dirigió a ella, le dedicó un atisbo de sonrisa.

—¿Es demasiado tarde para aceptar la invitación a la fiesta? —preguntó. Andrew

la miró fijamente durante un minuto. Su expresión se suavizaba lentamente, y creyó ver arrepentimiento en sus ojos. Con cautela, se acercó a su madre y le pasó un brazo por los hombros.

—¿De verdad deseas venir? —le preguntó. La viuda

asintió lentamente, secándose una lágrima del rabillo del ojo.

—Sí —dijo—. No puedo imaginar un mundo en el que me niegue la oportunidad de estar en la vida de mis nietos. —Hizo una pausa y respiró hondo—. O en la vida de mi hijo y mi nuera.

Justo en ese momento, Rowena salió de la habitación, sin duda al oír a Andrew hablar con alguien. Al ver a la viuda allí de pie, se quedó helada. Andrew contuvo la respiración. Si su madre tramaba algo, aquel sería el momento de demostrarlo. Pero en lugar de lanzar una sarta de duras palabras a Rowena, o de ignorarla, se apartó de Andrew y se dirigió hacia su esposa. —Rowena

, querida —dijo, tendiéndole una mano a su nuera—. Sé que he sido difícil, por no decir otra cosa. Quiero que sepas que lo siento de verdad y que me encantaría asistir a la fiesta de mañana, para poder celebrar el nacimiento de mi nieto.

Rowena miró a Andrew con temor, y él le hizo un imperceptible gesto de asentimiento. A regañadientes, Rowena le cogió la mano a su madre. —Estaríamos

encantados de tenerte con nosotros —dijo ella con voz vacilante.

Andrew se movió para rodear a su esposa con un brazo protector y le dirigió a su madre una mirada firme.

—Agradecemos tu esfuerzo, madre —dijo—. Espero que sea sincero.

La viuda bajó la mirada, avergonzada.

—Lo es, cariño —dijo—. Me doy cuenta de que he sido simple y llanamente atroz. Y está claro que Rowena es una mujer maravillosa y una gran baronesa también. La juzgué mal, y me gustaría tener la oportunidad de compensaros a los dos. Andrew

miró a Rowena. Todavía parecía sorprendida, pero vio que sus ojos se suavizaban y empezaba a relajarse. —Estamos

encantados de que hayas aceptado la invitación, mi lady —dijo, con un tono menos nervioso y más sincero—. De hecho, ¿te gustaría acompañarnos a cenar y pasar la noche aquí?

Andrew enarcó las cejas, sorprendido, pero no contradijo a su esposa. Miró a su madre, que se iluminó al instante.

—Sería estupendo, querida —dijo ella. Mientras

Rowena llevaba a la viuda al salón, donde se celebraría la fiesta, Andrew mandó a los lacayos que trajeran las cosas de su madre. Apenas podía creer el cambio que se había producido en ella, pero se alegró de verlo. Sabía que Rowena y su padre habían hecho las paces durante el último año. Ahora, parecía que él tendría la misma oportunidad con su madre. Por fin, serían todos la familia cariñosa que Andrew siempre había deseado.

Aquella noche, la cena fue una delicia. La viuda hizo todo lo posible por ser agradable, por enterarse de todo lo que se había perdido en el primer año de matrimonio de su hijo. Se rieron de cómo él se había ido al White’s, gritando de alegría, e invitando a

copas a todos los hombres presentes cuando se enteró de que Rowena estaba embarazada.

La viuda incluso aceptó la oportunidad de sentir las patadas del bebé, tal como Rowena había aceptado la invitación de Gemma de hacer lo mismo. Andrew sonrió con cariño mientras su madre reía como una jovencita cuando el bebé se movió. Estaba encantado de ver, por fin, un atisbo de la madre que siempre había esperado que pudiera ser.

La viuda se retiró inmediatamente después de la cena. Cuando alegó cansancio por el viaje, Andrew la acompañó personalmente a las habitaciones de invitados. Mientras caminaban, se volvió hacia su madre y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias por venir hoy —dijo—. Y por asistir a la fiesta de mañana.

Su madre se detuvo al instante y Andrew se puso tenso. Pero entonces, ella se echó a los brazos de su hijo, abrazándolo con fuerza.

—Por favor, perdóname —susurró—. Creía que sabía lo que era mejor para ti. Estaba tan segura que ignoré por completo lo que de verdad era mejor. Nunca he sentido más que amor por ti, cariño.

Andrew le dio una palmada en la espalda y se separó para besarla en las mejillas. —Lo sé

, madre —dijo—. Y, por supuesto, te perdono.

Cogidos del brazo, se dirigieron a los aposentos de ella. Madre e hijo se despidieron con un afectuoso «buenas noches» y luego Andrew se disculpó para ayudar a su esposa embarazada a subir a sus aposentos. Cuando llegó al salón donde ella lo esperaba, le cogió las manos y la ayudó suavemente a levantarse del sofá. Le pasó el brazo por la cintura y la condujo por el mismo camino que acababa de recorrer.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Rowena respiró hondo. Parecía un poco agotada, pero sus ojos brillaban de felicidad.

—Maravillosamente, cariño —dijo—. Menudo día.

Andrew asintió pensativo.

—¿Estás segura de que no te molesta que mi madre esté aquí? —preguntó.

Rowena lo miró con adoración.

—Te quiero por tu preocupación —dijo, acurrucándose contra él mientras seguían subiendo las escaleras—. Y sí, no me molesta. De hecho, estoy muy feliz. ¿Y tú cómo lo llevas?

Andrew sonrió y besó a Rowena en el lado de la cabeza. —No pensé

que vería este día —dijo—. Pero, desde luego, me alegro de haberlo visto.

Rowena apretó el brazo que tenía alrededor de él.

—Y yo también, mi amor —dijo. *** —Cariño

, insisto en que me dejes ayudarte —le riñó suavemente la baronesa viuda a Rowena mientras trataba de enderezar una cinta azul rebelde que se había enredado en la corona de la que colgaba. Andrew se acercaba justo después de haber terminado de dar unas últimas instrucciones a los sirvientes.

Rowena rio por lo bajo.

—Gracias, lady Elsbrook —dijo.

La viuda se volvió hacia ella y chasqueó la lengua.

—Basta de eso, Rowena, querida —dijo—. Creo que ya es hora de que me llames Carol.

El corazón de Andrew se hinchó de felicidad cuando Rowena le sonrió alegremente a su madre.

—Muy bien —dijo con timidez—. Gracias… Carol.

La viuda asintió, claramente satisfecha. Alargó la mano y recolocó la cinta, y luego se volvió de nuevo hacia Rowena.

—Ahora, ven —dijo, revoloteando alrededor de su esposa como había hecho con Gemma—. Siéntate y dime lo que quieras que se haga, y yo me encargaré.

Andrew rió para sus adentros. Puede que su madre se estuviera ablandando con Rowena, pero seguía siendo la misma persona dominante y resuelta de siempre.

Rowena pareció feliz de obedecer. Siguió a la viuda hasta una silla cercana y se instaló cómodamente. Entonces, su madre empezó

a moverse de un lado para otro, revoloteando por la habitación para arreglar cosas y dar órdenes, con un aspecto de lo más feliz. Cuando

el mayordomo entró para anunciar la llegada de la familia de Rowena, con los brazos cargados de regalos, Rowena hizo ademán de levantarse. —Tú

no te muevas —dijeron todas las mujeres, incluida la viuda, al unísono. Todas se rieron, y la madre y las hermanas de Rowena se reunieron a su alrededor. Tras un momento de arrumacos sobre su gran barriga, las mujeres saludaron calurosamente a la viuda. Luego, la madre de Andrew instó a todo el mundo a ponerse cómodo, haciendo sonar una campanilla para que trajeran refrescos inmediatamente. Andrew se sentó en el sofá junto a su esposa y la besó en el hombro. —Dime

, Sybil —dijo Rowena una vez que todos se hubieron servido y los regalos se hubieron colocado en una mesa cercana—. ¿Cómo va la Temporada? Lamento mucho no haber podido asistir a tu baile de puesta de largo.

La última señorita Whitworth que quedaba soltera negó con la cabeza, llevándose un dedo a los labios.

—Tonterías —dijo—. No se puede esperar que una mujer en tu delicado estado asista a ningún baile. Fue maravilloso, y tengo varios pretendientes compitiendo por mi atención. Y mi baile fue hace solo un par de semanas.

Rowena asintió con complicidad, guiñándole un ojo a lady Cresingdale.

—Por alguna razón, sospechaba que ese sería el caso —dijo riendo.

Sybil suspiró, soñadora.

—Ha sido todo lo que esperaba, y más —dijo—. Estoy muy emocionada por ver quién es el próximo en presentarse.

Andrew ocultó una sonrisa. Sabía lo especial que era la Temporada del debut de una joven. Recordaba la de Gemma y cómo había sido un manojo constante de emoción. Ahora estaba felizmente casada, con dos hijos pequeños y sanos. Andrew veía que Rowena deseaba lo mismo para su hermana menor.

Unos instantes después, llegaron Gemma, Edmund y su niñera, con sus pequeños gemelos, Harold y Hank, a cuestas. También ellos trajeron montones de regalos, que se sumaron a los que había traído la familia de Rowena.

La viuda abandonó su plato de dulces y se apresuró a coger en brazos a Harold. Primero lo besó a él y luego a Hank, a quien la niñera aún sostenía. A continuación, abrazó a su hija con fuerza.

—Estás maravillosa, querida —dijo. Gemma

le devolvió el abrazo a su madre.

—Y tú también, madre —dijo. Hubo

más saludos y se sirvieron más dulces. Las familias hicieron arrumacos a los gemelos, que aún eran bebés. —Pobrecillos

—dijo Andrew, mordiéndose el labio para reprimir una risita—. Se parecen a su padre.

Edmund rió con júbilo.

—¿Y qué pasará si tu hijo sale igualito que tú? —contraatacó. Andrew

sonrió de oreja a oreja.

—Entonces tendremos los tres bebés con peor suerte de todo Londres —dijo. Los regalos

fueron, en efecto, abundantes. Andrew observó que su vástago, fuera niño o niña, tendría más juguetes de los que jamás podría usar. También había muchos libros, algunos de los cuales Andrew había leído de niño con su madre. Andrew ayudó a Rowena a abrir los regalos hasta que terminaron con el último. Luego, mandó a los sirvientes que llevaran todo al cuarto del niño. La fiesta

continuó hasta casi la hora de la cena. Andrew y Rowena rieron y hablaron con sus familias; la felicidad y el amor entre ellos eran palpables. Ver a Rowena tan radiante, tan llena de alegría, era la mejor experiencia de su vida. Recordó lo que le había dicho el día de su boda, sobre las ganas que tenía de empezar su vida juntos.

También pensó en el miedo que le había dado engendrar hijos. Bajó la vista hacia el vientre de su esposa, donde descansaba la mano de ella, y sonrió con ternura. *Ahora, estoy deseando ser padre…*

Epílogo extendido

—Milady —dijo Sally, acercándose a toda prisa a Rowena justo cuando esta salía de las cocinas tras dar instrucciones al personal para la cena de ese día.

Rowena se giró.

—¿Qué ocurre, Sally? —preguntó, dedicándole a la doncella una cálida sonrisa.

El rostro de Sally se iluminó con una sonrisa.

—Tiene que venir a ver esto —dijo.

Rowena frunció el ceño mientras Sally la cogía de la mano, pero dejó que la doncella tirara de ella. La siguió escaleras arriba hasta el tercer piso y hacia la habitación del hijo de Andrew y Rowena, que ahora tenía cuatro años.

Sally se detuvo junto a la puerta, llevándose un dedo a los labios. Rowena obedeció, caminando de puntillas tras Sally hasta que llegaron a la puerta abierta de la habitación.

En cuanto se asomaron, Rowena vio lo que Sally había querido enseñarle. Kenneth tenía a la pequeña Angela, de seis meses, en su regazo en el suelo, junto a su cama, y estaba fingiendo leerle su libro favorito.

Rowena se tapó la boca con la mano para reprimir una exclamación de asombro. No era ningún secreto que Kenneth adoraba a su hermana. Pero esa era la primera vez que la cogía en brazos él solo.

—Yo le he ayudado —susurró una voz detrás de ellas.

Rowena se volvió hacia Linda Vance, la niñera. La joven estaba sonrojada y desviaba la mirada.

—Espero no haberme extralimitado, milady —dijo, con cara de preocupación—. Pero esta mañana estaba llorando; quería coger en brazos a su hermana.

Rowena le dio una palmadita en el brazo a la mujer y le sonrió con dulzura.

—No pasa nada —dijo—. Solo te pido, por favor, que no vuelvas a dejarlos solos. No te has metido en ningún lío, pero son muy pequeños y cualquier cosa podría pasar en cuestión de minutos.

El rubor de Linda se intensificó y asintió.

—Perdóneme —dijo, haciendo una reverencia—. Fui a buscar leche para los niños. No volverá a ocurrir.

Rowena asintió.

—Lo entiendo —dijo—. Estás haciendo un trabajo maravilloso, Linda.

La joven sonrió ante el cumplido. Hizo otra reverencia y regresó en silencio a sus quehaceres. Rowena y Sally bajaron las escaleras, ambas riendo por lo bajo.

—¿A que son un encanto? —preguntó Rowena, suspirando soñadoramente.

Sally asintió.

—Sabía que le gustaría verlo —dijo.

—¿Ver el qué? —dijo Andrew, que cruzaba el vestíbulo y se giraba hacia la escalera justo cuando las mujeres llegaban al rellano.

Rowena sonrió radiante y, mientras bajaba los últimos escalones, le relató la escena que acababa de presenciar. Andrew sonrió, con la barbilla en alto.

—Ese es mi chico —dijo—. Ya está impaciente por proteger a las mujeres de su familia.

Rowena volvió a reír.

—Tiene el mejor padre de todo Londres —dijo, besándole la mejilla—. ¿Acaso esperabas menos?

Andrew se sonrojó como un tomate ante el elogio, pero su sonrisa se ensanchó.

—En absoluto —dijo—. Esta será una historia maravillosa para contarles a nuestras familias mañana en el parque.

A Rowena se le cortó la respiración y el corazón le dio un vuelco.

—Oh, cielos —dijo, sonriendo tan ampliamente como su marido —. Casi lo olvido. El pícnic es mañana.

Andrew asintió, besándole la frente.

—Y estarán todos —dijo.

Rowena se llevó las manos al pecho.

—¿Incluso los gemelos? —preguntó—. Kenneth adora a los gemelos.

Andrew sonrió radiante y asintió.

—Por supuesto, los gemelos estarán allí —dijo.

Rowena dio una palmada, aún más entusiasmada con el pícnic que antes. En los cinco años que ella y Andrew llevaban casados, sus familias se habían vuelto muy cercanas. Hacía tiempo que ella y su padre habían dejado atrás las desavenencias del pasado, y la baronesa viuda ahora trataba a Rowena como si fuera tan hija suya como Gemma.

Rowena había pensado que no podría ser más feliz que el día en que se casó con Andrew. Pero cada día desde entonces le había demostrado que estaba equivocada, que siempre habría más felicidad por experimentar durante el resto de sus vidas juntos. Sonrió a su marido, agarrándose a su brazo y abrazándolo suavemente.

—Apenas puedo esperar —dijo.

Después del desayuno de esa mañana, Rowena prácticamente subió corriendo las escaleras. Aunque el pícnic no era hasta el día siguiente, apenas podía esperar para ver a sus familias. Sally la encontró en sus aposentos poco después, y se encontró a su señora sacando todos los vestidos que tenía y examinándolos pensativamente.

—Milady —dijo Sally con una risita—. ¿Quiere que le ayude?

Rowena asintió con entusiasmo.

—No puedo esperar a mañana —confesó.

Sally rió. —Ya veo —dijo, señalando todos los vestidos esparcidos por doquier—. Escojamos uno, ¿le parece?

Tras mucho deliberar y un montón de risas alegres, Sally ayudó a Rowena a elegir un vestido rosa nuevo con una sombrilla y un

ridículo a juego. Rowena los dejó a un lado, luego ayudó a Sally a guardar todos los vestidos que había sacado en su búsqueda. Entonces, Sally se volvió hacia ella, entrelazando su brazo con el de Rowena.

—¿Qué le gustaría hacer hoy, milady? —preguntó.

Rowena pensó un minuto. Sabía que Andrew tenía algunas reuniones a las que asistir en Londres ese día, así que estaría ocupado. Pero ella estaba tan llena de energía que no creía poder quedarse quieta.

—¿Por qué no vamos de compras? —preguntó.

Sally asintió, sonriendo.

—Daré las órdenes para que preparen un carruaje —dijo.

***

Rowena y Andrew se levantaron tarde a la mañana siguiente, ya que el pícnic con sus familias tenía lugar a la hora del almuerzo, antes de la Promenade Hour. Rowena rebosaba emoción mientras Sally le ayudaba a ponerse el vestido rosa que habían elegido el día anterior y le peinaba el cabello de una manera similar a como lo había llevado el día de su boda. Cuando Rowena estuvo por fin lista, prácticamente arrastró a Sally escaleras abajo para esperar a Andrew.

Él entró y las saludó unos minutos después, riendo suavemente mientras besaba a su esposa.

—Nunca pensé que vería el día en que estuvieras lista antes que yo —dijo.

Rowena rió tontamente y le dio un empujoncito, incluso mientras se inclinaba para recibir su beso.

—Si tú llevaras vestido todos los días, siempre estaría lista antes que tú —dijo.

Andrew levantó la cabeza y puso las manos en las caderas, con los labios temblando de diversión.

—Creo que estaría precioso con ese vestido rosa —dijo.

Rowena casi se dobló de la risa.

—Lo descubriremos cuando volvamos —dijo ella.

Andrew sonrió con picardía y enarcó las cejas.

—Esa es una de las cosas que podríamos hacer —dijo él.

Justo en ese momento, Linda y una de las otras doncellas bajaron las escaleras, con Angela y Kenneth tras ellas. Andrew volvió a sonreír y alargó los brazos hacia su hija.

—Hola, preciosidad —dijo, dándole un beso en la cabeza antes de acunarla en brazos.

Rowena sonrió con ternura a su familia mientras acariciaba con suavidad el pelo del dormido Kenneth.

Andrew le devolvió a Angela a Linda y luego le ofreció el brazo a Rowena.

—¿Vamos? —preguntó.

Rowena asintió, cada vez más emocionada.

—Vamos —dijo ella.

***

Llegaron al parque justo cuando lo hacían los padres de Rowena y su hermana pequeña. Muchos de sus parientes ya estaban allí, de pie junto a la entrada del parque, charlando animadamente entre ellos.

Cuando Andrew y Rowena llegaron, todo el mundo se acercó para saludarlos a ellos y a los padres de Rowena. Hubo abrazos, gritos de alegría y apretones de manos por doquier mientras todos se saludaban.

—Tengo una noticia maravillosa, querida —dijo la vizcondesa cuando le tocó el turno de abrazar a Rowena.

Rowena se separó, mirando a sus padres con perplejidad.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Pues, por favor, contadme.

El vizconde se adelantó, colocando una mano sobre la espalda de su esposa con delicadeza.

—Acabo de cerrar nuevas alianzas en el Lejano Oriente —dijo, sonriendo con orgullo—. De té y vino. Todo parece muy prometedor.

Rowena ahogó un grito y se echó a los brazos de su padre.

—Oh, papá —dijo, maravillada de lo bien que se había estado comportando su padre desde su boda—. Estoy muy orgullosa de ti.

El vizconde apretó a su hija con suavidad, acariciándole la nuca.

—Gracias, querida mía —murmuró—. Oírte decir eso significa mucho para mí.

—¡Eh! —exclamó Andrew, interrumpiendo el abrazo de Rowena con su padre.

Rowena se giró rápidamente para ver a Andrew estrechar a un hombre más joven en un fuerte abrazo. Cuando su marido soltó al hombre, vio que el parecido era asombroso.

—¡Eh, tú también, hermano! —dijo Jacob Elton, dándole una palmada cordial en la espalda a Andrew—. Ha pasado una eternidad.

—Por lo menos —dijo Andrew, abrazando de nuevo al joven y riendo—. Me alegro de verte, hermano.

Rowena vio a la baronesa viuda contemplar con cariño a sus hijos mientras disfrutaban de su reencuentro. Rowena se acercó a ella, sonriendo.

—Es maravilloso verte, Carol —dijo, abrazando a la mujer.

Carol Elton le devolvió el abrazo con entusiasmo y luego señaló a sus hijos.

—Este es un día que he esperado durante mucho tiempo —dijo, sorbiendo por la nariz.

Rowena asintió.

—Parece que ellos también —dijo.

Andrew se volvió para mirarla y le hizo un gesto para que se uniera a él.

—Jacob —dijo, atrayendo a Rowena a su lado con suavidad—, esta es mi amada esposa, Rowena. Hizo una pausa, sonriendo a Rowena con adoración y orgullo. —Cariño, esta es la espina en mi… esto…, quiero decir, Jacob, el hermano del que nunca hablo.

El joven Elton le hizo una mueca a su hermano antes de enderezarse de una manera propia de un exmilitar como él. Hizo una elegante reverencia, dedicándole a Rowena una sonrisa radiante muy similar a la de su marido.

—Es maravilloso conocerte —dijo, dedicándole a Rowena una sonrisa pícara. Lo que sea que mi hermano te haya contado sobre mí es probablemente cierto.

Rowena soltó una risita.

—Encantada —dijo—. Y, en realidad, Andrew habla muy bien de ti. Es muy evidente para mí que te quiere mucho.

Ambos hombres Elton se sonrojaron, lo que provocó la risa de Rowena.

—Supongo que a mí también me cae un poco bien —dijo Jacob, sonriendo con picardía.

Andrew le dio a su hermano un empujón juguetón antes de volverse hacia el resto del grupo, bastante grande y ruidoso.

—Vamos —dijo, señalando la entrada del parque—. Empecemos nuestro pícnic antes de que nos pongamos todos demasiado sentimentales.

Jacob resopló.

—Tú eres el que se está poniendo mental —dijo, riéndose de su juego de palabras.

Rowena y la baronesa viuda se rieron.

—Bueno, ya está bien, vosotros dos —dijo Carol—. —Andrew tiene razón. Vamos a darnos un festín.

Rowena se acurrucó en el brazo de Andrew mientras caminaban hacia un lugar encantador bajo un gran roble. Varios lacayos se apresuraron a extender las tres mantas que habían traído para la ocasión y a repartir la comida. El festín era, en efecto, grandioso, más propio de una mesa de comedor que de un simple pícnic. Los familiares presentes se sentaron y empezaron a servirse del gran banquete que tenían ante ellos.

Mientras todos se acomodaban para empezar a comer, alguien se acercó sigilosamente por detrás de Rowena y le tapó los ojos con los dedos.

—Adivina quién soy —canturreó una voz familiar y dulce.

Rowena abandonó su plato y su sitio para darse la vuelta y abrazar a su hermana pequeña.

—Sybil —dijo Rowena, haciéndose a un lado para dejar sitio a su hermana—. Estoy encantada de verte.

Sybil se volvió hacia Daniel Watson, el acaudalado vizconde de Wattswood, su marido, haciéndole un gesto para que se uniera a ellos.

—Te acuerdas de Daniel —dijo, mirándolo con cariño.

Daniel hizo una reverencia, saludando a todos cortésmente antes de señalar a la niñera que sostenía a una niña de dos años, a la que habían llamado Colleen.

—Es un placer veros a todos de nuevo —dijo.

Gemma y Edmund llegaron a continuación, de una manera mucho más caótica. Los gemelos corrieron por delante de sus padres, casi arrollando el pícnic. Kenneth saltó de su sitio en cuanto los vio, abandonando su comida. Rowena se rió. Era una ocasión especial, así que no lo llamó para que volviera a comer.

Los últimos en llegar fueron Nancy y George. George era un amable y humilde comerciante viudo con el que Nancy se había casado dos años antes. Los tres hijos de Nancy y la hija de diez años de George también estaban con la pareja, y se unieron inmediatamente al resto de los niños mientras jugaban, supervisados por las niñeras, en las cercanías.

Nancy se sentó junto a Sybil, George a su lado y, por fin, toda la familia estaba reunida. A partir de ese momento, el pícnic fue un torbellino de emoción, risas e interminables charlas, salpicado por los agudos chillidos y risitas de los niños.

Rowena contempló a su ahora muy numerosa familia, sonriendo de oreja a oreja. Cinco años antes, había pensado que tendría suerte si encontraba una razón para sonreír de vez en cuando. Pero ante ella había más motivos de los que jamás podría contar. Sin embargo, la mayor bendición de todas era la felicidad de su familia. Sus padres estaban seguros, sus hermanas tenían toda la felicidad del mundo, y Rowena tenía el amor verdadero. Y estaría eternamente agradecida.

FIN

Si aún no has leído mi próximo libro de la serie, puedes continuar leyendo los tres primeros capítulos gratis.

¡Disfrútalo!

Un desposorio concertado con un canalla

NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA DE LA REGENCIA

Prólogo

Honoria Aberdene estaba de pie en un rincón del salón de baile de Enford Estates, observando a las parejas danzar. Pasaba la mayor parte del tiempo en los rincones de los salones durante los bailes y fiestas de la temporada social de Londres. Con su aspecto sencillo y su avanzada edad, era raro que la sacaran a bailar. No le importaba quedarse a solas con sus pensamientos, pero una parte de ella sentía cierta melancolía, a pesar de disfrutar de su propia compañía.

Mientras observaba a su hermana, Anna, y a su cuñado, Harry Peregrine, bailar juntos como si no existiera nada más en el mundo, se sintió aún más melancólica. Existía la norma de no bailar con el propio cónyuge en un baile como aquel, pero al marqués y la marquesa de Enford, tan enamorados, no les importaba. Honoria envidiaba un amor así.

Estaba encantada de que su querida hermana mayor hubiera encontrado un amor tan maravilloso y feliz. Pero, aunque era prácticamente una solterona, una parte de ella todavía albergaba la esperanza de encontrar también un amor como el de ellos. A pesar de las probabilidades en su contra, confiaba en que su tercera temporada fuera mejor que las dos primeras. Seguía creyendo que podría encontrar a un buen hombre al que amar de verdad, aunque otros no tuvieran la misma fe en sus esperanzas.

Debo creer en encontrar el amor, pensó, aun cuando recordaba sus temporadas fallidas. Sin embargo, no solo habían sido infructuosas. Ni un solo caballero se había interesado por ella. Los pocos que la habían sacado a bailar durante dos temporadas y

media lo habían hecho solo por lástima u obligación social. Y no era la única que se había percatado de su fracaso para atraer el afecto de un hombre.

Su padre, el barón Alswood, se había dado cuenta. A su hija mayor no le había costado mucho casarse y, por tanto, había recibido su bendición para desposar al hombre que eligió. Pero ahora, a tres meses de que Honoria cumpliera los veinte, la paciencia de su padre se estaba agotando. Le había dejado claro que esperaba que encontrara un pretendiente esa temporada. Honoria temía que, si ne era capaz, él le concertaría un matrimonio.

Se estremeció al pensar en esa posibilidad. Había muchos caballeros solteros en la alta sociedad que buscaban esposa. Todos eran hombres de edad más avanzada, algunos incluso mayores que su propio padre, y muchos de ellos eran, en el mejor de los casos, unos granujas. Sabía que nunca encontraría el amor con un hombre así. Ese tipo de hombres solo quería una cosa: herederos. No podía permitir convertirse en mera reproductora para un anciano.

Su hermana se acercó a ella a toda prisa, interrumpiendo sus pensamientos. Abrazó a Honoria, y su cabello castaño claro le caía sobre sus brillantes ojos color avellana. Anna compartía el mismo color de pelo que Honoria, y sus ojos eran solo un tono menos verdes que los de ella. Y, sin embargo, sus rasgos faciales eran mucho más exquisitos que los de su hermana pequeña, lo que la hacía mucho más hermosa. A pesar de su tez clara y su complexión delgada, Honoria no era ni de lejos tan bella como su hermana mayor.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó Anna, besando la mejilla de su hermana pequeña.

Honoria le dedicó una sonrisa valiente.

—Es una fiesta maravillosa —dijo ella.

Anna rio entre dientes.

—Menuda observación desde este rincón escondido —dijo. Se burlaba de su hermana con delicadeza, pero sus ojos estaban llenos de preocupación—. ¿No ves a ningún hombre que te guste por aquí?

Honoria suspiró.

—No soy yo a quien no le gustan ellos, hermana —dijo.

Anna le dedicó una mirada compasiva.

—No te preocupes, querida —dijo, besando a su hermana de nuevo—. Eres muy inteligente y amable, y tan guapa como yo. Conocerás a alguien esta temporada. Estoy segura.

Honoria sonrió de nuevo. Agradecía a su hermana sus amables palabras. Pero en el fondo sabía que Anna se equivocaba respecto a su aspecto. Su sencillez resultaba tan poco atractiva para los caballeros como una mujer que disfrutaba pasando parte de su tiempo libre leyendo en lugar de ir de compras. Y eso era algo que ella hacía. Cualquiera de esos rasgos por sí solo podía condenar a una joven dama de la alta sociedad a una vida de soltería. Pero ambos sellaban su destino.

—Harry y tú parecéis tan felices —dijo, cambiando de tema.

Anna miró por encima del hombro a su marido, que se acercaba a ellas, con una sonrisa embelesada.

—Nunca he sido más feliz —dijo con aire soñador—. Y tú también lo serás. Confía en mí, hermana. Ya lo verás.

Honoria asintió, pero, de nuevo, sabía que su hermana se equivocaba. Hizo una reverencia ante la inclinación de Harry y saludó con la mano a su hermana mientras su marido se la llevaba de nuevo a la pista de baile. Los observó con otro suspiro anhelante. Las palabras de su hermana siempre renovaban sus esperanzas en el futuro. Pero el peso de la realidad amenazaba con extinguirla. ¿Y si nunca encontraba un matrimonio como el de su hermana?

Con cuidado de no ser vista, Honoria se dirigió a la mesa de los refrescos. En la fiesta había muchos vinos y champanes de delicioso aroma, y decidió probar algunos. Eligió una copa de vino clarete y bebió un buen sorbo. Pero hubo una pausa entre bailes mientras la orquesta se preparaba para la siguiente canción y los caballeros buscaban a sus respectivas damas con quienes compartir el próximo baile.

Más gente se dirigía hacia la mesa de los refrescos donde ella se encontraba, así que cogió otra copa, esta vez una pequeña flauta de champán, y llevó sus bebidas de vuelta a su rincón. Rezó para que sus padres no la vieran. No quería que pensaran que estaba empeorando sus posibilidades de conseguir un buen partido

manteniéndose apartada en el salón de baile. La verdad era que solo quería creer que no bailaba por elección propia, no porque nunca la eligieran.

Se terminó el champán con bastante rapidez, luego bebió lentamente su vino mientras miraba alrededor del salón. Desde su posición privilegiada, podía verlo todo excepto la puerta del salón y el rincón a la derecha de esta. La decoración era de tonos de los rojos y morados más vivos, y los candelabros y la araña de plata brillaban como si fueran nuevos.

Las mesas de los refrescos parecían una mesa de banquete real, con manteles de terciopelo morado y vajilla de oro. Su hermana tenía un gusto impecable para organizar fiestas. Esperaba que, cuando se casara, su gusto fuera la mitad de bueno. *Espero ser la mitad de feliz, también,* pensó, viendo de reojo a Anna y Harry hablar con algunos de sus amigos y mirarse afectuosamente.

Cuando Honoria vio a un par de jóvenes caballeros mirando en su dirección, sus esperanzas aumentaron. Uno de ellos parecía mirarla directamente a los ojos, y ella se atrevió a esbozar una pequeña sonrisa. Un segundo después, el otro hombre empezó a caminar hacia ella. Respiró hondo, con el corazón acelerado en el pecho. Pero él ni siquiera le dedicó una mirada, pasando de largo como si ella no estuviera allí.

Cuando miró al hombre que la había estado mirando, él estiraba el cuello para ver por detrás de ella, y las mejillas de Honoria ardieron. Y cuando él se dio cuenta de que ella lo miraba, retrocedió y apartó la vista rápidamente. Quiso que se la tragara la tierra. Al menos así, se ahorraría la vergüenza de que la evitaran. ¿Podía la velada ir a peor?

Se terminó el vino deprisa, debatiendo si coger más. Sabía que не debería, y rara vez bebía de esa manera. Pero habría hecho cualquier cosa para escapar de la desdicha que sentía en ese momento. Sin embargo, antes de que pudiera coger otra copa, un caballero se le acercó. Solo que esta vez, deseó que la hubiera pasado de largo, como el joven caballero.

—Buenas noches, señorita Aberdene —Archibald Monroe, conde de Mondale, se inclinó con rigidez al llegar a su lado—. Es una fiesta

encantadora, ¿no es así?

Honoria esbozó una sonrisa tensa mientras hacía una reverencia. No se le daba bien la charla trivial en ninguna situación. Menos aún con un conde que le doblaba la edad y la miraba como si tuviera en mente algo más que conversar. Era uno de los caballeros mayores que estaba soltero. Y Honoria sabía que también estaba desesperado por tener un heredero, ya que él y su padre eran amigos.

—Buenas noches, milord —dijo en voz baja—. Y sí, es muy agradable.

El conde asintió, extendiendo la mano. Ella supo lo que iba a decir antes de que lo preguntara.

—Está usted muy encantadora esta noche —dijo—. ¿Me haría el honor de concederme esta tanda de bailes?

Honoria intentó pensar rápidamente en alguna excusa. Quizás podría decirle que le había prometido la siguiente tanda de bailes a su cuñado. O, tal vez, podría fingir una jaqueca. Pero eso sería muy descortés. No podía rechazar una petición de baile. Sobre todo si la razón que daba era mentira.

—Por supuesto, milord —dijo, poniendo su mano en la de él a regañadientes. Él la condujo a la pista de baile, para su disgusto, justo en medio de los demás bailarines. Todo el mundo se les quedó mirando, y ella deseó que los cielos se abrieran y la arrancaran de aquel salón. Lo que sucedió en cambio fue que la orquesta comenzó la canción, y se vio arrastrada por la pericia del conde en el baile.

Si su papada flácida y arrugada y sus ojos grises con ojeras oscuras no delataban su edad, sus pasos de baile sí lo hacían. Bailaba con una habilidad ensayada, pero era evidente que sus piernas estaban rígidas y cansadas. Mantenía su delgado cuerpo erguido, como si girar o moverse le resultara doloroso. Y la luz de las velas se reflejaba en su calva, haciendo que el pelo plateado que le quedaba pareciera diminutas llamas doradas danzando sobre ella.

—Está usted realmente hermosa, señorita Aberdene —dijo de nuevo.

Honoria pensó que se le había ido la cabeza y había repetido el cumplido por accidente. Pero entonces, se dio cuenta de que

esperaba una palabra amable a cambio. Tragó saliva, sabiendo muy bien que nunca podría mentirle.

—Es un traje muy elegante —dijo ella con presteza—. Tiene un aspecto muy distinguido.

El conde sonrió, y ella vio sus dientes largos y manchados de café y se estremeció.

—Es usted muy amable —dijo—. Y, vaya, qué bailarina tan grácil es usted.

Ella asintió, intentando pedir con la mente que la canción terminara para poder escapar de él.

—Mi madre me enseñó —dijo.

El conde asintió.

—Entonces, menudo maestra debe de ser —dijo.

Honoria asintió de nuevo, esperando parecer menos desdichada de lo que se sentía. ¿Dejaría al menos de hacer torpes intentos de conversación?

Cuando finalmente se quedó en silencio, Honoria sintió alivio al principio. Pensó que tendría la oportunidad de cerrar los ojos y fingir que bailaba con un hombre joven y apuesto. Pero la forma en que el conde la miraba en silencio la incomodó. No era una mirada lasciva, pero había hambre en sus ojos. Era como si hubiera encontrado un trago de agua salvador mientras moría de sed. En cierto modo, eso la incomodó más que si hubiera sido una mirada lasciva.

Se sintió de nuevo inundada de alivio cuando la canción llegó a su fin. El conde la acompañó lentamente fuera de la pista de baile. Poco tardó en hacer una reverencia y desaparecer entre la multitud. Serpenteó entre la gente, moviéndose primero en una dirección y luego en otra, hasta que estuvo segura de haberlo perdido. Entonces, dio un rodeo, dirigiéndose de nuevo a la mesa de los refrescos.

Cogió otra flauta de champán y luego se escondió detrás de un pilar decorado. Se apoyó en él, agradeciendo la fresca piedra en su espalda. Bebió su champán e intentó deshacerse de la sensación de su miserable baile. Esperaba no volver a ver a lord Mondale en lo que quedaba de temporada.

Capítulo uno

—Y vuelvo a ganar —dijo Edward James, dejando las cartas sobre la mesa con una amplia sonrisa y un gesto ostentoso—. Quizá el whist no sea lo tuyo, viejo amigo.

Clayton, el vizconde Durant, puso los ojos en blanco.

—Un día de estos vas a presumir una vez de más —dijo, metiendo la mano en el bolsillo y sacando veinte chelines.

Edward recogió sus ganancias y ensanchó su sonrisa.

—Qué buen perdedor —dijo—. Mejor suerte la próxima vez, vizconde.

Clayton se quedó helado, con la mente transportada al instante a sus días en la guerra. No hubo un solo día en que no viera a hombres caer a su alrededor, muchos de los cuales nunca regresaron a casa cuando la guerra terminó. No hubo un solo día en el que Clayton no creyera que acabaría siendo uno de los que no volverían. Pero un día en particular, vio caer a un joven soldado justo a sus pies y morir delante de él.

Se había arrodillado para intentar prestarle ayuda, pero cuando vio la herida en el pecho del hombre, supo que ya era demasiado tarde. Empezaba a levantarse cuando vio que el soldado llevaba una moneda en un collar que se le había enredado con las placas de identificación. En su estado de conmoción, no lo pensó dos veces antes de coger la moneda del charco de sangre que se formaba rápidamente bajo el difunto. Se suponía que era un amuleto para darle suerte.

«Mira adónde le ha llevado la suerte a ese pobre hombre», pensó Clayton. Tendía a creer que la única suerte que existía era la mala suerte. Los afortunados lo eran por su habilidad, su riqueza o su poder. Esas cosas no tenían nada que ver con la suerte. Perderlas, sin embargo, tenía todo que ver con la mala suerte. La

mala suerte llevaba a una mala decisión por parte de alguien. Y las malas decisiones llevaban a más mala suerte. Y, como tal, no quería saber nada de la suerte.

—¿Clay? —preguntó Edward, sonando como si hablara desde el otro extremo de una tubería—. ¿Estás bien?

Clayton parpadeó y miró fijamente a su amigo hasta que su mente regresó al presente. Se dio cuenta de que se había perdido en un recuerdo vívido y tragó saliva con dificultad. No podía contarle a su amigo lo que acababa de pasarle. No iba a amargarle la tarde a su mejor amigo solo porque a él lo atormentaran sus propias memorias. Tampoco debería amargársela a sí mismo. Las noches ya eran bastante duras. Al menos debería disfrutar de los días.

Asintió lentamente, cogió las cartas y las barajó para repartir otra mano de whist sin decir una palabra. Esperaba poder desterrar esos pensamientos durante el resto de la tarde. Pero justo cuando se disponía a repartir las cartas, Edward alargó el brazo y le puso la mano sobre las suyas.

—¿Por qué no vamos a jugar un par de partidas de billar? —preguntó, dedicándole a Clayton una cálida sonrisa.

Clayton le devolvió la sonrisa y asintió. Esa era una de las razones por las que él y Edward estaban tan unidos. Su amigo nunca lo presionaba cuando se sentía decaído, y parecía que Edward se había vuelto un experto en notar cuándo Clayton estaba reviviendo un episodio del pasado. En lugar de intentar hacerle hablar, simplemente le sugería algo que a Clayton le encantaba o en lo que era bueno. Y el billar era algo en lo que siempre había sido muy hábil.

—¿Eso significa que tendré la oportunidad de recuperar todo mi dinero? —preguntó, mientras su oscuro humor se disipaba.

Edward se echó a reír.

—Si crees que puedes —dijo.

Clayton siguió a su amigo hasta una mesa de billar libre, donde ambos pidieron bebidas nuevas. Clayton se terminó la suya y pidió otra en el tiempo que tardó Edward en colocar las bolas. Pero su amigo no le hizo ninguna pregunta cuando vio llegar la nueva bebida

de Clayton. Se limitó a asentir con la cabeza antes de sonreír con su habitual arrogancia.

—¿Estás listo para perder a esto también? —preguntó.

Clayton negó con la cabeza.

—Tú deberías estarlo —dijo. Tanto él como Edward sabían que nunca perdía al billar. Pero Clayton disfrutaba de sus bromas. Edward era la persona menos competitiva que Clayton conocía y solo alardeaba seriamente de su pericia en algo si de verdad la poseía. Clayton no sabía qué habría hecho sin Edward cuando regresó herido de la guerra. O durante el año transcurrido desde que su hermanastro mayor había muerto, dejándolo como heredero del título de vizconde.

Como segundo hijo de un hombre con título, Edward entendía a Clayton a un nivel personal. Antes de que Andrew, el hermanastro mayor de Clayton e hijo de la primera mujer de su padre, muriera, Clayton y Edward habían pasado muchas tardes discutiendo sobre la vida como segundones. En muchos sentidos, era un alivio ser el hijo no heredero. Mientras pudieran mantenerse por sí mismos y tuvieran un razonable olfato para los negocios, sus padres les prestaban poca atención. Casualmente, eso significaba que rara vez recibían muestras de orgullo o favor de sus progenitores. Y ambos hombres crecieron anhelando el elogio de sus padres.

Después de que Clayton sufriera la herida de bala en el hombro izquierdo, regresó a casa y, tras recuperarse, se convirtió en todo un libertino. Se involucró más en los barrios más sórdidos de Londres después de la muerte de Andrew, pues sabía lo que eso implicaba. Ahí fue donde él y Edward dejaron de tener tanto en común. Porque, después de eso, Clayton se convirtió en vizconde y un día sería conde. Era una situación en la que Edward probablemente nunca se encontraría. Al menos, Clayton esperaba que no. Heredar un título para el que no había nacido para heredar ya era bastante malo. Perder a su hermano había sido mucho peor.

—Muy bien, capitán —dijo Edward, saludando a Clayton de forma cálida y juguetona tras dirigirse a él por su último rango en el ejército—. La partida está lista cuando usted quiera.

Clayton sonrió, enderezó la postura y rotó su hombro herido mientras se acercaba a la mesa.

—Espero que tú también lo estés —dijo, arqueando las cejas.

Era la medianoche y media cuando Clayton se despidió de su amigo, borracho. Efectivamente, había vencido a Edward en las ocho partidas de billar que habían jugado. Edward había pagado gran parte de las ganancias de Clayton en bebidas, así que iba bastante bebido cuando se fue. Aun así, no estaba listo para ir a casa, así que decidió visitar a su amante.

Subió a trompicones a su carruaje dando la orden de que lo llevaran a la casa de lady Jane Swanson, hija soltera del barón Swaland. Abrió la ventanilla del coche para que la fresca brisa nocturna le diera en la cara y lo despejara, aunque solo fuera un poco. Ella no le reprochaba que bebiera, como todos los demás en la alta sociedad, pero estar demasiado borracho como para tenerse en pie, apenas le serviría de nada cuando llegara allí.

Se acercó a la puerta, respirando profundamente mientras se enderezaba la chaqueta y llamaba. Le recibió el mayordomo, que le dedicó una mirada desdeñosa.

—Buenas noches, lord Durant —dijo—. Supongo que ha venido a buscar a lady Jane.

Clayton asintió.

—No es necesario que me acompañe a verla —dijo—. Creo que puedo encontrarla.

El hombre esbozó una mueca de desdén.

—Estoy seguro —dijo—. Pero me temo que ha salido a pasar la noche fuera.

Clayton no pudo evitar la oleada de decepción que sintió. Hacía más de una semana que no la visitaba y en ese momento necesitaba su compañía. Pero se limitó a hacer una lenta reverencia, viendo cómo el mundo giraba a su alrededor mientras lo hacía.

—Por favor, infórmele de que he venido a verla —dijo.

El mayordomo resopló y le cerró la puerta en las narices. Clayton le hizo una mueca a la puerta mientras se daba la vuelta para regresar al carruaje. Pensó que podría tomarse unas copas más

al llegar a casa. *«Más vale no desperdiciar una noche perfectamente buena»,* pensó.

Pero cuando regresó a su casa, no pasó del salón. Se sentó con su güisqui, listo para servirse una copa. Pero antes de que pudiera hacerlo, se sumió en un sueño agitado, donde lo único que le esperaba eran disparos, sangre y la pérdida de tantas vidas.

***

—Clayton —dijo una voz familiar—. Clayton, despierta.

Clayton tardó un minuto en salir del torrente de pesadillas que lo habían acosado toda la noche. A través de la neblina del alcohol, sentía como si estuviera arrastrando la mente a través de melaza. Pero, finalmente, su mente siguió el sonido de la voz, hasta que se volvió más clara y estuvo allí mismo con él, en lugar de provenir del otro extremo de un largo pasillo reverberante. Abrió los ojos con dificultad y se encontró cara a cara con la persona que hablaba.

—Madre —dijo, sorprendido. Se incorporó, arrepintiéndose al instante. La habitación daba vueltas, la luz era demasiado brillante y un torniquete invisible empezó a atenazarle la cabeza, enviando chispas de dolor por todo su cerebro. Pero se obligó a sonreír y a intentar no dejar traslucir lo mal que se sentía—. ¿Qué haces aquí?

Su madre lo examinó de arriba abajo, y la expresión de decepción le dijo que había fracasado en su intento de ser convincente.

—Esperaba no encontrarte en este estado —dijo ella, suspirando profundamente. Parecía casi asustada, y Clayton se preguntó por qué.

—Anoche a Edward y a mí se nos fue un poco de las manos en Boodle's —dijo, intentando sonar despreocupado—. Me pondré bien en un momento.

Su madre negó con la cabeza.

—Tú y yo sabemos que esto no es algo de una sola vez —dijo—. Y por eso he venido a hablar contigo. Tu padre regresará del Lejano Oriente. Estará de vuelta en Londres de un día para otro. Si te ve en este estado…

—¿Me echará un rapapolvo y se marchará furioso? —dijo Clayton, renunciando a intentar aguantar el dolor de cabeza y

sirviéndose una copa.

Su madre miró con tristeza la botella que tenía en las manos. Clayton quiso ignorar la decepción en sus ojos, pero no pudo. Volvió a verter el licor en la botella y se hundió de nuevo en el sofá, frotándose las sienes.

—Si no sientas la cabeza y te encuentra así, me temo que impondrá consecuencias.

Clayton soltó una risita, haciendo una mueca por el dolor que le causó.

—No me importa, madre —dijo—. No necesito a padre, ni su título y, menos aún, su fortuna. Hice buenas inversiones con el dinero que gané como capitán. ¿Qué puede hacerme que yo no pueda soportar?

Una vez más, la condesa pareció asustada. Clayton se preguntó si ella sabía algo que él ignoraba sobre los planes de su padre para esas consecuencias.

—Puede que tú no necesites el título, pero él te necesita a ti —dijo—. Tienes un deber que cumplir como único heredero que le queda a tu padre. No solo con él, sino con nuestra familia y nuestro linaje.

Clayton exhaló, hinchando las mejillas. Se arrepintió de no haberse tomado esa copa. Se habría detenido en una, solo lo suficiente para aliviar un poco el malestar. Pero eso tendría que esperar hasta que su madre se fuera. Sabía que tenía razón. No era solo su padre quien contaba con él. Pero ese era todo el problema. ¿Por qué todos esperaban que asumiera una responsabilidad tan grande que, para empezar, nunca se suponía que fuera suya?

—Yo nunca he pedido nada de esto —dijo—. Si Andrew siguiera aquí…

—Pero no lo está, cariño —dijo su madre—. Y tú sí. Y tu padre no permitirá que destruyas la reputación de nuestra familia.

Clayton tuvo que morderse la lengua. No era culpa de Andrew haber caído enfermo y muerto de repente. Y sabía que era costumbre que el siguiente en la línea de sucesión heredara los títulos y la fortuna. Pero eso no significaba que quisiera tener nada que ver con ello. Eso mismo le dijo a su madre.

—Lo sé, cariño —dijo ella con otro suspiro—. Y si hubiera otras opciones, sé que tu padre nunca te pediría tanto.

Clayton resopló. Él esperaba demasiado de todo el mundo, y quien no cumplía, recibía, como había dicho su madre, las consecuencias, en uno u otro grado.

—Seguro que podría trovare otras opciones —dijo—. Has venido aquí para decirme que mi comportamiento le molesta y le incomoda. Seguro que podría encontrar la manera de evitar que el hijo renegado y vergonzoso herede todo lo que él tanto ama.

Su madre volvió a negar lentamente con la cabeza. Se mordió el labio, y parecía que tenía algo más en mente. Pero pronto se puso de pie, se inclinó y le puso la mano en la espinilla.

—Por favor, solo piénsalo un poco —dijo.

Clayton hizo ademán de levantarse para acompañarla a la salida, pero ella salió corriendo de la habitación antes de que pudiera hacerlo. Comprendió que la había decepcionado, y eso era peor que toda la ira de su padre junta. Volvió a hundirse en el sofá y gimió. Ya había pensado en lo que su madre le había dicho. Y lo que pensaba era que no le importaba ni un ápice lo que le gustara a su padre. ¿Qué era lo peor que podía hacer el conde?

Capítulo Dos

Honoria se reunió con sus padres a la mañana siguiente para desayunar en el salón. Estaba contenta de dejar atrás la noche anterior y empezar un nuevo día. Había quedado con Anna para tomar el té esa tarde en Gunter's, el salón de té, y estaba emocionada. Esperaba que su hermana y ella pudieran dar un paseo por el parque antes de volver a sus respectivas casas. El tiempo que pasaba con su hermana era lo mejor de los días de Honoria.

—Buenos días, madre —dijo Honoria, haciendo una reverencia al entrar en la estancia—. Buenos días, padre.

Su madre se levantó y le dio un beso en la mejilla. Su padre, sin embargo, musitó un saludo desde detrás del periódico. Honoria cogió un plato y se sirvió del bufé del desayuno. Luego, tomó asiento frente a su madre y empezó a comer.

—¿Lo pasó bien anoche, querida? —le preguntó su madre.

Honoria enarcó una ceja. Su madre no solía preguntarle si se divertía en los bailes y las fiestas. Aunque la baronesa la animaba a socializar y a pasarlo bien, sabía que a Honoria no le gustaban esos eventos. Aun así, Honoria miró a su padre. A pesar de que él seguía con la vista en el periódico, no iba a dar a entender que había sido infeliz.

—Fue una velada encantadora, madre —dijo—. Anna siempre organiza las mejores fiestas.

Su madre asintió. Pero cuando dirigió una mirada al barón, Honoria empezó a sospechar. Ladeó la cabeza, interrogando a su madre con la mirada, pero esta de repente bajó la vista hacia su

plato y dio un bocado. Hubo un minuto de silencio antes de que su madre volviera a hablar.

—¿Sucedió algo especial? —preguntó.

Honoria se recostó en la silla y miró a su madre a los ojos. A su madre nunca se le había dado bien andarse con rodeos cuando tenía algo en mente. Cuando sus hijas eran pequeñas, solía intentar que confesaran alguna travesura soltando lo que la baronesa consideraba indirectas. Sin embargo, tanto Anna como Honoria siempre sabían exactamente de qué estaba hablando. Esta vez, no obstante, Honoria no tenía ni idea.

—No podría decir que sí —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Ah, sí? —intervino el barón desde detrás de su periódico. Honoria se sorprendió, suponiendo que en realidad no lo había estado leyendo si se había mantenido al tanto de la conversación—. La vi bailar con el conde de Mondale anoche. Desde donde yo estaba, parecía que estaba disfrutando bastante.

Honoria miró a su madre con los ojos muy abiertos. Quería que su madre le diera alguna indicación de lo que estaba pasando. Pero la baronesa volvió a remover la comida en su plato. Por alguna razón, a Honoria se le empezó a hacer un nudo en el estómago. Bebió un sorbo de agua para calmar su garganta seca antes de responder.

—Bailé con él —dijo—. Bailaba bien. —Incluso eso era apenas cierto. Su edad se había hecho notar mientras la guiaba por la pista de baile. Pero Honoria no podía decirle a su padre que sentía repulsión por el conde. Era una falta de respeto y algo inapropiado, y su padre sin duda se sentiría decepcionado con ella.

El barón finalmente bajó el periódico, sonriendo.

—Me alegro mucho de oírla decir eso, querida —dijo—. Resulta que creo que el conde sería un buen marido para usted.

A Honoria se le revolvió el estómago. La angustia crecía alrededor de los nudos que se le estaban formando allí. Miró de nuevo a su madre, que apenas le dedicó una mirada avergonzada.

—¿Cómo? —preguntó—. Quiero decir, ¿no está casado?

El barón soltó una risita y negó con la cabeza. Honoria se sintió aliviada de que no hubiera notado su horror y de que creyera que

pensaba que el anciano barón estaba casado. Pero eso sirvió de poco consuelo para el espanto que sentía ante la idea de tenerlo por marido.

—No, hija —dijo él—. El conde no está casado. Es, sin embargo, muy rico, y casarse con él le aseguraría a usted el título de condesa. En realidad, sería una situación ideal.

Honoria apenas pudo evitar que se le descontrolara la respiración. No podía creer que su padre pudiera siquiera sugerir que se casara con un caballero que le doblaba con creces la edad. Volvió a coger el vaso de agua con manos temblorosas, girando la cara para que su padre no viera cómo salpicaba agua sobre la mesa. No había forma de que aceptara casarse con ese hombre. Pero tampoco podía rebatir a su padre de forma directa.

—Seguro que sería más feliz con una novia de más edad —dijo con toda la calma que pudo reunir.

Su padre negó con la cabeza.

—Herederos, querida —dijo, al parecer completamente ajeno al creciente pánico de su hija—. Solo una novia joven podría garantizarle herederos. Y corre el rumor de que necesita uno con urgencia.

Honoria parpadeó, rezando para abrir los ojos y encontrarse todavía en la cama, soñando la increíble conversación que estaba teniendo con su padre. Pero solo vio el rostro de su padre, mirándola como si hubiera logrado algo digno de gran orgullo.

—No sé qué decir —dijo con sinceridad. No sabía qué podía decir que no fuera un rechazo vehemente a la descabellada sugerencia de su padre.

El barón sonrió, dobló el periódico y lo dejó a un lado mientras cogía los cubiertos.

—Bueno, entonces, permítame —dijo, volviéndose hacia su esposa con la misma sonrisa—. Querida, me gustaría que invitaras a Archibald a cenar con nosotros mañana por la noche. Y luego, lleva a Honoria a la ciudad a comprar un vestido nuevo, si quieres.

Honoria miró a su madre con ojos suplicantes. No había forma de que pudiera soportar una cena con el anciano conde. Y su madre era su única esperanza para no tener que hacerlo.

—Oh, cariño —dijo la baronesa con tono de disculpa—. Honoria y yo acabamos de ir de compras el día antes del baile. Tiene un montón de vestidos nuevos.

Honoria esperó a que su madre dijera algo más, algo sobre no poder invitar al conde por una u otra razón. Pero como no lo hizo, Honoria se hundió de nuevo en su silla, negando con la cabeza, aturdida.

—Muy bien —dijo el barón, recuperando el periódico—. Entonces espero que mañana por la noche esté usted radiante, hija.

Honoria se levantó, excusándose en voz baja de la mesa. No podía mirar a su madre, y no quería mirar a su padre. Se encerró en sus aposentos, donde permaneció hasta que fue hora de reunirse con Anna para tomar el té.

Todavía estaba angustiada cuando llegó a Gunter's. Se alegró de ver que su hermana ya estaba dentro, haciéndole señas para que se acercara a su mesa en cuanto entró. Corrió hacia ella y abrazó a Anna, que se apartó y la miró con preocupación.

—Hermana, querida, ¿qué te pasa? —le preguntó.

Honoria se lo contó todo sobre lord Mondale y lo que su padre estaba planeando. Anna pareció horrorizada, y alargó la mano sobre la mesa para cogerle ambas manos.

—Oh, cielo —dijo—. Padre nunca haría algo tan terrible como casarte con un caballero mucho mayor que tú. No te preocupes, hermana. Estoy segura de que solo pensó que quizás te habías interesado por él, ya que bailaste con él.

Honoria asintió.

—Me preocupa que el resto de la alta sociedad piense lo mismo —dijo—. Nunca conseguiré un pretendiente adecuado si todo el mundo piensa que estoy interesada en lord Mondale.

Anna le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Pero antes de que pudiera decir nada más, su conversación fue interrumpida por el sonido de un murmullo. Honoria observó cómo el rostro de su hermana se contraía en una mueca de puro desdén.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Anna la miró, pero no dejaba de lanzar miradas de desagrado hacia la puerta del salón de té.

—El vizconde Durant —dijo, señalando con la cabeza—. Eso es lo que pasa.

Honoria pensó por un momento.

—Tiene fama de ser bastante libertino, ¿no? —preguntó, bajando la voz.

Anna asintió enérgicamente.

—Uno de los peores libertinos de todo Londres en estos días —dijo—. Deberías oír las cosas que dice la gente sobre él.

Honoria se mordió el labio. Había oído lo que la gente decía. Nunca participaba en los cotilleos de la alta sociedad, pero escuchaba muchos. Y si siquiera una fracción de lo que la gente decía era verdad, entonces Anna no se equivocaba. Pero Honoria no podía simplemente fiarse de la palabra de un puñado de cotillas. Quizás, tuvieran razón en algunos de los hechos. Pero era igual de probable que estuvieran añadiendo un montón de cuentos chinos que no eran ciertos.

—Creo que la gente no debería darse tanta prisa en creer todo lo que oye —dijo.

Anna enarcó una ceja.

—¿Estás diciendo que todo el mundo se está inventando esas historias sobre él? —preguntó.

Honoria se encogió de hombros.

—No todas —admitió—. Claro, la alta sociedad acierta a veces. Pero vamos, ¿de verdad crees que podría salirse con la suya pegando a la gente, especialmente a las mujeres, y no estar pudriéndose en una celda?

Anna pareció desconcertada por un minuto, y Honoria supo que su hermana se había dado cuenta de lo ridícula que era esa acusación.

—Quizás no —dijo con indignación—. Pero sigue siendo mala hierba. Mucha gente lo ha visto salir de las tabernas de los barrios de mala fama de Londres a todas horas de la noche, y otros lo han visto entrar y salir a hurtadillas de las casas de las mujeres.

Honoria se encogió de hombros de nuevo.

—Eso no lo dudo —dijo—. ¿Pero qué le importa a nadie, mientras no esté haciendo daño a nadie? Y además, ¿sabes cuántos

caballeros tienen amantes en Londres?

Anna miró a Honoria como si se hubiera vuelto loca.

—¿Lo estás defendiendo? —preguntó.

Honoria negó con la cabeza.

—Solo creo que nadie merece ser juzgado por lo que hace con su vida —dijo—. Debería tratarse de cómo tratan a las demás personas.

Anna negó con la cabeza otra vez.

—Trata a la gente como el libertino que es —dijo—. A los libertinos no les importa nada más que ellos mismos.

Honoria negó con la cabeza entonces.

—Creo que preferiría que me obligaran a casarme con un libertino que con un hombre como lord Mondale —dijo.

Anna ahogó un grito y miró a su hermana en estado de *shock*.

—No lo dices en serio —dijo, estremeciéndose—. Nunca se puede confiar en que un libertino sea fiel.

Honoria se encogió de hombros de nuevo.

—Pueden serlo, si se enamoran —dijo.

Anna resopló. Pero un segundo después, bajó la vista apresuradamente y tomó un lento sorbo de su té. Honoria sintió unos ojos clavados en ella, y lentamente cambió de postura para poder ver detrás de sí. Sus ojos se encontraron con los azules, penetrantes e inteligentes, del libertino en cuestión. Lord Durant la estaba mirando directamente y su corazón dio un vuelco. Todo en lo que podía pensar era en lo que acababa de decirle a su hermana sobre preferir casarse con un libertino antes que con lord Mondale. Y si se trataba de un libertino que se parecía a lord Durant, sabía que lo decía de todo corazón.

Era, sin duda, el hombre más apuesto que había visto en su vida. Estaba bien afeitado, con su pelo castaño oscuro recogido en una corta coleta. Y sus ojos parecían brillar más intensamente mientras le devolvía la mirada a Honoria. No tenía ni idea de cuánto tiempo se miraron el uno al otro, pero estaba segura de que fue demasiado para ser considerado apropiado.

Sin embargo, la prolongada mirada se rompió en el segundo en que el libertino vizconde le guiñó un ojo. Su cara enrojeció hasta el

tono más profundo de rojo, y apartó la cabeza rápidamente. No podía atreverse a mirar a su hermana, pero creía que Anna seguía lanzando miradas desagradables al vizconde. Pero ahora, su corazón corría como un caballo en las carreras, y apenas podía contener el temblor.

¿Te gustó la muestra?

Puedes descargarla usando el enlace de abajo.

Descárgala ahora